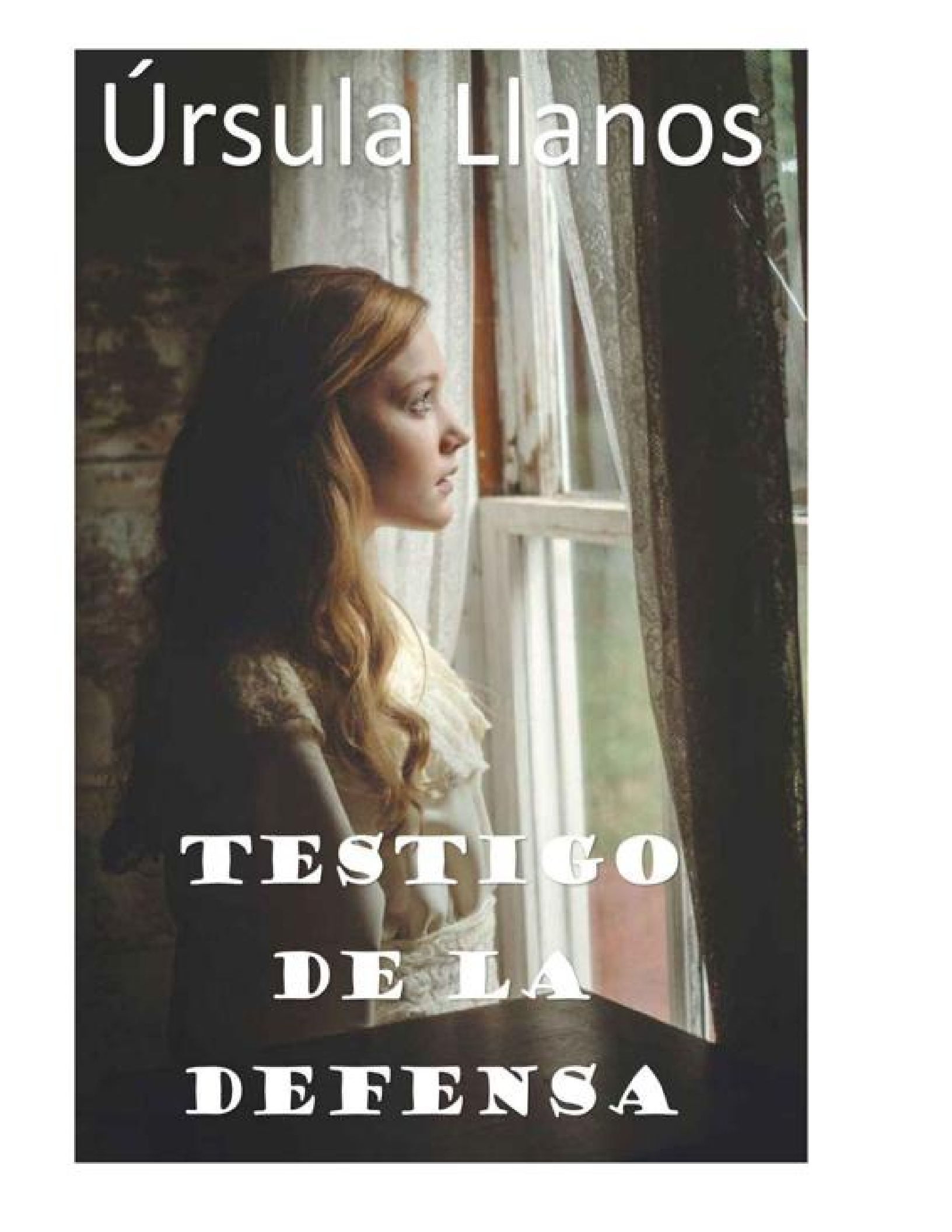




Úrsula Llanos

**TESTIGO
DE LA
DEFENSA**

TESTIGO DE LA DEFENSA

Úrsula Llanos

A Beatriz

Capítulo 1

El sonido del teléfono la sobresaltó. Estaba medio adormilada a esas primeras horas de la mañana bajo los efectos del sol que penetraba a través de los cristales de la ventana. Le daba de lleno en la espalda y la aletargaba, lo mismo que si fuera un lagarto expuesto a los rayos del astro rey en plena canícula. Había releído varias veces el escrito de calificación del delito de estafa del que el fiscal acusaba a un cliente suyo, cuyo juicio se avecinaba. Aunque notaba la mente espesa, había estado reflexionando sobre la argumentación más oportuna para contraatacar, pero se espabiló en el acto para descolgar el auricular y oyó la voz de la secretaria por la línea interior.

—Noelia, te acaban de llamar de una comisaría para que asistas mañana al interrogatorio de un hombre al que han detenido. ¿Te suena el nombre de Esteban Sotomayor?

Frunció el ceño intentando hacer memoria y finalmente lo recordó. Era un escritor joven que había sido acusado años atrás de un delito de plagio, pero de eso hacía mucho tiempo. Trabajaba entonces en el prestigioso despacho de Daniela Rivero, en el que había conseguido ser admitida gracias a la influencia de un tío suyo, que también era abogado, y que la recomendó, aunque con escasa confianza en sus aptitudes. Era ella entonces una jovencita sin ninguna experiencia y si su jefa aceptó el caso de ese escritor y se lo encomendó a la novata, que había tenido que aceptar en contra de su voluntad, fue para quedar bien con su tío y manifestarle que procuraba así darle oportunidad de que adquiriese experiencia.

El escritor, que había sido acusado de plagio, era un don nadie en aquella época y Daniela solo aceptaba los casos que le reportaban lustre y notoriedad a su bufete. Como se había visto obligada a admitirla para no desairar a su pariente, debió pensó que era una buena ocasión para quedar bien con él al encargarle a su sobrina un asunto que no le reportaría prestigio alguno y que no se publicaría en la primera página de los periódicos.

Esteban Sotomayor solo había escrito en aquella época una novela, que apenas se había vendido, y que para colmo guardaba bastante similitud con el best seller de un autor famoso. Noelia no llegó a saber si aquel joven despeinado, pero sumamente atractivo, con una mata de cabello negro que le resbalaba hasta las cejas, y unos ojos oscurísimos de mirar penetrante, mal vestido y con aire bohemio, merecía o no esa acusación. Tampoco llegó a leer la novela, porque el exceso de trabajo no se lo permitió, y porque el abogado de la víctima retiró la querella que había interpuesto, después de que Noelia mantuviera con él una entrevista, en la que le hizo notar la popularidad que le había conferido el escándalo a la novela plagiada, que sin duda iría in crescendo y alcanzaría su cenit, si en un raptó de generosidad retiraba la demanda. Su vibrante defensa del escritorillo novel convenció a la otra parte, que lo efectuó, lo que le valió el reconocimiento de su jefa, una vez que el asunto fue divulgado por los medios de comunicación, que era lo que Daniela valoraba.

—Creo que sí— admitió tras reflexionar, acodada en la mesa y con el auricular del teléfono en el oído—. ¿No es un escritor, autor de un solo libro, que empezó a venderse a raíz del revuelo que le ocasionó la acusación de habérsela plagiado a otro escritor famoso, del que ahora no recuerdo el nombre? Hasta entonces nadie sabía quién era y malvivía en un antro que compartía con dos amigos, que tenían el mismo aspecto de vagabundos que él.

La sarcástica risa de la otra acabó de despejarla.

—Entonces era poco conocido, sí, pero, como has dicho, de eso hace mucho tiempo. No

te has enterado, porque, como no levantas la cabeza de los papelotes de la Audiencia ni de los sumarios que instruyen los juzgados, no has tenido ocasión de seguirle la pista. Ahora es un escritor célebre, cuyas novelas se agotan en cuanto salen a la luz.

—Ya— musitó Noelia ahogando un bostezo—. Pues me alegro de que haya tenido tanta suerte. Me parece recordar que era un tipo descarado, que para colmo se creía muy guapo. Y lo era— admitió a su pesar tras rememorar su atrayente aspecto físico—. Aunque para mi gusto estaba demasiado delgado, lo que no es de extrañar, porque por lo exiguo de sus ingresos, probablemente no podría permitirse el lujo de comer tres veces al día. ¿Y qué es lo que ha hecho ahora? ¿Ha vuelto a plagiar la obra maestra de otro escritor?

—No, no. Nada de eso.

—No me importa si le han detenido por conducir borracho o por saltarse un semáforo en rojo— replicó displicentemente—. Llama a Miriam, que es la que lleva ahora la asistencia a los detenidos en las comisarías, y díselo.

La aludida trabajaba con Gabriel y con ella en el despacho del que Noelia era titular. Había entrado tiempo atrás por su mediación en el bufete de Daniela y se había despedido de éste al tiempo en el que Noelia se había independizado para incorporarse también al que ésta iba a inaugurar. Como tenía menos experiencia, llevaba los asuntos más sencillos y los de mero trámite.

—Miriam no se ha presentado esta mañana en el despacho— le advirtió Flor—. Ha llamado para comunicarme que no se encontraba bien. No sé si te habrás fijado, pero hace varios días que está pachucha.

—¿Miriam? — se sorprendió Noelia, que efectivamente no lo había notado, ni tampoco que ese día no había aparecido. Cuando se acercaba la Vista de un juicio, se concentraba hasta tal punto en la defensa de su cliente, que no solía enterarse de lo que sucedía a su alrededor—. ¿Y qué es lo que le pasa? — le preguntó preocupada.

Tardó Flor unos segundos en contestarle.

—Pues... no estoy segura, porque no se lo he preguntado, pero yo diría... yo diría que espera un bebé. Varias veces la he oído en estos últimos días salir apresuradamente de su despacho para ir al cuarto de baño y, aunque estaba la puerta cerrada, desde el pasillo la he oído vomitar.

—¿A Miriam? — repitió extrañada y molesta de que la aludida no la hubiera hecho partícipe de esa novedad, si es que lo era, ya que además de su compañera de despacho, era su mejor amiga—. Me lo habría comunicado y lo habríamos celebrado juntas. Sé que hace tiempo que Adrián y ella lo estaban deseando.

—A lo mejor sí te lo ha comunicado— replicó Flor con sorna—. Puede que lo haya hecho y que no la hayas escuchado, porque en las vísperas de un juicio no procesas lo que se te comenta.

—No digas tonterías— protestó ofendida—. Miriam es para mí como una hermana y aunque es posible que la preparación de las Vistas orales me absorba desproporcionadamente, de habérmelo dicho, lo sabría. Además, me habría alegrado lo indecible.

Pensativamente se llevó un dedo al rizo que le caía sobre la frente y se lo enrolló en él para darle a continuación varias vueltas, además al que acudía con frecuencia y siempre que se sentía obligada a resolver una duda.

—Pues en ese caso, si has acertado en tus conjeturas, iré yo mañana a la comisaría a asistir a ese escritor en su declaración— decidió—. Gabriel solamente se ocupa de los asuntos civiles que nos encomiendan y no podemos arriesgarnos a que Miriam, aún en el caso de que

mañana se encuentre mejor, le vomite encima al detenido o al agente que le interrogue. No me has dicho qué es lo que ha hecho esta vez Esteban Sotomayor. ¿Ha plagiado otro libro o le ha estafado de alguna forma a su editor?

Oyó nuevamente la risa irónica de Flor.

—No. Ya te he dicho que ahora es un escritor muy conocido, que gana dinero a espaldas y que vive en un chalé en la colonia de El Salvador, en los alrededores de Arturo Soria. Le han detenido por haber asesinado a su mujer.

De la sorpresa, se quedó Noelia sin palabras. A su memoria acudió nuevamente la imagen arrogante de aquel joven, que pese a ser un muerto de hambre, parecía creerse el centro del universo. Sin querer creer lo que había oído, repitió en tono interrogante:

—¿Por haber asesinado a su mujer?

—A su pareja, porque no estaba casado— le aclaró Flor—. Una amiga denunció hace días la desaparición de ella, después de que hubiera transcurrido una semana sin que se presentara en su trabajo y que no contestara a las llamadas a su móvil. El jueves pasado fue el último en el que acudió al teatro. La habían contratado para que maquillara a los actores y nadie la ha visto desde entonces. En resumen, que la policía le ha detenido por ser el sospechoso más probable, ya que anteriormente mediaban también denuncias de ella, acusándole de malos tratos.

—Pues qué bien— murmuró Noelia fastidiada. Hasta tal punto le incomodaban los maltratadores, que hacía tiempo que no aceptaba la defensa de ninguno, por lo que estuvo tentada de recordárselo a su secretaria y pedirle que llamara a la comisaría para hacérselo saber. No llegó a decidirse a renunciar en el acto a la petición de auxilio de ese posible cliente, porque le intrigó la suerte que pudiera haber corrido. Por aquel entonces era un joven insolente, que se la comía con los ojos, pero no respondía al estereotipo de maltratador, por lo que inquirió— ¿Y por qué pretende que me ocupe yo de su caso? En estos momentos no tengo tiempo, ni tampoco Miriam, dadas las circunstancias. Hay otros muchos despachos de abogados que probablemente estén más desahogados que éste y que estén dispuestos a defenderle.

—Ha insistido mucho en que seas tú— alegó la secretaria—. El agente me ha dicho que les ha asegurado él, con muy malos modales, por cierto, que se trata de un malentendido, ya que la chica con la que vivía se marchó voluntariamente de la casa después de una bronca que mantuvieron, por lo que se querellará contra los policías que le ha detenido, contra la comisaría que le han encerrado en un calabozo y contra el mundo entero, cuando salga libre.

—Sí, es lo que aducen todos en casos similares y Esteban estaba muy pagado de sí mismo— refunfuñó especulativamente Noelia—. Después, cuando aparece el cuerpo de su mujer, enterrado en alguna parte o flotando en el mar, dicen que se la encontraron muerta cuando llegaron a su casa y que se deshicieron del cadáver por miedo a verse implicados en su asesinato. Cómo si la autopsia no determinara si el fallecimiento se produjo de forma natural o violenta.

—¿Y qué vas a hacer?

Se encogió de hombros, aunque Flor no podía verla, y replicó:

—Pues nada, le escucharé, qué remedio. Mañana iré a esa comisaría, le entrevistaré y estaré presente en el interrogatorio. Luego me excusaré. Le diré que lo siento, pero que me es imposible ocuparme de su caso y que se busque otro abogado.

Notó el escepticismo con el que la secretaria acogía su respuesta por el tono de su voz, cuando inquirió:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Cuántos casos de homicidio o de asesinato has defendido?

Arrugó el ceño Noelia, sorprendida.

—Pues no lo sé, no he llevado la cuenta, ¿por qué?

—Porque me consta que no has sabido nunca si tus clientes eran culpables o inocentes del delito del que se les acusaba y me extraña ahora que le hagas tantos remilgos a este escritor. Te he oído decir en múltiples ocasiones que todo ser humano merece ser defendido y que siempre concurren atenuantes e incluso eximentes en el caso que se enjuicia. ¿Por qué das por hecho que Esteban Sotomayor es una excepción a la regla general y que merece ser recluido directamente en la cárcel hasta el fin de sus días, sin antes haberle escuchado?

Se lo preguntó a sí misma Noelia y reconoció que no tenía otro motivo que el estado de sus nervios, alterado, como en ella era habitual, por la Vista que se avecinaba, y en la que necesitaba concentrarse sin otras interferencias.

—No he dado por hecho que ese hombre sea culpable de la muerte de su mujer ni que no merezca ser defendido en juicio— rezongó—. Simplemente, digo que no hay razón alguna para que tenga que ser yo la abogada que le defienda. Creo tener derecho a elegir a mis clientes y en este momento estoy sobrecargada. Pero te repito que oiré lo que tenga a bien referirme y le aconsejaré lo que considere más conveniente que declare.

—Y finalmente le dirás que se busque a otro letrado y le desearás suerte.

—Sí— admitió sin necesidad de reflexionar sobre ello—. Será eso exactamente lo que haré.

Capítulo 2

En la comisaría de la brigada de homicidios y desaparecidos la recibió el inspector Peláez, al que ya había conocido con ocasión de la detención de una cliente suya a la que había defendido poco antes, y que manifestó su satisfacción al verla de nuevo. Era un hombre de mediana edad, alto y enjuto, del que emanaba una indiscutible autoridad. Sonreía poco, pero hizo con ella una excepción cuando la vio entrar en su despacho, tan sobrio y austero como él.

—¡Vaya, usted aquí! — se sorprendió, cuando avanzó hacia su mesa y tomó asiento enfrente de él, sin esperar a que se lo indicara—. Me alegro de que volvamos a vernos, aunque no contaba con que fuera tan pronto. No cabe duda de que últimamente le sobra trabajo, porque hace bien poco tiempo que reclamó sus servicios una mujer a la que detuvimos.

Esbozó Noelia un gesto vago como quitándole importancia.

—No puedo quejarme, no, pero ya conocía a don Esteban Sotomayor con anterioridad.

—Sí, sé que fue su cliente, cuando hace años le acusaron de haber plagiado la obra de otro escritor que entonces ya era famoso, porque salió el caso en todos los periódicos. Éste es bastante diferente y, aunque reconozco que es usted muy hábil, me temo que sus alegatos le servirán de poco a su cliente y que acabará en la cárcel, donde permanecerá el resto de sus días.

Aunque no tenía la menor intención de aceptar la defensa del aludido, se sintió en la obligación de contradecir al inspector y de poner en duda lo que acababa de afirmar.

—¿Por qué dice eso? También cuando detuvo a la profesora, a la que acusó de haber asesinado a un compañero de la misma facultad, pronosticó que era culpable y que le caerían muchos años y ya ve, se equivocó de medio a medio. Ni le había matado ella ni había tenido nada que ver con ese crimen, así que, de ser usted, yo no cantaré victoria tan pronto.

Acusó el semblante del inspector el impacto de la saeta envenenada que le había disparado y se rebulló en su butaca, después de dirigirle una mirada de soslayo que expresaba cierta animosidad.

—Bueno, sí. Reconozco que nos equivocamos, aunque todos los indicios la incriminaban, pero, como le he dicho, este caso es diferente y muy claro. Su defendido es el típico maltratador. Constan varias denuncias contra él, que interpuso la víctima en su momento, aunque luego las retiró. No sé por qué las mujeres creen en el arrepentimiento de sus parejas cuando, después de haberles sacudido una buena tunda, les juran por sus muertos que no volverán a ponerle la mano encima. Les dan otra oportunidad, con lo que a menudo firman su sentencia de muerte. Al poco tiempo, suele avisarnos algún pariente de que la han encontrado ya sin vida en su domicilio con evidentes signos de violencia.

Aunque en el fondo estaba Noelia completamente de acuerdo con él, la costumbre de adoptar una postura contraria a la que mantenía la acusación contra su cliente y de buscar una explicación favorable a este, la impulsó a contradecirle.

—Pero en este caso, ese hombre no ha matado a nadie, que yo sepa.

—Es lo que dice él, claro, y puede que usted se lo crea, pero yo no, porque es demasiado obvio. ¿Quiere entrevistarle antes de que le tomemos declaración?

—Por supuesto.

—Un agente la acompañará entonces a la salita que utilizamos para interrogar a los detenidos y no tardará en subirle del calabozo.

Por la línea interior del teléfono que tenía sobre la mesa dio las órdenes oportunas y un

par de minutos más tarde se personó en el despacho un policía muy joven que la condujo a una habitación sin ventanas, con una mesa en el centro, rodeada de varias sillas, sita una planta más abajo. Poco después regresó con otro compañero escoltando al escritor. Le recordaba Noelia como un joven muy atractivo, aunque extremadamente delgado, y con aspecto desharrapado, pero no mantenía ya esas peculiaridades, al menos, no todas. Seguía siendo extremadamente bien parecido, con una piel muy tostada en la que destacaban sus ojos brillantes y oscurísimos, y conservaba asimismo su despeinada pelambrera negra que le resbalaba hasta las cejas, pero ya no estaba tan flaco. Poseía ahora una silueta musculosa, aunque estilizada, y vestía un pantalón de paño gris, un jersey blanco de marca y una cazadora de piel marrón. Notó ella que la observaba con curiosidad desde el umbral y luego se sentó a su lado mientras los dos agentes se salían al pasillo y les dejaban solos.

—¿Me recuerda? — le preguntó él.

Traslucía cierta ansiedad, dentro de que su gesto seguía siendo descarado y también petulante, lo que la indujo a intentar bajarle los humos. Sin duda sabía que era guapo y, si no era ese el motivo de la seguridad que derrochaba, probablemente obedecería ésta a la fama que había alcanzado.

—Bueno, sí, creo que sí. Afortunadamente tengo muy buena memoria y, la que por aquel entonces era mi jefa, no solía encomendarme más que asuntos de trámite. El suyo fue uno de los primeros casos que llevé y eso no se olvida.

—Ya— musitó él con una sonrisa irónica—. Tampoco la he olvidado yo. Y no por lo que supone— añadió como si estuviera adivinando que había interpretado que estaba aludiendo a que lo motivaba el que fuera joven y bastante bonita—. Aunque no nos habíamos visto anteriormente, se tomó por mi caso un interés que calificaría de... excesivo. Yo era un don nadie entonces y sin embargo hizo lo imposible por convencer al abogado de aquel estúpido, que se creía un ídolo de masas, de que yo era un alma de Dios y de que, por una extraña coincidencia e inadvertidamente, había ideado una trama muy similar a la de su novela. No sé cómo lo consiguió, pero logró persuadirle de que truncaría la carrera literaria del prometedor escritor novel que era yo, si seguía adelante con su querella.

—¿Y qué? — protestó Noelia—. No fue usted ni su posible inocencia en el plagio lo que me indujo a defenderle con mis cinco sentidos. Como le he dicho, el suyo fue el primer caso que me fue encomendado por mi jefa y como es natural quise demostrar que estaba a la altura de la confianza que había depositado en mí y ascender de ese modo en la consideración en la que me tenía.

—¿Y lo consiguió? — inquirió Esteban con interés.

—Bueno, en parte sí, aunque tuvieron que transcurrir varios meses antes de que me tomara en serio. Pero vamos al motivo de su detención. Cuénteme lo que pasó.

—¿Puedo tutearla? — inquirió, tras dirigirle una inquisitiva mirada como si temiera haberla ofendido con su pregunta—. La veo demasiado joven para que nos tratemos con tanta solemnidad.

La paciencia no era precisamente una de las virtudes de Noelia y empezó a irritarse.

—Tutéame si te sientes más cómodo, pero dime de una vez qué le hiciste a tu mujer.

Clavó en ella sus ojos oscurísimos y esbozó una sonrisa mordaz antes de asentir.

—Ada no es mi mujer. La conocí hará unos tres meses en uno de los camerinos del teatro Cervantes. Representaban una obra clásica y fui con un amigo que conocía mucho a la primera actriz, por lo que en el entreacto la visitamos en su camerino. Ada estaba con ella en esos momentos. Es puertorriqueña y era la estilista, o como se llame esa profesión, y la estaba

maquillando. Además de un físico muy atrayente, me pareció simpática y dicharachera. Me estuvo alabando mis novelas, ya que, según me aseguró, las había leído todas, aunque luego pude comprobar que no era cierto. El caso es que al término de la función las invitamos a cenar a las dos. Luego le propuse a ella tomar una copa en mi casa.

Hizo una pausa, que Noelia rompió por él.

—Y esa misma noche la pasó contigo y ya no se marchó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que no tardé más de unos días en darme cuenta de que era inaguantable. Iba a media tarde al teatro a trabajar y, como no tenía nada que hacer el resto del día, me perseguía por toda la casa. Entraba en mi despacho sin previo aviso cuando estaba escribiendo y me interrumpía para preguntarme si le quedaba mejor un pantalón de cuadros o uno azul marino, con lo que me hacía perder el hilo de la historia que estaba inventando. Los escritores necesitamos silencio y tranquilidad y llegó un momento en el que no la pude soportar más, por lo que le dije que habíamos terminado y que me dejara en paz.

—¿Sucedió eso el mismo día en el que desapareció?

—No, mucho antes.

—¿Y se fue?

—Ese día sí, pero en otros anteriores empezaba a gritar, me llamaba de todo y después salía de mi despacho como una tromba y se autolesionaba, para después presentarse en una comisaría a denunciarme por maltrato, con lo que a continuación se presentaba en mi casa la policía, a comprobar qué le había hecho, y luego me detenía, así que pasaba la noche en el calabozo.

—¿Cuántas veces te denunció por maltrato?

—Tres. En las tres ocasiones, a las setenta y dos horas, me tomó declaración un juez y me mandó a mi casa, no sin efectuarme toda clase de advertencias. Pensé cada una de esas veces que, tras al numerito que había montado Ada, se habría largado con viento fresco y que tendría la enorme suerte de no volverla a ver, pero me pasé de optimista. Estaba en casa esperándome y cuando regresé, se me colgó del cuello, me pidió que la perdonara y a continuación retiró la denuncia.

Le observó Noelia incrédulamente.

—Creo que sería preferible que me dijera la verdad, que me la dijeras— se corrigió—. Mi papel no consiste en reconvenirte, pero estoy muy ocupada y no tengo tiempo de escuchar cuentos. ¿Qué fue en realidad lo que pasó?

—Lo que te acabo de referir— insistió, con la expresión de un chiquillo al que hubiera regañado injustamente—. Esa escenita se repitió cada vez que pretendí que se marchara por donde había venido. Vivo en un chalé de una sola planta, rodeado de un jardín, en la colonia de El Salvador, en las cercanías de Arturo Soria. En la acera de enfrente y en un chalé antiguo, que acusa el paso de los años, vive una chica que debe de trabajar en remoto. Esa casa tiene una buhardilla debajo del tejado en la que esa muchacha debe de haber instalado su despacho y desde la que se domina el jardín de mi chalé. Desde allí presenciaba esa vecina nuestras trifulcas. Últimamente nos peleábamos Ada y yo a diario, unas veces en el jardín y otras dentro del edificio, pero siempre a gritos. Nos veía a través de la ventana, porque estaba allí, en esa buhardilla, a todas horas. Si no me crees, puedes preguntárselo a ella.

—¿Qué es lo que le puedo preguntar? —inquirió Noelia sarcásticamente—. ¿Si os oía discutir? Eso no lo pongo en duda. Lo que no tengo tan claro es que no le pegaras cada vez que

te dio oportunidad y siempre que discutíais.

Se la quedó mirando como si no pudiera dar crédito a lo que le acababa de oír.

—¿Me crees de verdad capaz de pegarle a una chica que no me llegaba al hombro y que no tenía media bofetada? Nunca le puse la mano encima a Ada ni a ninguna otra. Aunque gritarle, sí le grité— admitió—. Y puedo asegurarte que menos de lo que se merecía.

Parecía tan sincero, que Noelia llegó a preguntarse si no estaría diciéndole la verdad. La experiencia que tenía de casos similares le advertía que no debería fiarse de él, pero no pudo evitar que empezara a inspirarle cierta simpatía.

—Está bien, pasaremos eso por alto y nos centraremos en lo importante. No recuerdo cuantas veces ocurrió lo que me has contado.

—¿Te refieres a que se autolesionara a raíz de una gresca y me denunciara por ello? Se golpeaba la cara contra la pared hasta que le sangraba la nariz. Se pellizcaba hasta que conseguía ostentar unos cuantos moretones y, desgredada, y con la ropa rasgada se presentaba en la comisaría más próxima. Tengo que reconocer que su trabajo en la teatro le había ayudado, porque representaba el papel de víctima de un maltratador a las mil maravillas.

—Sí, ¿pero cuantas veces te denunció?

—Por lo menos tres y en las tres retiró la denuncia, en cuanto volví a casa, donde la encontré hecha un mar de lágrimas. Recuerdo que en las tres ocasiones la vio esa vecina salir del chalé sangrando por la nariz y montarse en su coche para dirigirse a la comisaría. Supongo que el inspector habrá llegado a la conclusión de que Ada no se ha marchado voluntariamente, sino que la he matado yo.

Sintió Noelia al oírle como si hubiera recibido un aldabonazo en el pecho y, sobresaltada, se inclinó hacia él sobre la mesa.

—¿Y lo hiciste?

Le dio la impresión de que Esteban no la había entendido, porque se quedó inmóvil sin parpadear y sin apartar la mirada de ella.

—¿Yo? — pronunció al fin con dificultad—. No, claro que no, ¿por quién me has tomado?

No le contestó Noelia. No podía decirle que había acudido a la comisaría con la convicción de que eran ciertos los hechos que la chica había denunciado, porque no se le había ocurrido que pudiera haberlos inventado, pero ya no estaba tan segura de que no hubiera sido así.

—Te lo preguntaré de otra manera. ¿Qué fue lo que pasó el último día, antes de que desapareciera?

Se mesó Esteban con evidente ansiedad su revuelto cabello oscuro y se rebulló inquieto en la silla que ocupaba.

—Últimamente he estado poco inspirado— empezó a decirle—. Mi editor me había estado llamando a diario para que le entregara el manuscrito de la novela que estaba escribiendo y que no conseguía acabar, porque Ada no me dejaba tranquilo. Tengo una piscina cubierta en el chalé y tan pronto entraba en mi despacho a pedirme que me bañara con ella, como para enseñarme el jersey que se había comprado, o para referirme como la piropeaban los hombres por la calle. El caso era no dejarme en paz. Creo que a la mayoría de los escritores le irrita tanto como a mí que les interrumpen cuando están en un punto crucial de la trama que están desarrollando, y reconozco que a mí me saca de quicio.

—¿Y qué hiciste?

—Le grité. Le dije a voces que si la piropeaba algún incauto, sería porque no la conocía bastante y no habría tenido que aguantarla como yo y que lo mejor que podía hacer era

marcharse con uno de ellos, si es que había sido más de uno. Entonces me arrojó a la cara un cuenco con cereales que llevaba en la mano y me acertó de lleno. Luego intentó arañarme, por lo que me la quité de encima, empujándola— le explicó —. Se cayó al suelo sentada y cuando consiguió ponerse a gatas me mordió en la pantorrilla. Luego se levantó e intentó clavarme el cortaplumas que tengo encima de la mesa del despacho. En ese momento sonó el teléfono. Era mi editor. Lo cogió ella y le gritó que era un imbécil que me había confundido con un esclavo, lo que no le iba a permitir. Le colgó de golpe y...

—¿Y qué?

—Que la agarré por el jersey y la saqué al porche de la casa. La obligué a empujones a recorrer el jardín, que no es muy grande, y, en cuanto con un último empujón logré que saliera a la calle, cerré la cancela con llave para que no pudiera volver a entrar.

—¿Y qué hizo ella?

Llamar al timbre durante más de media hora. Después, debió de convencerse de que no la iba a abrir y se marchó, porque no la he vuelto a ver.

—¿Se marchó sin llevarse su ropa ni su bolso ni ninguna de sus pertenencias?

—Sí, claro, no le di oportunidad. Supongo que llevaría el móvil en el bolsillo de su pantalón, así que imagino que llamaría a un taxi.

—Pero si no llevaba dinero...

—Pues llamaría entonces a alguno de sus múltiples admiradores. Lo que sí recuerdo es la última frase que me dedicó desde el otro lado de la cancela. Me gritó que se vengaría de mí y eso es lo que debe de estar haciendo. Aparentemente ha desaparecido, por lo que una compañera de trabajo, que es amiga suya, me ha denunciado, y la policía me ha detenido, sospechando que la he matado yo. Si sigue escondiéndose y no aparece, me voy a ver en un aprieto. Me juzgarán por asesinato y me condenarán.

Consideré Noelia que lo que acababa de decir era lo más probable. No acababa de decantarse sobre si debía darle verosimilitud a lo que le había referido y creer en su inocencia o decidir que le había contado un cuento. Sabía que pocas veces las personas que han cometido un delito se sinceran con su abogado y Esteban podía ser uno más, pero la ética profesional la obligaba a aconsejarle lo que pudiera ser más conveniente para él cuando le tomaran declaración, por lo que le preguntó:

—¿La vio alguien marcharse esa tarde? ¿Tienes personal de servicio en tu casa?

Negó Esteban con la cabeza.

—No, porque me molesta la gente. Hace ruido y no me deja escribir. Solo una señora que viene por las mañanas a hacerme la limpieza y ya se había marchado cuando sucedió lo que te he referido. Se llama Magdalena.

—¿Y quién es esa amiga de ella, que ha denunciado su desaparición?

—Un chica que trabaja como acomodadora en el mismo teatro. Admitió Ada que le había hablado de mí y que le había dicho que yo era una especie de monstruo, que le sacudía en cuanto abría la boca. Será eso lo que habrá motivado que la policía haya actuado con tanta premura y que ese inspector esté tan seguro de mi culpabilidad.

Contó Noelia con los dedos los días que habían transcurrido desde que Esteban echara a su novia de su casa. Una semana tan solo. No cabía duda de que Peláez había creído la versión de la amiga y se preguntó nuevamente si sería verdad, pero como los minutos estaban transcurriendo muy deprisa y no tardaría el inspector en presentarse en la estancia en la que se hallaban a tomarle declaración, dejó de darle vueltas al asunto y le preguntó:

—¿Y esa vecina de la que me ha hablado? ¿Estaba en la ventana cuando sacaste a la

chica a la calle? En caso afirmativo, nos sería de mucha ayuda.

El moreno semblante de Esteban se iluminó.

—Sí, sí lo estaba. Lo sé, porque antes de cerrar la cancela del jardín y dejar a Ada en la calle, levanté la mirada hacia ella y la vi. Es una joven rubia, de la que no sé su nombre, pero que, como te he dicho, vive en un chalé que debe de tener muchos años. Si el inspector la interrogara, se convencería de que yo no le he hecho nada a Ada y me dejaría en paz. Puede que viva ahora con otro que la mantenga y por esa razón no haya vuelto al teatro, puede que se haya marchado a Puerto Rico o que... Es que es portorriqueña. Había venido a España con un visado de estudiante.

—Pero en ese caso, ¿por qué no coge el teléfono cuando la llama esa amiga? — le interrumpió desconfiadamente Noelia.

—Es posible que haya perdido el móvil o que lo dejara en mi casa— alegó él con el ceño fruncido como si se lo estuviera preguntando a sí mismo.

—¿No lo has comprobado?

—No. Tengo que acabar la novela que estoy escribiendo, porque me comprometí a entregársela a mi editor la semana próxima y es lo que he estado intentando hacer. Hasta que me han detenido no he salido de mi despacho.

Consultó Noelia su reloj y se inclinó impaciente hacia él para preguntarle:

—¿Le dijiste a la policía, cuando te detuvo, que tenías un testigo que podía corroborar que Ada se había marchado de tu casa por su pie y en perfecto estado de salud? Porque supongo que ese día no tuvo tiempo de autolesionarse.

—No, no le di oportunidad. Y tampoco la he tenido de darle ningún tipo de explicaciones a los agentes que se presentaron en mi casa con una orden judicial, porque me soltaron una retahíla de los derechos que me asistían y me recomendaron que no pronunciara una sola palabra sin que estuvieras tú presente.

Sonrió irónicamente Noelia imaginando la escena.

—Pues entonces se lo haremos saber ahora mismo a Peláez para que le tome inmediatamente declaración a esa vecina tuya. Si ratifica lo que me has dicho, casi con toda seguridad te dejará en libertad en el acto.

—¿Y si se lo toma con calma y la cita la semana que viene?

—No puede hacerlo, porque solo dispone de setenta y dos horas para retenerte, pero, si compruebo que está dispuesto a apurarlas, iré yo misma a buscar a esa chica y la traeré de una oreja.

Sintió fijos en su rostro la mirada de él.

—Gracias— le dijo tan solo.

Capítulo 3

Le dolía la cabeza. Se había levantado más tarde que de costumbre porque no había oído del despertador y de vez en cuando desviaba la mirada de la pantalla de su ordenador para atisbar el chalé de enfrente. Había visto el día anterior cómo se llevaba la policía a su dueño esposado, y las persianas de las ventanas seguían bajadas, por lo que se preguntó si estaría retenido en un calabozo de la comisaria, porque era evidente que no había nadie en la casa desde entonces.

Llevaba en remoto Delia la contabilidad de una empresa de tejidos, a la que solo acudía presencialmente un par de veces al mes, y a menudo le pesaba la soledad de su existencia, aunque giraba ésta en derredor de la de su vecino. Había comprado él el chalé de la acera de enfrente cinco años antes y desde la primera vez que le vio se había quedado ella sin aliento, porque no había visto nunca a un hombre tan guapo. Era muy jovencilla entonces y cursaba en la universidad la carrera de económicas, pero en cuanto regresaba a casa subía hasta el desván, desde cuya ventana se dominaba ese jardín, y también a él escribiendo incansablemente en el ordenador junto a la ventana de una habitación que debía de utilizar como despacho, porque apenas si salía de esa estancia.

Por aquel entonces estaba casado. Su mujer era una rubia de cabello ensortijado que dedicaba todo su tiempo a nadar en la piscina cubierta, a realizar flexiones en el gimnasio que tenían en el sótano, o a tomar el sol en el jardín.

La pareja se llevaba mal. Delia oía como le reconvenía ella por no prestarle la atención que creía merecer y los exabruptos con los que le correspondía él, que, según le decía, necesitaba silencio para poder escribir. Fue él el que pidió el divorcio y el que consiguió una sentencia favorable a la disolución de su matrimonio, pese a que se opuso ella, que trató de impedirlo por todos los medios a su alcance. Le seguía lloriqueándole por toda la casa, lo que no fue obstáculo para que le exigiera la mitad de los ingresos que había obtenido él con la venta de sus libros, a lo que el juez le dio la razón. Le pareció a Delia injusto, porque en su opinión la rubia era un parásito que no había aportado a la sociedad de gananciales, que habían disuelto, otro esfuerzo ni otro mérito que el de darse buena vida mientras duró.

A raíz del divorcio de esa pareja, su padre había instalado su despacho en el desván. La casa tenía dos plantas y una habitación sobre esta última, bajo el tejado, a la que se subía por una escalera de madera que arrancaba al final del pasillo. Acondicionaron ese cuarto, que su progenitor utilizaba solo a ratos como despacho, porque la mayor parte del día trabajaba en un periódico. Aprovechaba Delia cuando su padre no estaba para fisgonear desde la ventana de esa habitación la casa de enfrente y, cuando él se jubiló y decidió de acuerdo con su madre comprar un apartamento en Torrevieja e irse a vivir en él, instaló definitivamente el suyo en esa estancia. Había terminado ya la carrera y conseguido trabajo en una empresa y el cometido que le había sido contratado por ésta podía realizarlo en remoto, por lo que permanecía la mayor parte del día junto a esa ventana, que le permitía verle escribiendo a todas horas.

Se había hecho ilusiones tras el divorcio de él. Había estado saliendo con un chico, que la dejó en cuanto advirtió que no tenía ojos más que para el escritor, pero una nefasta mañana, tres meses atrás, en la que nada más levantarse se había apresurado a subir la persiana de su despacho para otear el chalé de él y verle desayunar en el jardín, su decepción había sido inconmensurable. Le había conceptualizado como un ermitaño, porque no recibía más visitas que la de un señor bajito y barrigón, que debía de ser su editor, y así y todo muy de tarde en tarde, pero ese día no estaba

solo. Le vio salir al jardín con un batín sobre el pijama, acompañado por una chica que vestía una bata de encaje sobre un vaporoso camisón y que se sentó a su lado en la mesa, a la sombra de la pérgola. Era evidente que se sentían muy a gusto el uno con la otra y se quedó mirándoles de hito en hito, con la amarga sensación de que aquel día tan soleado, que preludiaba la llegada del verano, se había poblado de negros nubarrones. Sus tontos sueños se vinieron abajo en el lapso de un segundo y permaneció quieta, semi oculta tras los visillos blancos de la ventana, preguntándose qué habría visto el escritor en esa joven. Era guapa y llamativa, pero indiscutiblemente poco refinada.

También con ésta se llevaba mal él y en los días que siguieron mantuvieron continuas grescas, tan ruidosas, que alteraban la rutina de la colonia de hotelitos y la silenciosa paz que allí se respiraba. La chica era muy guapa, aunque vulgar. Morena, con una larga melena oscura y unos grandes ojos bordeados de pestañas, poseía una figura excesivamente curvilínea que debía llamar la atención por dondequiera que anduviese, ya que además vestía una ropa muy llamativa, un par de tallas menor de la que le correspondía. Se pintaba demasiado además. Su imagen respondía a la de una animadora de cabaré de ínfimo nivel, o eso consideraba Delia, aunque se reconocía a sí misma que su crítica no era imparcial.

En el lapso de tiempo que había mediado entre las dos parejas que había tenido el escritor, se había hecho Delia la encontradiza con éste y cuando le veía salir a la calle con la bolsa de la basura en la mano para depositarla en el contenedor que se ubicaba en la esquina con la calle más próxima, corría ella a hacer lo mismo con la suya, con la intención de hablar con él y que esos encuentros derivaran en una relación más íntima, pero no había conseguido despertar en su vecino el menor interés. Se limitaba a saludarla escuetamente y regresaba apresuradamente a su guarida para encerrarse en la habitación de siempre a seguir aporreando el ordenador.

A menudo, y al volver de esas correrías, se había analizado en el espejo del cuarto de baño, preguntándose si su aspecto habría desmerecido últimamente y esa fuera la causa. Había perdido el bronceado del verano, porque pasaba la mayor parte del día entre cuatro paredes, pero seguía siendo una bonita joven de tez morena, herencia de su madre, con unos ojos claros que destacaban en un rostro enmarcado por una melena castaña con alguna que otra mecha dorada. Se decía entonces que su indiferencia debía obedecer a otro motivo.

Pese a que no parecía verla, no había tirado la toalla. Era un hombre tan seductor, tan atractivo... Sabía que era un escritor famoso a sus treinta y tantos años y había devorado todas sus novelas con la esperanza de tener ocasión de comentárselas y lograr de esa forma que se fijara en ella, aunque hasta la fecha habías sido en vano, porque no reparaba en su existencia, cuando corría por la calle tras él, tirando de la bolsa.

Por fortuna, también ese idilio había durado poco. Bien porque se hubieran casado o solamente emparejado, desde aquella mañana la chica vivía con él, pero a sus continuas broncas debieron sumarse otras situaciones más críticas, porque al menos en tres ocasiones atisbó desde su ventana cómo abría bruscamente ella la puerta del chalé y salía corriendo por el jardín a medio vestir, como si huyera del mismo diablo. En esa guisa, y llorando como una Magdalena, lo atravesaba para desembocar hipando en la calle y subirse a su automóvil, que era un viejo trasto de segunda mano que aparcaba siempre junto a la acera, porque en el garaje guardaba él el suyo no había espacio para los dos. Luego arrancaba para perderse con su vehículo cuesta abajo.

Cada vez que como espectadora había contemplado esa escena había supuesto que la relación que mantenían se habría roto, pero tuvo que reconocerse pesarosamente a sí misma en todas ellas que se había pasado de optimista y que se había equivocado, porque poco más tarde había regresado ella en su coche. Volvía escoltada por un automóvil de la policía, del que se

habían bajado dos agentes que, tras llamar a la puerta y hablar durante unos segundos con el escritor, se lo habían llevado esposado, mientras que la chica, desmelenada y con pinta de cabaretera, le veía ir, sollozando desde el porche.

Volvía él a su casa unos días después. Suponía Delia que durante ese lapso de tiempo había estado encerrado en un calabozo, pero debía de haber olvidado la morena el motivo por el que anteriormente le habían denunciado, o también era posible que le hubiera perdonado, porque le recibía entre más lloros. Se le colgaba del cuello, aunque su vecino solía quitársela de encima con malos modos, pese a que la chica insistía en abrazarle entre gimoteos, corriendo detrás de él por el jardín. Se notaba a la legua que el escritor no la soportaba, por lo que Delia imaginaba que no tardaría en producirse la ruptura definitiva.

Y al fin, el milagro había tenido lugar el jueves anterior. Ese día el enfrentamiento de los dos alcanzó su cenit. Se gritaron dentro de la casa y siguieron gritándose en el jardín, mientras su vecino la sacaba a empujones, la obligaba a atravesar el jardín, y a empujón limpio la hacía salir a la calle, cerrando después la puerta de la valla para que no pudiera volver a entrar. La había emprendido ella a patadas contra esa puerta, gritando que le abriera, pero cuando al cabo de media hora se cansó y comprendió que él no tenía la menor intención de hacerlo, se resignó y con la cabeza baja se alejó caminando hacia la avenida central de Arturo Soria.

Estuvo a punto Delia de brincar de pura satisfacción, incluso miró la fecha en el calendario que tenía sobre la mesa para apuntar el triunfo en la hoja que indicaba que era el tres de mayo. Era ese un día glorioso. De nuevo estaba libre él y tenía ahora una nueva oportunidad. Se dirigió al cuarto de baño, se cepilló la melena, se pintó ligeramente, se cambió después la ropa de casa que llevaba para enfundarse en su pantalón nuevo y en el jersey que se había comprado poco antes y esperó a que anocheciera sentada en la mesa en la que trabajaba sin perder de vista la casa vecina, pero no salió a la calle él. Unas horas más tarde bajó la persiana y apagó la luz, lo que repitió en los días que siguieron, en los que continuó escribiendo, sin tomarse un respiro para hacer la compra ni para tirar la basura.

Delia sí tuvo que hacerlo. Al anochecer cerraba el ordenador y una vez a la semana iba al supermercado. Fue precisamente la tarde anterior, cuando al regresar vio llegar a la policía, que se lo llevó esposado, lo mismo que las tres veces anteriores. Había oído en el informativo de la televisión que se buscaba a la chica morena, por cuya desaparición se había detenido como presunto culpable al escritor, pero debía tratarse de un error. Ella la había visto salir por su pie de la casa y marcharse caminando hacia la avenida de Arturo Soria, por lo que suponía que le dejarían libre en cuanto él lo declarara así.

Esa tarde no le había cundido su trabajo. Desviaba continuamente la mirada de la pantalla del ordenador para bajarla hasta la calle, solitaria y silenciosa, por la que esperaba verle aparecer en un taxi, pero solo muy de tarde en tarde pasaba algún automóvil bajo su ventana y se perdía cuesta abajo, ajeno por completo a la ansiedad con la que aquella chica había esperado que el ruido de su motor fuera el presagio del regreso que anhelaba.

Se sentía muy desanimada cuando se acostó. Dio mil vueltas en la cama imaginándole tumbado boca arriba en el jergón del calabozo y con la mirada fija en el techo. Se preguntó en qué pruebas se habrían basado para retenerle tanto tiempo, porque había transcurrido al menos una semana desde que había echado a la morenaza con la que convivía y no podía ésta estar durante tanto tiempo sin dar señales de vida. Aparecería en cualquier momento y tendría entonces la policía que reconocer su error y que disculparse con él, aunque no sabía si entraba esa conducta dentro de sus métodos o se limitaría a encogerse de hombros.

Inquieta, se repitió a sí misma que en cualquier caso ya no tardaría y se arrebujó bajo las

sábanas, al tiempo que una corriente de aire fresco que procedía del pasillo las agitó y le dio de lleno en el rostro, por lo que se alarmó. ¿Habría entrado alguien en la casa?

Con la frente perlada de sudor se sentó en el lecho y aguzó el oído. No se escuchaba el menor sonido que indicara la presencia de un extraño en la planta baja. Estaba segura de haber cerrado las dos puertas de la casa, de la principal y la de la cocina, y de haber echado el cerrojo y las aldabas de las dos. Lo hacía en cuanto anochecía por miedo a que alguien pudiera asaltarla, ya que, como vivía sola y el chalé era grande y destartado, necesitaba extremar las precauciones para sentirse tranquila, mientras veía la televisión en el salón. Por fortuna las ventanas de esa planta tenían reja y no era fácil que un ladrón pudiera acceder a las de los dormitorios desde la calle, pero quizás pudiera forzar cualquiera de las dos puertas y probablemente no lo oiría ella desde su cuarto.

Se levantó y de puntillas se acercó a la puerta de la habitación y la entreabrió. Un silencio denso envolvía el chalé, pero una ráfaga viento que recorría el pasillo le adhirió los pantalones del pijama a las piernas y le dispersó el cabello en todas direcciones. Provenía del fondo del corredor, donde se iniciaba la escalera por la que se accedía a su despacho, por lo que se preguntó si se habría dejado abierta la ventana, cuando esa tarde había desconectado el ordenador al finalizar su jornada laboral. No podía reproducir con exactitud cuales habían sido sus movimientos. Sí recordaba la frustración que iba sintiendo conforme atardecía sin que se produjera el anhelado regreso de él y el desánimo con el que había bajado la desvencijada escalera de madera para encaminarse al salón a poner en funcionamiento el televisor a la espera de unas noticias que no habían versado sobre el asunto que le preocupaba.

Era más que probable que se hubiera dejado abierta la ventana, por lo que se puso la bata sobre el pijama, y, tras recorrer el pasillo de esa planta, subió la escalera de madera que se iniciaba al fondo de aquél y entró sin encender la luz en la estancia a la que se dirigía. Efectivamente la ventana estaba abierta y se le aproximó para cerrarla, pero no llegó a hacerlo. Se detuvo ante ella para observar incrédulamente el jardín vecino con los ojos desmesuradamente abiertos. La casa estaba a oscuras y se perfilaba como un manchón negro contra un cielo del mismo color, pero el jardín estaba tenuemente iluminado por la luz de una linterna. Vio en él una desdibujada silueta que se inclinaba una y otra vez sobre la tierra. ¿Qué es lo que estaría haciendo?

No llegó a averiguarlo, porque se retiró de la ventana al notar que esa sombra interrumpía su faena y que levantaba la cabeza. Hubiera asegurado que la estaba mirando, aunque apenas si distinguía otra cosa que el difuso contorno que parecía corresponder a un ser humano. Sobresaltada, la cerró y de puntillas, como si temiera que pudiera oír sus pasos, echó a correr hacia la escalera y cuando llegó a su cuarto se metió en la cama y se tapó con las sábanas hasta los ojos.

Ese día se había levantado tarde y no vio a nadie en el jardín, aunque sí notó que había un macizo de flores, que antes no existía. ¿Sería eso lo que estaba haciendo el hombre que había atisbado? En ese caso tenía que ser el jardinero del escritor, pero no volvió éste a presentarse en el chalé. Ni él ni ninguna otra persona.

Las persianas de la casa seguían bajadas, pero pensó que, como en las ocasiones anteriores, no tardaría en volver Esteban y que esta vez no perdería la oportunidad de reencontrarse con su ídolo junto al contenedor de la basura, que estaba en la esquina de la calle, por lo que se dirigió seguidamente a la cocina. Con la bolsa en la mano, regresó a su despachito y ocupó nuevamente su lugar junto a la ventana sin perder de vista la calle, por donde esperaba verle regresar.

Había planeado alabarle su última novela para retenerle durante el mayor tiempo posible, pero transcurrieron un par de horas sin que diera él señales de vida. Las persianas de las ventanas seguían echadas y el farolillo del pocho apagado como si la casa estuviera abandonada, por lo que se preguntó qué habría ocurrido esa vez, porque a esa horas debería verse alguna actividad en el chalé, al menos la de la señora de la limpieza que se presentaba todas las mañanas y era una señora de unos sesenta años, que, como todos los que le rodeaban, parecía adorar al escritor.

Seguía doliéndole la cabeza. Tanto esperar la ocasión que había creído tener al alcance de la mano le había atirantado los nervios. Era evidente que él no había aparecido aún, por lo que debía dejar de vigilar su casa. Lo que tenía que hacer era tomarse un analgésico y acabar la dichosa contabilidad de la empresa, antes de que su jefe la llamase al orden.

Como una autómatas se encaminó hacia el cuarto de baño, en cuyo armario guardaba esas pastillas, y comprobó fastidiada que el frasco no estaba en su interior. Recordó que lo había tirado al tomar la última el día anterior y decidió bajar a la farmacia más próxima que se hallaba a una manzana de su casa. Descolgaría el teléfono para que si la llamaba su jefe mientras tanto no pudiera pensar que se había escaqueado durante su jornada laboral y en unos minutos habría regresado.

El sol brillaba en lo más alto y a principios del mes de mayo la temperatura era más que templada, por lo que no necesitaba ponerse una chaqueta encima del jersey de manga corta ni cambiarse de pantalón. Se limitó por lo tanto a sacar su bolso del armario y con él en la mano bajó la renqueante escalera de madera, tomó luego la que descendía hasta el vestíbulo, lo atravesó y salió al jardín, pequeño y descuidado. Se dijo que debería arrancar las malas hierbas y plantar rosales, pero cuando a media tarde daba su trabajo por finalizado no le quedaban ánimos para otra cosa que para bajar a la sala de estar y encender el televisor. Y sus padres desaprobaban que lo tuviera tan abandonado. Aunque ahora vivieran en Torrevieja, volvían de cuando en cuando a pasar unos días con su hija.

Con un suspiro salió a la calle. El sol caía de plano y olía a flores, por lo que bajó la cuesta diciéndose que debería salir más a menudo y olvidarse a ser posible del vecino que la tenía trastornada. Cuando llegó a la calle de Arturo Soria, vio que el semáforo estaba en ámbar para los peatones, pero pensó que si se daba prisa podría cruzar antes de que cambiara de color, por lo que bajó el pie de la acera y echó a correr. Un coche rojo arrancó en ese momento y se la llevó por delante lanzándola unos metros más allá. Sintió Delia un dolor agudo y luego... nada.

Capítulo 4

Era ya cerca del mediodía cuando Noelia salió de la comisaría y se dirigió a su bufete. El sol que penetraba a raudales a través de la ventana le daba en la espalda a Flor, que estaba en la antesala escribiendo en el ordenador, pero interrumpió su tarea al oírla entrar para, deslumbrada, volverse hacia ella con los ojos guiñados.

—¿Cómo vienes tan tarde? — le preguntó, tras consultar su reloj—. Estabas citada en esa comisaría a primera hora de la mañana. ¿Te ha ocurrido algo?

Dejó escapar ella un desalentado suspiro.

—Pues sí. He pasado todo ese tiempo con el escritor y a ratos con el inspector Peláez, esperando a que dieran con un testigo que vive en el chalé de enfrente al de él, al otro lado de la calle. Finalmente no la han encontrado, así que la cosa no ha podido ir peor. Si no aparece, pondrán mañana a ese hombre a disposición judicial y mucho me temo que el juez instructor le envíe directamente a la cárcel, porque todas las pruebas están en contra suya.

Parpadeó la secretaria sin comprender, llevándose una mano a su corta melenita, como si temiera tenerla en desorden, y esbozó luego un gesto de incompreensión, enarcando ambas cejas.

—¿De qué me estás hablando? No será de ese maltratador y posible asesino al que te negabas a defender, ¿verdad?

Cansadamente, se dejó caer Noelia en la silla que la otra tenía frente a su mesa.

—Pues sí, te estoy hablando de Esteban Sotomayor, del escritor al que han detenido como sospechoso de ser el causante de la desaparición de la chica que vivía con él.

—¿Pero no decías que en cuanto le tomaran declaración la policía y el juez le dirías que no podías hacerte cargo de su caso y que se buscara a otro abogado?

—Lo decía, sí— admitió ella— pero he cambiado de opinión.

—¿Y por qué? ¿Te ha convencido de que es inocente?

Lo consideró Noelia en silencio. Había bajado la cabeza y parecía observar la raya de su pantalón como si le interesara de una forma especial, pero en realidad se lo estaba preguntando a sí misma.

—No sé si me ha convencido. Puede que me haya contado un cuento chino, aunque también es posible que sea cierto, porque las denuncias falsas son frecuentes y él me ha asegurado que nunca le levantó la mano. Que ella se autolesionaba cuando se peleaban y se presentaba en un estado lastimoso en la comisaría. Al parecer, estaba harto de ella y en la última gresca que mantuvieron la echó de su casa. Me ha dicho que una vecina, que vive en la acera de enfrente de su calle y que desde su ventana ve lo que sucede en el chalé de él, fue testigo de que el día de autos la sacó a empujones a la calle y cerró seguidamente la puerta del jardín. Habían tenido una fuerte discusión y no le permitió que recogiera sus cosas ni las llaves de su coche, que estaba estacionado junto a la acera, por lo que, según él, se marchó con lo puesto y a pie. Que esa es la razón de que las pertenencias de esa chica e incluso su automóvil continúen en el chalé.

—¿Y crees que te ha dicho la verdad?

—No lo sé, pero parecía sincero.

—O sea, que la declaración de esa vecina es determinante.

—Sí. Peláez ha tratado de localizarla. La policía dispone de muchos medios y una vez que han averiguado que se llama Delia Fernández la han llamado por teléfono sin obtener respuesta. Luego han ido dos agentes a buscarla a su casa con el mismo resultado infructuoso.

Las persianas del chalé estaban subidas, lo que parece indicar que está habitado, pero no les ha abierto nadie la puerta.

—Ya. Por esa razón te has quedado toda la mañana en la comisaría, esperando el resultado de esa búsqueda, pero como finalmente no han dado con ella, te has venido, ¿no ha sido así?

—Sí— admitió cansinamente.

—Y crees que, si no aparece, el juez le mandará a la cárcel.

—Sí.

—Bueno, no es culpa tuya, así que no te desanimes. Puede que esa chica se haya ido de rebajas o que se haya citado con un chico y se estén dando un paseo por ahí, porque hace un día precioso. Si el juez decreta la prisión provisional del escritor, recurres contra el Auto y, si en el interregno da la testigo señales de vida, mejor que mejor.

Se lo decía tratando de animarla, pero no consiguió convencerla de que la primera de las posibilidades no fuera tan grave.

—Se ve que no has estado nunca en la cárcel— refunfuñó Noelia.

—¿Y tú sí?

—Recluida no, pero en el locutorio miles de veces y es responsabilidad mía lograr que mi cliente no la pise, si la acusación que pesa sobre él obedece a un malentendido o a una argucia de la que se ha valido ella por despecho, con la intención de arruinarle la vida.

—¿Tú crees?

—Las denuncias falsas por malos tratos son más frecuentes de lo que la gente imagina y cabe en lo posible que esa chica haya pretendido vengarse de él y se haya marchado a Puerto Rico fingiendo su desaparición.

—¿Por qué a Puerto Rico? — trató de averiguar la secretaria.

—Porque es puertorriqueña. Antes de mudarse al chalé del escritor compartía el piso con una amiga que trabaja como acomodadora en el mismo teatro y es la que ha denunciado que desde el jueves de la semana pasada no se ha presentado a cumplir el cometido para que el que la contrataron, que consiste en maquillar a los actores.

—¿Y tampoco ha vuelto a dormir a ese piso?

—No. Se la ha tragado la tierra. Peláez ha quedado en avisarme si encuentran a la vecina y su declaración es convincente, porque en ese caso dejarían al escritor en libertad y no tendría que presentarme mañana en el juzgado de violencia contra la mujer a asistirle en su declaración ante el juez.

Asintió gravemente Flor.

—Claro, si como has dicho, esa muchacha se ha largado a su país sin dejar rastro se la ha jugado bien a ese pobre hombre, porque todo parece acusarle. ¿Qué impresión te ha causado él?

Esbozó Noelia un gesto vago.

—Pues... se nota que está muy pagado de sí mismo, pero lo raro sería que no lo estuviera. Físicamente es muy guapo y tengo entendido que además es un magnífico escritor. Yo no he leído ninguna de sus novelas.

—Pero lo harás ahora y, como siempre, te volcarás en su caso y tratarás de impedir que lo metan en chirona. ¿A que no me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Pues olvídale por unos minutos y relájate, porque te voy a dar una gran noticia. Miriam ha venido esta mañana y está en su despacho.

—¿Y cómo se encuentra?

Le sonrió la otra con picardía.

—Bien, dentro de lo que cabe. Pero no te voy a decir más, porque quiere ella comunicártelo personalmente, así que relega al escritor, a la testigo y al inspector Peláez al último rincón de tu mente y ve.

No tuvo Noelia que hacérselo repetir. Se levantó en el acto de la silla y se dirigió apresuradamente hacia el pasillo que se iniciaba en esa estancia, cuya segunda puerta daba acceso al despacho de la aludida. Miriam estaba sentada tras su mesa escribiendo en el ordenador y levantó la mirada al oírla entrar. Al verla le sonrió. Era una joven muy bonita y de aspecto delicado, rubia, con unos grandes ojos azules y una figura estilizada. Se puso en pie y bordeó la mesa para recibir a la recién llegada, que la abrazó.

—Enhorabuena, ¿te encuentras bien?

Hizo Miriam un gesto evasivo, con el que parecía querer decir que era preferible obviar ese tema.

—Regular, pero sé que los tres primeros meses son los peores.

—¿Y cómo se lo ha tomado Adrián? Imagino que estará como loco de contento.

—Sí que lo está. Me mima además como si considerara que me he convertido en un objeto frágil y temiera que en cualquier momento me pudiera romper.

—Y hace muy bien. No se te ocurra venir a la oficina los días en los que tengas el estómago revuelto. Nos sobra trabajo en estos momentos pero podemos buscar a una persona que te sustituya para que puedas disfrutar de tu embarazo en tu casa, dándote aire y con los pies en alto.

—No creo que sea necesario— protestó Miriam—. Me acuerdo perfectamente de cómo llevaste tú el de María y de que no faltaste al despacho ni un solo día.

También se acordaba Noelia y no precisamente con añoranza. Los primeros meses sentía unas náuseas espantosas y los últimos apenas si cabía en la butaca por lo mucho que engordó.

—No falté ni un solo día, porque por aquel entonces no podíamos permitirnos el lujo de contratar a nadie, pero ahora es diferente— objetó, sentándose frente a ella al otro lado de la mesa— Estoy segura además de que Gabriel se prestará a hacerse cargo de muchos de los asuntos que llevas tú.

—Pues no veo que hayas delegado en él la asistencia a un detenido que has tenido esta mañana y de la que debería haberme ocupado yo— objetó con un mohín de reproche—. ¿Cómo te ha ido?

—Mal— repuso lacónicamente Noelia.

—¿Por qué? Me ha dicho Flor que se trata de un escritor famoso.

—Sí. Es muy guapo además y lo sabe. Me pregunto si me habrá dicho la verdad, porque las apariencias no pueden serle más adversas. Le denunció la chica con la que vivía más de una vez por maltrato y su desaparición ha sido denunciada ahora por una compañera, ya que lleva varios días sin presentarse en el teatro donde trabajaba. La policía ha registrado la casa y ha encontrado en el armario del dormitorio la ropa de ella y todas sus pertenencias y aparcado en la calle, su coche. Él me ha asegurado que la echó después de una bronca monumental que mantuvieron, en la que se dejó llevar por un arrebato y la sacó materialmente a empujones a la calle, pero que salió del chalé vivita coleando y por su pie.

—¿Y no ha regresado a recoger sus cosas?

—No, no ha vuelto a saber de ella desde el jueves de la semana pasada.

—No es fácil saber cuándo te mienten los clientes— reconoció Miriam dubitativamente—. Algunos son verdaderos maestros en el arte de tergiversar los hechos y de asegurarte con la

mejor cara de inocencia que el mundo se ha confabulado contra ellos para atribuirle un delito que no han cometido. Te daré mi opinión cuando le ponga la policía a disposición judicial, porque no voy a abusar de ti y a permitir que me sustituyas. Iré yo al juzgado, cuando le citen para ser interrogado.

Meneó Noelia negativamente la cabeza.

—De eso, nada. Si aparece la testigo que la vio marcharse, no será necesario y si no aparece, seré yo la que le asista. Es posible que, en plena diligencia, te diera un paraflús y tuvieras que salir corriendo para el cuarto de baño, dejando al juez pasmado y al escritor con la palabra en la boca. Sería un descrédito para este despacho.

Se echaron a reír las dos imaginándolo, pero no tuvieron tiempo de continuar embromándose, porque en ese momento entró Flor apresuradamente en el despacho sin llamar previamente a la puerta, lo que en ella era por completo anómalo. Miriam clavó su mirada en la secretaria con gesto interrogante y Noelia giró hacia ella la cabeza con las cejas enarcadas.

—¿Pasa algo? —inquirió esta última.

—Pasa, que ha llamado el inspector Peláez preguntando por ti, pero me ha dado la noticia para que te la transmita. Han encontrado a la testigo que buscabais.

Dejó escapar Noelia un suspiro de alivio al tiempo que se ponía en pie.

—¿Ha vuelto a su casa?

—No, la ha atropellado un coche y el conductor la ha llevado al hospital de La Paz. Al parecer está inconsciente y la están sometiendo a unas pruebas. Peláez ha pedido que le avisen en cuanto esté en condiciones de hacerle unas preguntas.

Los ojos oscuros de Noelia brillaron de satisfacción.

—Pero eso es estupendo. Si es cierto lo que Esteban me ha dicho y efectivamente vio salir del chalé a esa chica, le dejarán en libertad, al menos hasta que constaten el motivo por el que ha desaparecido, por lo que no tendremos que ir al juzgado mañana ni tú ni yo— le dijo a Miriam.

—Sí que lo es— aseveró ésta.

Capítulo 5

Abrió Delia los ojos y parpadeó tratando de enfocar la pared que tenía enfrente de la cama. Luego desvió la mirada a su alrededor. Estaba acostada en una habitación que desconocía y a la que no sabía cómo había llegado. Vio otra cama a su derecha que estaba vacía e intentó incorporarse, pero el dolor que sintió en el costado la obligó a desistir y a dejarse caer nuevamente sobre el lecho llevándose una mano a esa zona. También le dolía la cabeza. Se preguntó dónde estaría y quien sería el individuo que estaba de pie junto a su lecho y al que solo distinguía borrosamente. Llevaba una bata blanca y se inclinaba hacia ella en ese momento sonriéndole paternalmente.

—¿Cómo te encuentras? — le preguntó.

No supo en un primer momento qué contestar. Notaba la mente espesa, desorientada. Hizo intención de responderle con un gesto vago, pero solo consiguió esbozar un puchero.

—No lo sé— replicó con un hilo de voz—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital de La Paz. Has sufrido un accidente, ¿no lo recuerdas?

—No. Creo que... creo que había salido de casa para ir... para ir a alguna parte, pero no sé a dónde.

La imagen de ese hombre, que debía de ser un médico, se fue aclarando paulatinamente en su retina. Rondaría la cincuentena y, era de mediana estatura. Llevaba unas gafas sin montura, y un fonendoscopio colgado del cuello.

—¿Sabes cómo te llamas? — inquirió, sin dejar de sonreírle.

Luchó ella por bucear en su memoria buscando ese dato y dos lagrimones de impotencia se desprendieron de sus ojos.

—No, no lo sé. Ni tampoco qué hago aquí. Tenía que... no me acuerdo— repitió— no consigo precisarlo.

Notó la mano de él sobre la suya y las palmaditas tranquilizadoras que le propinó, mientras le decía:

—Te llamas Delia Fernández. Vives en la calle del Álamo número 3 y eres economista. A eso de las once de esta mañana has salido de tu casa y has cruzado la calle por el paso de peatones, cuando el semáforo estaba en rojo. Te ha atropellado un coche y el conductor te ha traído a este hospital. ¿Lo recuerdas ahora?

Se quedó mirándole con los ojos muy abiertos tratando dificultosamente de asimilar la información que le estaba dando, pero terminó por denegar con la cabeza, con lo que la habitación pareció girar a su alrededor y los cerró agarrándose a la cama.

—No, no me acuerdo de nada— musitó llorosa—. ¿Quién me ha atropellado y por qué?

—Un conductor, ya te lo he dicho. Te ha traído él y está aquí, a mi lado.

Entrecerró Delia los ojos. La luz del atardecer que se filtraba por la ventana la deslumbraba y distinguió con dificultad otra silueta, que debía de estar detrás del médico cuando se le adelantó a éste y se situó en su campo de visión. Era un joven que vestía un pantalón gris y una cazadora de piel negra y que le sonreía con la intención de tranquilizarla, aunque le dio la impresión de que estaba más asustado que ella. No recordaba haberle visto anteriormente en toda su vida, aunque ya no estaba segura de eso, ni de nada. Le pareció que la observaba ansiosamente.

—Lamento lo ocurrido— le dijo entrecortadamente, como si hubiera llegado hasta su

habitación corriendo—. Has cruzado la calle sin fijarte en que se había cerrado el semáforo para los peatones y, aunque he frenado, no he podido evitar que mi coche se te llevara por delante. Iba con prisa para llegar a tiempo a una entrevista de trabajo y he arrancado en cuanto ha cambiado de color. Tú... tú caminabas como una autómatas, con la cabeza en otra parte.

—Ya— musitó, preguntándose qué podría haber motivado que se comportara de esa forma. Aunque de una manera nebulosa, revivió algunas de las sensaciones que había experimentado en ese instante. El olor a flores y a tierra removida cuando salió de un jardín, que debía de ser el de su casa. El calor del sol sobre su rostro y el dolor... ¿Qué era lo que le dolía? Le dolía el pecho y el costado. ¿Pero dónde iba y por qué circulaba por la calle tan ensimismada que no se había fijado en que la cruzaba cuando no estaba permitido el paso?

—Vivo en la misma urbanización que tú— siguió diciéndole él—. Algunas veces hemos coincidido en el supermercado y en una ocasión te alcancé un bote de ajos tiernos que estaba en un estante muy alto, porque tú no llegabas— Ante la expresión de ignorancia de ella, añadió—: Me llamo Marcos Valladares. Creo que me presenté esa tarde y sé que te acompañé a tu casa tirando del carrito que llevabas, porque no podías con todo lo que habías comprado, pero no sé si me recuerdas.

Hizo un esfuerzo Delia por fijar en él su mirada y analizar sus facciones. No tendría más edad que ella misma y poseía un abundante y alborotado cabello castaño con algunas mechas más claras, que se empeñaba en resbalarle hasta las cejas y que se retiró con impaciencia. La observaba ansiosamente con unos ojos castaños y brillantes, que volvió luego hacia el médico, al que le sacaba un par de palmos de estatura para preguntarle en un susurro:

—¿Es normal que no se acuerde de nada?

—Sí, claro que sí— repuso éste, también a media voz—. Es relativamente frecuente, pero por regla general es cuestión de poco tiempo que el paciente vaya recuperando sus recuerdos.

Le oyó Delia, aunque sin acabar de comprender lo que decía y escudriñó después el semblante del más joven buscando algún detalle que le permitiera localizar el incidente al que había aludido, pero sintió la mente vacía, como si esa mañana se iniciara su existencia y careciera de cualquier referencia anterior.

—Lo siento, no— murmuró apenas—. No me acuerdo de nada— se lamentó dirigiéndose al médico— ¿Qué es lo que me pasa?

—Nada que deba preocuparte demasiado— repuso él—. Tienes dos costillas fracturadas y has sufrido un traumatismo craneoencefálico del que se deriva la amnesia que padeces. En tus circunstancias es un síndrome relativamente frecuente y por regla general el paciente va recuperando paulatinamente la memoria, así que no debes preocuparte. Los recuerdos volverán.

—¿Tengo amnesia?

—Sí, temporalmente sí— Le pareció que vacilaba, se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y finalmente se decidió—: Voy a hacerte una pregunta— le dijo—, pero no quiero que te alteres si no me la puedes contestar. ¿Te acuerdas de un vecino que vive en un chalé, enfrente del tuyo? Concretamente en el número dos de tu calle.

Frunció Delia la frente luchando por disipar la neblina que invadía su cerebro. La visión de una ventana y del panorama que se divisaba a través de ella se fue abriendo paso entre los retazos confusos y deshilvanados de algo que no llegaba a concretar, aunque sabía que era importante para ella.

—¿En el número dos? — inquirió.

—Sí, vive allí un escritor muy conocido. Se llama Esteban Sotomayor y es joven, alto, moreno y delgado. Vivía hasta hace poco con una chica sudamericana y es posible que les hayas

visto en el jardín desde tu casa, porque la tuya queda en lo alto de la cuesta de la calle y trabajas en una habitación, que antes fue una buhardilla. ¿Te suena algo de lo que te he dicho?

—¿Un escritor? — balbuceó—. No sé. Creo que no.

—Está bien, pero no importa, porque ya lo irás recordando.

—¿Cuándo? — inquirió angustiada— Noto la mente en blanco, como si me hubieran borrado todas mis vivencias, aunque...

—Sí, ¿qué ibas a decir?

—Que sé... sé que tengo padres, aunque no viven conmigo. Sé que vivo sola desde que se marcharon, aunque no recuerdo a dónde.

—Ya les ha avisado la policía y se han puesto en camino, así que no tardarás en verlos. Tienes que procurar no alterarte y tomarte con calma tu situación. Los recuerdos irán volviendo a tu mente poco a poco Y ahora procura descansar. Pasaré luego a verte.

Salió el médico de la habitación y el chico que la había atropellado hizo intención de seguirle, pero al llegar a la puerta se arrepintió y volvió sobre sus pasos para aproximarse nuevamente a su cama y decirle:

—Quiero ofrecerte para lo que necesites. Me siento culpable del accidente que has sufrido, aunque la culpa no haya sido mía. Sé que trabajas en una empresa de tejidos a la que habrá que comunicarle tu situación para que sepan que por el momento estás de baja. Puedo hacerlo yo.

—¿Trabajo en una empresa de tejidos? — le preguntó Delia con curiosidad.

—Sí, le llevas la contabilidad, pero en remoto.

—¿Y tú cómo lo sabes? — trató de averiguar algo perpleja.

—Porque me lo dijiste tú la tarde en la que te alcancé el bote.

Nuevamente trató ella de rememorar ese suceso, pero solo logró evocar los largos y concurridos pasillos del supermercado en los que tropezaba a menudo con muchos desconocidos. Captó la decepción de su interlocutor al darse cuenta de que para ella no había tenido ese encuentro la trascendencia que le daba él y se apresuró a procurar paliársela.

—Perdona. No me acuerdo, pero de casi nada de mi vida anterior. No sé tampoco por qué me preguntaba el médico por un escritor, que por lo visto vive enfrente de mi casa. ¿Sabes tú quién es?

—Sí, claro que lo sé. Es un tipo raro con el que también he coincidido a veces en el supermercado. Últimamente hacía la compra la chica con la que vivía, una sudamericana morena, muy guapa, porque al parecer él es una especie de ermitaño que no salía de su casa más que lo imprescindible y se pasaba el día escribiendo. Me lo contó ella un tarde en el que estuvimos guardando una larga cola para llegar hasta la caja y pagar.

—¿Y qué más te contó?

—Que era estilista y trabajaba en un teatro maquillando a los actores, y que en ese teatro le había conocido a él, pero que pensaba retirarse en cuanto se casaran, lo que harían en breve. Lo estuvo alabando luego durante un buen rato, como si fuera una especie de ídolo sobrenatural. Pero no sé si te estoy molestando y necesitas que te deje sola para que descanses.

—No, no. No estoy cansada, solo desorientada. Cuéntame algo más de ese escritor y aclárame, si lo sabes, el motivo por el que el médico me ha preguntado por él. ¿Era amigo mío?

—No lo sé, pero supongo que no, porque, como te he dicho, no era un tipo sociable, sino más bien todo lo contrario. Te lo ha preguntado, porque al parecer debe tener ese hombre un problema con la justicia y habrá pensado que como vives enfrente es posible que hayas visto algo. Supongo que sabes que su pareja le había denunciado repetidamente por malos tratos,

porque la noticia se publicó en todos los periódicos, dado que es un escritor muy conocido.

—¿Por malos tratos? — repitió sorprendida en tono interrogante— ¿No acabas de decirme que en el supermercado te lo puso ella por las nubes?

—Sí, saltaba a la vista que estaba tonta por él y que era una chica muy vehemente. Exageradamente vehemente, diría yo.

—Pues no me lo explico. ¿Te fijaste en si presentaba moretones en la cara o en los brazos?

—Me fijé, porque era muy guapa. Una morenaza de pelo largo y negro con unos ojos que llamaban la atención, pero no, no los tenía. Me pareció también que era poco instruida y que su acento denotaba que su procedencia carecía de refinamiento. Construía mal las frases e intercalaba palabras malsonantes, pero quizás el motivo fuera que era extranjera, de Puerto Rico.

—¿Y qué le ha pasado a esa chica?

—Que ha desaparecido sin dejar rastro, después de haberse peleado con él.

—Lo que me preguntaba el médico entonces es si les vi discutiendo, ¿verdad? — inquirió Delia con vaguedad llevándose una mano a la frente. Notó que la tenía vendada y sintió que le dolía terriblemente. También le dolía el costado bajo el camión del hospital pero en esa zona no le habían puesto ninguna clase de apósito. Él esperaba su respuesta, por lo que procuró concretar los jirones nebulosos de algo que pugnaba por asomarse a su cerebro y se dispersaba antes de haber aflorado y de adquirir forma. Sin saber por qué asoció esas imágenes a la silueta desdibujada de un hombre en una noche oscura. Le pareció recordar que le había visto de día cortando el césped e incluso creyó percibir el olor y el ruido del aparato que manejaba, pero no logró recuperar la de ese tipo alto y delgado al que había aludido el médico, por lo que estuvo a punto de echarse a llorar—. ¿Qué es lo que convendría que hubiera visto? — insistió, controlando a duras penas un hipido.

—Nada, perdona. No debería haber contestado a lo que me has preguntado. Me voy a marchar para dejarte tranquila, pero volveré a verte mañana y, si puedo ayudarte en algo, en lo que sea, no dejes de decírmelo. Hasta mañana.

Salió silenciosamente y Delia cerró los ojos lamentando que se hubiera ido, porque durante el rato en el que había estado hablando con él, aunque impotente, no se había sentido tan terriblemente sola. Un lagrimón le corrió por la mejilla y se lo enjugó de un manotazo.

Capítulo 6

A media tarde llamó Peláez a Noelia para informarla de que la vecina del escritor que podría confirmar la versión de los hechos que había dado éste sufría temporalmente amnesia postraumática a consecuencia de un accidente de tráfico que había sufrido esa mañana. Por esa razón había solicitado del juez de instrucción la prolongación de la detención de su cliente hasta el período máximo de cuarenta y ocho horas, previsto como máximo en la ley para dar tiempo así a la testigo a que se recuperara. Como le había sido concedido ese aplazamiento, no procedía que se presentase en el juzgado al día siguiente para asistir a Esteban Sotomayor en su declaración.

La noticia la dejó anonadada en un primer momento, ya que no podía ser más inoportuna la amnesia de esa chica para los intereses de su cliente. No le pareció probable que durante esa moratoria recuperase la memoria y estuviera en condiciones de testificar y se preguntó qué sucedería en el supuesto de que no la recobrase nunca y de que no fuera localizada la expareja del escritor. Como mínimo, viviría éste el resto de sus días bajo la sospecha de que la había asesinado en un arrebato de furor, con el previsible recelo que le acarrearía en su entorno más próximo y quizás también en su carrera literaria.

Acodada en su mesa rememoró punto por punto lo que éste le había referido en la entrevista que habían mantenido, preguntándose por enésima vez si le habría dicho la verdad. De ser cierto que las denuncias que había presentado contra él la mujer con la que entonces convivía fueran falsas y que igualmente su desaparición fuera fingida, demostrarlo sería peliagudo si no podía contar con la muchacha accidentada. Le imaginó en el calabozo en el que estaría recluido ahora, consultando impaciente el reloj, sin saber que la única testigo que podía ayudarle no se acordaba ni de cómo se llamaba. ¿Cómo se lo tomaría al enterarse?

Gabriel entró en su despacho en ese momento. Venía a enseñarle el contrato de arrendamiento de un local de negocio, que acababa de encargarle una empresa de cosméticos, para que le diera su opinión, pero no llegó a entregarle los folios en los que lo había redactado. Se quedó con ellos en la mano observándola con el ceño fruncido y finalmente optó por sentarse frente a ella y preguntarle:

—¿Te pasa algo?

Salió Noelia de su ensimismamiento e intentó sonreírle, lo que no acabó de conseguir.

—Pues... sí, estoy fastidiada o más bien deprimida... O las dos cosas. Creía tener una testigo que podía ser trascendental para la inmediata puesta en libertad de un hombre al que han detenido, y ha perdido la memoria.

—¿Así, de repente? — inquirió él sorprendido.

Era Gabriel un joven bien parecido, que respondía al estereotipo de intelectual, con sus gafas de concha y su aire de despiste, aunque en realidad era extremadamente concienzudo. El derecho era su vida y aunque fuera el abogado más joven del bufete y el que poseía menor experiencia, solía adoptar paradójicamente con las dos chicas la actitud dogmática de un profesor y las aleccionaba siempre que se le presentaba la ocasión, lo que no se correspondía con el nivel de conocimientos de los tres, sobre todo con los de Noelia, que superaba ampliamente a los otros dos en ese terreno.

—No, de repente no. La ha atropellado un coche y, por lo que me ha dicho el inspector Peláez, no se acuerda de nada.

—Ya. ¿Y qué vas a hacer?

No se le había ocurrido a ella, pero en ese momento lo decidió.

—Voy a ir a verla. Sé que está ingresada en La Paz, así que iré a visitarla ahora mismo. No espero a ningún visitante más esta tarde, de modo que la aprovecharé para conocerla y hacerme una idea de lo que podemos esperar.

Meneó Gabriel reprobadoramente la cabeza.

—No me parece oportuno y probablemente no te dejarán entrar en su habitación y mucho menos interrogarla. Tengo entendido que la amnesia postraumática es temporal, de modo que tendrás que esperar a que esa testigo vaya recordando lo que pasó que pueda beneficiar a tu detenido.

—Claro— farfulló irritada—. Ya sé que tendré que esperar, pero no sé si se te ha ocurrido que es posible que a mi cliente le metan en chirona mientras tanto y esté allí contando las horas y haciendo rogativas para que las neuronas de esa chica se le pongan en funcionamiento. Puede que ese milagro se produzca dentro de un minuto o de veinte años.

—Bueno, no te enfades— replicó él, levantando ambas manos para recomendarle que se calmase—. Tú no tienes la culpa de que a esa testigo la hayan atropellado, ni de que no se acuerde de lo que presenció, ni de que a ese hombre le hayan detenido como posible autor de un delito del que no sabemos si lo ha cometido. Te tomas la defensa de tus clientes como si la acusada fueras tú y es imprescindible en un buen profesional mantener la cabeza fría en toda circunstancia.

—Y el corazón también, ¿no? — se burló ella.

—Las emociones están de más en un abogado— sentenció él con un gesto que denotaba que no acababa de entender el significado del sustantivo aplicado al caso—. Te involucras demasiado en la defensa de las personas que encomiendan tus servicios jurídicos. Si, como me ha dicho Flor, ese hombre es un maltratador y, para colmo, ha matado a su pareja, le estaría muy bien empleado que le cayesen veinte años. En la cárcel tendría tiempo sobrado para reflexionar y para darse golpes de pecho.

—Por supuesto que sí— corroboró ella—. Pero es que no está tan claro que la haya matado.

—En ese caso, yo de ti no me preocuparía tanto. El maltrato está muy poco penado. Como mucho le caerían a tu cliente dos años de prisión, que no cumpliría si no tiene antecedentes, porque le concederían la remisión condicional. Probablemente tendría que respetar tan solo la orden de alejamiento que dictara el juez respecto de esa chica y eso no es muy grave.

—Pero es que no es eso lo que me preocupa— protestó ella.

— ¿No?, ¿qué es entonces?

—Que sea inocente y que por una serie de coincidencias desafortunadas el juez decreta su prisión provisional, mientras instruye el sumario. A raíz de la última pelotera que mantuvo la pareja a grito limpio, ha desaparecido esa joven de la faz de la tierra, ¿comprendes? Probablemente les habrá oído todo el barrio y si los demás vecinos son citados a declarar, testificarán que sus discusiones eran muy violentas y que la han visto más de una vez salir corriendo a la calle con claros signos de haber sido golpeada. Imagina que esas denuncias fueran falsas y que las hubiera presentado por despecho en cada una de las ocasiones en las que acudió a la comisaría en un estado lamentable por las lesiones que ella misma se había infligido y que ahora se haya escondido en alguna parte para que cunda la sospecha de que la matado.

Lo consideró él unos segundos en silencio mesándose su abundante cabello castaño.

—Por la mera sospecha no se puede condenar a nadie— alegó.

—Dependería de las pruebas indiciarias que concurrieran— objetó Noelia— De que el

tribunal pudiera deducir razonablemente de ellas la culpabilidad del escritor.

—Reconozco que en ese caso sería una verdadera faena la que esa mujer le haría a ese pobre hombre— admitió—. Una venganza propia de un sádico, pero te repito que en ninguna de las dos posibilidades está en tu mano la solución. Márchate a tu casa a ver a tu marido y a tu hija y mañana será otro día.

—Y pasado mañana, dos más— le remedó Noelia con ironía—. Y no digamos cuando transcurra una semana. Serán siete nada menos. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me encoja de hombros y me vaya al cine con Alex para despejarme? No cabe duda de que sería muy cómodo que, sin plantearme nada más, me convenciera a mí misma de que, como hay muchos hombres que maltratan a sus parejas, sin duda éste es uno más.

—Yo no he dicho eso— protestó Gabriel—. He tratado de hacerte ver que estás haciendo lo que puedes y que como no está en tu mano resolverlo...

—Que sí, que sí— le interrumpió—. Ya me he enterado y no voy a hacerte caso. Me marcho ahora mismo al hospital.

—Pero espera— le pidió él reteniéndola por un brazo cuando, después de levantarse, bordeó la mesa y pasó por su lado. He venido a enseñarte el contrato que acabo de redactar para que me des tu opinión.

Le cogió Noelia los papeles y les echó una rápida hojeada. Luego se los devolvió con expresión complacida.

—Está muy bien.

—¿Pero lo has leído?

—Claro que lo he leído.

Cogió su bolso, se lo colgó del hombro y se dirigió a la puerta. Desde allí se volvió hacia él para decirle:

—Hasta mañana, ya te contaré.

—Pero oye...

No aguardó a que terminara la frase y salió al pasillo. En la antesala se despidió de la secretaria, que no le preguntó a donde iba, ya que por la hora que era supuso que se marchaba a su casa, y en cuanto llegó a la calle tomó un taxi.

En la recepción del hospital preguntó por la habitación de la paciente y como le indicaron que se hallaba en la cuarta planta, subió en el ascensor, que la dejó en un largo pasillo, en el que fue consultando los números que veía en las puertas, hasta que llegó a la que buscaba y llamó con los nudillos. Una señora bajita y regordeta la abrió y le sonrió al verla.

—¿Eres una amiga suya? — le preguntó—. Soy su madre. Probablemente no te recuerde, pero se alegrará de verte. Pasa, pasa.

Aunque era obvio que le complacía que hubiera ido a visitar su hija, se sintió incómoda Noelia e incluso se preguntó si tendría razón Gabriel y estaría invadiendo la intimidad de una muchacha que necesitaba descanso y tranquilidad. Estuvo tentada de dar media vuelta y de marcharse por donde había venido, pero rememoró al escritor, al que imaginó sentado en su camastro, contando las horas que aún deberían transcurrir para que volviese a ver la luz del día, y se dijo que no le perjudicaría a la paciente mantener una charla sin aludir concretamente a lo que le interesaba saber. Siguió por lo tanto a la otra dentro de la habitación para aproximarse a la cama en la que estaba acostada una chica, porque en la otra no había nadie.

Se encontraba tumbada boca arriba, con la cabeza vendada, y giró la cabeza hacia ella al oírla acercarse. Oscuros moratones cercaban sus ojos y descendían hasta su barbilla, pero aun así advirtió Noelia que era muy bonita. Se la quedó mirando inexpresivamente mientras ella le decía:

—Hola Delia, ¿cómo estás?

—Es una amiga tuya— le oyó decir a su madre, que se había quedado a su espalda—. Ha venido a verte.

Se sintió Noelia analizada por la joven, que no dejó traslucir emoción alguna mientras escrutaba su semblante. Luego le dijo con una voz apenas audible:

—Perdona, si no me acuerdo de tí. ¿Cómo te llamas?

—Noelia— repuso ella—. No es necesario que intentes hacer memoria. Solo quiero que sepas que siento mucho lo que te ha pasado y que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias— musitó.

—Os voy a dejar solas para que os contéis vuestras cosas—le dijo su madre a Noelia—. Voy a aprovechar tu estancia para bajar a la cafetería a tomar algo, porque suelo merendar y tengo en el estómago un run run molestísimo, pero no te marches hasta que vuelva, ¿eh?

—Descuide— replicó ella—. Márchese tranquila que le haré compañía a Delia hasta que usted regrese.

Se volvió hacia la paciente cuando la señora salió al pasillo y se sintió nuevamente observada por los grandes ojos claros de ésta, en los que pudo leer un sinfín de desalentados interrogantes.

—¿De qué nos conocemos? — inquirió tras su análisis visual.

No le contestó Noelia a esa pregunta. Le sonrió tan solo y manifestó evasivamente:

—Soy abogado. ¿Sabes ya cuando te darán el alta?

—No, el médico no me ha dicho nada y... no sé si voy a estar en condiciones de volver a vivir sola en mi casa, cuando lo haga. Mi madre se ha ofrecido a quedarse conmigo una temporada, pero no quiero ser una carga para ella. Mi padre está delicado y aunque ha venido a verme en cuanto han llegado los dos a Madrid, se ha tenido que marchar a echarse un rato. No puede mi madre ocuparse de los dos.

—¿Está él en tu casa?

—Sí, pero es de mis padres, no es mía. Compraron un apartamento en Torrevieja cuando se jubilaron y yo me quedé aquí, porque me había colocado anteriormente como economista en una empresa de tejidos y no quise dejar mi empleo.

—Sí, ya lo sé— manifestó Noelia, que efectivamente estaba al tanto de esos detalles, ya que los había comunicado Peláez—. ¿Lo has recordado tú?

—No, me lo ha dicho mi madre— manifestó trasluciendo un inmenso abatimiento. A ellos sí les he reconocido— siguió diciéndole—. Aunque en un primer momento me he quedado mirándolos sin saber a ciencia cierta donde les había visto antes, luego... cuando mi madre me ha abrazado...

—Claro, el lazo que une a una madre con su hija y viceversa es muy fuerte— corroboró ella, preguntándose si obraría bien al tratar de sondear en la mente de la otra los recuerdos que pudiera mantener. Como no llegó a una conclusión clara, optó por arriesgarse, aunque luego sintiera remordimientos, y le dijo—: Quizás pueda ayudarte yo describiéndote donde vives y la clase de existencia que llevabas antes del accidente.

—Porque éramos amigas, ¿verdad? — insistió en averiguar Delia— Debemos tener una edad muy similar

—Yo soy unos meses mayor que tú— se aventuró a decirle Noelia.

—¿Y fuimos juntas al instituto?

—No, pero eso da lo mismo. Verás, vives en una colonia de chalés que se llama El Salvador, cercana a la calle de Arturo Soria. El tuyo, el de tus padres, tiene dos plantas, además

de una buhardilla bajo el tejado y, como trabajas en remoto, utilizas esa habitación como despacho.

Entrecerró Delia los ojos haciendo un esfuerzo por imaginarlo.

—Sí— dijo tan solo.

—La calle es muy tranquila y por la ventana de ese despacho ves el jardín del chalé de enfrente, que tiene una sola planta y cuya fachada es blanca.

Abrió los ojos de improviso y los clavó en ella como alucinada.

—Sí, creo recordar una pradera verde, que debe de ser ese jardín y...

—¿Y qué?

—Sí, y a alguien que hacía ruido. Olía a hierba.

—¿Era el dueño de la casa?

Lo consideró Delia llevándose una mano a la venda que le cubría la frente.

—No, no lo sé. Empujaba una máquina segadora y olía... ya te he dicho cómo.

—¿Y cómo era ese hombre?

Volvió a vacilar la otra.

—Pues... no lo sé, no me acuerdo de su cara. Solo que era moreno, mal vestido, y fornido.

No respondía esa descripción a la del escritor, por lo que supuso Noelia que se trataba del jardinero y continuó diciéndole:

—Llevas la contabilidad de la empresa en tu ordenador. Tu mesa está al lado de la ventana y...

La estaba escuchando Delia con atención y asintió con un gesto.

—Sí, aunque sea absurdo, el Plan General Contable no lo he olvidado. Podría incluso describirte su cuadro de cuentas, ¿no te parece incomprensible?

—No, el cerebro de una persona es muy complicado, pero es una suerte que el accidente no haya afectado a los conocimientos de los que te vales para desempeñar tu trabajo, porque podrás retomarlos en cuanto vuelvas a tu casa.

Le sonrió más animada y le dijo:

—Me alegro mucho de que hayas venido a verme y espero que repitas tu visita en cuanto te sea posible. Hemos debido de ser muy buenas amigas, ¿verdad? Quiero que sigamos siéndolo cuando me recupere.

Tampoco esa vez le contestó Noelia. Por fortuna, el regreso de la madre de la otra evitó que tuviera que inventarse un pasado que no existía y se levantó de la silla para despedirse.

—¿Vendrás otro día? — insistió Delia—. Tenemos que seguir con lo que hemos dejado a medias y que me ha ayudado mucho. No sé por qué, pero asocio esa pradera verde con algo que debería saber y que para mí es importante.

Capítulo 7

Dos días más tarde y a primera hora de la mañana, tomó Noelia el metro para dirigirse a al juzgado de violencia contra la mujer, donde iba a ser interrogado Esteban esa mañana. Aunque corría el mes de mayo, hacía frío cuando subió apresuradamente las escaleras del suburbano y echó a correr para entrar en el vestíbulo de ese edificio, en el que, como de costumbre, se aglomeraba un gentío. Sorteó la cola que se había formado ante el funcionario que verificaba la identidad de los asistentes antes de dejarles pasar y echó a correr por el largo pasillo para tomar el ascensor. Temía llegar tarde y aunque efectivamente ya habían sobrepasado las agujas de su reloj la hora a la que la habían citado, aun tuvo que esperar quince minutos más sentada en un banco, frente a la puerta de la sala donde se iba a celebrar la diligencia.

También en ese banco sintió frío. Por el ventanal que tenía a su espalda penetraba una luz grisácea más propia del invierno que de la primavera, pero como aún no había amanecido, no podía apreciarse el cambio de estación. En el trámite que iba a celebrarse no había un turno preestablecido en el que los letrados supieran con exactitud el orden en el que subirían de los calabozos, sitios en el sótano, al detenido al que tenían que asistir, y compadeció a Miriam, ya que era la que últimamente se ocupaba de esa gestión.

Bostezó un par de veces, consultó otras tantas el reloj y al fin se abrió esa puerta y salió por ella el abogado de un individuo que iba esposado y que, entre dos guardias civiles, siguió camino por el largo pasillo hacia el ascensor que se hallaba al fondo. La cabina ascendió en ese momento a la planta y al abrirse la puerta vio salir a Esteban, escoltado también por otros dos guardias civiles y los tres se encaminaron a su encuentro. Debía precederles, por lo que entró en la sala, en la que se hallaba el juez de instrucción en el estrado, sentado tras su mesa, con el fiscal a un lado y el secretario judicial al otro. Tomó ella asiento en el estrado lateral de la izquierda y seguidamente se presentaron los dos guardias civiles que llevaban entre ellos al escritor. Estaba pálido y despeinado e intercambió con Noelia una mirada que en absoluto traslucía ya la petulancia de que hacía gala el día en el que le había conocido en la comisaría. Se adelantó entre los agentes hasta la mesa del juez, quien le preguntó en primer término si había sido informado del posible delito de violencia de género del que se le acusaba, a lo que Esteban contestó afirmativamente, y a continuación si se declaraba culpable o inocente del mismo. Cuando él repuso que era inocente le pidió que le refiriese lo que había sucedido el día tres de mayo entre doña Ada Rodríguez Colón y él y el motivo de la desaparición de esta.

—Discutimos— repuso él con su bien timbrada voz de barítono—. Soy escritor y le dije que necesitaba silencio y tranquilidad para inspirarme y seguir redactando la trama de mi novela y ella se enfadó. Me dijo que estaba harta de vagar de puntillas y en solitario por la casa y de que no se pudiera contar conmigo para nada. Que a ella no le gustaba la vida de ermitaños que llevábamos, encerrados en el chalé, sin asistir a fiestas ni a diversiones, y le contesté que nadie la obligaba a seguir viviendo conmigo y que sería un descanso para mí perderla de vista. A gritos me llamó de todo, me arrojó un cuenco de cereales a la cabeza y me dio de lleno en la frente. Entonces le enseñé la puerta, la de la casa y la del jardín. Estaba tan furiosa, que ni tan siquiera recogió sus cosas. Se marchó a pie y con lo puesto.

Arqueó el juez incrédulamente las cejas.

—¿Y no se llevó su ropa? La policía registró la casa y vio que seguía estando dentro del armario del dormitorio de ustedes dos.

—No, señor, ni tampoco su coche. Pensé que volvería a hacer la maleta en cuanto se le pasara el berrinche, pero lo cierto es que no regresó.

Era tan absurdo que esa chica, aún en el caso de que hubiera sufrido un ataque de ira contra su expareja, se hubiera marchado de la casa de éste sin llevarse sus pertenencias y su automóvil, que por un instante temió Noelia que el juez le enviara directamente a prisión sin hacerle más preguntas, pero no fue así. Era un hombre bajito, con unas grandes entradas en la cabeza y aire bonachón, que se limitó a observarle con el ceño fruncido.

—¿Y dónde cree usted que pudo ir? ¿Dónde vivía anteriormente?

—En la plaza de Santa Anta, en un pequeño apartamento que compartía con una amiga, que trabaja como acomodadora en el mismo teatro que ella— repuso Esteban sin una sola vacilación.

Bajó el juez la mirada hacia unos papeles que tenía encima de la mesa y tras hojearlos rápidamente, se inclinó hacia él sobre la mesa para decirle:

—Obra en las actuaciones la declaración que ante la policía ha efectuado esa amiga, en la que ha testificado que el miércoles anterior, día dos, fue el último en el que doña Ada fue a trabajar y que desde entonces no ha vuelto a verla. ¿Tiene idea de a dónde ha podido ir?

Esbozó Esteban un gesto de ignorancia. Advirtió Noelia que emanaba de él una cierta fascinación, a la que no eran ajenos los presentes. Era un hombre tan bien plantado y con un aire tan distinguido, que parecía imposible que hubiera podido agredir a una joven ni cometer el delito por el que había sido detenido.

—No lo sé— repuso—. Ada es puertorriqueña. Tal vez haya regresado a su país. Vino a España con un permiso de estudios, pero lo cierto es que no se matriculó en ningún centro docente y que su nivel académico era muy bajo.

Intercambiaron el juez y el fiscal una mirada de escepticismo, antes de que el primero se dirigiera nuevamente al detenido.

—¿Durante cuánto tiempo han convivido ustedes dos?

—Pues... aproximadamente unos tres meses. Cuando la conocí en el teatro Cervantes durante el entreacto de una obra, me pareció una joven risueña y divertida. Estaba maquillando a la protagonista de la función y al finalizar ésta se vino a tomar una copa a mi casa, de donde ya no se marchó. En ningún momento dio muestras de ser la especie de pantera en que se convertía cuando se enfadaba, lo que sucedía muy a menudo.

—¿Y usted no? —masculló el juez adoptando por primera vez un tono sarcástico— Durante ese espacio de tiempo ella le ha denunciado a usted en tres ocasiones por malos tratos.

Asintió él con un suspiro de resignación.

—Sí, pero yo me limité a gritarle en esas tres ocasiones. Nunca le puse la mano encima. Cada vez que enganchaba una rabieta, porque, según ella, no le hacía el caso que se merecía, me amenazaba con arruinarme la vida, a la par que me rompía todos los objetos frágiles que encontraba a mano. Me advertía que llevara cuidado con ella, porque más de uno había acabado en la cárcel antes que yo por no saber a quién se enfrentaba. En las tres ocasiones en las que me denunció falsamente por maltrato, se autolesionó golpeándose la cabeza contra la pared hasta que logró que le sangrara la nariz. Como era su profesión, sabía cómo maquillarse para que a primera vista pareciese que había sufrido una paliza y a continuación se presentaba desmelenada en una comisaría y me denunciaba, llorando, y chorreando sangre. En ninguna de esas veces la reconoció un médico para que constataste que efectivamente hubiera recibido una tunda, pero en las tres fui detenido y pasé la noche en el calabozo.

Era ese el procedimiento habitual que seguía la policía ante una denuncia por maltrato y

no eran pocas las que se recibían en las comisarías que no respondían a la verdad. Esteban parecía sincero por lo que el juez y el fiscal volvieron a intercambiar una mirada con la que parecían preguntarse si el detenido que tenían delante no sería en realidad una víctima.

—¿Y dentro de las setenta y dos horas siguientes fue puesto las tres veces a disposición judicial? —inquirió el juez observándole inquisitivamente.

Hizo Esteban un gesto con el que parecía querer decir que había tenido que soportar lo indecible por culpa de ella.

—No, no, señor. A primera hora de la mañana siguiente se presentaba Ada en la comisaría a retirar la denuncia y me pedía perdón lloriqueando en cuanto me subían del calabozo. Me decía que se había dejado llevar por un arrebató, pero que no volvería a suceder.

Volvió a escrutar su rostro el juez. Advirtió Noelia que se debatía entre la duda de si le estaría diciendo la verdad o la de si era un maestro del fingimiento. Sin duda se estaba diciendo que no cabía descartar la posibilidad de que la chica que había aparentado ser una víctima fuera exclusivamente una histérica o una mujer vengativa. Cuchicheó durante unos segundos con el fiscal y finalmente le dijo:

—No han contado las fuerzas de seguridad con el tiempo necesario para completar la investigación, por lo que voy a decretar su libertad con cargos, con la obligación de presentarse en el juzgado el día primero de cada mes y la retirada de su pasaporte. Puede marcharse.

Giró la cabeza Esteban hacia Noelia y durante una décima de segundo captó ella la expresión de triunfo que asomó a su rostro, aunque desapareció tan rápidamente que llegó a preguntarse ella si la habría visto en realidad. Seguidamente la siguió hasta el pasillo entre los dos guardias civiles, que allí les dejaron solos y continuaron ruta hacia el ascensor que llevaba a los calabozos. Cuando ya no podían oírle, le preguntó:

—¿Cómo lo ves? ¿Crees que se presentará nuevamente la policía en mi casa a detenerme dentro de unos días? Me dijo el inspector que me tomó declaración en la comisaría que la chica del chalé de enfrente, la que puede testificar que Ada se marchó el día tres de mayo último a fuerza de empujones, ha perdido la memoria y que consecuentemente no lo recuerda ni puede servirme de ayuda por el momento. ¿Qué crees que va a pasar?

Se encogió Noelia de hombros evasivamente.

—No lo sé, dependerá. Lo que tiene menos explicación es que Ada se fuera sin recoger su ropa y sin su coche y que no haya vuelto a por ninguna de esas cosas. ¿A qué crees que haya podido obedecer ese comportamiento? No es normal que haya prescindido por el momento de unas cosas tan necesarias.

Se mesó él su oscuro cabello en un gesto maquinal que le caracterizaba, a la par que sonreía sarcásticamente.

—No lo sé, porque nunca la entendí. Sus reacciones eran a mi modo de ver exageradas, como el de una mala actriz. Se enfurecía por simplezas y se desahogaba lanzándome a la cabeza lo primero que encontraba. La vajilla, los jarrones, todo lo que encontraba a su paso y los convertía en añicos, aunque su intención era claramente descalabrarme. Tenía la inteligencia de una mosca, pero de una mosca tonta. Yo... no la podía soportar y lo peor es que no encontraba la forma de conseguir que se largara.

—Eso no lo debes reconocer ante la policía ni ante el juez en ninguna circunstancia— le advirtió Noelia—. Mientras esa chica no dé señales de vida gravita la sospecha sobre ti de que has podido ser el autor de su desaparición.

Se echó a reír él con un sarcasmo corrosivo, como si le hiciera gracia lo que le recomendaba.

—¿Qué clase de sospecha? ¿La de que la he matado?

—Podría ser. Te estás beneficiando del hecho de que sea extranjera y de que quepa la posibilidad de que haya regresado a su país. Dependerá de lo que averigüe la policía en los próximos días. Sería una enorme suerte que hubiera sacado un billete de avión y que se hubiera ido a Puerto Rico, lo que también estará investigando, pero hay unos cuantos detalles que no encajan. ¿Llevaba su bolso cuando la echaste y la sacaste a empujones a la calle?

Frunció él sus oscuras cejas reflexionando.

—No, no lo llevaba. Acababa de vestirse, después de bañarse en la piscina. Se había puesto un pantalón vaquero y un niqui amarillo muy ceñido, cuando entró como un basilisco en mi despacho, donde estaba yo luchando por hilvanar el desenlace de la novela. Venía ella con un cuenco de cereales en las manos. Los tomaba a todas horas. No recuerdo exactamente lo que me dijo ni qué le contesté, pero me lo tiró a la cabeza y me acertó de lleno.

Le observó Noelia al oírle, con un recelo creciente. Le brillaban los ojos de ira mal contenida al decírselo y tenía atirantados los músculos de la barbilla por lo que imaginó sin dificultad la cólera que sentiría en esos instantes.

—¿Y qué hiciste? — le preguntó bajando la voz inconscientemente, como si temiera que alguien pudiera oír la respuesta.

Tardó en contestarle. Su expresión era la de un chiquillo travieso cogido en falta, cuando repuso:

—Te lo puedes imaginar. Le sujeté la muñeca, la empujé y se cayó al suelo.

—¿Se cayó o la tiraste tú?

—No lo sé— reconoció—. Sé que la levanté, que la llamé de todo, y que luego la agarré del pelo. Tenía una melena larga y muy oscura, y en volandas la obligué a llegar hasta el vestíbulo y luego hasta el jardín, donde a tropezón limpio la saqué a la calle y cerré la puerta de la valla con dos vueltas de llave para que no pudiera entrar—. Frunció el ceño como si estuviera rememorando la escena y añadió—: No, no llevaba el bolso.

—¿Y cómo pudo marcharse sin él y sin dinero?

Lo meditó él e hizo un gesto de ignorancia.

—No lo sé, puede que tomara un taxi en el que se dirigiera a la casa de su amiga, donde vivía antes, y le pidiera a la otra el dinero para pagarlo.

—Pero esa chica ha declarado ante la policía que no la ha vuelto a ver.

—Sí, pero eso no significa que haya dicho la verdad — Se acarició el cogote pensativamente y le preguntó—: Y por cierto, no me has dicho antes qué sabes de mi vecina, de la chica que lo vio todo desde la ventana de su casa. Levanté la mirada hacia ella cuando Ada empezó a vociferar toda clase de denuestos ya en la calle y la vi observándonos. La amnesia postraumática suele ser temporal.

—Sí, pero de momento no lo recuerda. Fui a anteayer a visitarla al hospital y creyó que era yo una amiga de sus años de estudiante.

—¿Se lo dijiste tú?

—No, lo dedujo ella. Yo me limité a no contradecirla.

—¿Y en qué hospital está?

—En La Paz, donde supongo que seguirá unos cuantos días más.

Le pareció que vacilaba él antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Y crees que sería conveniente que fuera a visitarla yo? Puede que eso le ayude a hilar en su mente algo de lo que ha olvidado.

—No, no. Vete a tu casa y ponte a escribir. Cuanto menos salgas a la calle en los

próximos días, tanto mejor.

Capítulo 8

Estaba anocheciendo y se quedó mirando Delia la creciente oscuridad del exterior a través de la ventana y cómo se iban adueñando de la habitación las sombras grisáceas del crepúsculo. A esas horas empezaba a refrescar y su madre se estaba poniendo una chaqueta de punto para marcharse. Mientras metía los brazos en las mangas se le aproximó a la cama.

—¿Necesitas algo, antes de que me vaya? ¿Quieres que te encienda la luz?

Le indicaba el tubo de neón que tenía sobre la cabecera, de la que colgaba un cable eléctrico rematado por una perilla que tenía la muchacha al alcance de la mano. Por lo que hizo esta un gesto negativo.

—No, no, ya he cenado, así que, si me entra sueño, me dormiré.

—Pero aún es temprano— objetó su madre—. ¿No quieres ver un ratito la televisión? No me gusta dejarte sola tan pronto, pero es que tu padre está en casa esperándome y necesita también que vaya a atenderle.

—Por supuesto. No te preocupes, porque no me dejas sola. Las enfermeras y el médico vienen a verme de cuando en cuando y ellas siempre que las llamo, así que vete tranquila. Puede que me visite nuevamente esa amiga que estuvo aquí el otro día y con la que pasé un rato muy agradable. Me ayudó además a recordar algunas cosas y me gustaría que se repitiera. ¿Sabes su teléfono?

—No, no me lo dio. Creo que tampoco la había visto antes de que tu padre y yo nos mudáramos a la casa de la playa. ¿Ha sido compañera tuya en la facultad?

Arrugó Delia la frente en un inútil intento de situarla en algún punto de su existencia anterior, pero no lo logró, por lo que replicó desalentada:

—No, me dijo que era abogado, así que es posible que fuéramos juntas al instituto. Lo que sí noté fue que conectábamos, que nos sentíamos a gusto charlando y que conocía bien nuestra casa. Puede que hayamos sido íntimas, de modo que es posible que tenga su número en la agenda de mi móvil. ¿Me lo puedes acercar?

Estaba el aparato sobre la mesa de ruedas en la que le servían la comidas y su madre lo recogió y se acercó nuevamente con él a la cama.

—¿Quieres que te lo busque? ¿Cómo se llama?

—Noelia...

—Noelia, ¿qué más?

—No lo sé, no me lo dijo y no me acuerdo— murmuró dejándolo en la cama junto a su cuerpo—, aunque he ido recordando algunas cosas.

El semblante de su madre se iluminó y, expectante, tomó asiento en la silla que estaba al lado de la cama.

—¿Sí? ¿qué has recordado?

—Las croquetas que hacías tú cuando papá y tú vivíais conmigo en el chalé. No guardaban el menor punto de contacto con las que me han traído hoy para comer.

Sonrió la otra, halagada.

—¿Por qué no? ¿Eran mejores las mías?

—Infinitamente mejores—. Dejó vagar su mirada por la habitación y la detuvo en la ventana, a través de la cual y desde la cama sólo podía ver un firmamento grisáceo y cada vez más oscuro. Pensativamente añadió —: He recordado también como es la habitación donde

trabajo. Sé que está bajo el tejado y que da a la calle. Antes de que os mudarais a la casa de la playa, era el despacho de papá. Escribía allí los artículos para el periódico en el que trabajaba y cuando era una niña no me dejabas subir por una escalera de madera, cuyos peldaños crujían al pisarlos, para que no le molestase.

—¿Y de qué más te has acordado? —inquirió su madre, emocionada, tomando una de las manos de su hija entre las suyas.

—De entonces, de cuando no levantaba dos palmos del suelo y venían los Reyes Magos en Navidad— repuso animadamente como si estuviera reviviendo esos momentos—. Es curioso.

—¿Qué es lo que te parece curioso?

—Que mi memoria vaya recuperando retazos de lo que sucedió hace mucho tiempo y que en cambio no sepa a qué salí a la calle cuando me atropelló un coche. Ayer vino a verme mi jefe y me comentó que acordamos cuando me contrató que trabajaría en remoto desde casa y que solo tendría que presentarme en la oficina el día uno y el quince de cada mes. Marcos me ha dicho que me atropelló a eso de las once de la mañana, y en esa fecha y a esa hora debería estar introduciendo en el ordenador los ingresos y los gastos de la empresa y las nóminas de los empleados, no paseándome por la calle.

—Puede que fueras a la compra— sugirió su madre.

—¿Por la mañana? No. Por lo visto y por lo que me ha dicho él, nos encontrábamos a menudo en el supermercado y siempre a última hora de la tarde, cuando finalizábamos los dos nuestra jornada laboral. Es informático y trabaja también en remoto desde su casa, que está en el mismo barrio—. Con expresión nostálgica comentó—: Hoy no ha venido a verme.

—No habrá podido— la tranquilizó su madre poniéndose en pie.

—Sí, claro— convino ella—. Se siente culpable de haberme atropellado y por esa razón se presenta a diario a interesarse por mi estado de salud, aunque probablemente la culpa de que me arrollara con su coche haya sido mía. Se ha ofrecido a llevarme a casa el día en que me den el alta, lo que estoy deseando que suceda. Allí, en mi ambiente, anudaré los cabos que se me han quedado sueltos en la cabeza, volveré a trabajar, y retomaré mi vida anterior.

—Por supuesto que sí, ya lo verás. Y ahora me voy. Tu padre me estará esperando y tengo que pasar antes por el supermercado a comprar algo para la cena. Vendré mañana por la mañana.

Le sonrió ella y la despidió con un ademán de su mano.

—No te preocupes por mí, que estaré bien. No dejes a papá solo, porque te necesita más que yo.

Le dio su madre un beso en la frente y salió luego de la habitación. Oyó Delia su taconeo por el pasillo y luego un silencio denso pareció apoderarse de la planta del hospital en la que se hallaba. Ya debían de haber cenado todos los pacientes, porque no se oían los carritos en los que las auxiliares la servían, ni a las enfermeras que les prestaban las posteriores atenciones en el último turno que realizaban. Durante la noche solamente quedaban tres en el puesto que les estaba destinado y se encontraba éste al fondo del corredor, lejos de su cuarto.

Se rebulló en la cama sintiéndose absurdamente sola, pese a que en todas las habitaciones del largo pasillo en el que se hallaba la suya había dos pacientes, como pronto lo estaría la suya, que hasta el presente había tenido la suerte de no compartir con nadie. Se preguntó si esos enfermos, a los que no conocía, estarían igual o peor que ella. Quizás tampoco pudieran darse la vuelta en la cama con facilidad, como le sucedía desde el accidente por haberse fracturado dos costillas. Le dolían incluso cuando inspiraba hondo y hasta cuando se reía, lo que la obligaba a permanecer acostada boca arriba y le producía la angustiosa sensación de haberse convertido en

una inválida y de necesitar ayuda hasta para realizar los movimientos más nimios.

Se palpó la venda de la frente. También le dolía la cabeza y el costado, pero quizás al día siguiente consiguiera convencer al médico que la atendía de que se encontraba ya en condiciones de irse a su casa. Allí, con sus padres, estaría mejor.

No tenía sueño y se preguntó si debería conectar el televisor que tenía en la pared, enfrente de la cama, para entretenerse un ratito y dar lugar a que anocheciese por completo, ya que aún penetraba por la ventana algo de luz. Tenía el mando en la mesilla y fue a extender la mano hacia él, pero en ese instante se abrió la puerta de la habitación y entró un enfermero al que no había visto antes. Era alto y delgado y además de unas gafas oscuras y de un gorro blanco en la cabeza, llevaba una mascarilla que le ocultaba el resto del rostro. Sus movimientos eran ágiles y se aproximó a su cama sin decir palabra.

—¿Viene a ponerme el termómetro? — le preguntó Delia, algo extrañada de su mutismo, porque las enfermeras que conocía eran amables y dicharacheras.

No le contestó. La observó durante unos segundos en silencio y de improviso se inclinó sobre ella para quitarle la almohada que mantenía bajo la cabeza y cubrirla con ella la boca y la nariz. Estupefacta, se defendió con ambas manos, a la par que arqueaba todo el cuerpo para librarse de la agresión que estaba sufriendo. Las sábanas de la cama fueron a parar al suelo en un revoltillo y levantó ambas piernas. Con el pie derecho consiguió alcanzarle en la nariz y durante unos segundos reculó él. La mascarilla que llevaba se tiñó de rojo y se abalanzó como una furia contra ella para agarrarla por el cuello y oprimirle la garganta hasta privarle de la respiración. Se estaba asfixiando. Manoteó en el aire y cuando inadvertidamente palpó junto a su cuerpo el móvil que poco antes le había entregado su madre, lo cogió, levantó su brazo y le golpeó con él en el rostro. Oyó la exclamación malsonante que el supuesto enfermero dejaba escapar, mientras recogía la almohada que en la refriega había ido a parar un metro más allá del lecho, luego se encaramó sobre ella y de rodillas le cubrió con ésta el rostro. Consiguió morderle una mano, por la que la retiró él con un alarido. Llevaba en el dedo anular un anillo de sello con una serpiente grabada, que se le clavó en la mejilla, cuando él lo intentó de nuevo sentándose a horcajadas sobre ella. El destello del oro de ese anillo fue lo último que vio.

Le faltaba el aire y ciegamente intentó liberarse de la presión que ejercía aquel desconocido. Creyó oír que alguien golpeaba la puerta de la habitación y después se hundió en la nada más absoluta.

—¿Te marchas ya? — le preguntó Miriam a Noelia cuando ambas coincidieron en el pasillo.

Acababa de comprobar esta última en su reloj que eran ya las siete, hora que se había fijado para poner término a su jornada laboral y dedicar el resto de la tarde a su hija, que ya gateaba, lo que no solía cumplir. Cuando no se presentaba un cliente imprevisto, le surgía una llamada telefónica de alguna comisaría o incluso de desconocidos que reclamaban sus servicios con urgencia, pero ninguno de esos impedimentos se le habían planteado ese día, por lo que repuso:

—Sí, me voy ya, pero antes de irme a mi casa me voy a pasar por el hospital a visitar a Delia. Quizás haya recordado algo que nos pueda servir de utilidad. La chica con la que vivía Esteban sigue sin aparecer y la policía se presentó ayer en su casa con otra orden de registro. Teme, y no sin motivo, que en cualquier momento le detengan nuevamente y que incluso el juez

de instrucción modifique las medidas cautelares que adoptó y le envíe ahora a prisión.

Se lo decía preocupada y con el ceño fruncido y Miriam la observó con curiosidad.

—¿Te cae bien? — le preguntó.

—¿Quién, Esteban?

—Sí.

Se lo preguntó ella a sí misma.

—Pues no lo sé, ¿por qué? Le conocí hace tiempo y por aquel entonces me pareció un tipo petulante que estaba muy pagado de sí mismo. También me dio esa impresión el día en el que le entrevisté en la comisaría, pero después he cambiado de opinión. Es inteligente y muy culto, por lo que tiene una conversación mucho más entretenida que la mayoría de los clientes que he defendido.

—Aparte de que también es mucho más guapo que esos otros— insinuó socarronamente Miriam.

—Bueno, sí— admitió Noelia—pero si fuera más feo y más tonto me preocuparía igualmente de su defensa. ¿Te he contestado?

Se encogió Miriam de hombros.

—No del todo. No acostumbras a aceptar casos de maltratadores y por este, sin embargo, te desvives. He visto una fotografía suya en la televisión y efectivamente es un hombre muy atractivo. Parece un actor de cine e imagino que se meterá en el bolsillo a las mujeres a poco que se lo proponga.

Se quedó mirándola Noelia boquiabierta.

—¿Pero es que piensas que me ha engatusado? Suponía que me conocías mejor. Sabes que me tomo todo el interés del mundo por mis clientes y Esteban es uno más. No sé además por qué estás tan segura de que sea un maltratador— refunfuñó.

—Tampoco sé yo por qué crees tú que no lo es— objetó Miriam levantando una mano para apaciguarla, ya que sabía que la otra se enfadaba con facilidad en cuanto se le llevaba la contraria—. Todo le acusa. Reconoce que ninguna mujer abandonaría a su pareja, dando por finalizada su relación, sin llevarse su ropa ni su coche. ¿Dónde se ha metido ella y por qué no ha vuelto a la casa de él a por sus cosas? O mucho me equivoco o acabarás defendiéndole por asesinato.

—¿Por el asesinato de Ada? — inquirió Noelia, parpadeando perpleja al imaginar esa posibilidad—. Delia la vio marcharse.

—Sí, ¿y qué? ¿Es que Delia está permanentemente asomada a la ventana de su despacho? En algún momento saldría de esa habitación para bajar a la cocina o al cuarto de baño y es posible que durante ese lapso de tiempo regresara la puertorriqueña al chalé, le armara una escenita al escritor y él la apuñalara.

Permaneció Noelia en silencio unos instantes considerándolo. Luego se echó a reír.

—¿Y se deshizo luego del cadáver?

—Podría ser.

Meneó ella la cabeza dubitativamente.

—No lo creo, tendría Esteban que ser idiota y ya te he dicho que es un hombre listo. De habérsela cargado, habría hecho desaparecer todas las pertenencias de ella para dar verosimilitud a su versión de que se había ido voluntariamente. En mi opinión, él es una víctima y Ada una arpía.

—Ojalá no te equivoques— musitó Miriam observándola con miseria, lo que en ella no era frecuente, ya que la admiraba mucho profesionalmente—. ¿Lamentarías que fuese

culpable?

Volvió a preguntárselo ella y terminó por asentir.

—Sí, le defendería en cualquier caso, pero sí lo sentiría. Muchos clientes me han mentido, cuando me han asegurado en mi despacho o en la comisaría que eran inocentes, pero en este caso lo llevaría especialmente mal, porque, te repito, le considero una víctima de esa mujer. Y ahora me marchó. Quiero visitar a Delia, pero durante unos pocos minutos, porque estarán esperándome Alex y la niña en casa. Hasta mañana.

Salió de la oficina después de despedirse de la secretaria y para no perder tiempo tomó un taxi que la dejó en el Paseo de la Castellana, ante la gran explanada que precedía al hospital y que recorrió apresuradamente. A esas horas el vestíbulo del edificio central estaba desierto. Solamente vio a las recepcionistas en el lugar de costumbre y se dirigió hacia el ascensor. La cabina se hallaba en la planta baja con la puerta abierta, por lo que se felicitó a sí misma por la suerte que estaba teniendo de no tener que esperar a que descendiera y por no sentirse estrujada en su interior por una muchedumbre, como le había sucedido la vez anterior.

También la planta en la que la dejó segundos más tarde estaba solitaria y echó a caminar por el largo corredor que ya conocía y en el que no se cruzó con nadie. Solo un hombre lo recorría en el mismo sentido que ella y también parecía tener prisa. Llevaba un pantalón vaquero y una cazadora de piel negra y, aunque solo le veía de espaldas, se dio cuenta de que era joven. Le alcanzó ante la puerta de la habitación a la que se dirigía y cuando al aproximarse, se volvió a mirarla, le sonrió, mientras propinaba unos golpecitos en la puerta.

—¿Vienes a ver a Delia? — le preguntó — ¿Eres amiga suya?

—Sí— repuso, ya que pensó que podía contestar afirmativamente a la primera de las preguntas sin mentir.

Había llamado él con los nudillos suavemente, pero no al no recibir contestación insistió con más ímpetu. Pensó Noelia que debería de estar dormida la muchacha a la que iban a visitar y que ese era el motivo de que no oyeran su voz autorizándoles a entrar, pero de improviso se abrió la puerta y un enfermero salió al pasillo, empujó bruscamente al chico y luego echó a correr hacia el fondo del corredor como si le persiguiera el mismo diablo. Apenas si alcanzó a entrever Noelia su rostro, pero sí advirtió que era un hombre joven. Llevaba un gorro en la cabeza, unas gafas oscuras y una mascarilla que le cubría la cara, y se perdió en la oscuridad. El muchacho con el que había coincidido ante la puerta de la habitación, la había empujado ya y le oyó pronunciar una exclamación, por lo que se precipitó dentro de aquélla. Delia, aparentemente inconsciente, estaba tumbada en la cama boca arriba, con las piernas colgando y el semblante amoratado. Las sábanas, en completo desorden, habían ido a parar a los pies del lecho y por el aspecto que ofrecía éste cabía suponer que se había librado allí una contienda.

Reaccionó el joven intentando incorporarla. Le había pasado un brazo bajo los hombros y con la otra mano le daba aire. Delia tenía los ojos cerrados y resultaba evidente que no respiraba, por lo que Noelia se abalanzó hacia el interruptor que colgaba sobre la cama para llamar a las enfermeras. No tardó en presentarse una jovencita que al ver el estado en el que se hallaba la paciente se hizo cargo en el acto de la situación y avisó al médico de guardia, que se presentó inmediatamente, y se aprestó a realizarle maniobras de reanimación, secundado por la enfermera que había acudido en primer lugar y por las otras dos que llegaron a continuación. Tras unos instantes angustiosos, empezó Delia a respirar débilmente y poco después abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos unos segundos más tarde, aunque su pulso fue normalizándose, según comprobó el médico.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí? — les preguntó este a los dos visitantes, después de

volver a acostar a Delia en la cama, que una de las enfermeras había rehecho. Paseaba su sorprendida mirada por la asolada habitación como si no alcanzara a entender el motivo de que se asemejara a un campo de batalla.

Noelia y el joven intercambiaron una mirada de ignorancia.

—No lo sabemos— repuso él—. Cuando hemos llegado e íbamos a entrar, ha salido corriendo un enfermero al pasillo y hemos encontrado la habitación como está y a ella inconsciente.

—¿A un enfermero? — se extrañó la enfermera que había acudido en primer lugar—. No puede ser.

—Sí, un tipo alto y delgado, con gorro, gafas oscuras y mascarilla— le aclaró Marcos.

—No hay ninguno que reúna esas características en esta planta— objetó la chica extrañada—. Además, en el turno de noche solo debíamos estar nosotras tres, ¿está seguro?

Se volvió Marcos hacia Noelia para preguntarle:

—¿Te has fijado tú en algo más? Ha salido ese hombre de la habitación tan bruscamente que ha estado a punto de tirarme al suelo.

A raíz de lo sucedido extremaron las medidas de seguridad en el hospital. Esa noche la pasó Delia en la UCI y al día siguiente la trasladaron a otra habitación, en la que una señora mayor ocupaba la otra cama y se le asignó un policía en la puerta, que verificaba la identidad de las personas que visitaban a la muchacha. De quién podía haber sido el supuesto enfermero nadie supo dar una explicación. Lo único que sí quedó claro fue que no pertenecía al personal del hospital.

Capítulo 9

No dejó traslucir Miriam su inquietud, cuando a la mañana siguiente se presentó en la oficina y entró en el despacho de Noelia, que había llegado unos instantes antes. Había oído la noticia en la radio mientras desayunaba y se preocupó al enterarse del peligro que había corrido su amiga. No daba muestras Noelia, no obstante, de sentirse impactada por lo ocurrido la noche anterior. Consultaba un voluminoso legajo de papeles que tenía sobre la mesa y al oírla entrar levantó la cabeza hacia ella. Su moreno semblante, enmarcado por una rizada melena oscura, no manifestaba otra cosa que sueño.

—¿Cómo estás? — inquirió Miriam desde la puerta, examinando desde el umbral el semblante de la otra. Aunque su expresión era la de siempre a esas horas, porque solía presentarse en la oficina bostezando adormilada, no se tranquilizó y avanzó apresuradamente hacia ella para ir a sentarse delante de su mesa en una de las dos butacas destinadas a los clientes y repitió la pregunta—: ¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien. A mí no me hizo nada ese tipo ni tampoco al joven con el que coincidí en la puerta de la habitación de Delia. Ha ido a visitarla casi todos los días y a interesarse por ella. Fue él el que la atropelló con su coche y, aunque no tuvo la culpa, se debe de sentir mal por haberla arrollado. Se llama Marcos no sé qué más y a él sí que estuvo a punto de tirarle al suelo el hombre que iba vestido de enfermero y que salió del cuarto como una exhalación, porque le pillamos con las manos en la masa. Si hubiéramos llegado unos instantes más tarde, no lo hubiera contado Delia.

Entró en ese momento Gabriel en el despacho, a tiempo de oír lo que le decía a Miriam y fue a ocupar la otra butaca, tan preocupado como ésta. Sin duda por esa razón le preguntó lo mismo:

—¿Estás bien? Menudo susto te llevarías.

No recordaba Noelia haber sentido miedo, al menos no por ella misma, aunque sí le había alarmado el estado en el que habían encontrado a Delia.

—Bueno, sí— reconoció—. En un primer momento pensé que estaba muerta y si no llega a ser por el médico de guardia probablemente no lo hubiera contado. Es una suerte que estuviera ingresada en un hospital y no en su casa cuando la agredió ese hombre, pero sigo sin explicarme el motivo que podía tener para querer matarla. Es una chica solitaria, que trabaja en remoto y de la que nunca hubiera pensado que pudiera tener enemigos. El único novio que ha tenido la dejó y se casó con otra hace un par de años, pese a lo cual se llevan bien y se felicitan por Navidad. Su jefe la aprecia y sus compañeros de trabajo también. Me pregunto si ese tipo que se había disfrazado de enfermero no la confundiría con otra.

La había escuchado Miriam en silencio y como no se atrevió a decirle lo que pensaba por miedo a que se enfadara, ya que tenía un genio más que vivo, vaciló imperceptiblemente buscando las palabras oportunas y luego le preguntó:

—¿Le viste la cara a ese hombre?

Rememoró Noelia el instante en el que se había abierto la puerta de la habitación y el supuesto enfermero había salido por ella como una tromba, arrollando a Marcos a su paso, y meneó negativamente la cabeza.

—No. Además de una bata blanca, llevaba gafas oscuras, mascarilla y un gorro en la cabeza, por lo que no podría describirte ni una sola de sus facciones. Lo único que pude apreciar

fue que era un hombre alto y que, por la agilidad con la que se movía, debía de ser joven. Echó a correr por el pasillo y se perdió a lo lejos, antes de que Marcos y yo hubiéramos conseguido reaccionar.

Asintió Miriam y le sonrió sin decidirse a sugerirle lo que sospechaba, pero Gabriel carecía de sus miramientos y no poseía tampoco un carácter tan dulce como ella, por lo que se inclinó hacia Noelia sobre la mesa, le cogió un bolígrafo del cubilete y la señaló con él con la expresión del que ha dado con el quid del asunto.

—¿Además de alto era flaco?

—Sí, creo que sí. Enjuto diría yo.

—¿Cómo el escritor que estás defendiendo?

Parpadeó Noelia perpleja, se arrellanó en la butaca y apoyó la cabeza en el respaldo, al tiempo que le corregía, dado que era evidente lo que estaba dando por supuesto.

—Enjuto, como muchos hombres que son enjutos. Le flotaba la bata blanca alrededor de su cuerpo cuando corría hacia el fondo del pasillo. No sé si tenía el pelo oscuro, rubio o pelirrojo, porque el gorro que llevaba no me lo permitió averiguar, ni de qué color tenía los ojos. Solo sé lo que os he dicho, que al abrir la puerta de la habitación y vernos en el pasillo, salió como un obús y estuvo a punto de derribar al suelo a Marcos. Creo que ambos intercambiamos una mirada de sorpresa, antes de que él se decidiera a entrar en el cuarto. Oí su exclamación de sobresalto y se apresuré a seguirle, aunque tengo que reconocer que en ningún momento me pasó por la cabeza que el enfermero hubiera agredido a Delia.

—Ya— murmuró Gabriel con retintín—. Es natural que no se te ocurriera, porque, aunque eres lista, a veces te pasas de inocente. ¿Y se sabe dónde estaba tu escritor a esas horas? Supongo que lo estará investigando la policía.

—No es mi escritor— protestó enfadada. De una sola ojeada comprendió lo que los otros dos estaban pensando y se irritó aún más, sobre todo con Gabriel, porque con Miriam resultaba difícil disgustarse—. Y no sé por qué le relacionas con el enfermero— rezongó dirigiéndose a este—. ¿Por qué habría de querer Esteban cargarse a su única testigo? Si la puertorriqueña no aparece viva, Delia es la única baza con la que contamos para que declare a su favor en el supuesto de que le acusen de su muerte.

Hizo él un gesto con el que manifestaba que no estaba de acuerdo.

—Precisamente por esa razón, porque ella es su única testigo, es posible que le estorbe, ya que puede declarar algo que a él no le convenga. Quizás viera regresar a la muchacha desaparecida al chalé de él más tarde a por sus cosas o simplemente a recriminarle, oyera la gresca de los dos e incluso atisbara desde la ventana de su despacho como la vapuleaba él, cómo le clavaba un cuchillo o como la estrangulaba.

Lo consideró Noelia en silencio y como le pareció absurdo lo que sugería, frunció los labios indignada.

—Delia no recuerda nada y Esteban lo sabe, porque se lo dijo Peláez.

—Sí, pero puede que no quiera arriesgarse a que recupere la memoria de repente. Probablemente cuando vuelva a su casa y otee desde su despacho el chalé de enfrente, empiece a rememorar lo que pasó.

—¿Tú crees? —inquirió incrédulamente Noelia—. Tengo entendido que en la amnesia postraumática no hay una regla fija, pero que en la mayoría de los casos los recuerdos vuelven a la mente de los que la han padecido gradualmente—. Le quitó el bolígrafo a Gabriel, tabaleó inquieta con él sobre la mesa y luego se dirigió a Miriam—: ¿Y qué opinas tú?

Se encogió ésta de hombros y Noelia se impacientó:

—¿No opinas nada?

—Creo que... — empezó la chica a media voz y en tono mesurado, con la intención de calmarla—. Creo que Gabriel podría tener razón y que debes de llevar cuidado. Si ha sido él el que ha intentado matar a Delia, podría tratar de hacer lo mismo contigo, si creyera que le suponías un peligro. La mayoría de la gente ignora que el secreto profesional nos impide manifestar lo que nos comunican nuestros clientes y lo que averiguamos en el curso de la investigación, aunque ellos nieguen su culpabilidad, y cabe en lo posible que el escritor esté incluido en ese gremio. Sabes que muy rara vez nos dicen la verdad, así que, yo de ti, no me expondría.

Como solía tener en cuenta las opiniones de la otra, lo consideró con la cabeza ladeada. Mientras reflexionaba se llevó un dedo al rizo que le caía sobre la frente, se lo enrolló en él y le dio varias vueltas. Finalmente se echó a reír.

—¡Bah! — refunfuñó—. No creo a Esteban capaz de matar a una mosca. Es un tipo introvertido y raro, como muchos escritores. No se relaciona más que con su editor y vive en la más absoluta soledad inventando historias que no existen ni existirán más que en su imaginación. Pero no es más que eso, un hombre solitario que por equivocación ha mantenido durante unos meses una relación con una chica guapa, pero corta de luces, que le interrumpía constantemente cuando estaba absorto ideando la trama de la historia que escribía. Como al cabo de un tiempo no la podía aguantar, la echó.

—Y ella se esfumó en el aire— replicó sardónicamente Gabriel—. Se evaporó como un soplo de viento y nadie, ni tan siquiera la amiga con la que vivía anteriormente sabe qué ha sido de ella.

—Bueno, sí, pero hay muchas respuestas posibles a ese hecho.

—¿Cómo cuáles? Es, o era, extranjera y solo llevaba seis meses en España. No tiene familia en nuestro país ni otra amiga que esa acomodadora del teatro y en el chalé del escritor se dejó todo lo que poseía, incluso su bolso con el dinero que tenía.

—Puede haberse ido a otra ciudad.

—¿Andando? Y no me digas que ha podido volver a su país, porque para sacar el billete del avión también se necesita dinero.

—La policía lo está investigando— objetó evasivamente Noelia.

—Hazme caso— empezó Gabriel con su acostumbrado tono doctoral—. Averiguaré lo que pueda sobre ese hombre, pero no debes arriesgarte. Después de lo que le ha ocurrido a la testigo, lo más sensato sería que renunciaras a seguir defendiéndole y le dieras la venia al abogado que busque él y que te sustituya en el futuro, en el supuesto de que esa mujer no aparezca.

—¡Bah! — repitió Noelia dando por terminada la conversación—. Sois unos paranoicos, que veis peligrosos fantasmas donde no los hay. Esteban no es un analfabeto que desconozca las leyes y los procedimientos judiciales, sino todo lo contrario y sabe, porque no es ningún idiota, que puede necesitar me a no mucho tardar y que no puedo repetir nada de lo que me comunique confidencialmente. Ya sé que hay muchos abogados—les atajó antes de que se lo recordaran—, pero debí causarle buena impresión hace años, cuando le acusaron de plagio, porque de otra forma no me hubiera buscado ahora.

Tomó nuevamente en sus manos el mamotreto de papeles y reinició su lectura para darles a entender a los otros dos que estaba ocupada y que deberían dejarla sola.

Capítulo 10

Tal y como le había ofrecido, fue Marcos a recoger a Delia al hospital con su automóvil, cuando le dieron el alta dos días más tarde. No tenía ella otro equipaje que un pequeño maletín en el que llevaba las cosas más indispensables que le había llevado su madre de casa y le esperaba ya arreglada. Sentada en una de las dos butacas de la habitación, escuchaba por enésima vez la historia que de sus nietos le refería su compañera de cuarto. Se le hizo larga la espera, pero al fin apareció él, corriendo como siempre, y empujando una silla de ruedas.

—¿Para qué la traes? — inquirió ella, poniéndose en pie y dando unos pasos para demostrarle que caminaba sin la menor dificultad —. Me duele el costado cuando me río y también cuando hago un esfuerzo, pero no tengo intención de hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Estás segura de que no la necesitas? — se preocupó Marcos, que la observaba cariacontecido, ya que seguía sintiéndose culpable de haberla atropellado.

—Sí, completamente segura. Vámonos.

Se despidió de la señora con la que había compartido la habitación durante los dos últimos días y después de las enfermeras. Aunque no pesaba mucho, Marcos se apresuró a quitarle de la mano el maletín y recorrieron el largo pasillo esquivando al personal que realizaba la limpieza de la planta. Cuando tomaron el ascensor le comentó ella:

—Estoy deseando llegar a mi casa y empezar a hacer una vida normal. Volver a trabajar y ver nuevamente a mis amistades, si es que las tenía. ¿Sabes tú si tenía amigos?

Hizo él un gesto de ignorancia.

—No me comentaste nada a ese respecto. Al supermercado ibas sola, siempre a eso de las siete y media de la tarde, lo mismo que yo. Hasta esa hora no levantábamos la mirada del ordenador ninguno de los dos, según me dijiste en la única ocasión en la que te acompañé a tu casa y charlamos.

—Pero me atropellaste una mañana, dentro del horario del que según me has dicho era nuestra jornada laboral— le recordó Delia—. ¿A dónde ibas?

—A una entrevista de trabajo. No llegué a presentarme en esa empresa, porque cuando te cruzaste por delante de mi coche y te arrollé, te traje a este hospital y que quedé el resto de la mañana esperando a que el médico me diera noticias sobre tu estado. No imaginas el susto que me llevé. No sabía si estabas grave o si te recuperarías—. Con el ceño fruncido y como si temiera que en cualquier instante sufriera un vahído, le preguntó—: ¿Te encuentras bien?

—Que sí, que sí, estoy perfectamente. En cuanto me instale en mi casa, iré retomando poco a poco mi vida anterior. O eso espero. He intentado convencer a mi madre de que puede dejarme sola ya y regresar a su casa de la playa, porque mi padre está delicado y aquel clima le sienta bien, pero se ha resistido. Por esa razón, he decidido hacerle creer que estoy recordando lo más esencial. Están esperándome los dos en el chalé, porque, como no conducen ya, vieron el cielo abierto cuando te ofreciste a recogerme con tu coche, ya que les evitabas coger un taxi. A mi madre le parece muy simpático.

Acababa de detenerse el ascensor en la planta baja y atravesaron el vestíbulo para salir a la explanada en la que se enclavaba el edificio, desde donde caminaron en silencio hasta el aparcamiento subterráneo, sorteando a los sanitarios que la cruzaban. Cuando ya dentro del automóvil volvieron a salir a la calle y giró Delia la cabeza hacia él, adivinó por su expresión que

estaba dándole vueltas en la cabeza a algo que le preocupaba.

—¿Qué estás pensando? — le preguntó.

—En lo que has dicho hace un momento, en que estás fingiendo estar mejor de lo que estás.

—Me has interpretado mal— protestó ella—. No me pasa nada ya, al menos nada grave, aunque para mí sea todo nuevo, tanto las personas como los lugares. Mi jefe me pareció un extraño cuando hace unos días fue a verme al hospital, pero ya no lo es, porque estuvimos charlando un rato sobre el trabajo. Me pareció muy comprensivo. No sé cómo era antes ni cómo le conocí, supongo que en una entrevista en su despacho, aunque también es posible que el que me entrevistara fuera el jefe de personal, si es que lo hay, pero el que se haya borrado de mi mente cómo era mi existencia antes del accidente no es motivo para que mis padres tengan que quedarse a cuidarme como si fuera una enferma, porque no lo soy y los que tienen que cuidarse son ellos, que ya tienen unos años.

—¿Sabes cómo es tu casa? — se interesó él dirigiéndole una mirada de soslayo para volver a fijarla en la calle que iban recorriendo.

Vaciló Delia ostensiblemente.

—Pues... no del todo. ¿La conoces tú? Imagino que me llevarías el carrito de la compra hasta la cocina.

—Sí, entré detrás de ti en el jardín y...

—¿Y cómo es? Ya te he dicho que quiero darle a mi madre la impresión de que he recordado lo más esencial para que retome su vida de antes y no se sienta obligada a atenderme.

Con la mano que le dejaba libre el volante se apartó él el mechón de cabello que le caía sobre la frente y repuso como si lo estuviera viendo en ese momento:

—Es pequeño y descuidado. De tierra, sin césped que la cubra y sin plantas, aunque sí tiene un seto de arizónicas bordeando la valla, que es de piedra, como casi todos los chalés de la urbanización.

—Sí, pero mi madre se quejó de lo abandonado que lo tenía y en los días en los que he estado en el hospital ha encargado a una empresa de jardinería que plantase césped. Supongo que no habrá crecido todavía.

—Supongo que no.

—¿Y qué más puedes decirme de mi casa?

—Que tiene dos puertas y entramos aquella tarde por la de la cocina.

—Describemela.

Frunció el ceño Marcos, haciendo un esfuerzo para concentrarse mejor.

—Me pareció anticuada, como todo lo que vi. Alicitada en azulejos cuadrados y blancos en los que el paso de los años ha dejado su impronta, pero solo estuve allí unos segundos, porque ni tan siquiera me invitaste a una copa— le comentó bromeando—. Esperaba que tuvieras ese detalle después de que hubiera cargado hasta tu casa con un carrito repleto de patatas, de cebollas y de berzas, que pesaba una barbaridad, pero qué va. Tiesa como una estaca, me diste las gracias y me enseñaste la puerta.

Su expresión era guasona al decírselo, pero aunque Delia se preguntó si verdaderamente habría sucedido de esa forma o se lo estaría inventando, se sintió obligada a justificarse.

—¿Y qué debería de haber hecho? Eras un extraño al que no había visto nunca — Se mordió los labios confusa al darse cuenta de que no sabía si habrían mantenido anteriormente una relación amistosa y trató de averiguarlo—: ¿O te conocía?

— No. Al menos, no formalmente. En más de una ocasión corrí detrás de ti empujando el

carro por los pasillos del supermercado, buscando la oportunidad de que te dignaras reparar en mi existencia y te avinieras a entablar conversación conmigo, pero, salvo el día en el que me pediste que te bajara un bote de ajos tiernos del último estante de un expositor, porque estaba muy alto y no llegabas a alcanzarlo, me ignoraste olímpicamente. Regresaba a mi casa desolado y con las orejas gachas— terminó de decirle, echándose a reír.

Tenía Marcos una risa contagiosa y Delia le secundó imaginándolo, lo que le repercutió en sus costillas fracturadas y la obligó a llevarse una mano al costado con un gesto de dolor, aunque inmediatamente lo disimuló y le acusó, siguiéndole la broma:

—O sea, que al supermercado ibas a ligar.

Le dirigió él una rápida y significativa mirada.

—Digamos que iba a ligar contigo, porque ya te había echado el ojo, pero sin el menor resultado. En cambio, la sudamericana se me pegaba como una lapa en cuanto me veía aparecer.

—¿Qué sudamericana? —inquirió Delia sin comprender.

—La chica que vivía con tu vecino, la que ha desaparecido. Se le notaba que bebía los vientos por ese escritor, pero no desaprovechaba la ocasión de pegar la hebra con cualquiera que llevara pantalones. Debían de gustarle los tipos duros, porque una tarde en la que con unos cuantos mohines coquetones me pidió que le bajara una botella de vino tinto de un estante alto, apareció de pronto un tipo que la agarró por un brazo y la estuvo recriminando por algo que no llegué a escuchar.

—¿Era el escritor?

—No, también era joven y más agitanado.

—¿Y no te enteraste de qué le pasaba a él?

—Pues me dio la impresión de que se conocían bastante y de que le reclamaba algo, pero no me entretuve en averiguarlo. Puede que le hayas visto en el jardín de la casa de enfrente, si por entonces fue a visitarla alguna vez.

—En el jardín... —musitó Delia vacilante.

La vaguedad con la que pronunció la palabra le impulsó a mirarla inquisitivamente.

—¿Recuerdas ese jardín?

Entornó Delia los ojos, pero la imagen que buscaba no acababa de perfilarse en su memoria. Tan solo lograba entrever, a la mortecina luz de una linterna, la silueta desdibujada de un hombre que se inclinaba sobre una pradera verde con algo en la mano.

—No— repuso disimulando su frustración—, pero en cuanto llegue a casa iré recuperando lo que he olvidado y convenceré así a mi madre de que puede dejarme sola. ¿Viste algo más, aparte de la cocina? ¿La sala de estar?

—No, ya te he dicho, que nada más entrar en esa habitación con el carrito, me enseñaste la puerta para que me largara. Fue una grosería por tu parte, que espero que la enmiendes en los próximos días invitándome a cenar, a merendar o a comer, a lo que prefieras.

Aunque se lo decía en el mismo tono de chanza, Delia se sintió obligada a aceptar.

—Por supuesto, en cuanto se marchen mis padres te llamaré para que tomemos algo a la caída de la tarde, en el jardín. Me has dicho que lo tengo descuidado, lo que me resulta curioso, porque me gustan las plantas y las flores. O supongo que me gustarían— se corrigió—. Pero me ocuparé en el futuro— le aseguró bromeando—. Arrancaré las malas hierbas, cortaré el césped cuando crezca y, si no dispongo de una mesa y de unas sillas de exterior, además de una sombrilla, las compraré para que nos sentemos a la sombra y me des así tu aprobación el día en que vayas a verme.

—¿Y cuándo va a ser ese día? Deberíamos fijar la fecha— sugirió él.

—Te repito que cuando se hayan marchado mis padres, porque de otra forma le supondrías un trabajo adicional a mi madre, que considera que las casas no están nunca lo bastante limpias, cuando hay que recibir invitados.

Sorprendido, le dirigió una rápida mirada.

—¿Has recordado eso tú?

Tan extrañada como él, tuvo que reconocerse a sí misma que la respuesta era afirmativa.

—Sí, y en este mismo instante. Es que es una faceta de mi madre que la caracteriza, la de ser una buena ama de casa.

—Pues es una gran noticia— lo celebró él.

—Pero yo no la he heredado— le advirtió.

—Lo que es una gran noticia es que lo hayas recordado. ¿Y cómo sabes que no has heredado esa faceta de tu progenitora? ¿Lo has recordado también?

Arrugó la frente intentando bucear en sus recuerdos, pero desistió casi en el acto.

—No, lo supongo tan solo.

Acababan de enfilarse la calle de los Álamos en la que se ubicaba su casa, en cuesta y con chales a ambos lados de la calzada, y mientras la descendían la analizó Delia con los ojos entrecerrados buscando algún detalle que le resultase familiar. No era muy ancha. Desembocaba en una avenida de dos carriles e intentó imaginarse a sí misma caminando por la acera en esa dirección. No lo logró. Sólo cuando Marcos estacionó el automóvil junto a la verja de su jardín y se bajó de éste, sintió que se le removía en su memoria una imprecisa añoranza al aspirar el olor a flores del chalé contiguo, aunque no lo llegó a traducir en imágenes. Se le agudizó esa vaga sensación al distinguir en la esquina de la calle los contenedores de basura. Guardaban relación con algo que era importante para ella, pero que se le resistía a evocar de una manera tangible, por lo que se los quedó mirando, esperando una respuesta que no se produjo y que terminó por desistir de obtenerla. Una nueva duda la asaltó, por lo que se volvió hacia él que estaba sacando el maletín del coche.

—Oye, quiero darles a mis padres la impresión de que he recordado la distribución de la casa y los detalles más elementales de mi vida cotidiana. ¿Tienes idea de dónde puede estar mi dormitorio? La casa tiene dos plantas así que es de suponer que estará ubicado en la de arriba, ¿no?

—No lo sé, pero imagino que sí. De todas formas, como tengo intención de subirme el maletín a tu cuarto, se lo preguntaré a ellos. ¿Te parece bien?

La llegada fue más sencilla de lo que esperaba Delia. Sus padres la recibieron efusivamente y le ofrecieron una copa a Marcos cuando tomaron asiento en la sala de estar, que Delia observó con curiosidad. Tenía el techo demasiado alto, los muebles eran pesados y oscuros, probablemente heredados de algún antepasado y de las paredes, además de cuadros, colgaban fotografías enmarcadas de color sepia. Las había de todos los tamaños y debían de haber sido tomadas muchos años antes, porque las personas retratadas en ellas llevaban unas indumentarias absolutamente trasnochadas. Por la ventana se veía el jardín, de pequeñas dimensiones y cercado por un seto de arizónicas, que era lo único que ponía una nota de color en un terreno árido, que aún carecía de césped y de plantas. Sin saber por qué y por contraste le vino a la memoria una pradera verde que se extendía suavemente, sin un solo arriate que turbase su suave ondulación. ¿Dónde la habría visto antes?, se preguntó.

Marcos le estaba preguntando a su madre dónde debería dejar el maletín de Delia, que había recogido en el hospital, y aquella le estaba señalando la escalera que se iniciaba en el vestíbulo.

—Arriba, en su dormitorio, pero ya lo subiré yo. Debemos evitar que ella haga ningún esfuerzo.

—Y también que los haga usted— protestó él—. No voy a permitir que cargue con ese peso—. Luego se dirigió a Delia—: —Acompáñame arriba para indicarme el camino. Te lo dejaré en tu cuarto y luego me marcharé. Hoy no he pegado todavía un palo al agua y tengo mucho trabajo atrasado.

Se levantó ella en el acto y le precedió hacia el vestíbulo, al que se accedía por una puerta de cristales, y donde se iniciaba una escalera, y empezó a subirla delante de él. Remataba la ascensión un pasillo en el que vio varias puertas cerradas y abrió la primera que encontró a mano. Era un dormitorio con una gran cama de matrimonio, que Delia observó con el ceño fruncido para acabar haciendo un movimiento negativo con la cabeza.

El siguiente constaba de una sola cama y supuso Delia que sería su cuarto, pero para asegurarse abrió el armario y tras comprobar que la ropa que colgaba de la barra parecía ser de su talla, le indicó a Marcos que dejara allí el maletín. Luego salieron los dos nuevamente al pasillo buscando la escalera por la que se subía al despacho de ella. Se iniciaba al fondo de aquél y acusaba el paso del tiempo más aún que el resto de la casa. Sus peldaños de madera crujían bajo los pies de los dos mientras los ascendían y Marcos le dirigió una mirada de soslayo a ella, para averiguar por su expresión si recordaba algo del trayecto que recorrían o era nuevo para la joven. El semblante de ésta traslucía más curiosidad que otra cosa, incluso cuando al rematar el ascenso entraron en una luminosa estancia con un gran ventanal al fondo. Era un despacho, con una librería adosada a la pared y una mesa de madera oscura, con una butaca de oficina, al pie de la ventana. Analizó atentamente la habitación, sin manifestar sentirse en terreno conocido, y Marcos le preguntó:

—¿Es aquí donde trabajas?

—Sí, supongo que sí.

Se dirigió Delia directamente hacia la ventana para subir la persiana y atisbar con el ceño fruncido el panorama que se divisaba desde allí, la calle solitaria y silenciosa que se extendía en cuesta hacia otra avenida más ancha y el chalé de enfrente, precedido de un cuidado jardín con el que creía haber soñado, porque a menudo la asaltaba la imagen de una pradera lisa y continua, sin árboles ni arriates que distorsionaran la placidez que inspiraba su propia simplicidad. Se quedó mirándolo pensativamente, advirtiendo que era el mismo que a menudo visualizaba en el hospital con los ojos cerrados, pero reparó en el acto que había algo anómalo en él, algo que no estaba antes así. La casa de su vecino tenía las persianas de las ventanas subidas y a través de una de la planta baja vio a un hombre, que debía de estar sentado tras una mesa, porque parecía estar escribiendo en un ordenador. Su visión le produjo una ansiedad extraña, que le agitó dentro un sinfín de emociones a las que no supo darle nombre. Lo advirtió Marcos y le preguntó:

—¿Le conoces? Es el escritor al que detuvo la policía cuando desapareció la chica con la que vivía. ¿La recuerdas a ella?

Meneó Delia negativamente la cabeza.

—No.

—¿Y a él?

Se encogió de hombros sin saber qué responderle.

—No lo sé, pero... pero sí, sé que hay algo distinto en el jardín.

—¿A qué te refieres? — indagó Marcos apoyando la frente en el cristal y analizándolo con los ojos entrecerrados—. ¿No tenía césped antes?

—Sí, sí, eso está igual.

—¿No estaba antes la pérgola de la esquina? ¿La que da sombra a una mesa donde supongo que ese hombre comerá los días en los que la temperatura lo permita?

—No, no es esa pérgola.

De pronto cayó en la cuenta de qué era lo que estaba diferente y se lo señaló a él.

—Es ese arriate.

—¿Qué arriate? —inquirió él sin comprender.

—Ese que está en el centro del jardín y en el que hay plantadas margaritas blancas y amarillas.

Lo observó Marcos, pero no le pareció que tuviese nada de particular. Rebosante de flores que se desbordaban de la rocalla que lo bordeaba, ponía una nota de color en aquella pradera intensamente verde. Quizás pudiera entorpecer la colocación de varias mesas, si el escritor proyectara invitar a cenar en el jardín a un número considerable de invitados, pero tenía entendido que era un hombre solitario, en absoluto proclive a las celebraciones de esa índole.

—Antes no tenía arriates ni flores ese jardín— insistió Delia señalándolo con un dedo— Me gustaba más la visión de esa pradera, tan natural como si hubiera crecido sin la intervención de un ser humano. Y no es que no me gusten las flores, no es eso. ¿No te parece que ese hombre se ha equivocado al plantar esas margaritas ahí en medio?

Capítulo 11

Ya apuntaban unos incipientes brotes verdes en el jardín, sobre el abono con el que habían cubierto el árido terreno, cuando una semana más tarde, y ya convencidos de que podían dejarla sola, se marcharon sus padres. Había reanudado Delia su trabajo desde que había regresado a su hogar y pasaba como antes largas horas ante su ordenador y también observando la casa vecina. Había ido recordando pequeños detalles sobre sus aficiones y sus gustos, pero nada que guardara relación con el escritor ni con la muchacha con la que vivía anteriormente y que había desaparecido.

No había vuelto a saber de Marcos desde que volviera a su casa y se estaba preguntando si debería acercarse al supermercado a comprar algunas cosas que faltaban. Tal vez le encontrara allí, con lo que podría fijar una fecha para invitarle a tomar algo en la terraza que precedía al edificio y a la que se salía desde la sala de estar, porque aún no se podía pisar el césped. Le apetecía verle porque le agradaba su compañía, lo que había creído adivinar que era mutuo. Por esa razón respingó sobresaltada cuando oyó el timbre de la puerta del jardín y consultó su reloj de pulsera. Marcaba las siete menos cinco minutos y pensó que podía ser él, que hubiera anticipado la hora en la que ponía fin a su jornada laboral para ir a verla, por lo que bajó la escalera saltando los peldaños de dos en dos y, sin comprobar en el visor del videoportero, instalado en la cocina, si era él, accionó el mando para abrirla.

A través de los cristales de la ventana de la sala de estar oteó su llegada y abrió la boca con asombro, porque no era Marcos el que caminaba por el estrecho sendero que desde la verja llevaba al porche. Era un hombre alto, moreno y sumamente apuesto, en el que creyó reconocer a su vecino. Sin saber por qué sintió frío y calor al mismo tiempo, a la par que una ansiedad que le desbocó los latidos del corazón, mientras se dirigía hacia el vestíbulo para abrirle la puerta de la casa y en el umbral se quedó mirándole durante unos segundos. Vestía él un pantalón vaquero y un jersey blanco que acentuaba lo bronceado de su piel, pese a que apenas si le había visto salir al aire libre, y sus ojos, oscuros y brillantes, poseían un magnetismo especial. Se dijo que era el hombre más guapo que había visto en su vida, pero trató de disimular el impacto que le había producido, mientras le oía decir:

—Hola, soy el dueño del chalé de enfrente y ya hemos hablado en algunas ocasiones. ¿Puedo pasar?

Se hizo Delia a un lado para permitírselo, sintiéndose torpe y desaliñada. De haber supuesto que se iba a presentar sin avisarla previamente, se habría arreglado un poco más. Llevaba también unos pantalones vaqueros, pero descoloridos por las rodillas, y una blusa azul de manga corta que ostentaba varias manchas. Se había recogido la melena al levantarse esa mañana en una coleta en lo alto de la coronilla y calzaba unas deportivas viejas que debería de haber tirado hacía tiempo a la basura. Aturdida le indicó con la mano que pasara a la sala de estar y cuando él tomó asiento en un butacón que necesitaba con urgencia ser nuevamente tapizado, lo hizo ella en el sofá, ubicado bajo la ventana, con la garganta seca, sintiéndose cohibida.

—¿Me recuerdas? — le preguntó él—. Tengo entendido que a consecuencia del atropello que sufriste, has padecido amnesia postraumática. ¿Te has recuperado ya?

Aún confusa, meneó negativamente la cabeza.

—Aún no, no del todo.

—¿Pero sabes quién soy?

Hizo Delia un gesto vago, llevándose una mano a la coleta. Algunos mechones se le habían escapado y se preguntó si debería soltarse el cabello y atusárselo para presentar a sus ojos un aspecto más favorecedor, pero no le pareció que él hubiese reparado en lo despeinada que estaba ni que se hubiera fijado tampoco en su rostro, por lo que se limitó a replicar:

—Bueno... sí. Te veo escribir desde la ventana de mi despacho y sé que eres escritor, porque me lo han dicho, pero no recuerdo haber hablado contigo, si es eso lo que te interesa saber.

Se inclinó ansiosamente hacia ella e inquirió con voz tensa:

—¿Has olvidado que alguna vez coincidimos llevando la basura a los contenedores que están en la esquina de la calle? Me comentaste que habías leído todas mis novelas y que te habían gustado muchísimo.

Intentó Delia inútilmente rememorar alguno de esos encuentros, que sin duda debían de haber tenido trascendencia para ella, porque notaba el pulso acelerado, pero solo consiguió evocar la imagen en absoluto atrayente de esos artefactos de metal de color verde, que se hallaban a pocos metros de su casa, y a los que se dirigía al anochecer con una bolsa de plástico en la mano.

—Pues no... lo siento, no me acuerdo... todavía.

—¿Y de una joven que vivía conmigo? — insistió él con algo de impaciencia— Una chica morena, con el pelo largo y unos ojos negros muy grandes. Sé que la viste salir del jardín el día en el que se marchó, porque levanté la vista y te vi asomada a la ventana. Estabas siempre en esa habitación de la planta superior de esta casa y sigues estándolo. Supongo que porque trabajas ahí. ¿He acertado?

—Sí— musitó apenas.

—Para mí es muy importante que hagas memoria— le aclaró en un tono absurdamente persuasivo, ya que parecía creer que si la convencía de la trascendencia que tenía para él lo que le acababa de decir, superaría la amnesia y podría corroborar la existencia de esa muchacha y sobre todo las circunstancias en las que se había ido— ¿Conoces a un inspector de policía que se llama Peláez?

Asintió ella.

—Sí, fue a verme varias veces al hospital y me preguntó lo mismo que tú. Me pidió que le llamara a la comisaría cuando lo recordara.

—Ya— farfulló él, arrellanándose en el sofá y apoyando la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados—. Debía de estar reflexionando sobre cómo podría contribuir a que recobrara su capacidad de recuperar la información que había perdido, porque los abrió de pronto como si hubiera recibido una súbita inspiración y le dijo—: Me llamo Esteban Sotomayor y vivo en el chalé que tienes enfrente desde hace cinco años. ¿Te acuerdas de eso?

Con la espantosa impresión de tener la cabeza hueca, replicó:

—No.

—Bueno, es igual, te contaré lo pasó. Hará unos tres meses conocí a una chica puertorriqueña, a la que habrás visto en el jardín de mi casa, y puede que dentro del edificio por alguna ventana. También tienes que haberla oído gritar, porque se enfadaba a menudo y siempre a voces. Para mí es muy importante que recuerdes el día en que se marchó, porque la policía no me deja en paz. Han registrado mi casa varias veces y me enseñaban en cada una de esas ocasiones la ropa de ella colgada en el armario de nuestro dormitorio como prueba de que no se había largado y de que la había escondido yo en alguna parte. O algo peor. Se fue sin su ropa y a pie. Tenía, tiene— se corrigió— un viejo cacharro de segunda mano y lo aparcaba en la calle,

delante de la verja de mi jardín, y...

—No he visto ningún coche ahí estacionado desde que volví del hospital— le interrumpió Delia.

—No, porque ya no está. Vino un día su amiga, una acomodadora del teatro, con la que compartía piso antes de que nos conociéramos, y se lo llevó, así como todas sus pertenencias, pese a que no había vuelto a ver a Ada ni había dado ésta señales de vida. Me dijo que el coche lo habían comprado a medias las dos—. Se acarició la barbilla y añadió ansiosamente—: Tiene que haber regresado a Puerto Rico sin despedirse de nadie. Por lo que me dijo, no tenía familia. Sus padres habían muerto y solo tenía una hermana, algo mayor que ella, que se había marchado a otro país el año anterior. No tenía más parientes, pero es posible que hubiera dejado amigos allí. En cualquier caso, es su tierra. Había venido a España con un permiso de estudios, aunque no se había matriculado en ningún centro escolar, y su estancia había superado los días autorizados, por lo que estaba en una situación ilegal. ¿Comprendes?

Con la desagradable sensación de no ser capaz de procesar en su mente lo que le estaba diciéndole, repuso Delia:

—Sí, claro, pero no me parece lógico que volviera su país con lo puesto.

—No, ni a la policía tampoco se lo ha parecido. Creo que ese dichoso inspector ha ordenado que un agente me vigile, porque noto que me siguen las pocas veces que salgo a la calle. Y me preocupa que...

Se había callado sin terminar la frase y trató ella de ayudarle a que la completara.

—¿Qué? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Que le haya ocurrido algo grave y que me lo imputen a mí.

Se quedó mirándole sin comprender.

—¿Te refieres a que la haya atropellado un coche o a que haya estado implicada en un asunto turbio y la hayan matado?

—Sí. Cuando la conocí llevaba una vida de farándula un tanto irregular, pero como en ningún momento me planteé tener con ella una relación seria, no se me ocurrió que una aventurilla de un par de días pudiera complicarme seriamente la existencia. Me interpretó mal, porque, en contra de lo que esperaba, que era que se fuera a su casa al día siguiente, regresó en su trasto con dos maletas. Para colmo, y aunque no sé de dónde se lo sacó, el último día me dijo que deberíamos empezar con los preparativos de la boda.

—¿De la vuestra?

—Sí, fue el mismo día en el que la puse de patitas en la calle. Incomprensiblemente, porque en ningún momento se lo había dado a entender yo, me dijo que había pensado dejar su trabajo en el teatro y dedicarse por completo a mí y a las faenas domésticas y que deberíamos buscar una iglesia para casarnos. Cuando le contesté que veía visiones y que lo que debía hacer era empezar a llenar sus maletas para coger el portante, se me quedó mirando como si no me hubiera entendido.

¿Y qué pasó después?

Estuvo bañándose en la piscina y luego, cuando se vistió, fue a buscarme nuevamente a mi despacho con un cuenco de cereales en la mano. Insistió entonces en su idea de que deberíamos casarnos y cuando le dije que no tenía la menor intención de hacer tal cosa, me arrojó el cuenco a la cabeza y dio en el blanco.

—¿Y qué hiciste?

—Que sus cereales me chorrearón por la cara y me enfurecí. Esquivé agachándome los objetos que me lanzaba y cuando la alcancé, la agarré por el pelo, que lo tenía muy largo, y a

empujones la saqué al jardín y luego a la calle. Tuviste que verla gritándome en la acera toda clase de amenazas. ¿Lo recuerdas ahora?

Lo intentó Delia. Entrecerró los ojos y trató de reproducir en su mente las imágenes que le había descrito y que debía de haber visto, pero únicamente logró visualizar aquella pradera que se extendía al otro lado del seto de arizónicas, solitaria y reluciente de verdor bajo los rayos del sol.

—No, no me acuerdo— musitó apagadamente—. Sí he creído recordar cómo era tu jardín cuando he vuelto a casa, pero ahora está distinto, o eso me ha parecido. ¿Cuándo has plantado ese macizo de margaritas?

Le dio la impresión de que su pregunta le había impactado y de que vacilaba ahora ostensiblemente.

—¿No te gusta?

—Sí, bueno, no sé. ¿Cuándo lo han plantado?

Como se quedó expectante ella, aguardando su explicación, se decidió a hacerlo, aunque era evidente que le desagradaba el tema.

—Al poco de marcharse ella— repuso—. Estaba empeñada en cambiarlo todo y también el jardín, llenándolo de plantas y de árboles. Había contratado ese macizo de margaritas con una empresa de jardinería. Lo había visto en una revista y, al parecer, durante los días en los que estuve detenido en un calabozo de la comisaría se presentó en mi casa un hombre con una furgoneta en la que traía la rocalla que lo bordea, la tierra, el abono y las plantas. Lo había pagado ya Ada, con mi dinero, claro. Le abrió la puerta del jardín el jardinero que estaba cortando el césped y que se limitó a dejarle hacer al otro. El caso es que cuando me dejó libre el juez y volví, me lo encontré hecho—. Clavó en Delia sus ojos negros como dos carbones y le preguntó—: ¿Crees que debería decirle al jardinero que lo quite?

Hizo ella un gesto vago.

—No, supongo que no, que es bonito, pero no sabía que tuvieras jardinero. Aunque sí— se corrigió—. A veces he creído recuperar el borroso recuerdo de un hombre que en un prado verde hacía ruido y que debe de ser él segando la hierba. Y también...

Se interrumpió, luchando por recuperar aquella imagen que se resistía a perfilársele y que se deshacía como si estuviera conformada por jirones de niebla.

—¿Qué ibas a decir?

—No, nada.

—Bueno, no es propiamente un jardinero, porque sabe poco o nada de plantas. Es más bien un operario sin cualificación alguna que viene a realizar, entre otros, ese cometido, pero tal vez tengas razón. Ada tenía un gusto pésimo. No se lo permití, pero si la hubiera dejado, me hubiera llenado la casa de objetos inservibles. Hace unos días que no aparece, pero, cuando vuelva ese hombre mañana, le diré que deje el jardín como estaba antes.

Se apresuró Delia a intentar convencerle de que no hiciera tal cosa.

—No, no, esas margaritas son muy bonitas. Es solo que noté que el panorama que veía a través de mi ventana no era igual que el de antes, lo que en un principio me alegró porque pensé que sería ese el preludio de otras vivencias que irían haciéndose tangibles después. Pero lo siento — añadió pesarosamente—. No ha sido así... todavía. No, al menos, en lo referente a lo que te interesa.

—¿Y no hay un tratamiento que pueda ayudarte?

—No, el médico me dijo que normalmente se va recuperando poco a poco la información que has perdido, pero que no hay un regla fija.

—Ya— musitó desalentado. Levantó la mirada y por primera vez clavó sus ojos en el rostro de ella con curiosidad. Le pareció que la analizaba por primera vez cuando le preguntó—: ¿Qué es lo escribes en el ordenador? ¿Novelas, como yo?

—No, nada tan poético—. Soy economista y llevo en remoto la contabilidad de una empresa.

—¿Y a qué hora terminas tu jornada laboral?

—A las siete de la tarde, ¿por qué?

—Porque me gustaría que volviéramos a charlar, cuando tengas un rato libre. ¿Te vendría bien que el sábado próximo tomáramos una copa en mi casa? Me convendría que me dieras tu opinión sobre el libro que estoy escribiendo.

Parpadeó Delia perpleja, porque le produjo la impresión de que, aunque no tuviera conciencia de ello, con su propuesta se cumplimentaba un deseo que había estado albergando durante largo tiempo. Ese día era jueves, por lo que podía reencontrarse con él en un plazo muy breve.

—Bueno... sí — aceptó, disimulando la repentina euforia que sentía—. He visto que tengo en mi cuarto una novela tuya con una señal entre las páginas que indica donde había interrumpido la lectura. Me encantará comentar contigo la que tienes a medio.

Se puso Esteban en pie y Delia le imitó.

—No quiero entretenerte y voy a marcharme ya— le dijo él—. ¿A qué hora te viene bien que quedemos el sábado?

No tenía ella nada que hacer ese día, pero pensó que no debía reconocérselo y, mientras la acompañaba hasta el vestíbulo, repuso:

—A las siete llamaré al timbre de la puerta de jardín.

Le abrió seguidamente la de la casa y cuando salió él, ya en el porche se volvió para decirle:

—Tomaremos algo bajo la pérgola, pero te enseñaré la habitación en la que escribo y espero que hagas tú lo mismo otro día con la que utilizas como despacho. He sentido a menudo curiosidad por saber cómo sería ese cuarto en el que pasas el día entero junto a la ventana. Y también en cómo serías tú— añadió, antes de darse media vuelta, bajar los escalones del porche y alejarse por el sendero hacia la puerta del jardín.

Capítulo 12

Con una inmensa sensación de euforia, regresó Delia a la sala de estar y se apoltronó en el sofá, feliz al saber que dos días más tarde volvería a verle y disfrutaría de unas placenteras horas en su compañía, precisamente en un jardín en el que tanto había añorado encontrarse, cuando le espiaba desde la ventana de su despacho. Compartía entonces Esteban la sombra de esa pérgola con la sudamericana, pero afortunadamente, y por lo que le habían dicho todos, se había ido esa chica y ya no iba a volver.

Se incorporó bruscamente en el sofá con un respingo al darse cuenta de que lo que acababa de decirse lo había recordado de pronto. Como en un flash, había visualizado la imagen de los dos bajo el toldo de rayas azules y blancas que les protegía del sol, inclemente al mediodía en el mes de mayo. La de Esteban, tan seductora como cuando unos minutos antes estaba sentado frente a ella, y la de la chica desaparecida comiendo junto a él, con su larga melena oscura resbalándole hasta media espalda. Incluso podría describir la indumentaria que llevaba: un niqui amarillo, dos tallas menor de la que le correspondía, sobre el que pendía una vistosa cadena dorada con un ampuloso dije, y un pantalón corto de color blanco, también demasiado estrecho, que dejaba al descubierto sus morenas y bien formadas piernas.

La había envidiado entonces, eso también podía sentirlo. Había deseado estar en su lugar y advertía ahora que la atracción que le inspiraba el escritor no era un sentimiento nuevo que hubiera surgido tras su visita. Venía de antes, de cuando le veía escribiendo a través de la ventana de su casa, ignorante por completo de que existía ella y de que atisbaba sus gestos mientras escribía y también cuando salía de la casa.

Pero no conseguía rememorar ningún otro suceso que guardara relación con él. Ni cuando llegó esa chica a su chalé por primera vez, ni tampoco cuando se marchó, y debería poder reconstruir en su mente ambos momentos, porque, aunque tenían que haberle producido reacciones contrapuestas, tenían necesariamente que haberle impactado ambas. Intentó inútilmente una vez más entresacarlas de la niebla que invadía su mente y terminó por desistir de su empeño con un suspiro de desaliento.

El timbre de la puerta del jardín interrumpió sus elucubraciones y se levantó de un salto del sofá, preguntándose si sería él, que hubiera vuelto, porque hubiera olvidado decirle algo. Esa vez sí fue a la cocina a comprobar por el video portero si era Esteban el que llamaba y frunció el ceño fastidiada al comprobar que se trataba del inspector de policía que la había visitado varias veces en el hospital. Decepcionada, le abrió con el mando la puerta del jardín y se dirigió luego al vestíbulo para hacer lo mismo con la de la casa. Se acercaba ya él por el sendero con paso ligero y ágil y llevaba una carpeta bajo el brazo. Cuando llegó a los pies de los escalones del porche, levantó la cabeza hacia ella.

—Venía a verla— le dijo—. ¿Puedo pasar?

Por su gusto le hubiera contestado negativamente, porque lo último que deseaba era tener que soportar a un nuevo interrogatorio para el que no tenía respuestas, pero como no podía negarse, meneó afirmativamente la cabeza y le sonrió.

—Claro, pase usted.

Le precedió hasta la sala de estar, donde fue a tomar asiento nuevamente en el sofá y él ocupó el mismo desvencijado sillón que había abandonado poco antes Esteban y que crujió bajo su peso, a la par que colocaba la carpeta sobre sus rodillas. Se acomodó rebulléndose en su

butaca y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, muy bien, pero me temo que no voy a poder serle de utilidad— le dijo, anticipándose a lo que suponía que motivaba su visita—. He ido recordando pequeños detalles, tales como cuál es el armario de la cocina donde se guarda el azucarero o el café, pero no lo que imagino que viene a preguntarme. Y por cierto, ¿le apetece un café?

Denegó el ofrecimiento con una sonrisa.

—No, no, no quiero molestarla. He venido a interesarme por su estado de salud y a preguntarle si efectivamente ha progresado su memoria y puede decirme algo que pueda servirnos para la investigación que estamos realizando. Esa muchacha sudamericana sigue sin aparecer y hemos comprobado que no formó parte del pasaje de ningún avión que se dirigiera a Puerto Rico en los días que siguieron al que abandonó el chalé de enfrente del suyo. Al menos, no con su nombre, ni con el aspecto con el que la vería usted por la ventana, antes de su accidente. Podría haberse cortado el pelo y teñírselo de rubio para no ser reconocida, ¿pero para qué habría de haberlo hecho? No es ninguna fugitiva.

—Quizás su estancia en nuestro país fuera ilegal, y por esa razón se haya marchado antes de que ser deportada— sugirió Delia.

Sonrió nuevamente Peláez, pero ahora su gesto denotaba claramente su sarcasmo.

—En ese caso no habría salido de España dejando su ropa y todas sus pertenencias en el chalé del escritor, sin despedirse ni tan siquiera de la amiga con la que ha compartido vivienda durante unos meses y que ha sido la que ha denunciado su desaparición. Sería absurdo. Su pista se pierde en el momento en el que salió la casa de ese hombre, el día anterior al que usted fue atropellada. Ha tenido que ocurrirle algo y no precisamente halagüeño.

Reflexivamente, asintió Delia.

—Es posible, sí, y, aunque deseo que no se haga ilusiones, quiero informarle de que hace un instante he recordado que la vi un día comiendo en el jardín del chalé de enfrente.

—¿Con el escritor?

—Sí, y que me pareció muy llamativa. Aunque vestía una ropa apropiada para pasearse por una playa o para trepar por una montaña en un día de verano, llevaba un dije enorme colgando del cuello y unos aros también dorados en las orejas, más adecuados para una fiesta que para estar en casa. Yo, al menos, utilizo indumentarias distintas para cada una de las diferentes ocasiones.

Aunque Peláez no hizo el menor gesto que lo denotara, le pareció que observaba lo desaliñada que estaba y se llevó una mano al mechón de cabello que se le había escapado de la coleta, recriminándose nuevamente por no haberse arreglado mejor esa mañana, aunque no esperara visitas. Impasible siguió él el movimiento de su mano y le preguntó:

—¿Y no presencié ninguna pelea de la pareja? Por tres veces le denuncié a él por malos tratos en la comisaría, en la que se presentó llorando como una Magdalena, aunque luego, como muchas otras mujeres, las retiró.

—No, ese día en concreto me pareció que reinaba entre ellos una absoluta armonía, pero tengo que admitir que es lo único que recuerdo— Frunció el ceño con la intención de concentrarse y añadió—: Bueno, también me viene a veces a la memoria un hombre en el jardín de enfrente, que debe de ser el jardinero, aunque no he conseguido aún ponerle cara. Tengo entendido que venía todos los días, pero no le he visto desde que me dieron el alta y volví a casa. Hasta la fecha tan solo he podido vislumbrar la imagen borrosa de una silueta masculina a la luz de una linterna, inclinándose sobre el césped.

Al oírla, se irguió bruscamente Peláez en su butaca.

—¿Y sigue sin recordar su rostro? Se lo pregunto, porque no hemos podido localizarle tampoco. Es un emigrante, que vivía en una nave abandonada en Parla con otros compatriotas que vinieron con él a nuestro país, pero hace días que falta a su trabajo y no ha regresado tampoco a su domicilio ni le ha visto ninguno de sus amigos. Consecuentemente le estamos buscando.

No le había comentado Esteban que le hubiera echado en falta. Incluso había insinuado, antes de que ella se lo desaconsejara, que cuando se presentara a segar la hierba el próximo día, le ordenaría que se deshiciera del arriate de margaritas y volviera a plantar césped en ese espacio de terreno para que el jardín volviera a estar como antes.

—¿Ha desaparecido? — se extrañó—. ¿Y eso cuando ha sucedido?

—El mismo día en el que salió usted del hospital. Le efectuaba al escritor toda clase de trabajos, por lo que venía a diario al chalé de enfrente del suyo, así que tiene que haberle visto desde su ventana. Le voy a enseñar unas fotografías para ver si le identifica.

Abrió la carpeta que llevaba y le mostró una en la que aparecía un hombre gordo con una doble papada. Llevaba un sombrero de paja en la cabeza y vestía como un campesino. Le observó Delia atentamente y terminó por negar con la cabeza.

—No, no me suena de nada esa cara.

Le mostró ahora Peláez a otro que parecía ser la antítesis del anterior. Se veía en la fotografía a un individuo flaco, muy moreno y con el cabello negro y rizado que llevaba en la mano un cesto repleto de hierba. Algo se le removió dentro a ella al mirarla luchando por adquirir contornos definidos. Una desvaída silueta envuelta en una nebulosa que no llegó a hacérsele claramente visible.

—Pues... — empezó dudosa.

—¿Le ha visto antes? — inquirió Peláez inclinándose ansiosamente hacia ella.

—No estoy segura ¿Y dice que ha desaparecido?

—Al menos no hemos conseguido dar con él.

Apoyó Delia la cabeza en el respaldo del sofá tratando de puntualizar con exactitud lo que le había comentado Esteban sobre ese hombre y objeto:

—Eso no puede ser. Me ha dado a entender mi vecino que, como siempre, vendrá mañana a cortar el césped, lo que aprovechará para decirle que quite el macizo de margaritas que plantaron durante su ausencia.

Frunció Peláez sus tupidas cejas y la observó con suspicacia con aquellos ojillos penetrantes con los que parecía poder leer en su cerebro.

—¿De qué me está hablando?

—De las margaritas, ya se lo he dicho— repuso incoherentemente.

—¿Es que ha estado hablando con el escritor?

—Sí, ha venido a verme para preguntarme lo mismo que usted, si había recuperado por completo la memoria. Se ha quedado cariacontecido cuando le he contestado que no, lo que era cierto cuando se ha presentado en esta casa, porque ha sido después cuando he recordado el episodio que le acabo de referir. Me ha interpretado mal y ha entendido que no me gustaba ese macizo cuando le he comentado que sí había notado que su jardín estaba distinto.

—¿De qué macizo me está hablando? — inquirió Peláez impaciente.

—Ya se lo he explicado varias veces, el de las margaritas— rezongó ella, cansada de repetírselo, sin que al parecer procesara en su cerebro lo que le decía —. Y no es que sea feo ese macizo. A mí me gustan las flores y, bien mirado, pone una nota de color en una pradera verde,

pero me ha entendido mal él. Ha creído que opinaba yo que estropeaba la sencillez del jardín y se ha quejado de que hubiera sido un capricho de la chica sudamericana. Lo había visto ella en una revista y lo había encargado antes de que le detuvieran ustedes a él. Se lo encontró hecho el día en el que el juzgado le dejó libre, aunque con cargos, y volvió a su casa.

Se quedó mirándola de hito en hito con las cejas enarcadas. Parecía estar atando cabos y finalmente su semblante se iluminó, o esa impresión le dio a ella, que se preguntó qué conclusión habría sacado de lo que acababa de referirle, porque le recordó su expresión a la de un perro de caza acechando a una presa. Se inclinó luego hacia ella e inquirió midiendo las palabras:

—¿No existía antes ese arriate?

—No, ya se lo he dicho— repuso confusa.

—¿Y es muy grande?

No entendió ella el motivo de que manifestara tanto interés y menos aún que le interesara su tamaño, por lo que se encogió de hombros,

—No sé lo que considerará usted qué es grande. Medirá de largo un metro y medio, o algo más, y es muy frondoso. Lo encargó esa chica y ya le he dicho que estaba Esteban en el calabozo cuando la empresa de jardinería vino a instalárselo. La recibió el jardinero, que estaba cortando la hierba en esos momentos, porque tiene llave de la puerta del jardín. Me lo ha dicho él, que ha venido hace un rato, pero no he podido darle buenas noticias sobre mi memoria.

Le sorprendió el brillo que vio en los ojos de Peláez, mientras la escuchaba. Se mesaba reflexivamente la barbilla cuando inquirió:

—¿Se ve ese arriate desde alguna de las ventanas de esta casa?

—Sí, desde la de mi despacho. ¿por qué?

No contestó a su pregunta. Se limitó a hacerle otra a su vez.

—¿Y le importaría enseñármelo? Puede negarse, si quiere.

También ahora le pareció absurdo a ella oponerse a que lo viera, por lo que replicó:

—No, no, ¿por qué habría de negarme? Venga conmigo. Le enseñaré donde trabajo y el panorama que se divisa desde allí, que supongo que es lo que le interesa, venga.

Le precedió por la escalera que se iniciaba en el vestíbulo, atravesaron luego la planta superior y se le adelantó ella al alcanzar la vieja escalera de madera que bajo los pies de él dio la impresión de estar a punto de derrumbarse. Los peldaños crujían de un modo alarmante. Como toda la casa, acusaban el paso del tiempo, por lo que se prometió a sí misma que la remozaría en cuanto ahorrara una cantidad suficiente para acometer la obra que requería. Sus padres habían heredado el chalé de los abuelos de ella y no se habían preocupado demasiado por irlo reparando. Ni ella tampoco. Se había dado cuenta de lo decrepito que estaba, cuando un rato antes había llegado Esteban y al sentarse en un sillón habían crujido bajo él los muelles del sillón como si fuera a desguzarse y dejarle caer al suelo. Peláez era más alto y también más fornido, por lo que esa desagradable sensación se le había acrecentado a ella al verle arrellanarse para ponerse cómodo.

Al llegar a la planta superior le abrió la puerta de la habitación en la que pasaba la mayor parte del día. Aún no había anochecido y no había bajado la persiana, por lo que el inspector se acercó a la ventana y oteó desde ella el jardín vecino.

—Tiene usted desde aquí un buen observatorio del chalé de ese escritor— le comentó en voz baja y como para sí, antes de volverse hacia ella y comentarle —: No se fijaron los agentes que registraron la casa en ese arriate, pero creo que me ha proporcionado usted una pista importante, lo que le agradezco. Necesitaré una orden judicial y...

¿Para qué? — trató de que le aclarara Delia, con el inquietante regustillo de haber

hablado de más y de haber traicionado de alguna manera a Esteban.

Se la quedó mirando Peladez e hizo intención de encogerse de hombros, por lo que Delia insistió.

—No me ha contestado. ¿Para qué necesita una orden judicial?

—Es obvio— repuso, envolviéndola en una mirada que no supo interpretar—. Para averiguar lo que hay debajo de esas flores.

Capítulo 13

Se sintió tan desazonada Delia cuando se marchó Peláez, que decidió salir a la calle y acercarse al supermercado a comprar algunas cosas que necesitaba para la cena. Pensó que se distraería y dejaría así de seguir dándole vueltas a lo mismo. Debería de haber sido más cauta y no explayarse con el policía, al que sin duda le había inducido a sospechar que habían enterrado debajo del macizo a la muchacha con la que había convivido Esteban y que éste se había deshecho así del cuerpo de ella.

Si era esa la conclusión a la que había llegado Peláez, se había equivocado de medio a medio, se dijo una vez más. Esteban estaba encerrado en un calabozo de la comisaría cuando la empresa de jardinería, con la colaboración del jardinero, había plantado el arriate. Se lo había dicho él un rato antes, por lo que no podía haber tenido nada que ver con lo que pudieran encontrar allí, cuando quitaran las margaritas y excavarán bajo la tierra de la que previamente habían arrancado el césped.

Y lo que más lamentaba era no haber estado ella en su despacho ese día y haber visto por la ventana cómo lo realizaban, para poder atestiguarlo y dejar patente que Esteban no había tenido participación alguna en esa obra de jardinería. La habían atropellado el día anterior y se encontraba ingresada en el hospital en esos momentos, sin recordar quién era ni cómo se llamaba. Una horrible sensación que prefería olvidar.

Pero lo probable era que debajo del macizo no encontraran más que tierra, se dijo para consolarse mientras se vestía y se deshacía la despeinada coleta para dejarse suelto el cabello y estar presentable. Aunque empezaba a anochecer, todavía hacía calor, por lo que se cambió los pantalones desteñidos por otros, también vaqueros, pero más nuevos, y la blusa por una blanca que le había regalado Rodolfo cuando eran novios y que había arrumbado en el fondo del armario cuando rompieron. Había olvidado la existencia de esa blusa, porque hacía tiempo que no se la ponía. Tontamente había pensado a raíz de esa ruptura que le daba mala suerte, pero era bonita y le sentaba bien. Incomprendiblemente había recordado al verla colgada en el armario que la había dejado él por otra con la que se había casado, pero decidió que ya era hora de borrar de su memoria esa etapa de su vida y utilizar la prenda.

A esas horas, en el supermercado no había nadie. Tomó un carro de la hilera que vio junto al escaparate, enganchados unos a otros como los vagones de un tren, y, empujándolo, empezó a recorrer un largo pasillo en el que se exponían productos de droguería en las estanterías metálicas que lo conformaban. Dobló en la esquina para enfilar el siguiente, al tiempo que oía a su espalda los pasos apresurados de alguien que corría tras ella y que la alcanzó cuando cogía una docena de huevos de un estante y una bolsa de patatas del contiguo.

—Delia, cuanto me alegro de verte— le oyó decir—. ¿Cómo sigues?

Era Marcos, que jadeaba sonriente, encantado de haberla encontrado allí, pese a que no la había llamado ni se había hecho el encontradizo con ella en el supermercado después de recogerla en el hospital siete días antes.

—Bien— repuso seca, mientras dejaba la bolsa en el carro—. ¿Y tú?

—Yo también— le contestó, algo extrañado de lo distante de su actitud—. He estado toda la semana fuera. Me envió mi empresa a Barcelona a supervisar la instalación informática de un centro que va a abrir allí y he regresado hoy, por lo que me he encontrado con la nevera vacía. ¿Y tus padres? ¿Se han marchado ya?

Explicaba ese viaje al que había aludido que no hubiera hecho intención de verla, por lo que sintió que se desvanecía su resquemor y le sonrió.

—Sí, anteayer. Se convencieron al fin de que podían dejarme sola y tomaron el tren y luego un autobús para llegar hasta la urbanización de la costa en la que viven. Mi madre me llama todos los días. Se preocupa mucho por mí.

—Es natural— consideró él mesándose su alborotada pelambarrera—. Pero en ese caso, puesto que no voy a suponerle ya un incordio que la obligue a limpiar toda la casa de arriba abajo para recibirme debidamente, considero que podemos fijar la fecha para celebrar que te encuentras bien y que nos hemos conocido.

—No es eso lo que tenemos que celebrar— le corrigió Delia, contagiada por el optimismo que derrochaba, que por unos segundos la hizo sentirse aligerada del malestar que experimentaba tras la visita que le había efectuado Peláez.

—¿No?, ¿qué es? — ironizó él con fingida inocencia—. ¿Qué te parece si cenamos esta noche en tu casa o en la mía? En cualquiera de las dos me ofrezco para freír huevos con patatas y para preparar una sopa o una crema de sobre. Las dos cosas son mi especialidad.

—¿No sabes hacer nada más? — le reprochó Delia burlonamente.

—Bueno... sí, pero es que veo que los dos hemos cogido huevos y patatas — replicó observando el contenido de los carros—. En la despensa me quedan unos cuantos sobres de crema de calabaza y uno o dos de sopa de fideos. Con unos helados de postre para rematar la cena, que podemos comprar ahora, organizaríamos un festín.

También le apetecía a ella lo que le estaba proponiendo. Sobre todo para poder desahogarse charlando con alguien de confianza, que la convenciera de que no podía considerarse culpable de haber despertado las sospechas de Peláez como consecuencia de haberle comentado la existencia del dichoso macizo, por lo que le dijo:

—Propongo la mía. Aún no podemos pisar el jardín, porque el césped está a medio crecer y hay que esperar a haberlo cortado tres veces al menos antes de poder pisarlo sin que se marchite, pero tengo una mesa y unas sillas de plástico blancas y las podemos sacar a la terraza. ¿Qué te parece?

Manifestó su aprobación él con aquella sonrisa pícara que tanto le caracterizaba.

—Me parece perfecto, siempre que no tenga que vestirme de algo especial. Te anticipo que si tengo que pelar patatas, me niego a ponerme un traje.

Llevaba en ese momento un niqui blanco de manga corta sobre unos pantalones vaqueros y Delia se echó a reír.

—Tal como vas en este momento, estarás bien. Tampoco yo pienso cambiarme, así que, si me acompañas a casa tirando de mi carrito, con tu compra y con la mía, prepararemos inmediatamente y entre los dos un menú colosal. Estoy preocupada y necesito además desahogarme con alguien.

—¿Qué es lo que te pasa? — inquirió observándola serio con las cejas enarcadas.

—Que hablo demasiado— refunfuñó ella—. Y hace un rato le he dicho toda clase de inconveniencias al inspector de policía que lleva la investigación de la chica que vivía con Esteban Sotomayor.

—¿Has estado en la comisaría?

—No, ha venido él a mi casa, pero te lo referiré luego. Vamos a terminar de hacer la compra y te lo contaré mientras cenamos.

Hora y media más tarde tomaban asiento frente a frente en la mesa de plástico blanco que habían sacado a la terraza, sobre la que había colocado ella un mantel de florecitas azules. Dejó

Marcos sobre ésta la fuente en la que campeaban los huevos fritos sobre un cerro de patatas y mientras se servían le dijo:

—Cuéntame ahora esa cosa tan terrible que le has dicho al policía. Estoy seguro de que no será para tanto.

Dejó Delia el tenedor junto al plato y se acodó en la mesa desviando la mirada hacia el chalé de enfrente, que el seto que circundaba su parcela y la de Esteban le impedía ver.

—He tenido la ocurrencia de hablarle de las margaritas y le he hecho mención asimismo a que ese macizo no estaba en el jardín de Esteban antes de que me atropellaras y...

—¿Ya le llamas Esteban? — la interrumpió con cierta mordacidad.

—Bueno, sí. También ha venido a verme esta tarde y me ha invitado a su casa el sábado próximo para que le dé mi opinión sobre la novela que está escribiendo.

—Y por lo que veo, habéis intimado.

—Yo no diría tanto. No es un hombre engreído como suponía. Me ha dado más bien la impresión de sentirse atormentado por la situación que está padeciendo. Y no es para menos. Como te decía, he tenido la ocurrencia de comentarle a Peláez que había recordado pequeños detalles de mi vida anterior y he sacado a colación la existencia de ese parterre. Le he dicho que el jardín de Esteban no tenía otra plantación que césped, cuando me llevaste al hospital y he notado la expresión de sabueso listo que asomaba a su cara, lo que ha corroborado con lo que ha mascullado seguidamente.

—¿Y qué es lo que mascullado?

—Que iba a tener que solicitar una orden judicial. Es obvio que se refería a que, cuando se la conceda el juez, arrancarán las flores y excavarán la tierra para dar con el cuerpo de la chica, ¿comprendes?

Se la quedó mirando Marcos con una seriedad inusual en su rostro.

—¿Y qué es lo que te preocupa? Si encuentran ese cuerpo, habrás colaborado con la justicia y, si no encuentran nada, ese inspector se habría pasado de listo. A mí no me parece tan grave.

—No, claro, a ti no— refunfuñó—. ¿Pero qué crees que pensará Esteban de mí? Como mínimo, que desconfío de él y que voy propagando infundios en cuanto tengo ocasión, sin medir las consecuencias. No se me había ocurrido que pudieran haber plantado esas flores para ocultar un cadáver, hasta que he visto como le brillaban los ojos a Peláez a raíz de la tontería que le he dicho.

—O sea, que lo que te preocupa es lo que pueda pensar ese insignificante escritor de tí y que como consecuencia te retire el saludo— dedujo sarcásticamente Marcos—. ¿No es así?

Le extrañó a Delia que se lo tomara tan a la ligera y que no intuyera lo trascendente que podía ser para ella.

—Claro— protestó dolida—. ¿Qué otra cosa podría preocuparme?

Hizo él un gesto con el que parecía querer decir que había otras posibilidades más importantes que la que se planteaba y puntualizó:

—Que efectivamente ese inspector hubiera dado en el clavo.

Parpadeó aturdida.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. Imagina que encontraran el cadáver de esa chica enterrado en el jardín y que lo hubiera tratado de ocultar con las flores que han plantado encima. No sería la primera vez.

—Pero es que... — empezó a protestar desconcertada, lo que fue dejando paso a una

profunda irritación—. ¿Cómo puedes suponer que Esteban sea capaz de una barbaridad semejante? Le habían detenido ya. Estaba encerrado en un calabozo cuando se presentó en su casa la empresa de jardinería que la puertorriqueña había contratado. Les abrió la puerta el jardinero que estaba cortando el césped y les ayudó a plantarlo al borde del camino que lleva a la casa y...

Volvió a interrumpirla Marcos.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Porque te lo ha dicho él? Como es lógico, no iba a decirte la verdad.

—El jardinero y la empresa de jardinería lo corroborarán— le aseguró secamente.

Le vino a la memoria en ese instante el interés que había manifestado Peláez al enseñarle las fotografías de ese hombre, ya que al parecer no conseguían dar con su paradero. Podía ser un grave inconveniente que no consiguieran localizarle, pero pensó que aún quedaba la empresa que había contratado Ada para atestiguar la fecha exacta en la que había realizado el encargo y que su testimonio le serviría a Esteban de coartada en caso de necesidad. Suponía que conocería él el nombre de esa empresa o que en caso contrario habría alguna forma de rastrearlo en internet.

—También es posible que la policía no encuentre nada— le sugirió Marcos intentando apaciguarla—. No eres responsable de lo que ese inspector haya podido deducir de un comentario tuyo.

Le indignó profundamente que Marcos no se pusiera en su lugar y que no comprendiera el alcance que tenía lo que Esteban pudiera opinar sobre ella.

—Es que no entiendes nada— se enfadó—. Y no es de extrañar, porque los hombres sabréis mucho de técnica, de motores y de fútbol, pero no comprendéis las cosas más sencillas. A ti te daría igual lo que él pudiera pensar de tí si estuvieras en mi caso, pero a mí no. Supondrá que se lo he sugerido yo a ese policía, después de haber estado hablando con él unos minutos antes. Cuando al fin estaba a punto de conseguirlo...

—¿Qué es lo que querías conseguir?

Vaciló Delia sin atreverse a aclararle lo mucho que había soñado con el día en el que reparara Esteban en su existencia y descendiera del pedestal al que le había subido para ponerse a su altura. Lo había tenido al alcance de la mano, pero podía ahora irse al traste si llegaba a sus oídos que había sido ella la que le había dado la idea a la policía.

—Hará unos cinco años que se compró él ese chalé— empezó a decirle con la mirada perdida en la verja de la parcela de enfrente— y desde entonces...

Se calló de improviso llevándose una mano a la boca.

—¿Qué decías? — la animó Marcos a continuar.

—Que lo acabo de recordar. Me ha venido a la mente de pronto el instante en que le vi por primera vez escribiendo en su ordenador en una habitación de la planta baja de su casa. Tenía un novio yo por entonces, pero...

—Pero Esteban lo eclipsó ese mismo día— la interrumpió sardónicamente Marcos— Te quedaste embobada mirándole desde tu ventana y en cuanto volviste a ver a tu novio le dijiste que como no era tan alto, ni tan guapo como tu vecino, lo mejor que podía hacer era buscarse a otra chica y olvidarse de tí.

—Yo no le dije eso— protestó enfadada— y Además fue Rodolfo el que me dejó a mí. Se casó hace tiempo y la última vez que hablé con él me pareció que era muy feliz.

—Pues me alegro por él— masculló Marcos entre dientes.

No se dio cuenta Delia de que él estaba empezando a irritarse y que debía cambiar de tema. En su lugar, le comentó:

—Estaba tan contenta esta tarde después de que se marchara Esteban...— continuó diciéndole—. No hubiera imaginado nunca que pudiera interesarle mi opinión sobre su novela. Porque quiere enseñarme lo que ha escrito para que le diga qué me parece, antes de terminarla. Pero cuando se entere de que he sido yo la que ha despertado las sospechas de la policía sobre el lugar en el que podría estar el cadáver de esa chica, no volverá a dirigirme la palabra. ¿Comprendes ahora?

—Sí, perfectamente— replicó serio y sin levantar la mirada del plato, en el que aún campeaba un cerro de patatas fritas—. Pero no te adelantes a los acontecimientos. Tengo entendido que la policía no tiene por costumbre desvelar sus fuentes de información y si debajo del parterre no hallan más que tierra, seguirá pidiéndote que critiques constructivamente sus libros. Quizás así te des cuenta de que no es más que un petulante, si no algo peor.

Se le quedó mirando con los ojos agrandados por la sorpresa, esperando a que terminara de exponer lo que pensaba.

—¿Algo como qué? — trató de averiguar, cuando se convenció de que no tenía intención de puntualizarlo.

—Algo como un maltratador, o lo que sería aún peor, un asesino.

—¿Cómo puedes imaginar siquiera semejante estupidez? — se indignó Delia—. Mi despacho es el perfecto observatorio y nunca vi que le pusiera la mano encima a esa chica.

—¿Te enterabas también de lo que sucedía dentro de la casa? — replicó él irónicamente.

—No, pero sí pude atisbar en varias ocasiones como le recibía cuando, después de cada detención, le dejaba libre la policía y volvía al chalé. Se le colgaba ella del cuello hipando y pidiéndole perdón por haberle denunciado falsamente.

—¿Y qué hacía él?

—Se la quitaba de encima de un empujón, como hubieras hecho tú y cualquiera. No era más que una histérica.

—Y él un santo, ¿verdad?

—Pues...

No le dio tiempo Marcos a contestarle. Incomprensiblemente, porque aún no había terminado de comerse todas las patatas, se puso de pie. Fue a decirle algo, pero no llegó a hacerlo. Únicamente masculló:

—Perdona, pero acabo de recordar que espero un paquete importante esta noche. Tengo que marcharme.

—Pero...

La dejó con la palabra en la boca y se marchó dirigiéndose a largas zancadas hacia la puertecilla del jardín.

Capítulo 14

El sábado siguiente y a las siete en punto de la tarde salió Delia de su casa, cruzó la calle y llamó al timbre de la puerta del jardín de Esteban. Desde que había terminado de comer se había estado arreglando en el cuarto de baño y se había probado luego en su dormitorio toda la ropa que tenía en el armario. Como no quería que pudiera pensar él que le daba a esa primera cita más importancia de la que realmente tenía, había optado finalmente por ponerse los mismos pantalones vaqueros que llevaba dos noches antes y una blusa azul, entallada, de manga corta. Había vuelto a colgar en el armario la que le había regalado Rodolfo por el día de San Valentín, después de comprobar que era la que le sentaba mejor. Aunque era también la más bonita, había podido corroborar una vez más que le daba mala suerte, porque la cena con Marcos había sido un desastre.

Se había arriesgado tontamente a ponérsela esa tarde, diciéndose que no debía dejarse llevar por lo que no era más una absurda superstición, pero se había equivocado, porque sin una razón clara se había enfadado con ella a raíz de lo que le había comentado sobre el macizo de margaritas. Le había contestado con monosílabos a partir de ese momento y, se había machado de improviso, tras despedirse con aire malhumorado. Ni tan siquiera había hecho intención de quedar otro día. Y lo sentía. Le gustaba su compañía y el optimismo que derrochaba. Le levantaba el ánimo y desde entonces había estado esperando a que la llamara y a que le diera oportunidad de aclararle qué era lo que le había hecho reaccionar de esa manera tan incomprensible.

Le abrió la puerta Esteban en ese momento y relegó esa cuestión para otro momento menos trascendente, en el que pudiera analizarlo sin sentir como en ese instante el pulso acelerado.

—Pasa, pasa— le dijo esbozando un gesto de bienvenida—. Veo con satisfacción que eres puntual.

Llevaba él un pantalón vaquero y el mismo niqui blanco que la tarde en que la visitó en su casa. Resaltaba el color moreno de su piel y el oscurísimo de sus ojos. Le siguió Delia hacia la pérgola por cuyos postes trepaban enredaderas cuajadas de flores blancas y amarillas y tomó asiento, mientras iba él a buscar unos refrescos. Desde su ventana, le había atisbado en infinidad de ocasiones en ese mismo lugar, unas veces solo y en otros con la puertorriqueña. En estos últimos con el íntimo deseo de ser ella la que ocupara el lugar de la otra, lo que al fin y casi inexplicablemente había conseguido.

Regresó enseguida Esteban con dos vasos, dos latas de cerveza y un platito de aceitunas y se sentó a su lado. Todavía hacía calor, pero soplaba una ligera brisa y aspiró Delia el olor a hierba fresca que traía el viento, mientras le indicaba él el fajo de papeles encanutados que estaba ya sobre la mesa, cuando había llegado.

—¿Es tu novela? — le preguntó.

—Sí. Aún no la he terminado, pero me gustaría que leyeras lo que he escrito y me dijeras lo que te parece y cual crees que sería el final más adecuado. Pero quiero que me digas la verdad, sin edulcorarla. Algunos de mis lectores se quejan de que mis libros son amargos, pero eso es algo que no puedo remediar, porque reflejan mi modo de ser.

Pensó ella que no podía ser cierto lo que le estaba diciendo, porque un hombre tan

atractivo, que había obtenido además un gran éxito como escritor, tenía que ser necesariamente optimista, por lo que objetó:

—¿Terminan mal tus novelas?

Se la quedó mirando sorprendido con sus negros ojos entornados.

—¿No es cierto entonces lo que me dijiste aquella noche? — le preguntó—. Me aseguraste que las habías leído todas y que te habían gustado mucho. Me estoy refiriendo a una ocasión en la que coincidimos junto al contenedor de la basura que está en la esquina de la calle, donde los dos íbamos a soltar nuestras bolsas. ¿No te acuerdas? Incluso me pediste un autógrafo.

Intentó Delia rememorar ese encuentro, que tenía que haber sido importante para ella, pero solo consiguió evocar una vez más la imagen nada estética de esos aparatos y el desagradable olor que despedían.

—Lo siento, pero no. Ya te dije el otro día que aún tengo muchas lagunas. Hay tonterías que recuerdo de pronto como si hubieran sucedido ayer y otras que debieron impactarme en su día y que no consigo traer a la memoria.

Le sonrió con aquel gesto tan seductor que le caracterizaba y con el que se le marcaban unas arruguillas en derredor de los ojos e inquirió:

—¿Fue importante para ti aquella charla que mantuvimos durante unos cortos minutos?

Por supuesto que habrían tenido que serlo, se dijo, pero no podía reconocerle que, aunque no tenía conciencia clara de ello, sí podía intuir que había constituido él el eje de su vida, por lo que hizo un gesto vago.

—Ya te he contestado antes, no lo sé. Sí sé que he debido de leer tus novelas, porque las ha visto ordenadamente colocadas por la fecha de su edición en la librería de mi despacho, pero no podría decirte si me parecieron amargas u optimistas—. Analizó su rostro con curiosidad al preguntarle—: ¿Y por qué afirmas que traslucen tu forma de ser? Eres un triunfador, así que deberías plasmar esa impronta positiva en lo que escribes.

—No es tan sencillo— objetó tras meditarlo—. Hay personas, como tú, que disfrutan intensamente con las cosas más nimias, pero yo no. Rara vez me siento feliz y a la mayoría de las cosas les encuentro peros. Algunas veces disfruto escribiendo, pero tampoco siempre. Otras, incluso, me enrabetio. Por eso, me he preguntado observándote desde mi despacho qué estarías trasladando a tu ordenador, porque se notaba que estabas absorta en lo que hacías y que te satisfacía pulsar cada una de las teclas de ese trasto. ¿Qué escribías?

Evocó Delia sus jornadas de trabajo, que a menudo había considerado que eran demasiado largas. Conseguía concentrarse en su cometido, eso era cierto, e incluso se sentía largamente recompensada cuando al final de cada mes cuadraba satisfactoriamente la cuenta de resultados de la empresa, pero nunca hubiera imaginado que la hubiera estado él atisbando desde lejos y analizando sus reacciones. Descubrirlo la halagó.

—¿Me has estado espiando? — le preguntó con una coquetería inusual en ella.

—Digamos que te he observado, porque me inspirabas curiosidad. Yo farfullo toda clase de imprecaciones, cuando no consigo expresar en el papel lo que pasa por mi mente y me enfurezco cuando suena el teléfono o cuando alguien me interrumpe, porque pierdo el hilo, pero tú no. A ti se te ve sonriente en cualquier circunstancia, seguramente porque has nacido así, con otro carácter, lo que es una gran suerte.

Algo de lo que le acababa de decir le había llamado la atención. Estuvo dudando en insistir sobre ello, pero al fin se decidió.

—¿Te interrumpía la chica con la que vivías? Sé que no debería preguntártelo y que estoy cometiendo una indiscreción al aludir a ese tema, pero yo también siento curiosidad, porque a

menudo oía como os peleabais—. Al verle torcer el gesto trató de recoger velas—. Perdona, no he debido preguntártelo.

—No tengo inconveniente en aclarártelo— replicó en tono mesurado—. Ada era una auténtico plomo. Pretendía ser el centro de atención en toda circunstancia y no me dejaba en paz cuando estaba escribiendo, como si a mí pudiera importarme si le favorecía más el color azul que el verde o viceversa. Cuando le decía que se fuera a paseo y me dejara tranquilo, se ponía como una hiena y me gritaba que era insoportable. Una vez incluso se abalanzó sobre mi ordenador y estuvo a punto de borrarle la novela que tenía a medias.

Se preguntó Delia qué hubiera hecho ella si alguien hubiera intentado eliminarle el balance de una mensualidad cuando ya lo había cuadrado y se solidarizó en el acto con él.

—¿Y qué hiciste en esa ocasión? — inquirió.

—Impedirlo. Creo recordar que le di un empujón con el que trastabilló de espaldas y se cayó sentada en el suelo, desde donde me llamó de todo. A continuación se marchó. Se dirigió a una comisaría y me denunció por malos tratos, con lo que, como consecuencia, pasé la noche en el calabozo rumiando lo que podría estar haciéndome. Ella se quedó en esta casa, por lo que temí que aprovechara mi ausencia para rematar su fechoría y me reseteara el ordenador, pero por fortuna no supo hacerlo, aunque lo intentó. Solo sabía escribir a mano y con faltas de ortografía.

Pensó ella que no debía seguir ahondando sobre el tema, pero se le escapó sin poderlo evitar.

—¿Y cómo pudiste aguantarla durante tanto tiempo? Por lo menos estuvo aquí un par de meses.

—¿Qué cómo? — replicó con el rostro crispado—. Porque no conseguí que se largara hasta el día en el que, absolutamente desesperado ya, la agarré por el pelo y la puse de patitas en la calle. Sé que lo viste, aunque por lo que me dijiste anteayer no lo has recordado todavía.

—No, aún no— reconoció pesarosamente—. Voy haciendo progresos, pero no tan rápidamente como me gustaría.

Se llevó el vaso de cerveza a los labios y tomó un sorbo mientras desviaba la mirada hacia la pradera de césped que se extendía como un alfombra verde hasta la cerca del jardín. Despedía el olor a hierba que tanto había asociado en el hospital con sus primeros y neblinosos recuerdos. Estaba recién segada, de lo que dedujo que habría reaparecido en la casa el jardinero después de las infructuosas pesquisas que había realizado Peláez sobre ese hombre y se lo preguntó.

—Es muy bonito tu jardín. ¿Vino ayer el jardinero a cortar el césped?

Meneó Esteban negativamente la cabeza.

—No, hace días que no aparece, pero no me ha llamado para advertírmelo ni contestó al teléfono cuando le llamé yo, así que me ocupé directamente de hacerlo para causarte buena impresión cuando vinieras— Y con una sonrisa pícara le preguntó— ¿Te la he causado?

—Por supuesto— admitió siguiéndole la broma—. Yo también he plantado césped en el mío. Mejor dicho, se ocupó mi madre mientras estaba yo en el hospital, pero aún no ha crecido, como advertirías el jueves pasado cuando fuiste a visitarme. ¿Crees que tu jardinero estaría dispuesto a cortármelo cuando despunten los primeros brotes? Mi jardín no es tan grande como éste, pero no puedo perder el tiempo en hacerlo yo y a la caída de la tarde, cuando termino mi jornada laboral, suelo estar cansada.

—Pues no lo sé. Ahmed era un inmigrante que podía estar en situación irregular, y es posible que le hayan deportado, porque, ha transcurrido casi una semana desde el último día en el que vino y, como te he dicho, no contesta al teléfono. Le contrató Ada hará un par de meses,

porque antes venía otro, que se marchó también un buen día sin despedirse y no volvió. Pero...

No terminó la frase al oír que llamaba alguien a la puerta del jardín e hizo intención de levantarse.

—¿Esperas a alguien? — le preguntó Delia.

—No. Quizás sea mi editor, aunque no suele presentarse en mi casa sin previo aviso y menos aún en sábado. Me está metiendo prisa para que termine esa novela de una vez— le dijo señalándole la que tenía ella entre las manos—. Debería comprender que a causa de los últimos acontecimientos no he podido.

Un nuevo timbrazo la sobresaltó a ella y a él le impacientó.

—Voy a ver quién es ese pelmazo— le dijo, mientras se daba media vuelta y se dirigía por el sendero que, zigzagueando entre la pradera, conducía hacia la puerta del jardín.

Le vio Delia abrirla y ante su sorpresa reconoció a Peláez cuando la traspuso, seguido de cinco hombres más. Además del inspector, dos eran policías, otro, muy bajito y de semblante sonrosado, vestido con traje y corbata tenía aspecto de funcionario y los dos restantes, grandes y fornidos, parecían ser operarios y llevaban unas azadas en la mano. El hombre bajito le entregó a Esteban un papel, cuyo contenido indignó a este, porque le increpó, así como a Peláez. El inspector y Esteban intercambiaron unas palabras en diapasón ascendente, que Delia no llegó a entender, mientras los otros tres asistían inmóviles y en silencio a las invectivas que se lanzaban. Luego retrocedió Esteban hacia la pérgola, mientras los recién llegados se dirigían hacia el macizo de margaritas.

—Es la policía— le explicó Esteban a Delia con un gesto sombrío que no había visto anteriormente ella en su rostro—. Traen una orden judicial que les autoriza a demoler el arriate de margaritas que contrató Ada y a excavar debajo. Es incomprensible, pero parecen creer que la he matado y que la he enterrado ahí debajo. Y que he plantado encima las flores como camuflaje, ¿qué te parece?

No supo Delia qué contestarle. Con la garganta seca se quedó mirando al grupo de los hombres que se iban acercando al macizo.

—Voy a llamar a mi abogada— le dijo Esteban a ella—. Y lo mejor sería que volvieras a tu casa y te ahorraras este trago tan absurdo.

—No, no— protestó ella— sin apartar la mirada de los recién llegados—. Me quedaré contigo y, cuando comprueben que no hay nada de lo que buscan debajo de esas flores, te ayudaré a recomponer el macizo.

Se apartó Esteban unos metros para llamar a la abogada por teléfono. Luego se dirigió hacia el hombre bajito, del que supo más tarde Delia que era el letrado de la administración de la justicia, como habían pasado a llamarse los que anteriormente se denominaban secretarios judiciales. Asintió a lo que le proponía Esteban y le siguió hasta la pérgola, donde se presentó a Delia y tomó asiento.

—Vamos a esperar a que llegue la abogada de este señor— le dijo—. Ojalá no tarde mucho.

Se les acercó también Peláez, con el que intercambió con ese hombre unas frases intrascendentes durante un lapso de tiempo que a Delia se le hizo eterno, y que también se lo debió de parecer a Esteban, que, con las manos de los bolsillos de los pantalones y gesto sombrío, permaneció de pie a cierta distancia de ellos.

Al fin sonó el timbre de la puerta del jardín y Esteban se apresuró a abrirla a una muchacha con una larga melena rizada a la que Delia había visto antes en el hospital y en la que reconoció a una amiga suya, aunque no recordaba cuando se habían conocido ni en qué

circunstancia. Manifestó Noelia cierta sorpresa cuando vio a Delia en la pérgola, pero se dirigió sin pérdida de tiempo al letrado, al que le pidió que le enseñara la orden judicial. La leyó detenidamente y luego le dijo que solicitaría que su cliente fuese indemnizado por los destrozos que realizaran en el jardín, lo que no pareció impresionar lo más mínimo a su interlocutor, que a continuación les ignoró para encaminarse hacia los dos hombres que, con los otros dos policías, aguardaban al pie del macizo. Esteban se mantenía a cierta distancia sin perderles de vista.

Empezaron seguidamente aquellos a cavar, tras retirar previamente la rocalla que bordeaba el macizo. Fueron arrojando sobre el césped las plantas de margaritas conforme las arrancaban y ahondaron luego en la tierra húmeda lanzándola a paletadas sobre la hierba. Los demás les veían hacer sin pronunciar una sola palabra. Solo Delia seguía sentada en el mismo lugar, a la sombra de la pérgola y con un nudo en la garganta. Imaginaba que allí no iban a encontrar nada, pero que, cuando aquellos hombres terminaran infructuosamente la operación, Esteban le preguntaría con malos modos a Peláez quién le había sugerido que en ese lugar podrían encontrar enterrado el cuerpo que buscaban y probablemente le increparía también por los daños que le habían ocasionado. No creía que el inspector le contestara, pero quizás le dirigiera a ella una mirada de soslayo con lo que la descubriría sin quererlo, lo que determinaría que Esteban se la quedara mirando trasluciendo la decepción más absoluta y no volviera a dirigirle la palabra.

Pero nada de eso sucedió. Los dos hombres que cavaban dieron de pronto con algo que interrumpió su trabajo y que les obligó a arrodillarse en el suelo junto al hoyo que habían excavado ya para terminar de quitar la tierra con las manos. Vio Delia que se inclinaban todos hacia lo que debían de haber encontrado y sin poder dominar su ansiedad por más tiempo echó a correr hacia el grupo que formaban y logró abrirse paso entre la abogada y el secretario judicial.

Lo que vio la impulsó a abrir la boca hasta dibujar un círculo con ella y luego a reprimir una arcada. Aunque rebozado en lodo, pudo distinguir el cuerpo de una mujer con unos harapos que en otro tiempo pudieron haber correspondido a un pantalón vaquero, al que le faltaba una pernera, y a un niqui que pudo haber sido amarillo. El cabello negro y embarrado le cubría por completo el rostro y del cuello le pendía un dije tan enfangado como el resto y como los aros que llevaba en las orejas. Un rayo de sol que ya declinaba intentó inútilmente arrancarles un destello dorado.

Capítulo 15

No permitió Peláez que Delia permaneciera en el escenario del crimen ni un segundo más. Refunfuñando por no haberla obligado antes a que se marchara, la acompañó hasta la puerta del jardín y la cerró a su espalda. Aturdida, se quedó en la acera durante unos segundos, preguntándose si lo que había visto era real y cuál habría sido la reacción de Esteban. Tenía que haberse sorprendido tanto como ella, porque estaba segura de que él no había sido el que había asesinado a aquella chica ni había podido tener nada que ver con su muerte.

Intentó escuchar lo que decían al otro lado de la puerta, pero cuando se convenció de que no dejaba ésta traspasar el sonido de sus voces, cruzó apresuradamente la calle y en cuanto entró en el vestíbulo de su casa echó a correr escaleras arriba. Siguió corriendo por el pasillo de la planta superior y en cuanto alcanzó al fondo de éste la escalera de madera que llevaba a su despacho la escaló a toda prisa sin preocuparse como otras veces por el crujido de sus peldaños, que amenazaban con el inminente desplome de algunos de ellos.

La persiana de la ventana estaba levantada, tal y como la había dejado horas antes para pasar al chalé de enfrente y se abalanzó a mirar tras sus cristales lo que estaba sucediendo en la casa de Esteban. Un coche se había detenido delante de la puerta del jardín y de él bajaron dos hombres de mediana edad. Supo más tarde que uno era el juez de instrucción y el otro el forense, y cuando les abrió Peláez, debió éste de explicarles donde habían encontrado el cadáver, porque se encaminaron con el inspector hacia el arriate y el forense se inclinó sobre el cuerpo que yacía sobre el hoyo que habían excavado.

No pudo ver Delia con claridad lo que hacía. Le pareció que le efectuaba un reconocimiento y que tomaba notas en un cuaderno. Después el juez debió ordenar el levantamiento del cadáver y el furgón de una funeraria se presentó poco después y se lo llevó, a la par que el juez y el forense se marchaban en su coche y Peláez y los otros dos policías conducían a Esteban esposado hacia el suyo. Noelia se había marchado ya en su automóvil y Delia la había seguido siguió con la vista preguntándose una vez más dónde se habrían conocido tiempo atrás.

Los agentes habían precintado con una banda el jardín de enfrente, en el que no quedó nadie. Empezaba a anochecer, pero aún permaneció ella unos minutos con la frente apoyada en el cristal, mirándolo sin verlo, con la amarga sensación de que se había hundido el mundo y de que no había nada ni nadie de lo que había quedado en él que le importara ya.

Tenía que hablar con la abogada, se dijo, cuando al cabo de un lapso de tiempo interminable consiguió reaccionar. Sabía que, aunque no lo recordara, eran amigas íntimas por lo que podría desahogarse con ella y pedirle que hiciera lo imposible por ayudar a Esteban, al que la arpía de la puertorriqueña tenía que haberle tendido una trampa. No era posible, se dijo, que él la hubiera matado, aunque había comprobado con sus propios ojos que lo que habían desenterrado aquellos hombres era su cadáver.

Se apartó de la ventana para sentarse en su mesa y buscó en su móvil el teléfono de Noelia, pero no estaba registrado ese nombre en él, por lo que pasó a rebuscar en los cajones de su mesa una tarjeta suya, con el mismo resultado infructuoso, y después en la agenda en la que anotaba los datos de los proveedores de la empresa.

Intentó luego recordar donde podía haberla conocido, incluso revolvió sus álbumes de fotografías buscando en ellas la imagen de la abogada, después de haber hecho lo mismo con la

galería de fotos de su móvil. Tenían que haber compartido algún momento en el que alguien les tomara un selfi o una instantánea y al no hallarla se acodó en la mesa con la cabeza entre las manos intentando hacer memoria.

Pero era inútil, admitió al cabo de un rato. No podía asociarla con ninguna etapa de su vida, porque tampoco recordaba éstas. Rememoró la visita que le hizo en el hospital buscando algún detalle que le sirviera para identificarla, y luego la noche en la que estuvo a punto de asfixiarla aquel supuesto enfermero, lo que había sabido que impidieron con su llegada Marcos y ella, aunque, como cuando abrió los ojos estaba ya en la UCI, no llegó a verles a ninguno de los dos.

Una lucecita se encendió de improviso en su cerebro. Le había comentado al día siguiente una enfermera que los dos habían llegado al mismo tiempo y que se habían quedado a su lado hasta que el médico de guardia tomó las medidas oportunas y se la llevaron de la habitación. Sin duda habrían estado varias horas en el hospital esperando noticias suyas y habrían charlado. Quizás supiera él el teléfono de Noelia o la dirección de su despacho, por lo que le llamaría para preguntárselo.

Marcó su número en la agenda de su móvil y unos segundos más tarde oyó su voz.

—¿Delia?

No parecía alegrarse de que le hubiera llamado, sino más bien al contrario, pero no por ello se amilanó.

—Marcos, necesito hablar contigo. Es muy importante.

—Pues ya lo estás haciendo— replicó jadeando y con cierta impaciencia—. ¿Qué te ocurre ahora? ¿Necesitas comprar más patatas y quieres convencerme para que tire yo del carro? Pues no te molestes, porque...

—No es eso— le interrumpió—. Ha ocurrido algo horrible y he pensado que quizás puedas ayudarme.

—¿Cómo? — farfulló con clara desconfianza y entre dos jadeos más.

—Es que han detenido a Esteban—empezó a explicarle atropelladamente—. Al poco de pasar yo a su jardín, se ha presentado la policía. Traían una orden que les facultaba para excavar en el macizo de margaritas y...

—¿Y qué?

—Que debajo de las flores han abierto un hoyo y han encontrado el cadáver de ella.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea y le imaginó con el ceño fruncido por la sorpresa, mesándose su alborotado cabello castaño.

—¿De la puertorriqueña? — inquirió incrédulamente.

—Sí. no me han dejado acercarme, pero iba vestida con la misma indumentaria que llevaba cuando Esteban la echó a la calle hará unos veinte días y llevaba al cuello el dije dorado y los aros en las orejas con las que se fue.

—De modo que al final ha resultado ser cierto lo que sospechaba la policía y la había matado él— articuló pausadamente Marcos como si estuviera asimilando la noticia con dificultad.

—No la ha matado él— le rebatió indignada—. Estaba Esteban encerrado en un calabozo cuando se presentaron en su casa los operarios de la empresa de jardinería y enmarcaron el macizo con rocalla y lo excavaron. La había contratado Ada.

—¿Para que la enterraran debajo de las flores? — se burló él—. Supongo que esa historieta te la contaría él y a poco que reflexiones te darás cuenta de que no tiene pies ni cabezas. ¿Cómo sabes que estaba encerrado en un calabozo ese día? Lo estaba cuando te

ingresaron en el hospital, pero el juez le dejó en libertad antes de que te dieran de alta, por lo que regresó a su casa antes que tú a la tuya. Aunque andes un poco desmemoriada, recordarás que te extrañó ver esas margaritas en el jardín vecino, cuando subí contigo a tu despacho para que me lo enseñaras y lo atisbaste por la ventana.

Le dolió su tono sarcástico y estuvo a punto de colgarle sin tan siquiera despedirse. Decidió hacerlo, no obstante, y replicó hoscamente:

—Gracias por recordármelo. Ha sido un detalle por tu parte, pero como no siento el menor deseo de que sigas recordándome que aún tengo amnesia....

—Espera, Delia, espera— se inquietó—. No he debido decirte eso. Discúlpame.

Debió recapacitar y llegar a la conclusión de que su comentario había sido totalmente desafortunado, porque su voz cambió de tono, incluso se tornó cálido, cuando inquirió—:

—¿Puedo hacer algo para remediar la estupidez que te he dicho y para intentar paliar en alguna medida la impresión que habrás sufrido?

—Creo que no— replicó ceñuda.

—No seas cabezota y dime lo que ibas a pedirme cuando me has llamado. ¿Quieres que vaya a verte?

—No, si vas a meterte con él— refunfuñó.

—No me meteré con él, lo prometo.

—Bueno, en ese caso puedes venir, pero como vuelvas a las andadas te enseñaré la puerta para que te largues.

—Vale— admitió resignadamente— Seré bueno y no diré ninguna tontería. En un par de minutos estaré ahí.

No tardó en llegar mucho más que de lo que había anunciado. Delia bajó apresuradamente la chirriante escalera, recorrió luego el pasillo de la segunda planta, descendió hasta el vestíbulo y salió al jardín para abrirle la puerta, segundos antes de que sonara el timbre. Venía Marcos despeinado y jadeante, vestido con un pantalón de deporte, una sudadera azul marino y calzando unas deportivas.

—Estaba jugando al baloncesto en casa de un amigo— le explicó, aún en el umbral al reparar en la mirada de sorpresa de ella—. Vive también en esta urbanización y tiene un jardín más grande que el mío con una cancha de baloncesto y una vez a la semana nos reunimos varios amigos y echamos un partido.

—¿Y les has dejado a medias? — se preocupó Delia.

—Sí, pero éramos dieciséis, así que no creo que me echen de menos— le contestó riéndose mientras la seguía por el camino que conducía directamente hacia la puerta de entrada, entre los brotes del césped que empezaban a apuntar.

Al llegar a la terraza le indicó ella que tomara asiento junto a la mesa de plástico, a lo que se resistió Marcos.

—¿No quieres que suba contigo a tu despacho para que atisbemos desde allí el jardín del escritor? — le sugirió.

—No, no veríamos nada nuevo. La policía ha cerrado la casa y ha precintado la puerta entrada, han acordonado la zona en la que estaba el macizo y la parcela y a él se lo han llevado esposado, después de que los operarios de una funeraria introdujeran el cadáver de esa chica en la furgoneta. He oído, cuando han salido a la calle, que se lo llevaban al Instituto Anatómico Forense. Esteban ha llamado por teléfono a la abogada que ya conoces. La que coincidió contigo en el hospital el día en el que aquel tipo vestido de enfermero intentó asfixiarme y he pensado que quizás supieras como se llama de apellido o el número de su despacho. Por eso te he

llamado. Necesito hablar con ella.

—¿Para pedirle que se ocupe de la defensa del escritor? — le preguntó irónicamente mientras tomaba asiento.

Meneó Delia negativamente la cabeza, mientras se dejaba caer en otra silla frente a él.

—No, eso ya se lo encargó él cuando le detuvieron por primera vez. Quiero hacerle unas cuantas preguntas y que me tranquilice. Necesito saber cómo ve el caso y si cuenta con algún testigo que pueda declarar a favor de Esteban. Me contó que la sudamericana le amenazó con vengarse de él en una de las últimas ocasiones en las que discutieron. Le dijo que no era una buena enemiga y que más de uno había acabado en la cárcel por haber pretendido quitársela de encima como si fuera un bicho molesto.

—¿Y piensas que...?— empezó Marcos con precaución, temiendo enfadarla de nuevo.

—Que todo esto lo ha organizado ella. Contrató a la empresa sin contar con él e instalaron el macizo cuando él estaba detenido. Ya te comenté que tuve la ocurrencia yo de decirle al inspector Peláez que ese arriate no existía antes de que me atropellaras y eso ha debido darle la idea de que Esteban había matado a Ada, la había enterrado allí y había hecho plantar las margaritas encima para que nadie pudiera sospechar que esa era su tumba.

Se la quedó mirando Marcos en silencio y Delia empezó a impacientarse.

—¿No dices nada?

—No sé si sería oportuno. Probablemente, si te diera mi opinión, me despedirías con cajas destempladas.

—No, no— se apresuró a contradecirle ella—. No me enfadaré. ¿No crees que puedo tener razón?

—No.

Su respuesta había sido tan tajante que se irguió ella en su silla como si fuera un gallo de pelea, dispuesta a rebatírsela.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene sentido lo que has dicho. No ha podido vengarse de él fingiéndolo, porque realmente han encontrado su cuerpo debajo de las flores, ¿no lo entiendes? Y no te enfades— le pidió midiendo cuidadosamente las palabras—. ¿Qué otra persona podría haberlo hecho? Esa chica debió regresar a la casa de él horas después de que la echara. No lo verías, si habías dejado de trabajar y estabas cenando o viendo la televisión. Probablemente se pelearían nuevamente y a él se le fue la mano. Cómo lo hizo, lo dirá la autopsia.

—Y ahora me dirás que la enterró durante la noche y que por eso no le vi hacerlo— apuntó sardónicamente, esperando aún que lo negara.

—No, supongo que lo haría cuando estabas en el hospital. Luego encargaría el arriate y, cuando te dieron el alta y volviste a esta casa, notaste que no estaba como antes ese jardín.

Por primera vez se le tambaleó a Delia la seguridad con la que le había afirmado que Esteban era inocente.

—¿Tú crees? — inquirió con voz temblona.

—No se me ocurre otra explicación.

—Pero también pudo haber sido el jardinero que le cuidaba el jardín— le sugirió esperanzada—. El inspector Peláez me dijo hace unos días que había desaparecido y me enseñó una foto de él, pero no pude identificarle. Conservo un recuerdo de él muy vago, como si viera su silueta difuminado en una nebulosa.

—¿Y cómo era?

—¿En la foto?

—Sí, claro.

Entornó Delia los ojos para concentrarse mejor.

—Pues...alto, flaco y con aspecto de ser oriundo del norte de África. Al parecer, era un inmigrante.

Se inclinó Marcos hacia ella cuando terminó de describírselo, súbitamente inspirado.

—¿Tenía el pelo oscuro y rizado?

—Sí.

—¿Y aparentaría unos treinta años?

—Sí, más o menos.

—Es que vi a la puertorriqueña discutiendo en el supermercado con un tipo que respondía a esa descripción. La agarró por un brazo con una familiaridad manifiesta y la recriminó por algo, pero no me detuve a averiguar qué les pasaba. Continué pasillo adelante con mi carrito y ellos se marcharon juntos.

El semblante de Delia se iluminó al oírle.

—Pues tuvo que ser él. Esteban me dijo que tenía llave de la puerta del jardín. Se pelearía con Ada por alguna razón que desconocemos y la enterraría en el lugar en el que después colocaron el macizo, aprovechando que Esteban no estaba en la casa, porque le habían detenido. Tengo que hablar con Noelia para que ella se lo diga al inspector Peláez. ¿No te dijo como se llamaba de apellido?

—No, pero su nombre no es muy corriente. Puedes llamar el lunes al Colegio de Abogados y preguntar el número de teléfono de su despacho.

—¿Y si me dicen que hay más de una Noelia, que es abogado?

Se echó a reír Marcos como si la respuesta fuera obvia.

—En ese caso, apuntas los números de todas ellas y las vas llamando una por una hasta que aciertes con la que te interesa.

Capítulo 16

El lunes siguiente entró cansinamente Noelia en la antesala de su oficina arrastrando los pies, lo que no dejó de extrañar a la secretaria, que al oírla llegar dejó de escribir en el ordenador, para volverse hacia ella y observarla de frente.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado mala noche María? Es normal a su edad., pero en cuanto acabe de echar los dientes dormirá como una bendita, ya lo verás.

Meneó Noelia negativamente la cabeza y tomó asiento frente a la mesa de la secretaria como si estuviera mortalmente cansada.

—No ha sido María— replicó—. Ha sido el escritor.

—¿Esteban Sotomayor? — trató la otra de precisar— ¿Le han detenido otra vez y has tenido que asistir a su interrogatorio?

Dejó escapar Noelia una risita sardónica.

—No, aún no le han interrogado, pero sí le han detenido. He disfrutado de un fin de semana de lo más ajetreado y eso no ha sido lo peor.

Observó la secretaria el desánimo que traslucía y le preguntó preocupada:

—¿Y qué es lo que ha sido lo peor?

—Que no comprendo cómo he podido ser tan crédula a estas alturas de la profesión que ejerzo. Ha encontrado la policía el cuerpo de la mujer desaparecida enterrado en el jardín del chalé del escritor. Yo... nunca hubiera creído a ese hombre capaz de hacer una cosa así. Me pareció tan sincero cuando le entrevisté en la comisaría, antes de que el inspector Peláez la interrogara... Fingía de maravilla el papel de víctima, manipulado por una arpía que le denunciaba falsamente de maltrato cada vez que se peleaban y me convenció de que lo era.

Venía Gabriel por el pasillo que daba acceso a los despachos de los tres abogados y al oír la voz de Noelia y lo que esta le comentaba a Flor se encaminó hacia la antesala y se les acercó. Con el ceño fruncido fue a tomar asiento en la otra silla disponible delante de la mesa de la secretaria.

—¿Y estabas tú presente cuando encontraron el cadáver? — le preguntó conmisericordiosamente, imaginando la escena.

—Sí, claro. Dieron con él el sábado pasado. Estábamos Alex y yo paseando a Maria en su cochecito por el parque del Retiro, cuando me llamó Esteban al móvil, y tuve que dejarles para salir a escape hacia la colonia del Salvador donde vive ese hombre. Ya estaba allí la policía, que esperaba a que llegara yo para empezar a excavar en el macizo.

—Pasarías un rato infame— se conmovió él observándola compadecido—. Puedo ponerme en tu caso, aunque no me haya visto nunca en una situación así, porque tiene que ser un espectáculo muy traumático. ¿Viste el cuerpo de esa mujer?

Hizo Noelia un gesto con el que parecía querer decir que eso había sido lo de menos.

—Sí, pero no ha sido la primera vez y estoy curada de espanto. Lo que me impactó fue el cinismo de Esteban, si es que lo fue. Manifestó una absoluta sorpresa, como si no se lo explicara. El secretario judicial...

—Ahora se llaman letrados de la Administración de la justicia— le corrigió Gabriel con el tono doctoral con el que solía referirse a cualquier tema relacionado con el Derecho.

—Sí, ya lo sé, pero eso no hace al caso. Lo que iba a decir es que el Letrado de la Administración de la justicia llamó en el acto al juez de guardia y al forense. Hasta que se

presentaron éstos, nos obligó Peláez a retirarnos a Esteban y a mí hasta la pérgola para que no estorbáramos y nos sentamos allí como si fuéramos dos espectadores de una escena tétrica de película de terror. A Delia la mandó directamente a su casa.

—¿Y tardó mucho en llegar el juez?

—Como una media hora. El forense reconoció el cadáver y emitió el informe preliminar. Luego llamó a la funeraria y cuando apareció ésta y el juez ordenó el levantamiento del cadáver se llevó el cuerpo de esa mujer al Instituto Anatómico y Forense a practicarle la autopsia. A Esteban le detuvo la policía, que, antes de marcharse, cerró la casa y precintó las puertas de entrada.

—¿La conocías a ella? — le preguntó Flor con curiosidad.

—¿Te refieres a la víctima?

—Sí.

—No, no la había visto nunca. Estaba rebozada en barro y en muy mal estado ya, pero Delia me dijo que llevaba la ropa y el dije colgado del cuello con los que ella la había visto en otras ocasiones tomando algo con Esteban en la pérgola. El día en el que la echó él, debió volver más tarde, armarían entre los dos otra de sus acostumbradas trifulcas y...

—Y él la mató y la enterró en el jardín— concluyó Gabriel— ¿Oíste el dictamen del forense sobre la causa de la muerte?

—No, solo sé que le dijo al juez que por lo menos habían transcurrido veinte días, si no más, desde su fallecimiento y que presentaba evidentes signos de violencia.

—¿Y cuánto tiempo había pasado desde que había desaparecido esa mujer?

Entrecerró Noelia sus oscuros ojos tratando de precisar la fecha en la que había asistido a su interrogatorio en la comisaría.

—Pues sí, aproximadamente ese tiempo.

Se acarició Gabriel el cogote sin atreverse a decirle lo que estaba pensando, En su lugar trató de animarla.

—Bueno, yo no llevo casos de penal, pero sé, porque me lo habéis dicho vosotras, que los clientes no suelen deciros la verdad, así que no es raro que ese escritor te contara una milonga. ¿Qué vas a hacer ahora?

Con la cabeza baja y su rizada melena ocultándole el rostro, esbozó Noelia un gesto vago. Fue Flor la que contestó por ella, recitando de carrerilla la tesis que mantenía su jefa en asuntos similares:

—Todo el mundo, sea o no culpable, tiene derecho a una defensa y no hay razón para que este escritor sea una excepción. Incluso en los delitos que cometen los maltratadores concurren atenuantes y hasta eximentes, ¿no es así Noelia?

Levantó esta la mirada hacia la secretaria y parpadeó como si le costara enfocarla.

—No es eso— murmuró.

—¿No? ¿Qué es?

—Que me cuesta admitir que me haya engañado. El sábado me retuvo unos instantes en la pérgola, y antes de que se lo llevara la policía detenido, me juró por sus muertos que era inocente. Que le habían tendido una trampa y que estaba encerrado en un calabozo de la comisaría cuando una empresa de jardinería enmarcó con rocalla el macizo en el borde del sendero que lleva hasta la puerta de la casa y plantó las flores. La había contratado Ada y el jardinero, que iba a diario a cortar el césped y a realizar otras faenas que le encargaba Esteban, estaba en el jardín cuando llegó la furgoneta de la floristería y probablemente colaboró con esa empresa en la plantación de las margaritas.

—¿Y no desfondó el arriate con el motocultor antes de hacerlo? — protestó escépticamente Gabriel. De haberlo hecho, habría dado con el cuerpo de esa chica.

—No lo sé, pero Peláez no ha conseguido localizar al jardinero y Esteban no sabe cómo se llama la empresa a la que Ada le contrató ese trabajo. Lo primero que tengo que hacer es averiguar cuál ha sido.

Se la quedó mirando Gabriel con la cabeza ladeada.

—Así que no piensas renunciar a la defensa de ese hombre. Creo haberte oído decir más de mil veces que no aceptarías nunca a un maltratador como cliente.

—Y lo mantengo— corroboró ella—. ¿Pero y si Esteban no lo es? ¿Y si ha sido otra persona la que mató a esa chica y la enterró en el jardín de él?

—¿Qué otra persona? — replicó escépticamente él—. ¿Ese jardinero al que se lo ha tragado la tierra?

—Tenía llave de la puerta del jardín— insinuó pensativamente ella.

—¿Y conocía a la víctima?

—Supongo que al menos la vería a menudo, porque se presentaba en la casa a diario. Solo Delia podría responder a esa pregunta, pero su memoria deja mucho que desear y aún padece muchas lagunas. Peláez me dijo que ese hombre era un inmigrante y que quizás, si estaba ilegalmente en nuestro país, haya sido deportado, pero es que tengo muchas preguntas a las que no les encuentro respuesta. ¿Quién fue el tipo que intentó matar a Delia cuando estaba ingresada en el hospital y por qué pretendió asfixiarla? El motivo tuvo que residir en que sepa algo ella que aún no recuerda y por esa razón pretendiera silenciarla.

—Quizás fuera el propio escritor— sugirió Flor—. ¿No lo crees posible?

Rememoró Noelia la alta silueta de aquel hombre y la agilidad con la que corría por el pasillo con la blanca bata que flotaba su alrededor de su cuerpo como si la impulsara una ráfaga de viento y tuvo que reconocerse a sí misma que, de espaldas, su apariencia podía ser similar a la de Esteban.

—No lo creo— dijo al fin—. Delia estaba ingresada en el hospital cuando mataron a esa chica extranjera y seguía estándolo cuando la enterraron, por lo que no pudo ver ninguna de las dos cosas. De momento tenemos que esperar al desarrollo de los acontecimientos. Iré a la comisaría a asistir a Esteban en su declaración cuando le interroge Peláez y después al juzgado cuando le pongan a disposición judicial. Mucho me temo que en esta ocasión decretará el juez su prisión provisional.

—¿Te lo temes? — ironizó Gabriel—. No pretenderás que encima le rindan un homenaje.

Clavó Noelia en él su mirada como si se estuviera preguntando cómo podría tomarse el caso a broma.

—Lo temo, porque no me consta que sea culpable— replicó con acritud—. ¿Y si la mujer que ha aparecido en su jardín no fuera la puertorriqueña? ¿Y si hubiera urdido ella ese macabro plan para arruinarle la vida?

—Los cadáveres no andan sueltos por la calle para que puedan ser utilizados por las mujeres que quieren vengarse de sus exnovios— replicó Gabriel con fatuidad—. ¿Qué es lo que piensas? ¿Que ha enterrado ella en el jardín del escritor el cuerpo de otra muchacha para inculparle a él?

Se llevó Noelia un dedo al rizo que le caía sobre la frente y se lo enrolló para hacerlo girar. Le dio un par de vueltas en ambos sentidos y repuso:

—No pienso nada... todavía. No antes de que sea identificado el cadáver por alguien que conociera a la puertorriqueña. En este caso no podrá basarse el forense en la prueba del ADN

para determinarlo, porque era extranjera y que yo sepa no tiene en España ningún pariente con el que cotejarlo. Imagino que citarán a la amiga con la que vivía antes de conocer a Esteban, a los actores a los que maquillaba y a la señora que realizaba la limpieza en el chalé de él para que efectúen su reconocimiento, pero, por lo que pude ver, el cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición, por lo que no será fácil.

—Pero la amiga puede o no corroborar si la ropa con la que la encontró la policía y con la que te ha dicho la vecina del escritor que era la suya, efectivamente lo era— alegó Flor.

—Sí— admitió Noelia pensativamente—. Pero eso no es una prueba determinante.

—¿Porque cabe en lo posible que la que han encontrado no sea Ada Rodríguez y la hayan vestido con unas indumentaria igual o similar a la de ella?

No le contestó, porque en ese momento sonó el teléfono que tenía Flor sobre la mesa y se aprestó ésta a atender la llamada. Debía querer su interlocutor averiguar la fisonomía de la titular del bufete, porque Gabriel y ella la oyeron responder con expresión de perplejidad:

—Sí, sí, doña Noelia Villarroel es joven y morena... con el pelo largo y rizado... sí—. Cubrió el auricular con una mano y le dijo a esta—: Llama una chica que dice que es amiga de una tal Noelia, pero que no recuerda su apellido, y pregunta si es este su despacho. ¿Te suena el nombre de Delia Fernández?

Se levantó de un salto su jefa de la silla en la que estaba sentada e hizo intención de quitarle a Flor el teléfono, pero esta no se lo permitió. Resistiendo a sus embates con la mano que le quedaba libre citó a su interlocutora para esa misma tarde y luego colgó.

—Va a venir esa tal Delia esta tarde a las siete, porque no tienes ningún hueco libre antes y estaba muy nerviosa. Me ha dicho que es muy urgente y que tiene que informarte de lo que ha descubierto sobre el caso de Esteban Sotomayor. Por esa razón y para que no me riñas es por lo que la he citado a esa hora, fuera de la jornada que acordamos cuando nació tu hija. Pero no debería haberlo hecho— añadió mirándola reprobatoriamente—. Siempre te surge algún imprevisto que te impide cumplir con el propósito de volver a tu casa a tiempo de jugar un rato con la niña.

—Procuraré que no me entretenga más que unos minutos— replicó Noelia con la cabeza baja y expresión de haber recibido una riña merecida—. Lo que necesito es que me animes, no que me regañes.

Capítulo 17

Notó Flor que estaba Delia muy nerviosa cuando esa tarde se presentó en la oficina con tres cuartos de hora de anticipación a la que había sido citada. La hizo pasar a la sala de espera y en cuanto se marchó el cliente que Noelia estaba atendiendo, la acompañó al despacho de ésta con el aire de eficiencia que la caracterizaba y sin pronunciar una sola palabra, aunque estaba intrigada y le hubiera gustado preguntarle qué era lo que había descubierto y si creía que el escritor era o no culpable.

También Noelia captó de inmediato la inquietud que traslucía Delia y dedujo asimismo que lo motivaba un sentimiento más profundo que el de un simple interés por un vecino de la misma urbanización. Atropelladamente le refirió la recién llegada lo que le había comentado Marcos sobre el jardinero y luego le preguntó cuál era el aspecto de la mujer que habían desenterrado en el jardín de aquél.

—No le vi la cara— repuso Noelia—. Además de estar cubierta de barro, una mata de pelo desgredada le caía encima, ocultándosela. También la tenía enfangada, pero podía apreciarse que era una melena lisa, larga y oscura.

—¿Y llevaba un dije dorado colgado del cuello? La veía a diario con él y me pareció distinguirlo desde la pérgola, pero no podría asegurarlo, porque, como has dicho, estaba su cuerpo cubierto de barro de los pies a la cabeza.

—Sí, sí lo llevaba.

—¿Y unos aros también dorados en las orejas?

—Sí, también.

No le cupo duda a Delia entonces que se trataba de la chica que vivía con Esteban hasta unos días antes de que la atropellaran a ella y pensativamente, desvió la mirada hacia un punto indeterminado. Empezaba a anochecer y las sombras del crepúsculo que se filtraban por la ventana que Noelia tenía a su espalda se estaban adueñando ya del despacho, por lo que encendió ésta la lámpara que tenía sobre la mesa. La luz que irradiaba arrancaba reflejos azulados de su melena negra y ensortijada y ponía de manifiesto la sombra de preocupación que traslucía su semblante, por lo que Delia le preguntó:

—¿Cómo lo ves y qué crees que puede pasarle a él? Esteban no ha sido y solo cuenta contigo y con la ayuda que puedas prestarle. Es un hombre solitario. No creo haber visto que fuera a visitarle ninguna otra persona que su editor y éste no puede hacer nada por él. Intento acordarme de cómo era el jardinero, porque tiene que ser el culpable. El inspector Peláez no conseguía dar con ese hombre y me enseñó una foto para que lo identificara, lo que no pude hacer. No estoy segura de haberle visto de frente en alguna ocasión y creo que solía llevar un sombrero de paja en la cabeza para protegerse de los rayos del sol, lo que le velaba también la cara, pero no me hagas mucho caso.

—¿Por qué no?

—Porque no he acabado de traer a mi memoria nítidamente a ese hombre. Una de las primeras cosas que me vino a la mente cuando recobré la consciencia fue una pradera verde y una silueta desvaída empujando el carrito del cortacésped. Incluso me pareció percibir el olor de la hierba recién segada. Sé que abría la ventana de mi despacho cuando lo hacía. Me gusta ese olor, porque lo asocio con la primavera, cuando reverdece la naturaleza y brotan las plantas y los

árboles, pero sigo sin conseguir visualizarle con claridad.

—¿Y qué crees que podría declarar que beneficiara a Esteban, si le interrogara la policía? Dudo mucho que se confesara autor de la muerte de Ada Rodríguez.

—No, tampoco lo creo yo, pero podría servir para comenzar a desenredar la madeja. Ya te he dicho que Marcos Valladares, el chico que me atropelló, se lo encontró con Ada en el supermercado en el que hacemos la compra y que era evidente que los dos se conocían y se marcharon juntos como si la relación que les unía fuera más íntima que la de la dueña de una casa con el operario que trabaja en ella, por lo que sería importante que la policía le localizara y lo averiguara. Quizás hubiera sido su novio con anterioridad y la matara por despecho o tal vez supiera ella algo de él que le comprometía.

El último comentario de Delia retrotrajo a Noelia a la noche en la que fue a visitarla al hospital y en el pasillo se abalanzó sobre Marcos y sobre ella un hombre disfrazado de enfermero que salía de la habitación de la enferma y que había intentado asfixiarla y se preguntó si habría sido ese hombre.

—¿Qué le veías hacer en el jardín? —inquirió— Trata de hacer memoria. ¿Le viste hablando con ella o cavando en el lugar en el que luego se colocó el macizo? A Esteban le detuvieron la tarde anterior a la mañana en la que te atropelló Marcos. Cabe en lo posible que durante la noche en la que aún estabas en tu casa, ese hombre la matara y la enterrara donde apareció ayer y también que lo hayas visto y lo hayas olvidado.

El semblante de Delia se iluminó.

—No lo sé, pero sería magnífico que pudieras demostrarlo. A las siete de la tarde suelo dar por finalizada mi jornada laboral y bajo a la sala de estar, desde donde no se ve otra cosa que el jardín de mi casa y la valla del vecino en la otra acera. Si ocurrió como has sugerido, no me habría enterado, pero explicaría que la persona que lo hizo tratara de matarme a mí cuando estaba en el hospital para que no pudiera acusarle del asesinato de esa mujer.

—Tendré que hablar con la acomodadora— decidió Noelia—. Con la amiga de Ada, con la que estuvo compartiendo piso antes de mudarse al chalé de Esteban. Supongo que ya lo habrá hecho Peláez, por lo que el interrogatorio de esa chica obrará en el sumario, pero no puedo esperar a que me den traslado de éste, porque el juez no tardará en decretar el secreto de las actuaciones y el tiempo que transcurra hasta que lo levante o incluso hasta que se celebre el juicio puede pasarlo Esteban en la cárcel.

Se la quedó mirando Delia acongojada.

—¿Tú crees?

—Me temo que sí.

—Pues en ese caso, es urgente que consigas sonsacarla. Aún en el caso de que el jardinero no fuera el que la matara, colaboró con la empresa de jardinería en la plantación del arriate y podría responder a muchas preguntas y puntualizar el día exacto en el que lo efectuaron. Si en esa fecha estaba Esteban detenido y lo testificara así, le proporcionaría a él una coartada que le exculparía, porque se lo encontró hecho cuando el juez le dejó en libertad y regresó a su casa.

—¿Y no sabes cómo se llamaba? —quiso saber Noelia, inclinándose impaciente hacia ella sobre la mesa—. Puede que en alguna ocasión oyeras a Esteban llamarle.

Arrugó Delia el ceño mientras se apartaba la melena de su rostro y su semblante se iluminó de repente como si hubiera recibido una súbita inspiración.

—Pues... sí, me chocó una vez el tono en el que se le dirigió, impropia de un hombre educado, pero acababa de mantener una bronca con Ada y esa puede ser la explicación.

Recuerdo que le vi salir por la puerta de la cocina y... Creo que el jardinero no conseguía arrancar el cortacésped y que él le gritaba... le gritaba algo así como que era un inútil. Y le llamó... ¿Cómo le llamó? — se preguntó a sí misma. Sí, creo que le llamó Ahmed, pero la señora que realizaba las faenas domésticas en la casa podrá confirmarlo. La veía a menudo cuando llegaba al chalé a primera hora de la mañana y es una señora de mediana edad, bajita y rechoncha. El inspector Peláez habrá averiguado ya donde vive y también el domicilio de la amiga que trabajaba en el mismo teatro que Ada Rodríguez, pero no sé si querrá facilitarte a ti esos datos.

—Supongo que sí— replicó Noelia—. No hay motivo alguno para que se niegue y sabe que yo también tengo que hacer mi trabajo. Empezaremos no obstante por localizar a la empresa de jardinería.

Descolgó el teléfono que tenía sobre la mesa y oyó Delia que le daba instrucciones a la secretaria para que hiciera una lista con las existentes en la Comunidad de Madrid y las fuera llamando para indagar si habían realizado últimamente una plantación en el domicilio de Esteban. Cuando dejó nuevamente el auricular en su base, le preguntó ella con curiosidad:

—¿Podrías decirme ahora de qué nos conocemos? No he conseguido recordarlo por más que me he esforzado.

Le sonrió Noelia como disculpándose.

—No nos conocíamos. Fui a verte al hospital para averiguar cómo te encontrabas y si estabas ya en condiciones de responderme a unas preguntas. Dio tu madre por hecho que éramos amigas y no la contradije, pero tampoco te mentí.

La había escuchado Delia perpleja. Se la había quedado mirando como si no acabara de entender lo que le decía y finalmente objetó:

—¿De verdad? Pues yo hubiera asegurado que nuestra amistad venía de antiguo. Me sentí muy cómoda hablando contigo y me ayudaste a recomponer en mi mente detalles que entonces había olvidado, tales como la calle en la que vivo y lo que se ve desde la ventana de mi despacho del chalé de Esteban. ¿Eres adivina?

—No, nada de eso— la desilusionó Noelia echándose a reír—. La explicación es mucho más sencilla. Cuando salí de la comisaría, en la que asistí al interrogatorio de Esteban, me di una vuelta en mi coche por vuestra urbanización. Aparqué junto a la acera y me bajé para levantar la cabeza hacia esa ventana tuya y hacerme una idea de lo que podías haber atisbado desde allí del jardín vecino. Sabía ya que te habían atropellado y que te habían ingresado en el hospital y que por el momento tenías amnesia. Quise comprobar por mí misma si podrías servirle a él de testigo de descargo antes de que la policía le pusiera a disposición judicial. Por eso fui a verte.

—Ya— musitó Delia en apenas un susurro en el que parecía compendiar todo lo que le había aclarado la otra—. ¿Querrás tenerme al corriente de lo que averigües y pedirme lo que necesites y esté en mi mano que pueda ayudarle?

—Descuida, que lo haré— la tranquilizó Noelia—. Dame el número de teléfono de tu móvil y te iré dando noticias conforme se vayan produciendo.

Reparó Delia en que la otra estaba consultando la hora en su reloj de pulsera y pensó la estaba entreteniendo mucho y que debía despedirse, por lo que le entregó una tarjeta en la que además de su domicilio constaba ese dato y seguidamente se levantó de la butaca para despedirse.

—Gracias por haberme recibido y espero tu llamada.

—Descuida, te llamaré.

Salió Delia al pasillo y en cuanto oyó Noelia el sonido de la puerta del piso cerrándose a

su espalda, recogió su bolso, dispuesta a llegar a su casa a tiempo para dar de cenar a su hija. Debieron de oírla Miriam y Gabriel, porque los dos asomaron a la vez la cabeza y a continuación se reunieron con ella en el corredor.

—¿Qué te ha dicho? — le preguntó Gabriel manifestando una curiosidad poco habitual en él. Habitualmente se presentaba en el despacho correctamente vestido con chaqueta y corbata para causarle una buena impresión a los clientes y esa tarde no había sido una excepción. Con las gafas de concha que llevaba, su fisonomía respondía a la de un joven bien plantado, que además de intelectual, fuera listo.

Hizo ella un gesto vago, por lo que él insistió:

—¿Te ha servido de algo lo que ha venido a contarte?

—Pues no lo sé. Me ha dado algunas pistas sobre el jardinero que, al parecer, conocía a Ada más de lo que cabía suponer, pero la policía no ha conseguido dar con ese hombre, que debe ser oriundo de algún país africano, por lo que es posible que haya regresado a su tierra.

—¿Y no te ha dicho nada más? — quiso saber Miriam, que se había apoyado en la pared, como si le costara permanecer en pie. No se le notaba en absoluto el embarazo y su figura seguía siendo tan esbelta como antes, pero se cansaba con facilidad y procuraba sentarse en cuanto tenía ocasión.

—Nada que pudiéramos considerar determinante— replicó Noelia—. He pensado acercarme mañana por la tarde al teatro Cervantes a hablar con la acomodadora y...

—De eso, nada— la interrumpió Gabriel—. A la hora en la que cierran los teatros debes estar ya en tu casa, por lo que iré yo.

—O yo— se ofreció Miriam.

—Tú, no— se opuso él—. Tú estás muy delicada y tenemos que cuidarte.

Efectivamente estaba la muchacha más pálida que de costumbre, pero al oírle se echó a reír.

—No estoy delicada, estoy embarazada, lo que no es ninguna enfermedad y...

Se apresuró él a interrumpirla.

—Pero como yo no estoy delicado ni tampoco embarazado, soy el más indicado para entrevistar a esa chica. Hazme una lista con lo que quieres que le pregunte— le dijo a Noelia—. Me has reservado los temas civiles que nos encargan y los que requieren menos experiencia, pero quiero demostraros a las dos, a las tres— se corrigió para incluir a Flor— que puedo ser tan buen penalista como... como cualquiera— terminó sin atreverse a compararse con sus dos compañeras.

Capítulo 18

A las nueve de la noche terminaba la función en el teatro y a esa hora estaba Gabriel ante la puerta de los actores de éste, en una calle lateral a la Gran Vía. La fachada principal del edificio daba a esa gran avenida, siempre bulliciosa y concurrida, por cuya puerta salían en esos momentos los espectadores que habían asistido a la representación y que luchaban ahora por conseguir un taxi libre.

Le había preguntado Gabriel al portero qué aspecto tenía Aurora García para poder abordarla en cuanto la viera y efectuarle las preguntas que le había apuntado Noelia. Las llevaba en un bolsillo en un arrugado papelito, pero se las sabía de memoria. Quería demostrarles a sus compañeras de despacho que se podía contar con él, pero en esos momentos se sentía inseguro, aguantando con estoicismo los empujones de la gente y tratando de identificar entre la multitud a la chica que le había descrito el portero, a una jovencita delgada y morena, con una melena lisa que le caía hasta la altura de los hombros y con un flequillo que le resbalaba hasta las cejas. Le había explicado asimismo, que esa tarde se había presentado puntualmente, una hora antes de que comenzara la función, con una chaqueta de punto roja sobre una blusa blanca y unos pantalones vaqueros.

Había anochecido ya, pero la farola de la esquina de la calle aclaraba suficientemente las sombras del lugar en el que se hallaba para que pudiera distinguir el aspecto de los que salían por la puerta ante la que se había apostado, por lo que descartó a dos mujeres de mediana edad, luego a otra rubia de melena alborotada y después a una joven, más bien obesa. Al fin vio a una chica delgadita, que no tendría más de veinte años y a la que efectivamente le enmarcaba el rostro una melenita lisa, con flequillo, por lo que se le acercó.

—¿Aurora García? — le preguntó.

Levantó ella hacia su rostro una mirada tímida y parpadeó, preguntándose probablemente si conocería a aquel joven bien vestido con aire de intelectual.

—Sí, ¿por qué? ¿Ha estado usted viendo la función y ha olvidado algo dentro del teatro?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, pero necesito hablar con usted. Tengo entendido que era amiga y que fue compañera de piso de Ada Rodríguez.

Parpadeó nuevamente Aurora e inquirió cohibida:

—¿Es usted de la policía? Ya me interrogó ayer y ya le dije lo que sabía.

—No, soy abogado y estoy tratando de averiguar qué ha podido sucederle a ella. Me haría un favor si me permitiera hacerle unas preguntas.

Le observó Aurora recelosamente, pero debió llegar a la conclusión de que, además de bien plantado, su gesto inspiraba confianza, porque repuso:

—¿Qué quiere saber? Hace mucho que la perdí de vista.

—Me ayudaría que me aclarara algunas cosas — insistió Gabriel, colocándose con un dedo las gafas sobre el puente de la nariz con aire circunspecto, además que ella siguió con la mirada—. ¿Puedo invitarla a tomar algo en esa cafetería mientras tanto? — le preguntó señalándole un establecimiento que se hallaba en la acera de enfrente del teatro, al que se dirigían muchos de los espectadores que habían asistido a la función y que se hallaba abarrotado.

Dudó ella durante unos instantes. Desvió la mirada hacia el local y luego volvió a observarle a él. Sin duda pensó que en un lugar tan concurrido no correría ella ningún peligro

con aquel extraño, porque terminó por asentir.

—Vale, de acuerdo, pero no puedo entretenerme mucho, porque ya es muy tarde y tengo que llegar a mi casa para estudiar. Pero vamos.

Cruzaron la calle los dos y en cuanto entraron en la cafetería, y encontraron una mesa libre, lo que no les resultó fácil, se presentó un camarero, al que Gabriel le pidió un café y Aurora un refresco. Cuando les dejó solos, le preguntó él:

—¿Cómo y dónde conoció usted a Ada?

—En el teatro y hará unos seis meses— repuso ella sin vacilar—. Acababa de llegar a España con un permiso de estudios, aunque creo que en su país solamente había realizado un cursillo de maquilladora y que no tenía intención de ampliar aquí esos conocimientos. Era una chica muy guapa y... No sé cómo expresarlo. Yo diría que explotaba su físico. Había conocido, no sé cómo, a uno de los actores de la obra que tenemos en cartel y por recomendación suya consiguió que la contrataran para maquillar a los miembros de la compañía, lo que no es muy habitual, porque por regla general lo hacen ellos mismos.

—Y usted trabajaba ya como acomodadora— afirmó más que preguntó Gabriel.

—Sí, desde que cumplí la mayoría de edad y me emancipé, hará unos dos años. Soy estudiante, pero puedo compaginar mi trabajo con el horario de la carrera que curso en la universidad, porque vengo al teatro exclusivamente por la tarde. Consigo así unos ingresos que me permiten pagar el alquiler del piso en el que vivo y mis gastos.

Como Gabriel era un ratón de biblioteca y un intelectual empedernido, se interesó en el acto por lo que acababa de decirle.

—¿Y qué estudia?

—Periodismo, segundo curso. ¿Me ha dicho que es usted abogado? — le preguntó observándole con curiosidad, no exenta de admiración.

—Sí.

—¿Y por qué le interesa lo que le haya ocurrido a Ada? ¿La conocía?

—No, pero en el despacho con el que colaboro llevamos la defensa de Esteban Sotomayor.

Por primera vez y al oírle, se puso ella a la defensiva. Arrugó el ceño reprobatoriamente y analizó su semblante como si se estuviera preguntando cómo un joven de aspecto tan agradable podía haber aceptado al escritor como cliente. Luego masculló:

—¿Defiende usted a ese imbécil?, pues no debería hacerlo, porque es un indeseable que debería pasar el resto de sus días en la cárcel.

—¿Le conoce usted? — le preguntó precavidamente Gabriel.

—No, no le he visto nunca. Solo sé lo que me contaba Ada. Se chalo por él desde el primer día, desde la tarde en la que le conoció en el camerino de la primera actriz, a la que le estaba retocando el maquillaje cuando entró él con un amigo durante el entreacto a visitarla. De esto que le digo hará unos tres meses y hasta entonces compartía conmigo el piso en el que vivo, lo que nos venía muy bien a las dos.

—¿Y qué pasó esa noche?

—Que al finalizar la función se fueron a cenar los cuatro. En el pasillo y antes de marcharse me lo dijo al oído. Que era un hombre guapísimo y que pensaba pasarlo en grande, de modo que me acostara y que no la esperara, lo que hice en cuanto terminé de estudiar. Esa noche la pasó con el escritor. Me lo contó al día siguiente, cuando vino al teatro a trabajar con la misma ropa que el día anterior. Me alabó más de cien veces lo guapísimo que era y el chalo tan imponente en el que vivía. Ella era... era un tanto ligerilla de cascos. Estaba saliendo con otro

por aquel entonces, pero lo sustituyó de la noche a la mañana por el escritor, aunque no se lo dijo a él. Se limitó a darle excusas cuando pretendía acompañarla a la salida del teatro, pero se enteró una noche en la que la siguió.

—¿Y qué sucedió?

—Que Ada le dijo que el escritor era un pariente lejano suyo y que la había invitado a vivir en su casa durante los meses que aún le quedaban de permiso de estudios. Los abuelos o los bisabuelos de ella habían sido españoles.

—¿Y se lo creyó él?

—No lo sé, supongo que no, porque al día siguiente y, aunque estaba lloviendo, se presentó Ada en el teatro con dos dedos de maquillaje para disimular los moretones que tenía en la cara y con gafas de sol. Él era un tipo... muy primitivo, y que a pesar de las explicaciones que le dio, debió desahogarse a gusto con ella.

—¿Era compatriota suyo?

Meneó Aurora la cabeza, mientras se apartaba pensativamente el flequillo de la frente.

—No, era de un país árabe, no sé de cuál, y había entrado ilegalmente en España. Hacía pequeñas chapuzas, que le permitían sobrevivir, aunque en la más absoluta miseria. Había okupado con otros la nave de un garaje abandonado y cuando conoció al escritor Ada le consiguió trabajo, con lo que al principio se calmó, pero luego se enfurecía de cuando en cuando con ella y la amenazaba con matarla si la veía con otro.

Al oírla, se le iluminó el semblante a Gabriel.

—¿Ese trabajo era de jardinero?

Le sonrió Aurora, encantada de que lo hubiera adivinado.

—Sí, ¿cómo lo sabe? Para que cortara el césped del jardín del chalé del escritor y le hiciera otras faenas. Como iba a ese chalé por las mañanas, ella se escabullía de la casa desde bien temprano para que no la viera y no regresaba hasta el mediodía, cuando ya se había marchado él, pero, pese a ello, de vez en cuando la esperaba a la salida del teatro y le atizaba una buena tunda. Aparecía Ada a la mañana siguiente con la cara hinchada y con hematomas en el cuello, pero ella me decía que había sido el escritor.

—¿Y cree usted que eso era cierto?

Frunció ella los labios dubitativamente y terminó por encogerse de hombros.

—No lo sé. Yo creo que le pegaban los dos, aunque el escritor no sabía que Ahmed era su novio. O su medio novio— se corrigió—. Ignoraba que su jardinero y Ada seguían manteniendo una relación íntima, aunque ella le hubiera dejado de haber podido. Estaba loca por el escritor, que también debía zurrarla de lo lindo, pero le tenía miedo al otro.

—¿A Ahmed?

—Sí, era un tipo muy violento. En esas ocasiones en las que venía a buscarla al teatro, se escondía en el camerino de alguno de los actores para que no la encontrara. Recuerdo que en una ocasión en la que no dio con Ada por más que la buscó, me preguntó a mí que donde estaba y, cuando le contesté que no lo sabía, estuvo a punto de sacudirme un guantazo también.

—Ya— murmuró Gabriel imaginándolo—. ¿Y qué más pasó?

—Que Ada decidió perderle de vista y le pidió a Esteban que lo despidiera. Me dijo que iba a dejar su trabajo en el teatro, porque iba a casarse con él y que si Ahmed volvía a importunarla le denunciaría por acoso. No sé si hubiera atrevido a presentarse en una comisaría, porque acababa de transcurrir el tiempo de permiso en España que tenía y su estancia en nuestro país era ilegal, pero esa era su intención. El caso es que fue lo que me dijo la última tarde en que la vi. No apareció a maquillar a los actores al día siguiente ni tampoco volví a saber de Ahmed,

por lo que temí que a ella le hubiera pasado algo y denuncié su desaparición.

—¿Y tampoco ha vuelto a saber de ese hombre?

—No, tampoco, lo que ha sido una liberación. Más de una vez en la que no logré encontrar a Ada a la salida del teatro, se presentó en mi casa y estuvo aporreándome la puerta para que le abriera, lo que, como comprenderá, no hice. Le grité que como siguiera molestándome llamaría a la policía y se asustó.

—¿Y sabe cuál es la dirección de ese garaje abandonado dónde vivía?

—Sí, en las afueras, en Parla. La tengo en casa, pero en este momento no la recuerdo. Por lo que me dijo Ada, compartía la nave con diez inmigrantes más, a los que supongo que habrá interrogado la policía sobre su paradero. Puede que haya regresado a su país. Llegué a pensar que ella se había marchado con él, cuando se esfumó sin dejar rastro, pero luego me dije que no habría cambiado ella la existencia lujosa en la que vivía con el escritor por la de un hombre que no tenía donde caerse muerto y que pensaba además que las mujeres éramos de segunda categoría, por lo que tenía derecho a maltratarla a ella.

Se mordió los labios y clavó su mirada en el semblante de Gabriel como si se estuviera preguntando hasta qué punto podría confiar en él y en su respuesta, pero finalmente decidió arriesgarse.

—He sabido por el inspector de policía que lleva el caso que han encontrado el cuerpo de una mujer enterrado en el jardín del escritor y que le han detenido a él. Me interrogó el agente ayer, pero no quiso decirme si ese cuerpo era el de Ada. Me contestó que aún no se sabía el resultado de la autopsia, ¿podría aclarármelo usted?

Esbozó él un gesto negativo.

—No, sobre ese extremo sé lo mismo que usted, que lo encontraron el sábado pasado y que han detenido al escritor como autor de la muerte de Ada, pero hay algunos puntos que no coinciden con esa tesis y esa es la razón de que haya pretendido que usted me los aclarara. Es más que probable que no haya sido mi cliente el que la matara, sino ese inmigrante. La autopsia podrá determinar el día en el que murió su amiga y quizás estuviera él detenido en esa fecha y retenido en un calabozo de la comisaría, con lo que su coartada sería irrefutable y consecuentemente, el único sospechoso sería ese tal Ahmed.

—Si ese cuerpo que han encontrado es el de ella, pudo haberla matado cualquiera de los dos— afirmó Aurora sin dudar— Por lo que Ada me contaba y aunque no era consciente, el escritor estaba harto de ella, pero no conseguía quitársela de encima. No era... no era una chica lista. Yo la definiría como muy temperamental y poco o nada reflexiva. Si llegó a darse cuenta de que él no la quería, se negó a admitirlo. Había adoptado con él una actitud mitad rencorosa y mitad de sumisión. Le imponía su presencia y supongo que soportaba sus arrebatos de cólera, pero le pedía perdón por haberle denunciado cuando regresaba a la casa después de haber sido detenido.

—¿Cree usted que él le pegaba también?

Lo consideró Aurora en silencio. Un lagrimón le rodó por la mejilla y se lo enjugó con el dorso de la mano.

—Aunque no fuera una chica instruida ni muy sensata, yo la apreciaba. Sus padres habían muerto dejándola prácticamente en la calle y tenía una hermana a la que hacía tiempo que no veía. Se había venido a nuestro país, del que había oído decir en el suyo que atábamos a los perros con longaniza, y en el que se había llevado un chasco, porque sus comienzos, hasta que la contrataron en el teatro, habían sido muy duros. Por lo que me contó, había estado durmiendo en el portal de una casa, en el que se escondía hasta que el portero se metía en la suya, a la que

también se accedía desde el portal. Para colmo se había enrollado con un tipo que era un animal, al que luego había intentado sustituir por otro que puede que lo fuera también, aunque no lo sé con seguridad, porque los moratones que traía en la cara podían ser obra de cualquiera de los dos.

Hizo una pausa y Gabriel le sonrió conmovido.

—Le agradezco que haya respondido a mis preguntas. Me ha ayudado mucho. Si no le importa darme su número de teléfono la llamaré para que me diga la dirección de ese hombre. ¿A qué hora le viene bien que lo haga?

—Al mediodía— repuso ella sin vacilar—. Durante la mañana estaré en la facultad, pero vuelvo a mi casa a comer y me quedo en ella estudiando hasta que comienza mi jornada laboral en el teatro. La buscaré en la agenda que se dejó Ada en su cuarto, porque cuando se marchó al chalé del escritor se llevó únicamente su ropa y el coche de segunda mano que habíamos comprado a medias—. Levantó su mirada hacia él y le sonrió también, aunque cohibida—. ¿Me daría usted también su teléfono? — le preguntó—. Le llamaré si me enterase de algo nuevo y me gustaría que usted hiciese lo mismo cuando sepa el resultado de la autopsia.

—Téngalo por seguro— repuso Gabriel—. No la entretengo más.

Llamó al camarero y en cuanto le pagó la consumición de los dos salieron a la Gran Vía, concurridísima a esas horas, y allí se despidieron.

Capítulo 19

En cuanto al día siguiente llegó Gabriel a la oficina, saludó a Flor con la mano y se encaminó sin pérdida de tiempo al despacho de Noelia. Estaba la secretaria hablando por teléfono y de vez en cuando tachaba el renglón de una lista, en un papel que tenía sobre su mesa. Sin mirarle, le contestó con un ademán similar.

Siguió él pasillo adelante hasta que, al alcanzar la primera puerta de ese corredor, le propinó unos golpecitos con los nudillos. Creyó oír un gruñido autorizándole a entrar en el despacho, por lo que empujó la hoja de madera y se encaminó apresuradamente hacia una de las dos butacas que tenía ella frente a su mesa, en la que se acomodó. Estaba deseando referirle a Noelia las gestiones que había realizado la tarde anterior y que le reconociera sus méritos, porque a menudo sentía que no se le valoraba en su justa medida. Levantó ella la cabeza del voluminoso fajo de papeles que estaba consultando y le sonrió, inclinándose hacia él.

—¿Qué?, ¿cómo te fue anoche? — le preguntó sin disimular su impaciencia por conocer las noticias que le traía.

—Bien, inmejorablemente bien— repuso sin aliento, acodándose en los brazos del sillón y estirando sus largas piernas—. Hablé con Aurora García. Es una joven universitaria que no tendrá más de veinte años y a la que invité a un café. Al principio se mostró un tanto recelosa, pero luego se exployó.

Le refirió punto por punto la conversación que había mantenido con ella, que Noelia escuchó sin interrumpirle y cuando terminó su relato se quedó mirándole en silencio.

—¿No dices nada? — protestó decepcionado, porque había dado por supuesto que le felicitaría—. De lo que me contó, cabe deducir que era el jardinero el que la maltrataba y que Ada se vengaba de Esteban por ignorarla, denunciándole y atribuyéndole los golpes que le daba el otro.

—¿Y que también fue el jardinero el que la mató?

—Sí, probablemente durante el lapso de tiempo en el que Esteban estaba detenido, ya que tenía llave del jardín. Aprovechó la ausencia del dueño de la casa para enterrarla allí y plantarle las flores encima. Así le endilgaba el muerto al escritor, en su sentido más literal. Delia no lo vio hacerlo, porque estaba en el hospital, pero en mi opinión todo encaja.

—Eso parece, sí— murmuró pensativa—. Pero si ella estaba ingresada y consiguientemente no pudo ver lo que hacía el jardinero, ¿por qué entonces intentó matarla, disfrazándose de enfermero?

Lo meditó Gabriel con el ceño fruncido, pero no tardó en hallar la respuesta.

—Quizás no se enteró de que la habían atropellado o no llegó a saber cuándo había sufrido ese percance y decidió curarse en salud, por si las moscas. A lo que aún no le he encontrado explicación, es al papel que ha jugado la empresa de jardinería, que llevó los materiales y las plantas al chalé. Quizás se limitó a transportarlos y a dejarlos caer sobre el césped y fue el jardinero el que excavó el hoyo, después de que esos hombres se hubieran marchado. Y por cierto, ¿ha dado ya Flor con ella?

Meneó Noelia negativamente la cabeza al tiempo que se llevaba un dedo al rizo que le caía sobre la frente y pensativamente le daba varias vueltas en ambos sentidos.

—No, hasta ahora no, aunque ha llamado ya a casi todas las que figuran en Internet. Ninguna conocía el nombre de Esteban Sotomayor ni el de Ada Rodríguez ni había realizado

ningún tipo de trabajo en el chalé de él.

—¿No?

—No.

—Bueno, podría ser una buena noticia— consideró optimistamente Gabriel acariciándose la barbilla.

—¿Tú crees? —inquirió ella con escepticismo.

—Sí, claro que lo creo. Avala lo que te acabo de decir, o sea, que fue el propio Ahmed el que realizó esa tétrica tarea sin ayuda de nadie. Se la cargó a ella, aún no sabemos cómo y...

—Ni cuando— le interrumpió Noelia.

Le impactó el tono con el que ella había formulado esa objeción y la observó confuso. Seguía dándole vueltas en su dedo al rizo, señal inequívoca de que no lo veía tan claro, lo que le impulsó, quizás por mimetismo, a colocarse las gafas sobre el puente de la nariz y a intentar precisárselo:

—Tuvo que hacerlo Ahmed mientras Esteban estaba en el calabozo, porque de otro modo no hubiera podido librarse del testigo molesto que hubiera sido el escritor, ya que él apenas salía de la casa ni de su despacho. ¿Cuántos días transcurrieron desde que el escritor la echó, hasta que le denunció Aurora y fue a buscarle la policía con una orden de detención?

Bajó ella la mirada hacia el calendario de mesa que tenía junto al teléfono y cogió un bolígrafo del cubilete que estaba a su lado para ir contándolos.

—Veamos. Me dijo Delia que fue el tres de mayo cuando Esteban la había obligado a largarse, cerrando la puerta del jardín a su espalda, y la policía fue a buscarle cinco días más tarde, o sea, el día ocho. Le retuvo setenta y dos horas, al cabo de las cuales el juez decretó su libertad provisional y regresó a su casa.

Asintió Gabriel muy animado.

—Eso es. Tuvo que matarla, por tanto, durante el lapso de tiempo que medió entre el día ocho y el día once de mayo. Es posible que Ada regresara al chalé cuando Esteban estaba retenido en el calabozo y se quedara viviendo allí durante esos días, esperando ablandarle cuando le soltaran y que le permitiera reanudar su vida en común. Por lo que me dijo anoche Aurora, estaba loca por él.

—¿Y que en ese ínterin se presentara el jardinero a cortar el césped y la encontrara en la casa?

—Sí. Imagino que ella le diría que iba a casarse con el escritor en cuanto le dejaran libre, con lo que Ahmed se enfurecería y se la cargó, aunque aún no sabemos cómo. Delia estaba ingresada en el hospital, de modo que no tenía ningún vecino importuno que espicara sus movimientos desde el otro lado de la calle. La enterraría sin ayuda de nadie y luego plantó el macizo con la flores encima. Probablemente haya regresado después a su país o se haya marchado al extranjero. Si consiguiéramos probarlo, el juez de instrucción sobreseería los cargos que pesan sobre Esteban.

No le dio la impresión de que Noelia compartiera su optimismo. Con la mirada perdida, continuaba ensañándose con su rizo, que le pendía ya lacio sobre la frente, y parecía tener la mente en otra parte, por lo que inquirió amoscado:

—¿Qué pasa? ¿No crees que pudo suceder así?

Esbozó ella un gesto de desaliento.

—No es eso. Es que, como has dicho, sería necesario que pudiéramos probarlo y no se me ocurre cómo. No puede Peláez interrogar al jardinero para que le sonsaque con habilidad y le obligue a reconocerse culpable, porque ni él ni nosotros sabemos dónde está. Tampoco

disponemos de ningún testigo presencial del asesinato de esa chica ni del encubrimiento de su cadáver. El fiscal alegaría que lo que has manifestado no son más que meras conjeturas y no le faltaría razón. La única prueba determinante de la inocencia de Esteban sería...

—¿Cuál? — inquirió Gabriel.

—Que la autopsia determinara con exactitud la fecha exacta de la muerte de Ada y que ese día Esteban estuviera encerrado en el calabozo de la comisaría.

Se mesó él pensativamente el cogote.

—Me parece muy improbable que el forense pueda precisarlo al cabo de tanto tiempo— consideró abatido. Los contó con los dedos y añadió—: Han transcurrido desde entonces al menos veinte días.

—Veinte días exactamente— corroboró ella—. A mí también me lo parece, aunque...

—¿Qué?

—No sé, quizás Ada contratara efectivamente ese macizo a alguien que no figure en Internet. Si el jardinero le hubiera abierto la puerta del jardín a ese alguien, podríamos establecer con alguna aproximación la fecha de la muerte y la consiguiente coartada de Esteban, si estaba retenido por la policía en esa fecha. ¿No se lo comentaría Ada a la acomodadora con la que estuviste hablando anoche?

Hizo Gabriel un gesto dubitativo.

—No me comentó nada a ese respecto, pero es posible. Me dio el número de su móvil, porque quedé en llamarla para que me diera la dirección de la nave en la que vivía el jardinero, lo que en estos momentos considero inútil, porque si la policía no le ha encontrado será porque se ha buscado otro lugar donde dormir, pero puedo preguntarle por el encargo de las flores que hizo su amiga.

—Pues llámala.

—A estas horas estará en la universidad. Lo haré al mediodía y...

La llegada de Flor les interrumpió. Se dio media vuelta Gabriel en su butaca al oírla entrar y Noelia la apremió a que la informara sobre el resultado de sus averiguaciones.

—¿Has terminado ya con todas las empresas y floristerías de la lista?

Afirmó la secretaria, que avanzó hacia su mesa y se asió al respaldo de la butaca que ocupaba Gabriel.

—Sí, y ninguna recibió ese encargo, pero vengo a comunicarte otra cosa. Han llamado de la comisaría para avisarte de que mañana, a las cuatro, le tomarán declaración a tu cliente.

—¿Te refieres a Esteban?

—Sí. Si prefieres que vaya Miriam, se lo diré en cuanto llegue.

En ese preciso instante oyeron los apresurados pasos de la aludida por el pasillo. Iba camino de su despacho, pero al ver la puerta del de Noelia abierta y oír su nombre, entró sin llamar.

—¿Dónde es a dónde tengo que ir? — les preguntó jadeante, señal de que, como llegaba tarde, había venido corriendo desde la antesala.

—A ninguna parte— refunfuñó Noelia—. Esteban es mi cliente y aunque te hayas estado ocupando tú de asistir a los interrogatorios de los detenidos en la comisaría y en el juzgado, en este caso vamos a hacer una excepción.

Enarcó interrogativamente las cejas la recién llegada, mientras tomaba asiento en la butaca que quedaba libre y Gabriel se levantó para cederla la suya a Flor, que la aceptó con una sonrisa.

—¿Por qué? — protestó Miriam—. Me encuentro bien y no es necesario que me miméis

tanto. No soy una figurita de porcelana que se pudiera romper con un soplo de viento.

Era a uno de esos delicados objetos a los que se asemejaba, con su aire frágil y algo etéreo, por lo que Gabriel se inclinó hacia ella para propinarle unas afectuosas palmaditas en el brazo que mantenía sobre su regazo.

—¿Estás segura de que no lo has sido en otra vida? Porque representas a la perfección la imagen de uno de esos bibelots. En cualquier caso, si Noelia quiere ser la que cargue con ese muerto, es su cliente, así ni tú ni yo tenemos nada que decir. Colaboraremos con ella, cuando nos lo pida, y punto.

Se encogió de hombros Miriam y con un gesto pícaro replicó:

—De acuerdo. No sé entonces si querréis que os dé la noticia de la que me acabo de enterar, mientras venía a la oficina. Me refiero al resultado de la autopsia de esa chica. La he oído por la radio del coche, pero si creéis que me la debo reservar para mí sola, cerraré la boca, me iré a mi despacho y me pondré a trabajar. Tengo citado a un cliente para dentro de media hora.

Al oírla, respingó ansiosamente Noelia en su butaca, a Gabriel se le resbalaron las gafas por la nariz, lo que enmendó de un manotazo, y Flor, que estaba a su lado, se giró hacia ella para mirarla de frente con evidente inquietud.

—Claro que queremos saberlo.

—Vale, vale, tranquilizaos— les recomendó guasonamente la chica—. El forense ha dictaminado que murió estrangulada y que, aunque por el tiempo que ha transcurrido desde entonces no puede puntualizar la fecha con exactitud, por el estado de su cuerpo ha determinado que su fallecimiento puede haberse producido entre tres semanas o un mes antes de haber sido descubierto. ¿Os sirve de algo ese dato?

Intercambiaron Gabriel y Noelia una mirada y luego ella consultó nuevamente el calendario de mesa en el que había ido garrapateando los días en los que habían ido ocurriendo sucesivamente los hechos que habían ido enumerando. Finalmente expresó su desánimo y le preguntó:

—¿No han dicho nada más?

—No, pero quizás mañana, cuando vayas a la comisaría, pueda contestarte Peláez a esa pregunta.

—Es que es tan vago ese dictamen que no nos aporta nada— replicó fastidiada—Durante el transcurso de esos veinte días ha estado recluido en el calabozo, pero también ha pasado varios en su casa, después de que el juez decretara su libertad provisional y regresara al chalé. No sabemos qué ha sido del jardinero ni tampoco si Delia vio algo que haya olvidado y que pudiera probar su inocencia. No tenemos nada.

Le sonrió Flor con el aire maternal con el que solía acoger la acostumbrada desmoralización de su jefa ante la previsible condena de los clientes a los que defendía. No había conseguido todavía, pese a sus diez años de profesión, afrontar con frialdad que no siempre era posible rebatir las acusaciones del fiscal, lo que Gabriel le hacía ver y la reñía como si en lugar de ser ella su jefe, fuera él su padre.

—Es pronto para desanimarse— la reprendió con su acostumbrado tono doctoral—. Siempre puede producirse un milagro. Es posible que la policía localice al jardinero y que...

—Y qué ese hombre caiga en la cuenta de que no puede ir por la vida matando a la gente y se declare culpable ¿no? — refunfuñó sarcásticamente ella—. Es lo que suelen hacer los asesinos, reconocer que han sido malos y que se merecen la perpetua. Por esa razón es tan sencillo defender a los que son inocentes y conseguir que el tribunal les absuelva.

Como la conocía sobradamente y sabía que tenía un carácter más que vivo, no se atrevió Gabriel a llevarle la contraria. Se limitó a dejar escapar un imperceptible suspiro de resignación, mientras que Flor, que no se amilanó, se echaba a reír y replicaba:

—No creo que haya sido este el caso más complicado que hayas tenido, pero lo estás enfrentando con el mismo espíritu catastrofista que todos los anteriores. Al final se te encenderá la bombilla, caerás en algún dato que se te había escapado o providencialmente aparecerá un testigo. Hasta es posible que Delia recupere de improviso la memoria y declare en el juicio que, hace veinte días, y gracias a que esa noche había luna llena, vio cavar al jardinero en el lugar exacto en el que ha aparecido el cuerpo de esa chica y arrojarla dentro del hoyo.

Como Noelia soportaba mal las bromas, cuando no le veía salida al caso que llevaba entre manos, masculló irritada:

—Claro, es lo más probable. O también podría suceder que en el bolsillo del pantalón del cuerpo de esa mujer encuentren una nota en la que confesara que había decidido suicidarse y que su deseo póstumo era que la enterraran debajo de unas flores.

A su pesar, y aunque sabían los presentes que se enfadaría aún más, se echaron a reír y la secretaria le preguntó:

—¿Es que no han identificado el cadáver aún?

Fue Miriam la que le contestó por la otra:

—No, ha dicho la radio que han citado a su amiga, a la acomodadora, para que lo efectúe, así como al escritor y a la señora que le hacía a éste la limpieza. Supongo que a continuación le tomará declaración Peláez a él, ya te que han avisado— le dijo a Noelia.

—Sí— corroboró esta—. Y un día o dos más tarde lo hará el juez, quien decidirá, de acuerdo con el fiscal, si mantiene o no la medida cautelar que adoptó en su día y le deje libre, aunque con cargos. Mucho me temo que en esta ocasión le envíe directamente a la cárcel sin fianza y que esté recluido dos años en la prisión, a la espera de juicio.

—¿Por qué dos años? — quiso saber la secretaria.

—Porque es el plazo máximo de prisión provisional— repuso sarcásticamente ella—. Aunque, si nos ponemos en lo peor, ese plazo puede prorrogarse por otros tantos en casos excepcionales.

En ese momento se dejó oír la musiquilla de llamada del móvil que llevaba Gabriel en el bolsillo y se salió este al pasillo para atenderla. Los demás se quedaron en silencio, esperando a que regresara y, cuando lo hizo, intercambió Miriam una mirada de complicidad con Noelia, porque a las dos les dio la impresión de que le brillaban ahora los ojos al muchacho de una forma inusual.

—Era Aurora García— les aclaró—. La ha citado esta tarde la policía en el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, para que reconozca el cuerpo de Ada, si es que es el de su amiga, y me ha pedido que la acompañe como su abogado.

—¿Y qué le has contestado? — quiso saber Miriam, que era una casamentera, y que creyó ver especialmente ilusionado a su compañero de despacho.

—Que sí, que iré con ella a ese organismo y a la comisaría, si la vuelve a citar Peláez.

Creyó Noelia oportuno recordarle lo que habían convenido poco antes:

—No olvides preguntarle por el macizo de flores. Quizás se lo comentara Ada y pudiéramos así acotar el lapso de tiempo de que dispuso el que la mató para asesinarla. ¿Te acordarás?

—Por supuesto— repuso él, gratificado por el interés con el que Noelia se lo había recomendado. Se sintió importante[EB1] y se marchó a su despacho, seguido por la mirada

enternecida de las tres mujeres.

Capítulo 20

Un hombre con una bata blanca les acompañó y les precedió por un largo pasillo hasta una sala que se hallaba en penumbra y que producía la impresión de estar desoladoramente solitaria. Sólo una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana blanca parecía flotar en un aquel tétrico vacío y Aurora intercambió una aprensiva mirada con Gabriel, que se sintió obligado a aparentar que estaba acostumbrado a desenvolverse en esos escenarios, aunque era la primera vez que pisaba uno.

El inspector Peláez entró en la habitación detrás de ellos y permaneció a unos pasos de distancia, mientras el otro retiraba la parte superior de la sábana y tomaba a Aurora del brazo para que se aproximara a la camilla. Le echó ella una rápida ojeada y retrocedió inmediatamente reprimiendo una arcada.

—¿Es ella? — le preguntó el inspector.

—No lo sé — musitó en un susurro— Está... está irreconocible.

—Probablemente haya permanecido veinte días bajo tierra y esa circunstancia habrá influido desfavorablemente en el estado de su cuerpo— le dijo él observándola con misericordia— ¿Quiere ver la ropa y las joyas que llevaba?

Asintió Aurora y analizó el deshilachado pantalón vaquero de color azul y el ajado niqui amarillo de manga corta que le mostraba, así como unos pendientes en forma de aro y un colgante con cadena, ambos dorados.

—Sí, eran suyos— reconoció Aurora con los ojos cuajados de lagrimones—. Solía llevar vaqueros en casa cuando vivía conmigo y tenía niquis y camisetas de todos los colores. Y el colgante lo llevaba siempre— añadió—. Era un regalo de su madre.

Se le acercó otro individuo, que le tendió un bolígrafo y le entregó el papel que llevaba en la mano.

—Está bien, firme aquí.

Le arrebató Gabriel el papel y lo leyó concienzudamente antes de devolvérselo.

—Si lo firma, admitirá que la ha reconocido— le explicó—. ¿La ha reconocido?

Se encogió ella de hombros.

—Son sus cosas, pero ella...

—No podemos identificarla por su ADN, porque no disponemos de un pariente suyo con el que cotejarlo— le aclaró el de la bata blanca—. Ni tampoco por las huellas dactilares, porque no estaba fichada ni llevaba encima documentación que acreditara su identidad. Usted era la persona que mejor la conocía.

Asintió ella con la cabeza, sin atreverse a girarla nuevamente hacia la camilla.

—Sí, sí, comprendo, que al cabo de tantos días no puede estar igual a cuando estaba viva — sollozó.

Le cogió el bolígrafo y el papel y estampó su firma al pie del impreso. Luego salió apresuradamente de la habitación, seguida de Gabriel y de los otros tres hombres, que les acompañaron por el pasillo hasta la salida. Soplaban una brisa fresca a esas horas en el área residencial de Valdebebas, donde estaba enclavado el acristalado edificio circular del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses que acababan de abandonar y Aurora inspiró aire como si necesitara oxígeno para recuperarse del mal trago que acababa de soportar.

—Temía que pudiera acabar así— murmuró llorosa—. Era muy inconsciente, aunque

también alegre y divertida. Durante los últimos días que compartimos en el teatro, me hablaba a todas horas del traje que llevaría en su boda y de lo feliz que iba a ser con el escritor cuando se casaran.

Se sonó con un pañuelo que extrajo de su bolso y se enjugó con él las lágrimas que le corrían por las mejillas haciéndole sentirse torpe a Gabriel, que no acertó a saber cómo debería reaccionar. Se metió las manos en los bolsillos, las volvió a sacar e hizo intención de darle su pañuelo, pero cuando advirtió que ya tenía Aurora uno con el que se estaba sonando en esos momentos, se lo guardó nuevamente. Recordó, no obstante, el encargo que le había hecho Noelia y buscó el momento más adecuado para preguntárselo. Pensó que debería tantear antes el terreno y carraspeó inseguro. Luego inquirió:

—¿Le comentó en alguna ocasión que el otro la hubiera amenazado de muerte?

—¿Se refiere a Ahmed?

—Sí.

Asintió Aurora reprimiendo un hipido.

—Sí, más de una vez. Era un tipo muy celoso e incivilizado, porque parecía creer que estaba en su derecho. Muchas veces la regañé por haberse enrollado con él, pero es que Ada iba de uno en otro. Como era muy guapa, encandilaba con facilidad a los que la rodeaban, pero tuvo la mala suerte de conocerle cuando no tenía donde vivir y él le ofreció que se uniera al grupo con el que había okupado esa nave abandonada. Intentó dejarle cuando empezó a trabajar en el teatro. Se había liado unos días antes con uno de los actores, al que había conocido en un bar, y que fue el que la recomendó. El caso es que se asustó ese actor, cuando Ahmed le esperó una noche al término de la función y le atizó unos cuantos guantazos. Del miedo que le produjeron las amenazas de él decidió dejarla. Le dijo que lo había pensado mejor, y fue entonces cuando ella se vino a vivir conmigo a mi piso.

Volvió a sonarse y Gabriel le indicó su coche, estacionado junto a la acera.

—Vámonos. ¿Quiere que la lleve a su casa?

— Sí, he pedido permiso esta tarde en el teatro para faltar. Ya suponía que no me iban a quedar ánimos después para trabajar ni para hacer nada, porque ha sido horrible, ¿verdad?

Arrancó él el motor sin mirarla y enfiló la calle que desembocaba en la carretera, mientras le decía:

—Sí, sí que lo ha sido y esperemos que la policía encuentre al que lo hizo, lo detenga, y pague por ello. Y por cierto, eso me recuerda que quería hacerle una pregunta. ¿Le comentó Ada poco antes de su desaparición que hubiese encargado a algún centro de jardinería la instalación de un macizo de margaritas en el jardín del chalé del escritor?

Le había dirigido una rápida mirada de soslayo y vio su gesto de sorpresa.

—¿Un macizo de flores? Sí, pero de pasada. No le gustaba la pradera verde de ese jardín, lisa y sin otro colorido que el del césped, pero estaba obsesionada con la anterior esposa de él y no hablaba de otra cosa. Aunque se habían divorciado dos años antes, se presentaba en la casa de cuando en cuando y siempre a destiempo. Se quejaba Ada de que esa mujer pretendía recuperar al que había sido su marido y que en una ocasión en la que ella regresó del teatro, la encontró en el salón tomando una copa con el escritor como si estuviera en su casa. Pero eso no fue lo peor.

—¿Y qué fue lo peor? — quiso saber Gabriel.

—Lo que hizo él cuando ella entró en la habitación y actuó como lo que era, como la pareja del dueño de la casa. Fingió que no la conocía, la hizo salir del salón y en el pasillo le dijo que se metiera en el dormitorio y que no volviera a aparecer hasta que la otra se marchara.

—¿Cree que tenía intención Esteban de arreglar las cosas con la que había sido su mujer?

—Pues no lo sé— reconoció Aurora—. Recibí esas noticias a través del prisma por las que las veía Ada, que la consideraba una intrusa. Creo que incluso se peleó con ella en una ocasión en la que oyó el timbre del jardín y le abrió la puerta. Fue un lunes, día en el que descansaba la compañía, y por esa razón estaba esa tarde en el chalé. Le dijo que se largara y la recién llegada le contestó que esa había sido su casa y que iba a volver a serlo, por lo que Ada le atizó un sopapo y luego recibió otros tantos, lo que le sirvió de excusa para, con un ojo negro, denunciarle por maltrato a él, que estaba escribiendo su interminable novela y que la mandó a un sitio feo cuando fue a quejársele. De todas formas, se vio obligado a interrumpirla y a dejar de aporrear el ordenador, cuando se presentó la policía poco después y se lo llevó esposado.

—Pobre hombre— se compadeció Gabriel.

—No lo lamente— le recriminó Aurora, que, indignada, pasó inconscientemente a tutearle—. La culpa la tenía él por no aclararles a las dos que lo que deseaba era perderlas de vista y que le dejaran en paz. A mí me parecía obvio, porque a Ada sí se lo repetía todos los días. Me lo comentaba ella, pero no se daba por enterada, y a la otra, o no se atrevía o, como ya se habían divorciado, pensaba que no era necesario. Creo que su padre o alguien de su familia tenía una editorial importante y que por esa razón él no quería enemistarse con ella.

—¿Y no procuraste tú hacerla entrar en razón?

—¿A Ada? — trató de puntualizar sarcásticamente Aurora—. Hubiera sido inútil. Veía las cosas como deseaba verlas y ya te he dicho en varias ocasiones que estaba loca por él. Hubiera hecho lo que fuera necesario por retenerle.

Enarcó Gabriel las cejas al oírla

—¿Cualquier cosa? ¿También para vengarse de él?

Lo consideró Aurora durante unos instantes y terminó por admitirlo.

—Supongo que sí, porque era muy temperamental. Se arrepentía después de haberle hecho pasar la noche en un calabozo, pero en cuanto enganchaba una rabieta reincidía y acudía a una comisaría, desmelenada y llorosa, para lamentarlo después nuevamente cuando se lo llevaban.

La dejó poco después Gabriel frente al portal de su casa, sita en la calle de Embajadores, y se dirigió seguidamente hacia la oficina para hacerle partícipe a Noelia de lo que había averiguado. Flor continuaba hablando por teléfono, cuando entró como una tromba y en el pasillo tropezó con el cliente que salía del despacho de aquella y al que estuvo a punto de arrollar, pero se sintió reivindicado al comprobar la impaciencia con la que le había estado aguardando.

—¿La ha reconocido? — le preguntó en cuanto le vio aparecer y antes de que llegara a traspasar el umbral de la habitación.

—Sí, por su ropa y por las joyas que llevaba— repuso jadeante.

—¿Por su cuerpo no? — inquirió Noelia mordisqueando la punta del bolígrafo que tenía en la mano.

Negó Gabriel con la cabeza.

—Yo no me he acercado, entre otras razones porque no la conocí en vida, pero cuando el hombre de la bata blanca ha retirado la sábana que la cubría para destapar su cabeza, he visto una melena larga y oscura. Aurora ha dicho que la ropa que le ha enseñado ese hombre era la de ella. Y también un colgante dorado y unos pendientes de aro.

—Pero no estaba segura. ¿O sí? — trató de puntualizar Noelia.

—No, la pobre ha pasado un mal rato. Un malísimo rato— se corrigió—. Me ha dicho luego, cuando hemos salido del edificio, que, por cierto es muy moderno y, exceptuando la sala

donde estaba la camilla, sumamente luminoso, que Ada le comentó que había encargado un macizo para el jardín de Esteban, pero no le dijo a quién. ¿Quién te ha dicho que hubiera sido Ada la que lo decidió?

—Delia. A ella se lo comentó Esteban la tarde en la que pasó a su casa a interesarse por su salud. Le dijo que se lo encontró hecho cuando regresó a su casa a raíz de que el juez le dejara en libertad con cargos, de lo que dedujo que había aprovechado Ada los días en los que había estado retenido en el calabozo para introducir cambios en el jardín.

Se quedó Noelia pensativa y se preguntó él por el motivo. Le resultaba difícil entenderla. A su modo de ver complicaba en exceso las cosas más sencillas, o que a él se lo parecían, por lo que le preguntó:

—¿A qué le estás dando vueltas en la cabeza? Lo probable es que Ada no le pidiera permiso para contratar ese arriate. Como al parecer estaba convencida de que iban a casarse, decidiría empezar a ejercer de dueña de la casa antes de la boda. La mayoría de las mujeres actúan de esa manera, sin preguntarle a nadie, sobre todo en lo que se refiere a la casa en la que viven y a las cuestiones domésticas.

Le hizo gracia a Noelia la forma en la que se expresaba, porque le tenía conceptuado como un joven estudioso con escaso o nulo conocimiento de la psicología femenina, por lo que inquirió:

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo sé por lo que veo a mi alrededor y por lo que me cuentan mis amigos. Varios que se han emancipado y viven con sus novias se quejan de lo difíciles que son de entender y de la importancia que le dan a cosas que no la tienen.

—¿Por qué? ¿De qué es de lo que se quejan?

—Pues... de esas cuestiones cotidianas. De lo que les enfada que tiren la ropa sucia por el suelo cuando llegan hechos polvo a casa por las noches, de que se tumben sobre la colcha de la cama con los zapatos puestos... de esas cosas.

—¿Y tú qué opinas?

Hizo él un gesto vago.

—No tengo opinión, pero a veces me sorprende la trascendencia que le das a ciertas cuestiones, que a mí no me parece que las merezcan. ¿Qué más da quien encargó el macizo? Lo que importa es que alguien lo aprovechó para encubrir debajo de él el cuerpo del delito con la intención de que nadie lo encontrara después.

Se hubiera echado a reír ella de lo que acababa de decir, pero no tenía ganas. Por eso replicó:

—Aunque consideres lo contrario, coincidimos los dos en lo esencial en lo que respecta a ese asunto. Lo que nos diferencia es la pregunta que me hago.

—¿Y qué es lo que te preguntas?

Levantó la mano en la que tenía el bolígrafo y trazó con él en el aire un círculo imaginario.

—Me pregunto si la persona que lo encargó no sería la misma que mató a esa chica y si no lo habría premeditado.

Parpadeó confuso. Analizó la sombría expresión de ella y se finalmente se decidió a traducirlo en palabras.

—¿Te estás preguntando si fue el propio Esteban el que lo proyectó? ¿Si harto de ella y de no conseguir quitársela de encima, lo planeó cuidadosamente? Tendría que ser idiota. La prueba es que le han detenido acusado de su asesinato, y que si no sucede un milagro irá a

chirona durante un montón de años. ¿Qué otra persona podría haberlo hecho? Bueno, sí, el jardinero— se respondió a sí mismo—. Y quizás también la mujer de la que se había divorciado y...

Se apresuró Noelia a interrumpirle:

—Es que me parece que has pasado por alto que Esteban había echado de su casa a Ada con anterioridad a que plantaran esas flores y que nadie volvió a verla después de que saliera a la calle por la puerta del jardín. Unos cinco días más tarde le detuvieron a él y, según le dijo a Delia, encontró el parterre en el jardín cuando el juez le dejó en libertad y regresó a su casa.

—Pero ella sabrá si eso es verdad— alegó Gabriel siguiéndole el hilo de lo que pasaba por su mente. Desde la ventana de su despacho lo vería hacerlo. ¿O es lo que ha olvidado?

—Eso y unas cuantas cosas más, que espero que recuerde antes de que señalen día para el juicio, porque en estos momentos lo veo muy mal.

—¿La defensa de él? — inquirió con curiosidad.

—Sí.

Se retrepó en su butaca y la observó detenidamente, porque el bajo estado anímico de ella era nuevo para él. La consideraba animosa y muy segura de sí misma, pero en esos instantes aparentaba estar sumida en una profunda depresión, lo que no dejó de sorprenderle. Quizás Miriam, que era su alma gemela hubiera tenido ocasión de compartir con ella situaciones semejantes, pero con él no, por eso le preguntó:

—¿Estás segura de que Esteban es inocente?

Le sonrió ella con vaguedad y levantó ambas manos con las palmas hacia arriba en un claro ademán de impotencia.

—Si lo que quieres saber es si pondría la mano en el fuego por él, la respuesta es no, lo mismo que te hubiera contestado sobre la mayoría de mis clientes. Dudo mucho de que en su día me dijeran la verdad y la misma duda razonable la mantengo sobre Esteban, pero mi obligación es defenderle y por el momento no se me ocurre cómo. Había pensado que la desaparición de Ada había sido premeditada y que obedecía a la venganza que había urdido ella contra él por haberla echado de su casa. Incluso llegué a creer que el parterre de las flores formaba parte del plan que había ideado para que acabara Esteban con sus huesos en la cárcel, pero cuando encontraron su cadáver debajo de ese macizo mis sospechas se vinieron abajo y ahora no sé qué creer. Esta tarde tengo que ir a la comisaría, ya que le van a tomar declaración y, o mucho me equivoco, o mañana o pasado mañana el juez decretará su ingreso en prisión.

—Bueno, sí, pero eso no es culpa tuya—. Alegó Gabriel—. No puedes hacer más de lo que haces y él no es tu padre ni tu marido ni tu hermano. Es solamente un cliente que se ha metido en un lío, si no en algo más. Como no tienes una varita mágica, no debes exigirte imposibles.

—No, claro— farfulló ella—. Ya me gustaría verte en mi caso.

Capítulo 21

Había perdido Esteban el aire de superioridad que le caracterizaba cuando le vio sentado en una silla, esperándola. Estaba acompañado de dos policías en el cuartito de paredes grises y sin ventanas de la comisaría donde le había entrevistado la vez anterior y denotaba claramente su ansiedad cuando llegó ella. Los agentes les dejaron solos y en cuanto se aseguró él de que habían cerrado la puerta a su espalda y de que no podían oírles, le susurró:

—Estoy metido en un buen lío. Me han llevado esta mañana al Instituto de Medicina Legal, donde le habían practicado la autopsia a Ada, para que la reconociera, y era ella. Para mí fue una tremenda sorpresa que la otra tarde la encontraran sin vida en mi jardín. En el calabozo he tenido tiempo más que sobrado para reflexionar y he llegado a la conclusión de que tuvieron que matarla durante los días en los que la vez anterior estuve retenido en el mismo antro.

—¿Porque crees que ella regresó a tu casa cuando tú no estabas?

—Sí, tuvo que haber sucedido así. Al que la asesinó, debió parecerle que el macizo que ella había encargado era el lugar perfecto para ocultar el cadáver. Quizás lo viera mi vecina, la chica que domina lo que ocurre en mi casa desde su ventana, pero la última vez que hablé con ella no se acordaba de nada, ni tan siquiera de que había obligado a Ada a largarse de mi casa unos días antes y de que no regresó mientras la estuve habitando yo. ¿No es desesperante?

Pese a lo sombrío de su expresión, no podía estar más atractivo con su cabello oscuro cayéndole sobre la frente y sus brillantes ojos negros fijos en ella. Le recordó a Noelia a un actor de cine norteamericano que había protagonizado una película que había visto de niña y que le había impactado entonces y comprendió que Ada hubiera bebido los vientos por él y que Delia albergara aún esperanzas de que algún día se fijara en ella. Era igual de guapo que ese actor, o quizás todavía más, pese a la comprensible angustia que traslucía y que se le caló dentro a ella cuando le preguntó:

—¿No puedes sacarme de aquí?

—No— repuso con un nudo en la garganta.

—¿Ni depositando una fianza?

No le sorprendió a ella que compartiera la creencia de que los abogados fueran poco menos que omnipotentes, porque eso era lo que se desprendía de las películas americanas en las que conseguían la libertad de sus clientes con sólo presentarse en la comisaría, pero aún en el caso de que eso fuera cierto, el procedimiento español era totalmente distinto, por lo que trató de explicárselo.

—No. Es el juez el que lo determina, no la policía. Cuando antes de las setenta y dos horas desde tu detención te ponga ésta a disposición judicial, será aquel el que decida lo que estime pertinente a ese respecto y antes no podemos hacer nada, porque en tu detención se han cumplido todos los requisitos que exige la ley. Pero ya falta menos para que te tome declaración el juez de instrucción.

—¿Y qué opinas que debo decirle? Yo no la maté.

Parecía tan sincero, tan vulnerable, que Noelia tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse impasible y no dejar que asomara a su rostro lo que sentía.

—Lo que me has dicho a mí, que para ti fue una novedad ese macizo cuando decretó él tu libertad provisional con cargos y regresaste a tu casa y lo viste en el jardín, lo que evidencia que fue otra persona la que lo hizo y la que la enterró en ese lugar.

—¿Y me creará?

Esperaba su respuesta con los músculos del cuello atirantados y tal expresión de zozobra, que sintió ella como una carga insoportable su propia impotencia, pero intentó superarla diciéndose que esa misma situación la había vivido ya cientos de veces y que no debía dejarse influenciar por ningún tipo de emociones. Como le recomendaba Gabriel con su característico tono de chico listo, debía mantener la cabeza fría y no involucrarse con su cliente en lo que éste sentía. Quizás ocurriera algún imponderable o recuperara Delia a tiempo la memoria y aportara algún dato trascendente que le exculpara. Algo tendría que suceder, porque no sería justo que pagara Esteban con la cárcel por un delito que no había cometido.

—¿Has reconocido a Ada sin género de duda? — le preguntó.

—Sí, creo que sí. Su cara estaba muy desfigurada, pero la conocí bien. Su melena era la de ella y llevaba su ropa y los abalorios que tanto le gustaban. Debí volver a mi casa cuando estaba yo en el calabozo y posiblemente el jardinero estaría cortando el césped. Era un tipo rudo y, por alguna razón que no se me alcanza, la mató. Se conocían de algo, aunque no sé de qué, porque fue ella la que me lo recomendó para que le contratara. A veces les oía cuchichear, aunque la mayoría de las mañanas salía Ada de mi casa muy temprano y se iba de compras, supongo que para no coincidir con él.

—¿Y no se lo preguntaste?

Meneó él negativamente la cabeza mientras se peinaba con los dedos el cabello con más energía de la necesaria, como si necesitara desahogarse y la emprendiera con su pelo porque era lo que tenía más a mano.

—No, ¿para qué? Tampoco me importaba. Me hubiera hecho ella un favor si se hubiera largado con ese hombre y me hubiera dejado en paz. Probablemente le gustaría a Ahmed, porque era muy vistosa. Tan vistosa, como insoportable.

—Eso no debes decirlo— le reconvinó Noelia—. Debes aparentar que lamentas mucho su pérdida y que teníais previsto casaros en breve.

Parpadeó sorprendido y se la quedó mirando como si creyera haber oído mal.

—¿Casarme con ella? ¿Es que imaginas que estoy mal de la cabeza? Ya estuve casado y no voy a cometer la estupidez de reincidir. Alba, la que fue mi mujer, era una mujer culta y refinada. Me ayudó al inicio de mi carrera de escritor, porque su padre tenía contactos y consiguió que publicaran mi segunda novela, lo que fue un éxito, ya que ninguno de los editores a los que se lo propuse se arriesgó a aceptarla después de que me hubieran acusado de plagio, cuando salió a la luz la primera. Aun así, me quedé en la gloria cuando desapareció de mi vida. Ada no era ninguna de las dos cosas, tan solo la aventura de una noche, pero se me pegó como una lapa y, por más que provoqué que se largara, no conseguí quitármela de encima.

—¿Y no te has arrepentido después de haberte divorciado?

—No. Soy un tipo solitario y bastante excéntrico, que disfruta escribiendo y necesita fundamentalmente silencio, lo que no ha entendido ninguna de las mujeres con las que he mantenido una relación íntima. También me costó que Alba lo admitiera y no estoy seguro de que se haya convencido de que estamos los dos mucho mejor separados que juntos, porque últimamente se presentaba de cuando en cuando en mi casa y hacía una intentona de que...

Se interrumpió con los ojos entornados, como si lo estuviera rememorando y Noelia le animó a continuar.

—¿De que os plantearais retomar vuestro matrimonio?

—Sí. No sé si llegó a darse cuenta de que Ada vivía conmigo y de que se consideraba con más derecho que ella a convertirse en mi mujer, pero es lo más probable, porque noté que le caía

fatal. Un día me preguntó incluso qué hacía en mi casa esa golfa.

—¿Y qué le contestaste?

—No sé, se me ha olvidado. Si recuerdo que llevaba Ada una ropa dos tallas menor de la que le correspondía y más collares y abalorios que de costumbre, Magdalena, la señora que me realiza las faenas domésticas, me dijo confidencialmente un día que una tarde en la que había salido yo y se había presentado Alba, dando por hecho que me iba a encontrar solo, se enzarzaron las dos en una discusión de lo más violenta y acabaron a tortas. Se tiraron del pelo, se dieron de guantazos y finalmente Ada enganchó a Alba por el jersey y la puso de patitas en la calle.

—Qué horror— Musitó Noelia como para sí misma imaginando la escena.

Aunque se había expresado en un susurro, debió oírla, porque su moreno semblante se atirantó con un amargo rictus y murmuró abatido:

—Pero lamento que haya acabado así. Ella no se lo merecía. Su único pecado fue hacerse respecto a mí unas ilusiones que no se correspondían con la realidad y probablemente le dio alas al que la mató, porque no desperdiciaba ocasión de coquetear con todos los hombres que se le ponían a tiro— murmuró como si estuviera visualizándolas en su mente—. Tienes que conseguir probar que yo estaba detenido cuando la asesinaron.

—¿Y cómo quieres que lo pruebe? — se lamentó ella—. ¿Tienes idea de donde encargó Ada los materiales y las flores del macizo? Mi secretaria ha llamado a todos los centros de jardinería que figuran en Internet y ninguno tenía noticias de tal cosa.

Esbozó él un gesto vago.

—No, yo tampoco lo sé. Ella no me lo comentó, pero lo presumí cuando regresé a casa después de haber estado setenta y dos horas recluido. A Ada la había echado yo una semana antes y Ahmed no había vuelto a presentarse para ocuparse del jardín ni me llamó para aclararme el motivo.

—¿No te había pedido Ada tu opinión, antes de encargarlo?

—No, pero sí noté que había vuelto ella durante mi ausencia.

—¿Qué notaste?

Se encogió de hombros.

—Advertí que había estado trasteando en el dormitorio. Su ropa se la había llevado su amiga la acomodadora, así como su coche, pero se dejó algunos enredos en el cajón de la mesilla de noche y en los de la cómoda.

—¿Y qué?

—Que los encontré encima de la cama cuando regresé. Cuando salí del juzgado estaba agotado y me dirigí directamente a mi casa a darme una ducha. Luego me tumbé encima de la colcha, por lo que los tiré al suelo para que no me molestaran. Cuando al cabo de un par de horas pensé que debería ir a la cocina a tomar algo, fue cuando los recogí y me fijé en ellos. A Ada le gustaba mucho la bisutería barata, pero había olvidado llevarse la acomodadora la que había dejado en el cajón del dormitorio, y también unas fotografías de ella tomadas en Puerto rico. En un primer momento pensé que había entrado alguien en el chalé en mi ausencia y que había estado registrando mi cuarto.

—¿Y no sería la policía? — le sugirió ella—. Precintó la casa cuando se te llevaron esposado y se quedó con la llave para seguir registrándola.

—Pues no lo sé, pero no lo creo— objetó, mientras la emprendía de nuevo con el cabello que le caía sobre la frente—. Pregúntaselo al inspector que me va a tomar declaración. Yo se lo achiqué entonces a Ahmed. Imaginé que había aprovechado mi detención para campar a sus

anchas por el interior de la casa después de forzar la cerradura de la puerta de entrada.

—¿Estaba forzada?

—No me lo pareció, pero reconozco que no me fijé mucho. Como después no he vuelto a ver a ese hombre, no se lo he podido preguntar, pero luego he estado atando cabos y he llegado a la conclusión de que debió volver Ada durante esos días en los que estuve en el calabozo a intentar hacer las paces conmigo, le encontró a él en mi lugar y cuando se negó a reanudar la relación que supongo que habrían mantenido, Ahmed la mató. Reconócame que en ese caso todo quedaría explicado.

Lo consideró Noelia pensativa e inconscientemente se llevó un dedo a su rizo predilecto para enrollárselo en él.

—¿Tenía Ada llave de tu casa?

—Sí, claro. No paraba quieta y entraba y salía cuando le venía en gana, no sin antes entrar a decírmelo, lo que me irritaba profundamente porque me hacía perder el hilo de lo que estaba escribiendo. Puede que no fuera él, sino ella, la que se aposentara en mi casa en el ínterin en el que estuve retenido y que al viernes siguiente se presentara él a trabajar, discutieran y entonces la matara.

Pensó Noelia que era más que plausible y murmuró:

—Es posible y eso explicaría que ese hombre intentara asesinar a Delia cuando estaba en el hospital, si la había visto asomada a la ventana mientras estaba cavando en el jardín.

—¿Cómo está? — se interesó él—. Me pareció una chica encantadora la tarde en la que pasé a su casa a interesarme por su estado de salud y el sábado siguiente, cuando fue ella la que vino a la mía, pero me dijo que aún tenía muchas lagunas. Ni siquiera recordaba que hubiera leído mis novelas, aunque las tenía todas ordenadamente dispuestas en la librería de su despacho — le comentó como si le resultara inexplicable que alguien pudiera olvidar algo tan trascendental, lo que a Noelia le hubiera parecido cómico en cualquier otra situación.

—¿Y la señora que realiza en tu casa las faenas domésticas? — le preguntó—. ¿No podría haber sido ella?

—¿Magdalena? No. No tiene llave y es una mujer muy ordenada. Demasiado, diría yo. Incapaz de registrarme los cajones y más aún de dejarme nada sobre la cama. Ada no le caía bien, le parecía demasiado chabacana, pero jamás me dijo una palabra sobre ella. Solo en las tres ocasiones en las que me denunció y volví a casa después de haber dormido en el calabozo, mascullaba algo entre dientes sobre las barriobajeras que abusaban de la buena fe de la gente de bien. A su modo era una clasista.

—Tendré que hablar con ella— se dijo Noelia—. Necesito que me des su nombre y su número de teléfono.

Lo apuntó en la agenda de su móvil cuando él le proporcionó esos datos y le hizo seguidamente unas cuantas recomendaciones sobre las respuestas que debería darle a Peláez cuando le interrogara. Avisó después a los agentes que estaban en el pasillo para que le transmitieran al inspector que habían terminado la entrevista y un par de minutos más tarde se presentó éste con otro agente que llevaba un ordenador portátil y que fue transcribiendo la declaración de Esteban. No parecía albergar Peláez ninguna duda sobre su culpabilidad, porque sus preguntas fueron inquisitivas y terminantes, tratando de acorralarle y de que se contradijera, lo que no llegó a conseguir. Ni tampoco el juez cuando dos días más tarde fue puesto a disposición judicial.

También entonces estuvo aparentemente sereno y convincente. Alegó lo mismo que le había dicho a Noelia sobre el macizo de margaritas y lo que parecía ser más que probable, que

hubiera sido el jardinero el que había matado a Ada y hubiera ocultado su cuerpo plantándole las flores encima. Lo avalaba el que hubiera desaparecido después sin dejar rastro, por lo que durante unos segundos en los que estuvo cuchicheando el juez con el fiscal pensó Noelia que iba a decretar de nuevo la libertad provisional de Esteban. Pero pesaban sobre éste tres denuncias por maltrato y solían ser el preludio del homicidio de esas mujeres por sus parejas, por lo que finalmente decretó su prisión provisional comunicada y sin fianza y los dos guardias civiles que le habían subido de los calabozos le sacaron al pasillo, a donde les siguió Noelia, que le retuvo un instante para intercambiar con él unas palabras, lo que los agentes respetaron e incluso se apartaron lo indispensable para permitirselo.

Se la quedó mirando Esteban en silencio esperando sin duda una frase de aliento. No reflejaba su semblante rastro alguno de su habitual seguridad ni de la jactancia con la que antaño había afrontado la acusación de plagio de la que Noelia le había defendido. Estaba hundido y también asustado, lo que a ella la conmovió. Y no porque no fuera lo que acostumbraban a traslucir otros clientes en idénticas circunstancias, sino porque le había conceptuado como un hombre incapaz de sentir miedo ni de dejarse achantar por adversidad alguna.

—Ánimo— le dijo—. Recurriré el Auto de prisión.

—¿Y servirá de algo?

Le hubiera gustado a Noelia poder asegurarle que sí, que no tardaría en concederle el juez la libertad provisional mientras instruía el sumario, por lo que seguiría viviendo en su casa hasta la celebración del juicio, pero no podía proporcionarle falsas expectativas. Notó él que vacilaba e insistió:

—Pero yo no he sido, tienes que creerme.

No es eso, Esteban, lo que pueda creer yo es irrelevante.

—Ya lo sé. ¿Irás a visitarme a la cárcel?

—Por supuesto.

Capítulo 22

Había citado Flor a Magdalena, y se presentó ésta en el despacho dos días más tarde. Era una mujer rolliza y de mediana edad, que vestía una falda y un jersey de color negro y llevaba el cabello recogido en un moño en la nuca. Tomó asiento frente a la mesa de Noelia y le preguntó:

—¿Cómo está don Esteban? Me he enterado por la televisión, porque el viernes pasado me presenté en su casa, como de costumbre, y me abrió el jardinero la puerta del jardín, pero en la casa no había nadie. Ahmed me dijo que se lo había llevado la policía detenido y después he sabido por el informativo de la tele donde habían encontrado el cuerpo de ella.

—Sí— se limitó a afirmar Noelia.

—¿Y por qué? — se engalló, saliendo en su defensa con el semblante arbolado por la indignación—. Don Esteban no ha sido. Es un hombre irreprochable. Ella, en cambio, era una arpía, además de una maleducada. Cantaba a voces, se reía a gritos, hablaba gritos y en cuanto pensaba que él no le hacía todo el caso que deseaba, lo que era cierto, porque estaba harto de esa mujer, le amenazaba con vengarse. Le chillaba que conseguiría que acabara en la cárcel y pasara en chirona el resto de sus días y al menos en tres ocasiones estuvo a punto de conseguirlo, porque le denunció por haberla maltratado, lo que no era cierto, y se presentó la policía en el chalé y se lo llevó esposado.

—¿No era cierto? — le preguntó Noelia observándola inquisitivamente y deseando que se lo confirmara—. ¿Está segura de que nunca le levantó la mano?

Titubeó su interlocutora. Bajó su mirada para fijarla en su falda y sacudió de esta una imaginaria mota de polvo antes de contestarle:

—Alguna vez la zarandeó, pero creo que no pasó de ahí, aunque tenía toda la razón para hacerlo. No soportaba ella que le absorbiera su novela y que no estuviera pendiente de la ropa que se ponía ni del color de la barra de labios con la que se los había pintado. Recuerdo que una vez entró como una tromba en el despachito en el que pasaba don Esteban la mayor parte del día, se abalanzó sobre su ordenador e intentó borrarle lo que estaba escribiendo.

—Y él la empujó y la tiró al suelo— añadió Noelia, porque ese incidente ya se lo había comentado él.

No cabía duda de que Magdalena era una férrea defensora de su patrón, porque se apresuró a negarlo con los ojos relampagueantes de cólera.

—No la tiró, se cayó sola. Yo estaba limpiándole el polvo a las puertas de las habitaciones del pasillo, sin hacer ruido para no molestarle, y ella pasó por mi lado como si no me hubiera visto, entró furiosa en el cuarto, de un empujón apartó de la mesa la silla en la que estaba sentado don Esteban, que tiene ruedas, y oprimió todos los botones del teclado de su ordenador a manotazo limpio. Cuando él se lo impidió y se cayó al suelo, le mordió en una pierna y recorrió la habitación a gatas, desmelenada y como si fuera un animal salvaje. Lo vi desde el umbral, aunque no me atreví a intervenir.

—Ya. ¿Y ocurrió eso más de una vez?

Lo meditó Magdalena y a su reseco rostro asomó el rencor que le inspiraba Ada.

—Eso, exactamente, no lo sé. Ya me había marchado el día en el que la echó de la casa. Me voy a las dos en punto, dejándole la comida y la cena preparadas y la cocina recogida, pero me dijo al día siguiente don Esteban que le había arrojado a la cara los cereales que desayunaba, por lo que había perdido la poca paciencia que le quedaba y la había puesto de patitas en la calle,

lo que no me sorprende. Más me extraña que no le enseñara la puerta antes.

Asintió Noelia, a la par que se inclinaba hacia ella sobre la mesa con la intención de crear un clima de confidencialidad, ya que no sabía qué clase de relación había mantenido con el jardinero ni si ésta había sido próxima.

—¿Y Ahmed? ¿Tiene usted idea de a dónde ha podido irse? — le preguntó.

Achicó Magdalena sus ojillos con desprecio.

—No, no lo sé, pero espero que no regrese nunca de donde se haya marchado. Era un mal bicho, aunque fingía ser un siervo fiel de don Esteban, porque era lo que le convenía. No tenía donde caerse muerto y haciéndose el imprescindible había conseguido que contara don Esteban con él para todo. En el fondo, era un ingenuo, al que, sin que se diera cuenta, le manejaban entre los dos.

Observó Noelia a la mujer que tenía enfrente. Destilaba resentimiento y se preguntó si no se habría sentido postergada por Esteban en favor del jardinero y fuera ese el motivo de la animosidad que manifestaba.

—¿Por qué cree que era un mal bicho?

—Porque estoy segura de que estaba liado con ella, aunque don Esteban no se daba cuenta, porque cuando escribía se aislaba de este mundo y no era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Les sorprendí más de una vez a los dos.

—¿En la casa?

—Sí, en el jardín y también varias veces en el supermercado. Una vez me envió don Esteban a comprar caramelos de menta, porque le dolía la garganta y no le gustaba tomar medicamentos. No me vieron ellos, porque estaban en otro pasillo paralelo, pero les oí discutir. Ahmed quería que volviera con él y ella le daba largas. Creo que debió sacudirle un guantazo cuando se cansó de sus evasivas, porque escuché luego como lloriqueaba ella. En otra ocasión, en la que tampoco se enteró de que estaba yo cerca, la vi intentando coquetear con un joven que vivía cerca y que no le hizo mucho caso. Se pirraba por cualquiera que llevase pantalones y quizás fuera esa la razón por la que todos se volviesen a mirarla cuando se la cruzaban.

—Quizás fuera porque era muy guapa— sugirió cautelosamente Noelia, temiendo una explosión de ira de su visitante.

—Bueno, sí— admitió ésta a su pesar—. Pero sobre todo por lo llamativa que iba y por la ropa tan estrecha que llevaba. Se contoneaba por la calle cómo si fuera un barco a la deriva, provocando a todo el que transitaba por la calle. A don Esteban le daba igual que fuera tan ligera de cascos, porque estaba deseando quitársela de encima, pero otro cualquiera se hubiera enfurecido. No me extraña que la hayan matado, porque iba buscando guerra por dondequiera que fuese. Hasta al editor de don Esteban, que era un señor de bastante edad, le dedicaba toda clase de mohines sugestivos cuando se presentaba en el chalé a arengarle para que terminara de una vez su dichosa novela. Me pareció que más de una vez el pobre hombre se quedó pasmado.

—¿Y quién cree usted que haya podido ser el que la asesinó?

Se la quedó mirando sin pestañear y terminó por encogerse de hombros.

—Cualquiera que la conociera, unos por celos y otros por hartazón, pero don Esteban, no. Don Esteban no tiene más defecto que el de ser un hombre distraído, aunque la mayoría de los hombres lo son. Ni siquiera se dan cuenta de si las casas están sucias, cuando lo están, y tampoco suele importarles el desorden. He trabajado en muchas y puedo asegurarlo.

Esperó a que Noelia hiciera algún comentario y cuando se convenció de que era ella la que tenía que seguir explicándose, añadió:

—Me llamó por teléfono, cuando el juez le dejó libre y regresó a su casa, para que

volviera a seguir realizándole las faenas domésticas y ni siquiera se fijó en que, durante su ausencia, habían estado removiendo el jardín y le habían plantado un arriate de margaritas. Supongo que habría sido Ahmed, porque tenía llave y en los días en los que la policía le mantuvo retenido siguió acudiendo a su trabajo, pero no se me ocurrió preguntárselo.

Al oírla, creyó haber visto Noelia el cielo abierto.

—¿Vio usted ese parterre? ¿Lo habían plantado antes de que don Esteban saliera del calabozo de la comisaría?

Asintió Magdalena con la cabeza sin caer en el motivo del interés que manifestaba la abogada.

—Sí. Le detuvieron un jueves por la tarde y, ya le he dicho que, como no me enteré de que se lo habían llevado, me presenté al día siguiente en el chalé a realizar mi trabajo. Llamé al timbre de la puerta del jardín y me abrió Ahmed, que me comentó que se habían llevado a don Esteban la tarde anterior. Vi entonces el arriate, pero, como le he dicho, no le pregunté a Ahmed por él.

—¿Tenía también él llave de la casa?

—No, ni yo tampoco. Don Esteban se levantaba a abrirme en pijama y luego se volvía a acostar. Se levantaba tarde y en cuanto desayunaba se metía en su despacho. Me dijo en más de una ocasión, que no conseguía concentrarse y terminar la novela que estaba escribiendo, por el ruido que hacía ella y por lo mucho que le interrumpía.

—¿No pudo usted entonces continuar realizando su cometido mientras él estuvo detenido?

—No, claro que no. Ya le he dicho que volví cuando me llamó él.

—Y cuando él juez le dejó a él en libertad ya no estaba Ada en la casa ni volvió a verla. ¿Y el jardinero?

—Él sí, pero tan solo unos días más. Últimamente trabajaba en el chalé a jornada completa, porque le lavaba el coche a don Esteban, le compraba y le acarrea la leña para la chimenea del salón, ya sabe. Le hacía esa clase de faenas que se supone que efectúan mejor los hombres, aunque podía haberlas hecho yo exactamente igual que Ahmed, o probablemente mucho mejor, pero le había sorbido el seso a don Esteban por el único mérito de ser un hombre muy silencioso.

Captó nuevamente Noelia la inquina que ese hombre le inspiraba, pero no le dio demasiada importancia. Lo que sí la tenía era que hubiese sido testigo de que el macizo con sus flores hubiera sido emplazado sobre el cuerpo de Ada, cuando Esteban todavía retenido en el calabozo de la comisaría. Tenía al fin a una persona que pudiera acreditarlo, por lo que le sonrió a la mujer y le preguntó:

—¿Era ese el único motivo de que él le valorara?

—Sí, Ahmed se movía sin abrir la boca y con la agilidad de un felino y para don Esteban la cualidad más importante que puede tener un ser humano es la de que no moleste y le deje escribir en paz. Imagino que ahora habrá caído del guindo, porque acabo de caer en la cuenta de que ha debido ser Ahmed el que la mató.

—¿Por qué lo cree?

—Porque no pudo ser otra persona. Ya le he dicho que los dos estaban liados. Imagino que pensaría que no se le ocurriría a nadie que pudiera estar su cuerpo debajo de las flores, pero que, en el caso hipotético de que lo encontraran, le achacarían su muerte a don Esteban, como así ha sido.

Volvió a sonreírle Noelia, aligerada de un gran peso al haber encontrado al fin a una

testigo de descargo, lo que en el acto le propuso y lo aceptó ella sin la menor objeción.

—Por supuesto— repuso—. Cuento conmigo. Será una satisfacción para mí ayudar a que don Esteban salga de este trance tan absurdo. ¿Me llamará?

—Sí, claro, la avisaré con tiempo y prepararemos las contestaciones que deba darle al fiscal, que pretenderá embarullarla.

Se levantó Magdalena de la butaca y se despidió a continuación. Cuando salió del despacho y la dejó sola, dejó escapar Noelia un inconmensurable suspiro de alivio. Se acodó en la mesa y se sujetó la cabeza con las manos mientras rememoraba la conversación que había mantenido con la mujer que se acababa de marchar en sus puntos esenciales. En esa posición la encontró Miriam cuando entró en el despacho unos minutos más tarde.

—¿Qué, cómo te ha ido? ¿Te ha servido de algo lo que te ha contado la visitante que se acaba de marchar?

Asintió Noelia, con una eufórica expresión de triunfo en su moreno semblante.

—Sí y la voy a citar como testigo de que mataron a Ada antes de que Esteban declarara ante el juez de instrucción y de que éste le dejara en libertad. Al fin he encontrado a una persona que puede acreditarlo.

—Eso es fantástico— se alegró Miriam solidarizándose con su amiga y compañera—. Eso te servirá también para fundamentar mejor ahora el recurso de reforma contra el Auto de prisión.

—El recurso ya se lo ha entregado Flor al procurador para que lo presente— replicó ella—. No perdí ni un minuto en redactarlo y lo terminé ayer. Sé que han llevado a Esteban a la prisión de Alcalá Meco y he proyectado ir a visitarle esta misma tarde. Imagino que estará desesperado sin noticias mías, pero he creído que era más importante recabar argumentos sólidos para su defensa que ir a tranquilizarle, y la conversación que he mantenido con Magdalena ha sido claramente satisfactoria.

—¿Y quién cree ella que fue el que asesinó a Ada?

—El jardinero— repuso Noelia—. Solo falta ahora que le encuentre la policía para que pueda citarle yo como testigo en la Vista. Si le obligo a contradecirse y a reconocer que es cierto lo que me ha referido Magdalena, no solo absolverán a Esteban. Le condenarán a él ¿No es fantástico?

—Sí que lo es— se alegró Miriam—. ¿Sabes si Peláez lo está buscando?

—Sí, aunque todavía no ha dado con él, pero el inspector es muy listo, por lo que espero que lo logre antes de que el juez termine de instruir el sumario.

—Pero lo que urge ahora es conseguir que decrete cuanto antes la libertad de Esteban— consideró Miriam—. ¿Consideras que el recurso te ha quedado suficientemente argumentado para que modifique el juez de violencia contra la mujer la medida cautelar que adoptó?

Se encogió Noelia de hombros.

—Ese recurso tiene pocas variantes y he alegado lo mismo de siempre, solicitando subsidiariamente que preste fianza. Esteban tiene medios más que suficientes, por lo que para él no supondría ningún problema que el juez la acordara, con carácter previo a la concesión de la libertad provisional.

—Esperemos entonces que el juez lo estime y quede libre tu cliente— deseó vehementemente Miriam—. Debe ser horrible estar recluido en una cárcel, sin noticias de lo que sucede en el exterior y sin saber que tu abogado anda como loco tratando de conseguir pruebas que le exculpen. ¿Crees que Esteban será consciente de la paliza que te está suponiendo su defensa?

Se echó a reír Noelia.

—Dudo de que ninguno imagine siquiera el interés con el que nos hemos tomado cada uno de los casos que hemos llevado. Dan por hecho que los abogados nos apoltronamos en nuestros despachos, fumando algún que otro puro, y mascullando latines ininteligibles para cobrarles finalmente unas minutas astronómicas.

—Deberías entonces grabarte en un video y colgarlo en las redes para escarmiento de propios y extraños, porque tú te sales de esa regla, si es que es la general— bromeó Miriam—. Estoy segura de que ese YouTube se haría viral.

Capítulo 23

Noelia fue a visitar al día siguiente a Esteban a la cárcel de Alcalá Meco y le encontró muy decaído, lo que no le extrañó, porque era lo habitual. A través del cristal del locutorio que les separaba, le pareció que estaba pálido y ojeroso. Con el cabello revuelto y la barba apuntándole en las mejillas, le recordó al joven al que años atrás había defendido de haber plagiado la novela de un escritor famoso, época en la que se asemejaba a un atractivo pordiosero. Incluso su mirada era otra. Había perdido el brillo de sus ojos oscuros y algo insolentes, cuando los clavó en su rostro y cogió el interfono para preguntarle:

—¿Sabes algo?

Se había llevado ella el suyo al oído y supuso que se refería al recurso, por lo que meneó negativamente la cabeza, mientras le decía:

—Aún no, pero no puede tardar el juez en resolverlo. Lo interpusé ayer mismo, pero quería comentarte otro asunto muy importante. Estuve hablando con la señora que te hace la limpieza, con Magdalena, y considero que puede ser una testigo trascendental, porque a la mañana siguiente a tu detención se presentó en tu casa, como de costumbre. No pudo entrar en el chalé, pero sí en el jardín, y se fijó en el macizo de las margaritas. Lo habían plantado cuando estabas aún en el calabozo, lo que significa que fue otra persona, posiblemente tu jardinero, la que enterró a Ada bajo esas flores después de estrangularla.

—¿Ahmed? —inquirió sobresaltado—. No lo creo. ¿Por qué habría de haberla matado él? Era un buen hombre y creo que apreciaba a Ada.

—¿Y qué otra opción se te ocurre? —protestó, diciéndose que, aunque no cupiera duda de que era un buen escritor, no le sobraba perspicacia, ya que ni siquiera había advertido que la relación que les unía no era precisamente la de dos desconocidos.

—Pues... no lo sé— admitió dubitativamente ante la nueva perspectiva que ella le ofrecía—. Ada despertaba pasiones de muy distinta naturaleza y podría haber sido cualquiera de las personas que le tenían ojeriza. Alba, por ejemplo, la odiaba.

—¿Tu exmujer?

Asintió aturdido, peinándose hacia atrás el oscuro cabello con los dedos.

—Sí. También la tenía entre ceja y ceja Magdalena y probablemente mucha más gente, porque a veces oía yo como la increpaban los que la llamaban al móvil. Puede que se hubiera creado algún enemigo entre los actores del teatro en el que trabajaba, o puede que le hubiera quitado el novio a su amiga, a la acomodadora.

—Ninguno de ellos tenía llave del jardín— puntualizó Noelia.

—No, pero si Ada regresó a mi casa mientras estuve detenido y le abrió Ahmed, pudo ser ella la que le facilitara el paso a continuación a esa otra persona. Y en cualquier caso, ¿qué más da? —consideró animándose ostensiblemente ante la posible existencia de un culpable que le exonerara a él de responsabilidad penal y le sustituyera en el banquillo. Pasó a envolverla ahora en una mirada de gratitud. Tenía incluso los ojos húmedos, cuando murmuró con voz cálida—: Lo importante es que me acabas de dar una esperanza. Ya una vez me sacaste del atolladero en el que me encontraba y por eso te llamé a raíz de que desapareciera Ada y que me detuvieran. Sabía que podía confiar en ti. Estaba seguro de que te desvivirías por demostrar mi inocencia y yo... —se le quebró la voz y articuló dificultosamente—: yo nunca podré agradecértelo bastante.

Evitaba ella siempre que estaba en su mano las explosiones emocionales de sus clientes,

porque le hacían sentirse incómoda, por lo que también en esa ocasión se rebulló inquieta, extrajo un pañuelo de su bolso y se sonó, para acodarse finalmente en la repisa que soportaba el interfono y pasar a interesarse por otros asuntos más prosaicos, pero no menos importantes. Le preguntó si necesitaba que le llevara alguna cosa que fuera compatible con su reclusión, a lo que él contestó afirmativamente:

—Sí, te agradecería que me trajeras mi ordenador. Se me hace el día eterno paseando por el patio y quizás me permitan quedarme unas horas en mi celda escribiendo. Para terminar la novela me faltaban los últimos capítulos y mi editor se estaba impacientando.

Le resultó curioso a Noelia que en la situación en la que se hallaba pudiera preocuparse por ese tema y por lo que pudiera opinar el aludido, pero se limitó a asentir.

—Lo preguntaré— le dijo. Luego pasó a comentarle un asunto que consideraba mucho más crucial.

—Oye, en el recurso que he interpuesto contra el Auto de prisión que dictó el juez, he pedido que te dejen en libertad provisional y, subsidiariamente bajo fianza hasta que se celebre el juicio, y necesito saber, en el caso de que te la conceda, a quien puedo dirigirme para que te adelante el dinero mientras estás en la cárcel, porque obviamente no puedes retirar desde aquí la suma que te fije.

—Llama a Alba— repuso él sin vacilar—. Mantenemos una buena relación y su situación económica es muy desahogada. Haría cualquier cosa por mí y sabe que puede confiar en que le devolveré hasta el último céntimo en cuanto vuelva a mi casa. ¿Crees que el juez admitirá lo que le pides?

No se decidió Noelia a darle una respuesta concluyente y replicó:

—Dependerá. El homicidio, que es posible que eleven a la categoría de asesinato, es un delito grave, pero, aunque lo es, sé de muchos casos en los que el inculpado ha permanecido en la calle con medidas cautelares hasta la celebración de la Vista. Esperemos que el tuyo sea uno más.

—Pues apunta sus datos. Te voy a dar su dirección y su teléfono.

Los anotó Noelia en su móvil y poco después, y aunque trató de retenerla, se despidió de él y salió a la explanada en la que había estacionado su coche. Lucía un sol espléndido y la recorrió con la cabeza baja, preguntándose quién podría haber odiado a Ada hasta el extremo de haberla estrangulado durante el lapso de las setenta y dos horas en las que Esteban había permanecido en la comisaría. El más probable, sin duda, era el jardinero y quizás le estuviera investigando Peláez, aunque no lo creía, porque estaba convencido de que el autor de ese delito había sido Esteban en un arranque de furor y por esa razón no creía necesario realizar más pesquisas.

Cuando entró en la oficina salió a recibirla Flor, que se llevó un dedo a los labios señalándole la puerta de la sala de espera.

—Tienes una visita espontánea— le susurró al oído.

—¿Quién?

—Una rubia despampanante, con la cabeza llena de rizos. Parece una actriz de cine, pero el nombre que me ha dado no me suena.

—¿No?, ¿cómo se llama?

—Alba Molina, ¿te suena a tí?

—Sí, es la exmujer de Esteban. Pásamela dentro de un par de minutos, el tiempo justo para sentarme detrás de mi mesa.

—Y de poner cara de lista ¿no? — se chanceó la secretaria.

—No— replicó siguiéndole la broma—. Esa cara es la mía desde mi nacimiento. No seas gansa y mira el reloj. Necesito un par de minutos.

Invirtió ese lapso de tiempo en correr por el pasillo hasta su despacho, dejarse caer en la butaca y recuperar el ritmo normal de su respiración y, un segundo más tarde, oyó los golpecitos que Flor propinaba a la puerta del despacho. Seguidamente la abrió y una mujer de unos treinta y pico de años entró con paso decidido y con la mano extendida para que se la estrechara Noelia. Aguardó ésta a que se aproximara lo suficiente para hacerlo y luego tomó asiento la otra enfrente de ella y cruzó las piernas. Vestía un traje de chaqueta de color verde musgo, que hacía juego con el de sus ojos, rasgados, y de un verde más claro. Su melena, rubio platino, rizada y con una profunda onda sobre la frente, le resbalaba hasta los hombros aureolando un semblante sumamente atractivo. Su aspecto respondía efectivamente al de una actriz de cine y también su desenvoltura.

—He venido a verla en cuanto me he enterado— le dijo sin esperar a que Noelia le preguntara cuál era el motivo de su visita—. Sé que es la abogada de Esteban y quiero ayudarle en lo que pueda y que me cite como testigo, si eso le sirve de algo a él.

Aunque ya sabía quién era, creyó oportuno Noelia preguntárselo, a lo que la recién llegada repuso en el acto:

—Me llamo Alba Molina y estuve casada con Esteban. Aunque éramos un matrimonio bien avenido, se empeñó en que nos divorciáramos. Supongo que sabrá usted por la experiencia que habrá obtenido en este despacho, que los escritores son personas fundamentalmente inestables, que se deprimen con facilidad en cuanto se atascan escribiendo o en cuanto llegan a la conclusión de que lo que han trasladado al papel no merece un aprobado.

No estaba ni mucho menos segura Noelia de que la generalidad mereciese ese diagnóstico, pero no se lo quiso discutir. En su lugar y para que entendiera que la historia matrimonial de ambos no venía al caso, replicó impasible:

—¿Y?

—Pues que fue ese el motivo. Esteban atravesó una crisis de inspiración, según me dijo. No se le ocurría nada, y creyó que era yo la causa. El caso es que se le metió entre ceja y ceja que debíamos divorciarnos y, aunque hice lo imposible por impedirlo, en este país basta con que lo quiera uno para que el juez dicte sentencia a su favor y declare extinto el matrimonio.

—Bueno, sí— admitió Noelia—. No se requiere el consentimiento de los dos, como en otros.

—Le cuento esto para que entienda mejor lo que vengo a referirle. No me lo ha reconocido Esteban abiertamente, pero se arrepintió enseguida del paso que había dado y por esa razón empezamos a salir de nuevo después.

—¿Después del divorcio?

—Sí. Todo iba perfectamente hasta que se le ocurrió ir al teatro con su editor, que también es amigo suyo, y conoció a esa loca. Me refiero a la difunta.

—¿Quiere decir a la víctima? — puntualizó suavemente Noelia.

—Bueno... sí, a la víctima. Era una mujer ordinaria y maleducada, que, después de una noche de juerga, se convenció a sí misma de que había encontrado a un tonto ideal para marido y se aposentó en su casa. En ciertos aspectos Esteban es muy blando. Solo pide que le dejen tranquilo e imagino que no se sintió capaz de echarla, que es lo que debería de haber hecho, aunque fue lo que le aconsejé.

—¿Y qué pasó?

—Que las cosas se complicaron y después no se atrevió. Ella le había denunciado varias

veces por maltrato y, en cada ocasión en la que él le pedía que se fuera, le amenazaba con hundirle.

—¿Cómo?

—No le aclaraba cómo. Solo le decía que era mala enemiga y sabía cómo conseguir que acabara en la cárcel para el resto de sus días. Le cuento esto, porque creo que todo lo ha planeado ella para perjudicarlo.

—¿Cómo? — repitió Noelia—. Esa chica ha muerto de forma violenta y ha sido enterrada en el jardín de él. ¿Piensa acaso que va a regresar del otro mundo para hacerle una jugada?

Su tono irónico impactó a la otra, que tardó en reaccionar.

—No sé cómo— reconoció—. ¿Pero cómo puede estar usted segura de que el cuerpo que han encontrado en el jardín es el de ella? Por lo que he leído en los periódicos y he visto en la televisión no han sometido el cadáver a la prueba del ADN, porque no tiene ningún pariente próximo en España ni tampoco han comprobado que las huellas dactilares sean las suyas, porque no llevaba encima documentación ni la han encontrado después.

—Reconoció el cadáver su mejor amiga y también Esteban— le recordó Noelia.

—Pero por su ropa y por los abalorios que llevaba encima— le hizo notar Alba— Esa mujer era un peligro, capaz de cualquier cosa. Tiene usted que demostrar que lo ocurrido obedece a un ardid que ha urdido ella para hacerle pagar con la cárcel por haberla echado de su casa.

Se la quedó mirando Noelia inexpresivamente.

—¿Y cómo quiere que lo demuestre? La identificación del cadáver se ha efectuado con todos los medios de que se disponía, ya que, como ha dicho, esa mujer no tenía familia, al menos no en nuestro país, ni se ha encontrado su pasaporte. No sé si lo sabe usted, pero hay miles de personas que desaparecen todos los años y que son encontradas por la policía que nunca llegan a ser identificadas.

—¿De veras? — se sorprendió la rubia.

—Sí, individuos que nadie reclama, porque no tienen parientes o porque el estado de sus cuerpos no lo permite. Eso además incumbe a la policía, no a mí.

—Pero yo quería advertirla para que tome las medidas que estén en su mano— insistió tozudamente Alba—. Ada reaparecerá cuando Esteban haya sido condenado a cadena perpetua e irá a visitarle a la cárcel con una peluca pelirroja y gafas oscuras para no ser reconocida. La prevengo.

—No se condena a nadie a cadena perpetua por haber cometido un delito de homicidio— la rebatió hoscamente Noelia—. La pena máxima es de quince años.

—¿Y si el fiscal probara que había sido asesinada?

—En ese caso podrían caerle hasta veinte años.

—¿Y le parecen a usted pocos? — se enfadó la rubia.

—No me parecen pocos, pero lo que ha venido a decirme no se sostiene, porque no me ha aportado la menor prueba de que haya podido suceder así. No es tan fácil conseguir el cadáver de una persona anónima para enterrarla en el jardín de la persona a la que se pretende inculpar y más difícil aún que se parezca a la chica a la que se quiere hacer pasar por la muerta.

—Esa mujer era capaz de cualquier cosa— replicó Alba accionando exageradamente.

Se la quedó mirando Noelia con recelo, preguntándose si su visitante no estaría tratando de confundirla, refiriéndole un cuento para desviar las sospechas de sí misma. Era alta y de complexión fuerte, por lo que podía haber sido la que la estrangulara y la que excavara el hoyo si

Ahmed le había abierto la puerta del jardín y se había quedado dentro de éste cuando él se marchó.

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted a Ada? — le preguntó con aparente indiferencia.

Parpadeó Alba como si estuviera intentando precisar la fecha y no acabara de conseguirlo.

—Pues... fue un lunes y me la encontré en la casa, aunque Esteban no estaba. Me insultó, me llamó de todo a gritos y nos enzarzamos en una pelea que recuerdo con horror. Nos tiramos del pelo, nos dimos de guantazos y finalmente me sacó a empujones a la calle. Llamé luego a Esteban para quejarme de lo sucedido, pero no me hizo mucho caso. También estaba él harto de esa mujer, pero no sabía cómo quitársela de encima. Y para colmo, confiaba en el jardinero que le había recomendado ella, que también debía de ser de armas tomar. Ese complot del cadáver enterrado bajo las flores lo han debido organizar entre los dos.

—¿Entre el jardinero y Ada?

—Sí. Aunque Esteban estaba en babia, yo sí noté que el jardinero se tomaba demasiadas confianzas con ella. Doy por hecho que el policía que lleva el caso recibió una denuncia anónima de una mujer diciéndole que investigara lo que había debajo del macizo, ¿Cómo si no se le iba a ocurrir?

Sabía Noelia que había sido Delia y que se lo había comentado a Peláez en el curso de una conversación e inadvertidamente, pero se limitó a hacer un gesto vago. Sí la informó sobre el recurso que había interpuesto y de su posible estimación, previo depósito de una fianza, y Alba se mostró conforme en adelantarle el dinero.

—Desde luego— se apresuró a confirmarle—. Cuente conmigo para proporcionarle la suma que fije el juez. Tengo mucho dinero invertido en valores mobiliarios, que puedo realizar en cuanto usted me diga. Y, en su caso, cuente también conmigo como testigo.

Como no parecía dispuesta a irse, se levantó Noelia de la butaca y le tendió la mano como advertencia de que debía hacerlo, lo que la otra entendió y se despidió, no sin antes recomendarle que la mantuviera informada de todo lo que atañera a Esteban. Cuando al fin se marchó, salió ella al pasillo y se dirigió al despacho de Miriam, que estaba sola y que levantó la mirada de los papeles que tenía encima de la mesa para sonreírle.

—¿Cómo te ha ido en la cárcel? — le preguntó.

—Bien. Esteban estaba como suelen estar los presos, decaído y mal afeitado. Pero venía a comentarte que ha venido a verme su exmujer y que me ha sugerido una hipótesis de lo más curiosa. ¿Crees posible que haya sido Ada la que haya organizado su entierro para vengarse de Esteban?

El rayo de sol que penetraba por las ventana arrancó reflejos dorados de la melena de Miriam, que parpadeó perpleja y la observó boquiabierta.

—¿Me estás preguntando si sería posible que se hubiera enterrado a sí misma?

—No, claro que no. Lo que esa mujer ha sugerido es que Ada ha fingido su muerte y para vengarse de él ha enterrado el cadáver de otra chica en el jardín de él, con su ropa y sus joyas de bisutería para que la confundieran con ella. ¿Lo crees posible?

Se la quedó mirando la otra con sus ojos azules muy abiertos.

—Pues no sé qué decirte, lo considero muy difícil, a no ser que llamara a continuación a la policía para denunciar el lugar en el que había sido ocultado el cuerpo. ¿Llamó a la policía?

—No, fue Delia la que le habló del macizo a Peláez.

—¿Y está fuera de toda sospecha?

Se lo preguntó a sí misma Noelia y se apresuró a afirmarlo.

—Sí, bueno, creo que sí— rectificó dudosa con un gesto de absoluta incompreensión—. Aunque ya no estoy segura de nada.

El procurador les notificó la resolución del recurso unos días más tarde, en el que efectivamente decretaba la libertad provisional de Esteban bajo fianza y Noelia llamó a Alba para comunicárselo y para quedar con ella e ir juntas a depositar el dinero. Se ofreció la otra en ir a recoger a Esteban a la cárcel esa misma tarde y, cuando se despidieron, volvió Noelia al despacho, optimista y satisfecha de sí misma, diciéndose que podía relegar de su mente el caso del escritor para más adelante, porque aún transcurrirían como mínimo varios meses antes de que la Audiencia Provincial señalara fecha para el juicio. Debería ocuparse ahora de terminar el borrador de la escritura que unos clientes debían firmar unas horas después en una notaría.

Capítulo 24

Esa misma tarde estaba Delia trabajando en el despacho de su casa y de vez en cuando desviaba la mirada del ordenador para fijarla en el jardín de él. Había crecido considerablemente el césped y, con las persianas bajadas, el edificio parecía abandonado. Del macizo de margaritas solo quedaba el hoyo y un montículo de tierra junto a éste, lo que la impulsó a dejar escapar un hondo suspiro. Le imaginó en la cárcel añorando su vida anterior, cuando era libre y podía pasar el día entero escribiendo, y experimentó una aguda nostalgia.

Se preguntaba cómo llevaría él su reclusión, cuando escuchó el sonido del motor de un automóvil que bajaba la cuesta de la calle. En esos días de finales de mayo, en los que la temperatura era cálida y entraba a raudales el sol por la ventana, la abrió en cuanto se acomodaba tras su mesa y ponía en marcha el ordenador. De los chalés vecinos le llegaba el olor a flores, pero eran raros los coches que circulaban por un barrio adormecido a esas horas de la siesta y rompían el silencio que allí se respiraba. El automóvil era rojo y se detuvo ante la puerta del jardín de enfrente, por lo que estiró el cuello para averiguar quién era el conductor. Instantes más tarde se bajó de él la rubia que ya había visto en otras ocasiones, la que sabía que había estado casada con Esteban, y por la otra portezuela, salió él.

Se le quedó mirando sin querer creer lo que veía. Había adelgazado, pero era evidente que el juez le había dejado en libertad. Estaba sacando una voluminosa bolsa del maletero y a continuación abrió la puertecilla de la verja y, seguido de la rubia, entró en el jardín. Lo atravesaron deprisa en aparente camaradería y los perdió de vista dentro de la casa, aunque sí advirtió que subían la persiana de la ventana del vestíbulo y luego las otras que daban a la fachada, entre las que se contaba la de su despacho.

Pensativa permaneció inmóvil en su observatorio, diciéndose que quizás salieran en breve al jardín y pudiera así constatar qué relación mantenían los dos en el presente. Debía de haber ido la rubia a recogerle a la cárcel, quizás porque, aunque se habían divorciado tiempo atrás, les seguía uniendo una buena amistad. Le hubiera dolido que hubiera algo más íntimo entre ellos. Aún conservaba esperanzas de que reparara nuevamente él en la tonta chica que llevaba años observándole desde la ventana del altillo del chalé de enfrente y repitiera la invitación que le había hecho y que la intromisión de la policía había frustrado. Nadie se había ocupado de tapar el hoyo que habían excavado esa tarde ni de alisar el terreno, por lo que permanecía aún en el césped, con un montón de tierra a su lado.

Se lo quedó mirando con el ceño fruncido y de improviso algo le vino de golpe a la memoria, pero confuso y desordenado. Apoyó la cabeza entre las manos y luchó por hilar en su mente aquellos retazos olvidados que fueron agolpándose en su mente y que guardaban relación con aquel hoyo. Como en sueños fue rememorando la sensación de frío que experimentó, producida por una ráfaga de viento que aventaba las sábanas de la cama en la que estaba acostada y que la indujo a levantarse para averiguar su procedencia. Se vio luego a sí misma subiendo la escalera que llevaba a su despacho y como se acercó a la ventana para cerrarla. ¿Qué había visto en el jardín vecino?

Sintió como si una bombilla se encendiera en su cerebro cuando lo visualizó, aunque aún borroso. Un mustio rayito de luz rasgaba la oscuridad de la noche. Difusos jirones de niebla fueron deshaciéndose en su cabeza para ir perfilando una silueta oscura. No había salido aún la

luna, pero había visto que se inclinaba sobre la tierra una y otra vez con algo que portaba en las manos, ¿pero qué era?

Aunque impreciso, fue poco a poco adquiriendo forma. Era una pala. Estaba arrancando el césped, ahondando con ésta en el terreno para formar una cavidad en la que introducir un fardo. Trabajaba a la luz de una linterna y ese hombre... Le había visto a menudo empujando un carrito con el que segaba la hierba, a la par que se expandía por el aire ese olor que tanto le gustaba. Pero cortaba el césped siempre de día, cuando brillaba el sol en lo más alto, mientras Esteban estaba en el cuarto que utilizaba como despacho, escribiendo en el ordenador.

¿Y dónde estaba él esa noche y por qué el jardinero se hallaba a esas horas cavando en el jardín?, se preguntó. Como en un intrincado rompecabezas, los sucesos se fueron ubicando en su cerebro hasta que se hicieron plenamente inteligibles. Esteban no estaba. La policía le había detenido el día anterior y ese incidente había tenido lugar esa misma noche. Pero entonces...

Sintió una euforia indescriptible. Tenía que llamar a Noelia. Tenía que decirle que había recuperado ese recuerdo, que Esteban era inocente de la muerte de esa chica y que ella lo atestiguaría así en el juicio, cuando se celebrara éste. Que había sido el jardinero aprovechando su ausencia, por lo que obviamente había puesto después pies en polvorosa. Con unos dedos inquietos marcó el número del despacho de ella. Ya se lo sabía de memoria, y al cabo de unos segundos oyó la voz de la secretaria, que le dijo que la abogada no estaba y que probablemente no regresaría al despacho hasta la mañana siguiente.

—Pero es que es muy urgente— insistió.

No le pareció que a su interlocutora le impresionara su advertencia, porque su voz denotó que estaba harto acostumbrada a que los clientes llamaran apremiándola, como si les fuera la vida en ello.

—¿La han detenido a usted? — le preguntó.

—No, no. Lo que quiero decirle es que he recordado lo que pasó y que Esteban es inocente.

—¿Se refiere al escritor?

—Sí, sí, vi quién lo hizo. Soy Delia Fernández.

Tampoco ahora le pareció que a la secretaria le impactara saberlo, porque repuso pausadamente y con voz neutra:

—Se lo diré a doña Noelia en cuanto venga mañana, porque no hay señalamiento para el juicio de ese cliente ni es previsible que lo haya antes de que transcurran varios meses. No se preocupe, que se lo diré.

Le colgó después de despedirse y Delia se quedó con el auricular en la mano y una sensación de impotencia absoluta, preguntándose cómo podría ser la otra tan obtusa. Le pareció imposible que no fuera capaz de calibrar la importancia de lo que acababa de descubrir, pero, cuando lo depositó en su horquilla, oyó instantáneamente el sonido de una llamada y se apresuró a descolgarlo, segura de que era la secretaria, que había tardado en comprender la trascendencia de lo que acababa de comunicarle y trataba ahora de remediar su error.

—¿Sí? — murmuró en tono displicente.

Pero no era la interlocutora que esperaba. Era Marcos y su voz sonaba alegre cuando le preguntó:

—Delia, ¿te cojo bien?

Aunque le decepcionó que no fuera la secretaria, le alegró oírle.

—Marcos, tengo que decirte que acabo de hacer un descubrimiento sensacional.

—Estupendo. ¿Por qué no me lo cuentas mientras tomamos una copa?

La descolocó lo que le proponía y que no manifestara un excesivo interés por saberlo, siendo como era tan importante para ella, porque desde que era poco más que una chiquilla había sido Esteban el eje de su vida y estaba ahora en su mano lograr que le absolvieran. Tal vez entonces se diera cuenta de que existía y valorara a la vecina que llevaba años espiándole, pero en la que ni tan siquiera se fijaba cuando coincidían en el contenedor con las bolsas de la basura. También recordó en ese instante las numerosas ocasiones en que las que se había hecho la enconradiza con él y en las que le había alabado sus novelas, aunque le habían parecido sumamente amargas.

La risa de Marcos la devolvió al presente y replicó:

—¿Una copa?

—Sí, ¿no sabes lo que es una copa? Puede ser también un refresco y hasta un vaso de leche y nos podemos reunir en tu casa o en la mía, ¿cuál prefieres?

Le costó trabajo a Delia bajar de la ensoñadora nube a la que había ascendido y entenderle, por lo que repuso muy digna:

—Sé perfectamente lo que es una copa, ¿o es que crees que soy tonta? Lo que ocurre es que todavía no son las siete y yo trabajo hasta esa hora. Y tú también.

—Sí, pero por una vez podemos hacer novillos— replicó con absoluta desfachatez— Ayer me quedé hasta las tantas y como hice un montón de horas extraordinarias, hoy puedo tomarme la tarde libre.

—Tú sí, pero yo no— protestó indignada.

—Bueno, bueno, no hace falta que te enfurezcas, como la última vez que nos vimos— le recomendó guasón—. Estoy llegando a la conclusión de que tienes muy mal carácter. Esperaré entonces hasta las siete y un minuto y a esa hora llamaré al timbre de la puerta del jardín. Espero que me abras.

Cortó la comunicación y Delia volvió a mirar con las cejas enarcadas el auricular que tenía en la mano, preguntándose cómo podría ser tan ganso y cómo no captaría lo feliz que se sentía y lo deseosa que estaba de comunicarle a alguien que Esteban podría ser declarado inocente gracias a lo que ella testificara. Probablemente, porque a él no le importaba tanto como a ella lo que pudiera sucederle, pensó. Había aludido Marcos a la última vez en que se habían visto los dos y a que en esa ocasión se habían peleado, lo que no era de extrañar. Habría manifestado él que Esteban le tenía sin cuidado y ella habría reaccionado en consonancia. Desde entonces no la había llamado ni había hecho intención de hacer las paces y notaba ahora que le había echado de menos.

Pero debería arreglarse un poco, se dijo, Estaba despeinada, llevaba un pantalón viejo y una blusa más vieja todavía y debería haber tirado tiempo atrás las zapatillas que calzaba. Decidió cambiarse y cuando faltaban cinco minutos para las siete cerró el ordenador y bajó a su dormitorio, donde tuvo el tiempo justo de ponerse otro pantalón vaquero, una blusa rosa y una sandalia, porque sonó el timbre del jardín antes de que hubiera podido abrocharse la otra. Con esa sandalia en la mano bajó la escalera saltando los peldaños de dos en dos, echó a correr hacia la cocina y le abrió desde allí la puertecilla del jardín con el mando. Luego se puso la sandalia y se encaminó también corriendo hacia el vestíbulo para esperarle en el porche. Venía Marcos caminando sin prisas por el sendero que desde la valla conducía hasta el edificio, en vaqueros, y con una camiseta blanca de manga corta y le sonrió cuando llegó a su lado.

—Hola, no dirás que no he sido puntual. Y muy considerado además. Te he dejado trabajar, porque sé que es lo que más te gusta. ¿A que es lo que más te gusta?

No le contestó, porque lo que estaba deseando era referirle lo que había recordado, por lo

que le indicó que la siguiera hasta la terraza y que tomara asiento frente a ella en derredor de la mesa blanca de jardín, donde ya había brotado el césped. La obedeció él y se la quedó mirando con aire interrogante.

—Soy todo oídos— le dijo con un cómico gesto—. Desembucha.

—Es que se me ha encendido de improviso una lucecita en el cerebro— empezó, atropellándose al hablar—. No sé si recuerdas que la policía encontró el cadáver de la chica que vivía con Esteban enterrada en su jardín.

—Sí, claro que me acuerdo— repuso repentinamente serio—. Leo los periódicos y veo los informativos de la televisión.

—Sabes que estaba yo con él esa tarde, porque me había invitado— siguió diciéndole Delia—. Se lo llevaron detenido y ha vuelto a su casa hace un rato, de lo que se deduce que el juez le ha dejado en libertad provisional hasta que se celebre el juicio.

—Sí, ¿y qué?

—Que aún está el hoyo que excavaron en el jardín y junto a éste el cerro de tierra que extrajeron. Me he quedado mirándolos y de pronto me ha venido a la memoria que le vi cavando a él, al jardinero. Era de noche y se iluminaba con una linterna, pero le distinguí con toda claridad. Además a Esteban le habían detenido esa misma tarde y pasó esa noche en el calabozo, por lo que es evidente que no pudo matarla él.

—¿Qué es lo que viste? — le preguntó Marcos.

—Ya te lo he dicho, al jardinero arrancando el césped con una pala enorme y con lo que creí que era un fardo, a su lado, sobre el terreno. Por alguna razón que desconozco estaba en el jardín esa noche, unas horas más tarde de que se llevaran a Esteban.

—¿Y qué estaba haciendo el jardinero?

—Enterrando a esa chica. Tenía llave del jardín. Probablemente le habrían llamado del centro de jardinería para avisarle de que iban a llevarle los materiales del macizo y volvería al chalé para abrirles la puerta. Supongo que fue entonces, cuando Ada regresó. No sé a dónde se fue, cuando Esteban la echó de la casa, pero imagino que volvería después con la intención de hacer las paces con él o a recoger sus cosas y en lugar de encontrar allí a Esteban, fue a Ahmed al que halló en el jardín.

—Es posible, sí. La tarde en la que los vi a los dos en el supermercado la trataba él como si fuera de su propiedad y se notaba que ella le tenía miedo.

En contra de lo que esperaba Delia, no le pareció que le hubiera alegrado la noticia. Había desviado la mirada hacia el seto que bordeaba la parcela como si pretendiera ver lo que sucedía en el chalé de enfrente. Le dijo después con el ceño fruncido:

—Bueno, sí, supongamos que fue así. ¿Te habías quedado esa noche a trabajar hasta las tantas en tu despacho o es que la ventana de tu cuarto da a la calle y se domina también desde allí el jardín vecino?

Parpadeó confusa, intentando hilar los datos que aún le faltaban. Podía evocar el vacío que sintió al distinguir las persianas bajadas de la casa de él después de que se lo llevara la policía y... sí, ahora recordaba que se había acostado ya, pero que se había levantado después de dar mil vueltas en la cama y había subido a su despacho en camisón para cerrar la ventana.

—No, subí a mi despacho porque me di cuenta de que había dejado la ventana abierta y le eché una última ojeada al chalé de enfrente. Me extrañó, pero no le di demasiada importancia y no pude contárselo a nadie, porque fue a la mañana siguiente cuando me atropellaste. Creo que me dirigía a la farmacia y que no me viste cuando cruzaba la calle por el paso de peatones.

—Con el semáforo en rojo— le recordó él.

—Bueno, sí, puede que sí— admitió displicentemente, sin ganas de discutir—. Pero eso no hace al caso ahora. Lo importante es lo decisivo que será mi testimonio. He llamado a la abogada, pero no estaba y la secretaria no me ha escuchado cuando he pretendido explicárselo. La verdad es que escucharme, sí me ha escuchado— se corrigió—, pero no le ha dado la trascendencia que tiene. ¿No te parece fenomenal lo que he descubierto?

—Fenomenal— corroboró con voz fúnebre.

—Pues no parece que te alegre.

Se apresuró Marcos a cambiar de expresión.

—Claro que me alegro, sobre todo por ti. ¿Cuándo vas a ir a ver a la abogada?

—En cuanto pueda recibirme. Mañana mismo, si le es posible. Espero que me llame la secretaria para citarme en cuanto le cuente a Noelia lo que le he dicho.

Capítulo 25

Efectivamente recibió una llamada del despacho de la abogada a la mañana siguiente, pero no de la secretaria, sino de la propia Noelia, que se alegró lo indecible cuando Delia le comunicó la noticia y la citó esa misma tarde a las siete y media para comentarla detalladamente. Flor estaba presente mientras Noelia hablaba con ella por teléfono y cuando colgó el aparato la riñó.

—A las siete y media tienes que salir de esta oficina para marcharte a tu casa— refunfuñó—. Quedamos en que dedicarías ese tiempo a tu hija, pero incumples el propósito que hiciste en cuanto me descuido.

Se la quedó mirando Noelia sin pestañear con la evidente expresión de estar siendo regañada injustamente.

—Es que es muy importante lo que Delia Fernández me acaba de decir, ¿no lo entiendes? — replicó tratando de justificarse— Necesitaba un testigo presencial y va a ser ella la que le proporcione a Esteban la coartada que necesitaba, lo que será determinante para que le absuelvan.

—Ya — rezongó Flor—. Sé que conciliar la vida profesional y la familiar es difícil, pero hicimos un pacto.

—Vale, vale— la atajó ella de buen humor—. No le permitiré a Delia que me entretenga mucho. Lo imprescindible para que me puntualice lo que vio y para referirle lo que me comunicó ayer Peláez. Me llamó al móvil para decirme que necesitaba hablar conmigo y pasé por la comisaría después de salir de la notaría.

—¿Y qué te dijo?

—No estaba seguro de que guardase relación con el caso de Esteban, pero tenía la mosca detrás de la oreja. Al parecer han encontrado unos montañeros el cadáver de un hombre en el fondo de un barranco, en la sierra de la Pedriza. Lo han llevado al Instituto de Medicina Legal y Forense para practicarle la autopsia e intentar identificarle y se pregunta...

—¿Qué es lo que se pregunta? — insistió Flor impaciente.

—El cuerpo estaba en muy mal estado al cabo de tantos días y no será fácil reconocerle, porque además no llevaba encima documentación, pero sí una tarjeta de una pequeña empresa familiar de Parla, que vende tiestos y subcontrata encargos de jardinería. Han entrevistado a su dueño, y éste ha confirmado que hará cosa de un mes les encargó un hombre, con aspecto de ser oriundo de un país africano, unas piedras de rocalla para bordear un macizo y un plantel de margaritas. Que pagó en efectivo ese material y el porte y lo llevaron a la calle del Álamo número 2, en el barrio de El Salvador.

—¿A la casa de Esteban Sotomayor?

—Sí, debe de tratarse del macizo que encargó Ada Rodríguez.

—Y ese hombre sería entonces el jardinero que trabajaba en casa de él— dedujo Flor mesándose su corto cabello.

—Probablemente. Me dijo Peláez que iba a llamar a esa chica que conoce Gabriel, y que es acomodadora, para que efectúe el reconocimiento del cadáver, ya que la nave en la que vivía Ahmed con otros inmigrantes está abandonada y no queda allí ninguno de los compatriotas con los que vivía y que podría realizar ese cometido. También a la señora de la limpieza de Esteban y puede que también a éste. A todos los que le conocieron, pero como comprenderás, las cosas se

están complicando.

—Se le están complicando al escritor, ¿no es eso?

Esbozó Noelia un gesto vago y luego se acodó en su mesa sujetándose el rostro entre las manos.

—No lo sé aún, dependerá. De momento, el testimonio de Delia exoneraría a Esteban del delito de homicidio o de asesinato de Ada, por lo que es primordial que hable con ella esta tarde, aunque a ti te parezca que desatiendo mis obligaciones familiares. En cuanto a la muerte del jardinero... Ojalá haya sido accidental. No sé nada de ese hombre ni si tenía amigos o conocidos en La Pedriza a los que pudiera haber ido a visitar, por lo que tendré que preguntárselo a la señora que le hace las faenas domésticas a Esteban y a la acomodadora del teatro. Puede que el jardinero les hubiera comentado algo sobre ese particular. Lo extraño es que no ha encontrado la policía ningún vehículo por las inmediaciones del lugar en el que se despeñó, en el que pudiera haber ido a esa zona de la sierra, que pilla bastante alejada de la parada del autobús de línea.

—¿Y sospechan que ha podido ser el escritor el que se lo ha cargado?

—No sé lo que sospecha Peláez— replicó mohína—. Magdalena me dijo la otra tarde que Ahmed se comportaba como un perro fiel de Esteban, pero que en su opinión era un mal bicho que actuaba así porque le convenía, ya que el trabajo que realizaba en el chalé le permitía estar cerca de Ada. Imagino que la mató en un raptó de furor y que después la enterró en el jardín de su jefe para vengarse de él por haberle quitado a su chica. Ha sido una inmensa suerte que Delia le viera cavando esa noche.

Asintió Flor sopesando la importancia de lo que le estaba diciendo.

—Sí, supongo que sí y por esta vez transigiré en que salgas de esta oficina más tarde de lo que acordamos, pero olvídate de tomarlo por costumbre.

Le sonrió Noelia, porque en ocasiones Flor le recordaba a su madre. Le doblaba la edad y, pese a que desempeñaba en el bufete un puesto subalterno, los tres abogados la consideraban una compañera más, además de una amiga, e incluso se dejaban regañar por ella como en ese momento.

Esa tarde Delia le refirió detalladamente a Noelia lo que había visto aquella noche y cuando ésta le hizo saber lo que le había comunicado Peláez y que cabía la posibilidad de que el hombre que habían encontrado despeñado en La Pedriza fuera Ahmed, torció el gesto preocupada.

—¿Y cómo podría afectarle a Esteban que efectivamente fuera él su jardinero?

Tardó Noelia en responderle. Con el ceño fruncido e inconscientemente, se llevó un dedo al rizo que le resbalaba sobre la frente y se lo enrolló en él para girarlo después en ambos sentidos.

—Si el cuerpo de ese hombre no presentara signos de violencia, supongo que ese hecho no tendría demasiada trascendencia. Obviamente no podría pagar con la cárcel por el crimen que cometió, pero Esteban saldría igualmente absuelto, que es lo que a mí me interesa.

—Sí, claro, y a mí también ¿pero y si la autopsia detectara que su muerte no ha obedecido a un accidente?

Le dio Noelia dos vueltas más a su rizo, aunque su expresión permaneció impasible.

—En ese caso, la policía investigará quién ha podido ser el autor de su muerte y dónde estaba Esteban durante esos días, aunque no creo que el forense pueda determinar con exactitud la fecha en la que hombre se despeñó—. Aún con el dedo en su rizo, le preguntó a su interlocutora—: ¿Identificarías tú a Ahmed, si Peláez te citara para que efectuaras el reconocimiento de su cuerpo?

Se lo preguntó a sí misma Delia con la mirada perdida en un punto indeterminado que solo ella parecía ver y murmuró con vaguedad:

—No lo sé. Trabajaba siempre en el jardín con un sombrero de paja en la cabeza que le protegía del sol y que le velaba la cara y le veía además a bastante distancia. Recuerdo, eso sí, que era alto y muy delgado y más oscuro de piel que los europeos, pero esa tarjeta que llevaba en el bolsillo parece indicar con toda probabilidad que fuera él. Eso explicaría que nadie le haya vuelto a ver desde la tarde en la que la policía se llevó a Esteban detenido.

—Magdalena sí le vio— la contradijo Noelia—. Le encontró a la mañana siguiente en el jardín y le abrió la puerta a ella, aunque no pudo entrar en la casa, porque ninguno de los dos tenía llave. Me comentó que le extrañó ver el arriate en el jardín y que pensó que lo habría plantado Ahmed esa misma mañana. Lo que no sé es qué hacía allí a esas horas ni cómo entró en el jardín la tarde anterior, porque la policía precintaría la puerta del jardín.

—Puede que saltara la valla o que rompiera el precinto— replicó humorísticamente Delia —¿Magdalena es la señora que le hace las faenas domésticas a Esteban?

—Sí.

No le pareció a Noelia que su interlocutora tuviera ninguna prisa en marcharse. Se había arrellanado cómodamente en la butaca y daba la impresión de sentirse a gusto y de tener intención de seguir charlando con ella durante un buen rato, por lo que, temiendo una nueva regañina de Flor, consultó disimuladamente su reloj, lo que la otra captó en el acto y se puso en pie en el acto.

—Me marchó ya. Llámame en cuanto sepas algo nuevo. Sabes que me importa lo que le pueda pasar a Esteban.

Salió silenciosamente del despacho y Noelia se levantó también de su asiento y recogió su bolso. En la puerta tropezó con Gabriel que, como una tromba, venía a su encuentro.

—Me acaba de llamar Aurora— le dijo—. Ya sabes, la acomodadora del teatro Cervantes. Quiere que vaya con ella mañana a tratar de identificar a otro cadáver. La pobre está muy afectada.

—¿Por la muerte de ese hombre?

—No, por eso no, porque dice que era un indeseable y que el mundo no le echará de menos. Lo que le perturba es tener que volver al Instituto de Medicina Legal y vivir de nuevo un trance similar al de la otra vez, que, como te puedes imaginar, fue bastante desagradable. Le he dicho que no se preocupe, porque yo estaré con ella.

Se lo decía con una incipiente petulancia y evidentemente satisfecho de que esa chica confiara en él. Era obvio que se sentía importante, aunque también era posible que el brillo de sus ojos obedeciera a otros motivos de los que la casamentera de Miriam se congratularía en cuanto se enterara.

—¿Y tú? — le preguntó ella observándole indulgentemente, porque, pese a que tenía Gabriel veinticinco años, le veía como un chiquillo a medio crecer—. ¿Lo soportarás bien? He vivido esa experiencia en más de una ocasión y no es precisamente grata.

—No, no lo es— admitió con displicencia—. Pero a mí no me pidió nadie que me acercara a la camilla y le echara una ojeada al cadáver y no creo que lo hagan esta vez, porque no le conocí. Aurora, además de una joven muy agradable, es también muy entera. Pero dime— le pidió pasando a otro tema menos personal—. ¿Complica el hallazgo de ese cadáver el caso del escritor?

Lo consideró Noelia y terminó por encogerse de hombros.

—Creo que hubiera sido preferible que ese hombre apareciera vivito y coleando. Sería

preocupante además que si la autopsia determinara que su muerte fue violenta y que pudieran involucrarle a él en ese crimen, ahora que pueden absolverle del de la otra.

—¿Y qué motivos podría haber tenido Esteban para matar al jardinero? — objetó desdeñosamente Gabriel—. Por lo que me habéis comentado, aún en el caso de que él se enterara de que había sido el autor de la muerte de Ada, no creo que lo sintiera especialmente. Estaba harto de ella y, por lo que he leído sobre ese escritor, es un tipo muy pagado de sí mismo que aspira a que los demás no se inmiscuyan en su vida ni le molesten con sus problemas. ¿Le he descrito bien? — inquirió con sorna.

No acertó a saber Noelia si debería darle la razón. Rememoró la impresión que le produjo cuando le conoció años atrás. Derrochaba fatuidad, pero no tardó en darse cuenta de que era sólo una fachada que no resistía un análisis profundo y con la que trataba de ocultar su propia inseguridad. Con los años y el prestigio que había adquirido, se le había incrementado su autoestima y miraba a los demás por encima del hombro, pero en la cárcel, el día en el que le había visitado, había podido darse cuenta de que lo que sentía verdaderamente era miedo a que traspasaran los demás la barrera con la que se protegía. Y miedo también a su propia situación y a ser declarado culpable de la acusación de que había sido objeto.

—No, yo tampoco creo que sintiera la muerte de Ada, sino al contrario— admitió Noelia—. Más bien respiraría aliviado cuando se enteró, pero la policía puede sospechar otra cosa y complicarme mi trabajo. Y ahora me voy a mi casa, porque mi marido y mi hija me estarán esperando.

Estaban los aludidos recorriendo a gatas la sala de estar cuando llegó ella e interrumpieron la carrera que estaban realizando sobre la alfombra para recibirla. Se olvidó Noelia en el acto de Esteban y de la muerte del jardinero para unirse a la competición y luego cogió a la niña en brazos y se sentó con ella encima, permitiéndole que le tirara del pelo. María se enfadó con ella enseguida, porque no le dejó que se llevara a la boca el mechón que había enganchado entre sus dedos. Tenía un carácter muy parecido al de su madre y, después de emitir unos gruñidos sintiéndose incomprendida, se dejó resbalar muy digna hasta el suelo, donde la emprendió con un peluche, al que primero agitó en el aire, para después morderle una oreja.

—¿Cómo te ha ido? — le preguntó Alex, tras comprobar que la niña estaba momentáneamente entretenida y que eso les permitiría cambiar impresiones—. Has debido tener alguna visita intempestiva, porque has llegado más tarde que de costumbre.

Le refirió ella la visita de Delia y la coartada que le iba a proporcionar a Esteban, así como el hallazgo del cuerpo del jardinero en el fondo de un barranco y le preguntó Alex:

—¿Y qué piensas? ¿Crees que ha podido matarle el escritor?

Meneó ella pausada y negativamente la cabeza.

—No, ¿por qué habría de haberlo hecho?, pero hay algo que no entiendo y que me preocupa. No tengo motivos para suponerlo, pero no puedo olvidarme de la amenaza que le hizo Ada a Esteban. Le dijo que conseguiría que acabara en la cárcel y que pasara allí el resto de sus días y me pregunto si su muerte y la del jardinero no serán obra de ella.

Se echó a reír Alex con ganas.

— Me parece que trabajas demasiado y que por esa razón ves visiones. Podría haberse suicidado esa chica para vengarse del escritor, aunque me parece demasiado drástico, pero lo que es imposible es que se enterrara ella misma debajo del macizo.

—Ya lo sé— protestó—. ¿Pero y si la muchacha que exhumaron no fuera ella y lo hubiera simulado Ada con la complicidad del jardinero para inculpar a Esteban? ¿Y si después se ha cargado a Ahmed para que no cante?

Se la quedó mirando él con guasa.

—¿Y de dónde sacó el cadáver que desenterraron? Los hay en la facultad de medicina y en los cementerios, pero no es tan fácil conseguir uno sin que trascienda y lo investigue la policía. ¿Se te ha olvidado además que la identificaron al menos tres personas, incluyendo al escritor?

Se quedó ella con el ceño fruncido, sopesando las objeciones que acababa de formularle Alex.

—Ya sé que no tiene sentido lo que te he dicho, pero no me lo puedo quitar de la cabeza. Después de hablar con Delia esta mañana y de saber lo que ha recordado, creía tener bastante atada la defensa de Esteban, pero ahora no sé qué pensar. Temo que en el juicio surja algún imponderable con el que no haya contado y no me perdonaría que esa mujer se saliera con la suya.

La envolvió Alex en una mirada de ternura.

—Te calientas demasiado la cabeza. Ya te he dicho que no es fácil disponer de un cadáver anónimo para enterrarlo en un jardín ajeno. Aunque esa chica se hubiera confabulado con el jardinero para jugarle una mala pasada a tu defendido, dudo que hubiera encontrado uno que le sirviera para llevar a cabo sus fines, así que no le des más vueltas. Vamos a darle de cenar a María y después lo haremos nosotros. Tenemos por delante unas horitas de relax antes de irnos a dormir y no las vamos a desaprovechar imaginando absurdos.

—¿Estás seguro de que es absurdo lo que te he dicho? — insistió Noelia deseando que se lo asegurara. Alex tenía tanto sentido común, que sólo él conseguía convencerla de que sus temores, además de inverosímiles, eran absolutamente infundados.

—Claro que estoy seguro. Me parece que lo que necesitamos los dos, sobre todo tú, son unas vacaciones.

Capítulo 26

El dictamen del forense determinó que Ahmed había fallecido como consecuencia de haberse ido golpeando con las rocas con las que había tropezado en su caída hasta el fondo del abismo, pero que no presentaba signo alguno de haber sufrido otra clase de violencia ni de haber mantenido previamente una pelea con otra persona. Se lo comunicó a Gabriel el forense, cuando a la mañana siguiente se presentó éste con Aurora en la Instituto de Medicina Legal. En la puerta del edificio se encontraron con Magdalena que se alegró lo indecible de que las acompañara a las dos aquel joven abogado tan bien plantado. A Aurora no la conocía, pero también le satisfizo tener con quien compartir el mal rato que se avecinaba y al que, de haber podido, se habría negado a asistir. También les aguardaba Peláez y le siguieron por un largo y luminoso pasillo hasta la misma sala en la que días atrás habían identificado a Ada.

Las dos reconocieron a Ahmed sin género de dudas cuando se aproximaron juntas a la camilla y el enfermero levantó la sábana para dejar su cabeza al descubierto. Gabriel se mantuvo a una prudente distancia, pero aparentó una gran desenvoltura y estar harto acostumbrado a moverse en situaciones similares. Fue él el que habló con el médico y con el inspector y el que les indicó a ellas donde debían firmar, ante la mirada admirativa de las dos, lo que le esponjó. Pensó que debía demostrarle a Noelia que era la persona más idónea para sonsacar a las dos mujeres y aportarles así los datos de que carecía ésta sobre el jardinero y, cuando salieron al exterior y Peláez se marchó, después de agradecerles su colaboración, buscó la forma de prolongar el momento. Se habían resguardado los tres bajo un árbol de los rayos del sol inclemente que brillaba con todo su esplendor a esas tempranas horas de la mañana y se estrujó la mente preguntándose como proponérselo. Se notaba falto de ideas, pero la sonrisa de Aurora y el gesto campechano de Magdalena le animaron a sugerirles:

—¿Han desayunado ustedes? ¿Quieren que tomemos un café?

A las dos les pareció de perlas. La vida de Magdalena tenía pocos alicientes y no todos los días se le presentaba la ocasión de poder charlar con un abogado tan guapete y tan bien vestido, por lo que se apresuró a aceptar, y Aurora hizo lo mismo. Caminaron a lo largo de la calle buscando una cafetería y entraron en el primer local que encontraron y tomaron asiento en una mesa.

—Tendrán que declarar en el juicio que el cuerpo que les han enseñado era el de ese hombre— les explicó él—. Y tendrán asimismo que contestar a las preguntas que les hagan el fiscal y la letrada de la defensa, a la que ya conoce usted— le dijo a Magdalena— ¿Tiene idea de a qué podía haber ido ese día el jardinero a La Pedriza? ¿Sabe si tenía allí algún trabajo o a algún amigo al que hubiera ido a visitar?

Frunció Magdalena pensativamente los labios y meneó negativamente la cabeza.

—No, no lo sé. Ahmed no me tenía ninguna simpatía ni yo a él. Era un tipo rudo y bastante hosco, aunque con don Esteban se mostraba siempre dispuesto a adelantarse a sus deseos. Hablaba poco y se movía silenciosamente, como un reptil. Ignoro por completo a qué pudo haber ido a esa zona de la sierra. Conducía una furgoneta destartalada que había comprado de segunda mano con el dinero que le adelantó don Esteban y que le iba devolviendo mes a mes, descontándoselo de su sueldo, pero no la utilizó ese día, lo que no deja de ser extraño. Debíó de tomar el autobús de línea y desde la parada caminó varios kilómetros hasta el punto en el que ha dicho la televisión que se despeñó—. Se volvió hacia Aurora para preguntarle—: ¿Sabes tú por

qué y a dónde iba?

También la muchacha hizo un gesto negativo. A diferencia de la noche en la que la conoció Gabriel, se había arreglado cuidadosamente esa mañana y llevaba un pantalón de color castaño y una chaqueta de ante sobre una blusa blanca de manga corta. Le sentaba bien esa indumentaria y estaba muy bonita, lo que Gabriel no dejó de apreciar.

—No, tampoco lo sé— repuso—. Ahmed no me habló nunca de su vida. Sólo le veía cuando iba al teatro a esperar a Ada a la salida. Solía dirigirse a ella con malos modos. La agarraba del brazo y la zarandeaba en cuanto no le contestaba lo que deseaba oír. Ada le tenía miedo, pero no conseguía librarse de él. Imagino que cuando el escritor la echó de su casa, no se atrevió a volver a la mía para que él no pudiera encontrarla.

—¿Y tampoco sabes a dónde pudo ir ella? Se alojaría en alguna parte.

Lo meditó Aurora durante unos segundos pero terminó por hacer un gesto vago.

—Pudo ir... a cualquier lugar, pero imagino que aceptaría la proposición que le hiciera alguno que la piropeará por la calle, porque ella era así, y por esa razón no pudimos localizarla. Probablemente regresaría días después al chalé del escritor a recoger sus cosas o a hacer las paces con él cuando estaba detenido y se encontraría allí con Ahmed. Lo que no sé es quién pudo darle su merecido a él.

Parpadeó Gabriel perplejo.

—¿Su merecido? Nos ha dicho el forense que su muerte fue accidental, que no mostraba su cuerpo signos de que hubiera tenido que defenderse de otra persona.

Hizo un gesto con el que parecía querer decir que ella no lo veía tan claro, a lo que se sumó Magdalena.

—¿Y eso cómo lo sabe el forense? — protestó ésta—. No creo que se pueda detectar, porque no deja huella alguna, que alguien te dé un empujón y te tire al fondo de un barranco. Si hubiera sido yo la que hubiera decidido mandarle al otro mundo, le habría enseñado a Ahmed cualquier cosa que estuviera en lo más profundo de la hondonada y en el momento en el que estuviera distraído le habría arrojado de cabeza al abismo. El informe del forense diría igualmente que su muerte había sido accidental.

No encontró Gabriel argumentos con las que rebatirla ni quiso tampoco saber qué aspecto presentaba el cadáver. En su lugar inquirió:

—¿Y saben si tenía algún enemigo o alguna persona que le hubiera amenazado?

Dejó escapar Aurora una risita falsa.

—Amenazarle, le amenazaba Ada todos los días, pero sólo cuando estábamos solas, porque delante de él no se atrevía. Era muy extrovertida y decía lo que le pasaba por la cabeza sin detenerse a reflexionar si estaba bien desearle la muerte al prójimo. Me repetía que, si estuviera en su mano, le sacudiría un buen golpe que le dejara en el sitio, o le empujaría en la carretera para que le arrollara un camión. Si no hubiera muerto, daría por seguro que habría sido ella, pero ya no está...

Se calló entristecida rememorando a la que había sido su amiga, pero como Magdalena no lo había sido y además no la había soportado mientras vivió, masculló:

—No lo está por fortuna, porque también era una buena pieza. Dice el refrán que “Dios los cría y ellos se juntan” y en este caso no puede ser más cierto el aserto. También ella era capaz de cualquier cosa. Se movía por impulsos y no pueden hacerse una idea de la enorme dosis de rencor que era capaz de acumular. A don Esteban le hubiera matado de haber podido el día en el que la echó de su casa.

—¿Estaba usted presente y lo vio? — le preguntó Aurora.

—No, pero presencié otros de los muchos ataques de rabia virulenta que la acometían cuando se peleaba con él. Le advertía siempre a gritos que era una mala enemiga y aunque él no la tomaba en serio, creo que tenía razón.

—Pero ella ya no está— objetó Aurora en voz apenas audible y evidentemente molesta por la forma en la que la otra se expresaba.

—No, ya lo sé— afirmó Magdalena pensativamente—. Yo la identifiqué en ese mismo hospital, aunque...

—¿Qué iba a decir? — la animó Gabriel, inclinándose hacia ella sobre la mesa para animarla a continuar.

—Que en aquella camilla parecía ella. Su pelo era el mismo y lo que quedaba de su cara también, aunque... bueno, estaba muy desfigurada. Pero el dije que le colgaba del cuello no era el que solía llevar en el chalé de don Esteban. Lo dejaba sobre la mesilla de noche cuando se acostaba y seguía allí cuando limpiaba yo el polvo a la habitación a la mañana siguiente, por lo que me fijé bien en él.

—¿Y no era el mismo? — insistió Gabriel.

—No, aunque era muy similar y también de bisutería barata. El suyo era una cadena con un colgante con la forma de una A dorada, supongo que porque era la inicial de su nombre, y el que llevaba el cuerpo que desenterraron era igual, pero en lugar de una A, el dije era una E, igual de grande e igual de dorada.

—Tendría más de uno— apuntó Aurora.

—Puede, pero yo la vi siempre con el otro, con el de la A.

—Si era un adorno de bisutería y barato podía tener varios— consideró Gabriel que no estaba muy al tanto de la clase de aderezos que utilizaban las mujeres—. ¿A quién le entregaron las pertenencias que esa chica llevaba encima después de practicarle la autopsia? Lo habitual es que se las den a los más allegados.

Asintió Magdalena con un sorbetón.

—Sí, se las llevó don Esteban cuando el juez le dejó en libertad. Se las metieron en una bolsa de plástico que se dejó en el garaje cuando regresó a su casa, porque, según me dijo después, entró como una exhalación y se abalanzó directamente sobre la mesa de su despacho para escribir su novela. Su editor le está metiendo prisa para que la termine. Le faltan únicamente los últimos capítulos y ya han fijado el día de la presentación del libro, por lo que no pierde ni un segundo desde que se levanta por las mañanas en encerrarse en su despacho para aporrear su ordenador, pero me da la impresión de que está preocupado y que por esa razón no consigue concentrarse.

—¿Y esa bolsa sigue estando donde la dejó?

—Supongo que sí, pero el garaje lo limpiaba Ahmed, que también le lavaba el coche y yo no entro allí. ¿Por qué?

—Para que comprobara usted lo que nos ha comentado sobre ese colgante. Si no es el que solía llevar, el otro se lo dejaría en la casa y te lo llevarías tú cuando fuiste a recoger sus cosas— le dijo Gabriel dirigiéndose a Aurora.

Parpadeó ésta intentando hacer memoria.

—Pues... creo que no, que no lo vi. Fui a la casa del escritor con dos maletas. Metí su ropa y el resto de sus cosas dentro y las dejé sin abrirlas en el dormitorio que ocupaba en mi piso. Puede que esté dentro de una de las dos, pero no recuerdo haberlo visto.

—¿Podrías verificarlo? — le preguntó Magdalena en un tono inquisitivo que les sonó raro a los otros dos.

—Sí, ¿por qué? — quiso saber la chica denotando perplejidad.

—No, por nada. Es solo que hay algo en todo esto que me parece raro. Ada era muy capaz de haberlo maquinado todo para hacerle daño a don Esteban.

Hizo Aurora un gesto con el que parecía querer decir que Magdalena tenía demasiada fantasía.

—¿Capaz de maquinar su propia muerte? Me parece absurdo y que lo deduzca usted por la única razón de que llevaba cuando la mataron un colgante que no era el que solía usar habitualmente, todavía me lo parece más, pero abriré las maletas y la llamaré a usted a continuación para decirle que el otro, el de la A, lo dejó en la casa cuando el escritor la echó y me lo llevé yo. Si me da su teléfono, satisfaré su curiosidad.

Su voz traslucía la indignación que sentía y temió Gabriel que se enzarzaran las dos en una discusión violenta, por lo que decidió que lo más prudente era poner fin a la reunión y llamó al camarero para pagar la consumición de los tres. Cuando se despidieron, Aurora le dedicó una sonrisa, pero aunque Magdalena se mostró afectuosa con él, se mantuvo distante con la otra y se marcharon cada una por su lado.

Se lo refirió Gabriel a Noelia, en cuanto llegó al despacho media hora más tarde. Le había escuchado ella sin interrumpirle, pero cuando terminó su narración asomó a su rostro la confusión que le había producido su relato.

—No entiendo nada de lo que me has contado. ¿Qué importancia tiene que Ada llevara cuando la mataron un dije u otro?

—Yo tampoco se la encuentro— admitió él— pero me ha dado la impresión de que Magdalena la cree capaz de hacerle daño a Esteban desde el más allá.

—¿A Ada?

—Sí.

—Eso es una estupidez— consideró desdeñosamente ella—. Los muertos no vuelven a vengarse de los vivos ni pueden influir en lo que les ocurra después de que hayan fallecido y yo vi a Ada cuando la exhumaron.

—¿La habías conocido en vida?

—No, a ella no, pero la identificó Esteban en ese instante y Delia, que también estaba presente, lo que después han corroborado Magdalena y Aurora. De todos modos, creo que deberías llamar a esta última para que te confirme si ha encontrado en las maletas el colgante de la A.

—¿Crees que verdaderamente puede tener algún significado trascendente?

El semblante de Noelia dejó traslucir las dudas que experimentaba.

—No, la verdad es que no, pero ha venido esta mañana el procurador a traerme unos Autos y me ha dicho que ha sabido por una oficiala del juzgado que lleva el caso de Esteban que el juez está a punto de declarar la conclusión del sumario, así que no tenemos tiempo que perder. Lo veía muy claro antes, pero no sé por qué tengo últimamente la impresión de que hay algo que se me ha pasado por alto y que es importante.

—¿Qué a ti se te ha pasado algo por alto? — bromeó Gabriel— Ya me extraña.

—Pues aunque te extraña. El forense ha diagnosticado que la muerte de Ahmed fue accidental, ¿pero no te parece mucha casualidad que haya aparecido en un lugar apartado al que llegó andando y para lo que tuvo que recorrer varios kilómetros?

—Puede que quisiera hacer deporte— replicó él en el mismo tono de chanza.

—Seguramente— masculló secamente Noelia, a la que no debió de hacerle gracia que no se tomara en serio las aprensiones que sentía.

—No estarás pensando que el fantasma de esa chica sigue paseándose por ahí y se ha cargado al jardinero para que no le moleste con sus requerimientos, ¿verdad?

Se acodó ella en la mesa y se le quedó mirando muy seria. Luego le contestó en un susurro:

—No, el fantasma no.

Capítulo 27

Estaba Gabriel en su despacho cuando a la mañana siguiente le llamó Magdalena para decirle que estaba en la casa del escritor y que siguiendo sus indicaciones había ido al garaje donde aún seguía estando la bolsa con las pertenencias de Ada y que había estado comprobando lo que tenía dentro.

—¿Sí? ¿y qué ha visto?

—Lo que le dije ayer, soy muy observadora y no me suelo equivocar.

—Sí, ¿pero estaba el colgante del que me habló dentro de la bolsa que le entregaron, o no?

—Sí, pero le repito que tenía yo razón. Remataba el dije que llevaba cuando la mataron una E, no una A.

Como no se le ocurrió a Gabriel que tuviera trascendencia alguna lo que le estaba diciendo y tampoco quiso decepcionarla, fingió que le había aportado un dato importante.

—¡Ah!, ¿sí?, pues muchas gracias por haberme llamado para aclarármelo. Ha sido usted muy amable.

Debieron llenarle de satisfacción las palabras de él, porque lo denotó su voz. La imaginó él como una gatita relamiéndose satisfecha, cuando le dijo:

—Ha sido un placer ayudarle. Sabe que me tiene a su disposición para lo que necesite.

Le dio él nuevamente las gracias y cuando cortó la comunicación se acodó en la mesa y apoyó la mejilla en mano. Pensó que quizás Noelia le encontraba algún significado oculto a la historieta del colgante y como además le servía de excusa para llamar a Aurora buscó su número en la agenda de su móvil y no tardó en oír su voz.

—¿Gabriel?

—Sí, soy yo. Te llamo para preguntarte si has averiguado algo sobre el asunto que comentamos ayer. Me refiero a lo que comentamos sobre el colgante de Ada. ¿Has abierto ya sus maletas?

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que, como recordaba, encontré en el cajón de la cómoda del dormitorio pendientes y pulseras cuando fui a buscar las cosas de ella y los tengo aquí, pero no ese colgante. Y es raro, ¿verdad?

A Gabriel no se lo parecía, pero no se atrevió a manifestarlo.

—Puede que lo perdiera, que se lo robaran por la calle o que lo empeñara en el Monte de Piedad— le sugirió— ¿no crees?

—No— replicó tajantemente la otra— Era un recuerdo de su madre y lo tenía en mucha estima. Lo llevaba además el último día en el que la vi. Vino al teatro con él al cuello y fue cuando me dijo que se iba a despedir a fin de mes, porque se iba a casar con el escritor. Luego he sabido que la echó él al día siguiente, por lo que supongo que lo llevaría puesto cuando salió de su casa, porque, te repito, últimamente no se lo quitaba.

—Está claro que el día que regresó al chalé, sí— consideró Gabriel que se estaba haciendo un lío con tantas suposiciones, que en su opinión no conducían a ninguna parte—. Si como tú has apuntado, lo más probable es que conociera a un individuo con el que estuvo el

tiempo en el que se la dio por desaparecida, puede que él le regalara ese otro colgante.

La voz de ella denotó sus dudas al respecto.

—¿Exactamente igual que el otro, solo que con una E en lugar de una A? Me parece demasiada coincidencia.

También le parecían absurdas a Gabriel las disquisiciones de las dos a ese respecto, así como, en general, las aficiones de las mujeres por las joyas, incluso por las que ni tan siquiera merecían ese nombre y eran pura chatarra, pero se abstuvo de manifestarlo. Pensó que quizás Noelia encontrara una explicación plausible a lo que les preocupaba a Magdalena y a Aurora y se despidió de ésta para pasar al despacho de la otra a comentárselo. Estaba revolviendo ella un fajo de papeles que tenía sobre la mesa y levantó la mirada al oírle entrar. Le escuchó, pero no con la atención que hubiera deseado, porque advirtió que estaba como ensimismada.

—Tanto Magdalena como Aurora le dan una importancia bastante absurda a lo que te he contado— insistió él acariciándose pensativamente el cogote cuando terminó de referírselo—. ¿Qué opinas tú?

No le respondió Noelia. Hizo un gesto vago y en su lugar murmuró:

—No sé, tengo la sensación de que últimamente se me ha embotado el cerebro y de que no consigo discurrir con claridad. Hace un momento, me ha llamado Esteban a preguntarme si había algo nuevo sobre su juicio y diría que estaba completamente histérico.

—¿Por qué estaba histérico?

—Porque no consigue terminar la novela. El editor le llama todos los días para meterle prisa, pero eso no es todo.

—¿No?

—No, por lo que me ha dicho, hay alguien que está empeñado en importunarle y le llama al teléfono cada media hora sin decir una sola palabra, con lo que le hace perder el hilo de la historia que está pergeñando.

—¿Y qué le has aconsejado?

—Que descuelgue el teléfono y que denuncie a la policía el acoso que está sufriendo para que detecte quién es el gracioso y le dé un toque. Desgraciadamente, ocasionarle molestias al prójimo por el mero placer de molestarle, está muy poco penado.

—Probablemente ese individuo será uno de sus lectores, ¿no te parece? Es uno de los inconvenientes de la fama, ya que paradójicamente crea unos enemigos que las personas corrientes no tenemos.

—Puede ser— admitió Noelia pensativa—. Ciertamente no imaginaba que Esteban fuera capaz de perder los nervios hasta ese extremo.

—Está pendiente de un juicio en el que se le juzga por asesinato— le recordó Gabriel— Creo que eso es motivo más que suficiente para desquiciarse, aunque es posible que a ti no te lo parezca, porque estás más que acostumbrada a moverte en ese escenario.

¿Más que acostumbrada? — se sorprendió ella— Nunca llega a parecerle leve el peso de esa responsabilidad. Al menos, no a mí, y este caso me suscita además un montón de dudas.

El sonido de una llamada por la línea interior cortó la conversación que mantenían y cuando se llevó Noelia el auricular al oído oyó la voz de Flor, que le decía:

—Te llama la vecina del escritor y quiere hablar contigo. Ya sabes, la chica que le observa desde su ventana. ¿Te la paso?

—Sí, claro.

Salió Gabriel apresuradamente del despacho para no importunarla y se aprestó ella a atender a Delia. También parecía inquieta cuando le preguntó:

—¿Interrumpo algo importante? ¿Tienes un minuto?

—Sí, por supuesto que sí, dime.

—Es que estoy preocupada por Esteban. Ayer vino a verme sin avisar. Se limitó a llamar al timbre de la puerta del jardín a eso de las cinco de la tarde y cuando bajé las dos escaleras saltando los peldaños y le abrí, no parecía él. Me gustaba el aplomo que manifestaba en toda circunstancia, ya sabes. Parecía estar por encima del bien y del mal, pero cuando se sentó conmigo en la sala de estar estaba descompuesto. Tartamudeaba, mascullaba frases sin ilación... Ni tan siquiera se disculpó por haber interrumpido mi trabajo y él sabe cuál es mi horario, porque lleva años viéndome detrás de la ventana. Creo que incluso llegó a morderse las uñas.

—¿Y te dijo qué era lo que le pasaba?

—Sí, pero fue una sarta de incoherencias. No sé si llegó a hablarme de fantasmas que le perseguían, porque, como ya te he comentado, estaba fuera de sí, pero lo que puedo asegurarte es que saltaba de un tema a otro sin acabar de referirme el primero. Y todo porque no consigue acabar su novela.

—Sí, ya sé que le llaman continuamente por teléfono para molestarle, pero creía que tenía más temple.

La voz de Delia le sonó desalentada.

—Sí, y yo también. Para mí ha sido un ídolo. Durante años he estado atisbando por la ventana todos sus movimientos y hasta he mantenido con él unas conversaciones interminables en mi imaginación. Incluso terminé con un novio, compañero de la facultad, que era una magnífica persona, porque creí que no estaba a la altura de Esteban y ahora...

—¿Qué es lo que te pasa ahora? ¿Que te ha decepcionado?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Luego oyó un desalentado suspiro y después su voz.

—Perdona que te moleste para comentarte estas tonterías, pero ya que me lo has preguntado... Es que no podía suponer que fuera tan vulnerable ni... ni tan excitable.

—Está pendiente de un juicio en el que se le acusa de un delito grave— replicó Noelia advirtiéndole que últimamente estaba justificando la conducta de Esteban con el mismo argumento a distintas personas que se quejaban de lo mismo—. Cuando todo esto pase, volverá a ser el que era.

Le pareció oír un nuevo y desazonado suspiro.

—Puede ser, pero ya no será igual. Creía que era tan especial, tan superior a los demás... pero me he equivocado, está como un niño asustado. Y pensar que durante años he estado malgastando el tiempo, sin perderle de vista desde mi ventana... Llegué incluso a convertirle en el eje de mi existencia... Debo ser completamente estúpida.

—Únicamente muy joven— la consoló Noelia, que irónicamente añadió—: Eso se pasa con el tiempo.

—No creo que seas mucho mayor que yo— protestó Delia—. Cuando te conocí en el hospital pensé que habríamos sido compañeras de curso.

—Ya he cumplido los treinta y dos, aunque la gente suele calcularme menos, cuando me conoce, pero también tuve un novio hace años que era un imbécil, lo que ahora me cuesta entender. No te desmoralices. Aunque sea un magnífico escritor, debe ser muy difícil de aguantar y hay en el mundo muchísimos hombres más normalitos. Testificando a su favor lo que viste, le harás el mayor favor que haya recibido en su vida y te sentirás recompensada por el cúmulo de ilusiones que te hizo sentir y que has desperdiciado con él.

—¿Tú crees? —inquirió Delia deseando que se lo asegurara.

—Por supuesto que sí, ya lo verás.

—Pero no te he llamado para contarte mis problemas sentimentales, no soy tan boba. Quería preguntarte por el juicio de él, por si sabes algo nuevo.

Fue Noelia la que ahora dejó escapar un hondo suspiro.

—Todavía no, pero mucho me temo que esté al caer.

—¿Te lo temes? — se preocupó Delia—. ¿No tienes claro qué vas a alegar en su defensa?

Vaciló Noelia, sin decidirse a ser franca con la otra. Era solo un presentimiento vago lo que sentía, que no llegaba a concretarse, pero necesitaba tanto desahogarse, aun dando por hecho que su interlocutor no la iba a entender...

—Claro que sé lo que voy a alegar y si no surge ningún imponderable debería Esteban salir absuelto, pero hay algo que no veo claro y me preocupa que el fiscal se deje caer con una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa?

—No lo sé. En el escrito de calificación que formula él, lo mismo que en el de la defensa, que es el mío y una especie de contestación al suyo, se anuncian las pruebas de que intenta valerse cada una de las partes y de los testigos que se aportarán en el juicio. En nuestro procedimiento no hay imprevistos como en las películas.

—¿Entonces?

—No me hagas caso— le recomendó de nuevo—. Esperemos que todo salga bien y que lo que te acabo de decir no sean más que tontas elucubraciones mías.

Capítulo 28

Tal como había presentado, unos días más tarde se presentó el procurador en el despacho con los Autos del procedimiento que se seguía contra Esteban. El sol se filtraba a raudales por la ventana que Noelia tenía a su espalda y su calor le producía somnolencia. Estaba reprimiendo un bostezo, cuando entró él en la habitación tras llamar a la puerta con los nudillos y lo intuyó nada más verle. Llevaba bajo el brazo un abultado fajo de papeles grapados con la portadilla del juzgado y se enderezó en el acto en la butaca como un animal en peligro, conforme se iba aproximando él a su mesa.

—¿Qué me traes? — le preguntó, por preguntar.

—Esto— repuso él dejándole caer los Autos sobre el tablero—. Tienes cinco días para formalizar el escrito de calificación, aportando las pruebas y la lista de testigos. El fiscal acusa a tu cliente de asesinato, así que espábilate.

Debía de tener Noelia cara de sueño o quizás lo dijera por decir el procurador, pero le produjo a ella el mismo efecto que si hubiera oído una campana llamando a rebato y terminó de erguirse, tiesa como n huso.

—¿Ya? — murmuró pasando una mano sobre los papeles que le había traído, como si los estuviera sopesando.

—Sí, bueno, cuánto antes mejor, ¿no crees?

No solía participar ella del optimismo de Alfredo, que era un individuo bonachón que siempre veía la parte positiva de las cosas, por lo que efectuó un ademán con el que quiso darle a entender que en el foro no siempre regía esa regla.

—Pues no sé qué decirte— repuso con humorismo—. A mí me parece siempre que apareces por aquí que es demasiado pronto para traerme las actuaciones y para informarme de que la celebración del juicio de alguno de los casos que llevamos está al caer. Si estuviera en mi mano, pediría que se pospusiesen todos al menos seis meses. Lo malo es, que nunca me han dado a elegir.

Se echó a reír él con ganas.

—Bah, te conozco bien y sé que en el fondo disfrutas discutiendo con el fiscal de turno. Aunque seas una agonías, estoy seguro de que lo tienes todo bien atado y que ese escritor saldrá absuelto y podrá terminar felizmente el libro que lleva entre manos, al que no consigue ponerle punto final. He leído varias novelas tuyas, pero ésta última se le está resistiendo. Sé que tenían fijada el editor y él el día de su presentación, porque lo han publicado todos los periódicos, pero que la han tenido que retrasar sine die en dos ocasiones ya. ¿Conoces tú el motivo?

Hablaba a menudo Noelia con Esteban desde su puesta en libertad provisional y le había acompañado asimismo al juzgado el día primero de cada mes, conforme al Auto dictado por el juez. El día anterior la había llamado por teléfono para interesarse por cómo iba la tramitación del procedimiento por el que iba a ser enjuiciado y seguía revelando un ego sumamente desarrollado, pero no era ya el hombre seguro de sí mismo que había conocido años atrás. En el presente estaba claramente inquieto y se auguraba a sí mismo los más diversos fracasos, incluyendo el de la novela que tenía entre manos, que no lograba terminar, aunque pasaba el día entero ante el ordenador. Había adelgazado visiblemente en los últimos días y surcaban sus ojos oscuros profundas ojeras, pero, pese a lo que le había comentado Delia sobre el estado de ánimo del escritor, había tratado ella de quitarle importancia, porque esos síntomas eran los habituales

en sus clientes cuando se hallaban a la espera del juicio.

—No es agradable que te acusen de un asesinato que no has cometido— replicó impasible—. Supongo que se alegrará, cuando la Audiencia señale la fecha de la Vista y que después, ya sin el peso de la espera, acabará ese dichoso libro, que probablemente será un éxito como todos los anteriores. ¿Te gusta a ti como escribe?

Asintió gravemente él.

—Como escribe, sí, aunque sus novelas son amargas y acaban siempre mal. Tiene una visión del mundo y de la vida muy pesimista. ¿Sabes si ha tenido una infancia desgraciada?

—No, no lo sé, nunca hemos hablado de ese tema. Cuando le conocí, iniciaba su carrera literaria y vestía como un pordiosero porque era un bohemio, aunque no sé si tenía apuros económicos. Me chocó entonces que fuera tan engreído, porque era un autor novel absolutamente desconocido. Ahora debe de estar nadando en la abundancia.

—Cuando sucedió lo que has comentado, era el autor de una única novela y fue acusado de habérsela plagiado a otro muy famoso— apuntó él, que se la quedó mirando intrigado e inquirió: — ¿Tenía razón el autor perjudicado?

—No lo sé— replicó Noelia, que, en ningún caso, ni tan siquiera al procurador con el que trabajaba, le hubiera reconocido la culpabilidad de su cliente—. No leí su libro ni tampoco el del autor del que dijeron que era sustancialmente una copia. Era yo muy joven por entonces y fue mi primer caso. De lo único que me preocupé fue de defenderle.

—Me hago una idea de que en aquella época pondrías tus cinco sentidos en sacarle a flote y de que ahora te estarás volcando igualmente en lograr su absolución. ¿Qué testigos has pensado aportar? Creo recordar que estuvo casado, pero no creo que sea su exmujer uno de los testigos que aporta el fiscal.

No le había dado tiempo a Noelia a comprobarlo, pero, en cualquier caso, de ser cierto, no le preocupaba que fuera así, porque con su testimonio procuraría Alba beneficiarle. Suponía que Esteban reanudaría en breve su vida en común con ella, porque Delia le había comentado que le visitaba a menudo. Continuaba ésta espiándole desde su ventana, pero lo hacía ahora por curiosidad, sin las ilusiones que se había forjado desde la primera vez que le vio sentado bajo la pérgola de su jardín y le envolvió en una aureola que no respondía a su verdadera personalidad.

Se marchó el procurador poco después y cuando Noelia empezó a estudiarse los Autos que le había traído para formular su oposición al escrito del fiscal, entró Miriam y se sentó enfrente de ella. Vestía una blusa suelta de manga corta y un pantalón azul marino y continuaba estando tan esbelta como siempre, aunque se le notaba ya el embarazo.

—He visto llegar a Alfredo— le dijo con la mirada fija en el fajo de papeles que tenía ella sobre la mesa. ¿Son los Autos del procedimiento de Esteban?

—Sí, aunque aún no ha sido señalada la fecha de la Vista por la Audiencia Provincial.

—Iré contigo cuando se celebre— le anunció.

Se la quedó mirando Noelia con el ceño fruncido.

—Me tranquiliza sentirte a mi lado en el foro, ¿pero estarás lo suficientemente bien?

—Claro. Me encuentro perfectamente y aún me faltan varios meses para salir de cuentas. Todavía recuerdo con espanto el juicio de aquella señora a la que te empeñaste en defender el día en el que nació María y sentiste la primera contracción interrogando a un testigo. Si llega a demorarse un poco más el fiscal al modificar sus conclusiones definitivas, hubiera nacido tu hija en la sala y habríamos salido en todos los periódicos.

Se echó a reír Noelia con ganas.

—Sí, la verdad es que estuve a punto de hacer un numerito. Estaba sentado Alex entre el

público. Faltó ese día al hospital, porque no las tenía todas consigo y me sacó del estrado en volandas. Luego echó a correr por el pasillo conmigo a cuestas y llegamos al hospital de puro milagro, El celador, en su camino hacia el quirófano, arrolló a todo el que se le puso por delante con la camilla, arengado por el ginecólogo y por Alex que corrían detrás jadeando.

—Es que debiste hacerle caso— le reprochó Miriam—. Te hubiera podido sustituir yo.

—Mi cliente confiaba en mí— le recordó Noelia reflexivamente, preguntándose por qué se habría resistido a cederle su puesto a Miriam, que se había ofrecido y que ya había adquirido suficiente experiencia—. Debí hacerlo, pero no lo hice, y lo que no quiero es que seas tú la que ahora des un espectáculo.

—No lo daré— la tranquilizó la otra—. Me sentaré a tu lado y te daré patadas por lo bajo si veo que te llevas un dedo al rizo de tu pelo y empiezas a darle vueltas, primero al derecho y luego al revés. Mal está que lo hagas aquí, en tu despacho, cuando algo te desconcierta o cuando notas la mente espesa, pero en la sala de Vistas me parece inadecuado.

—Tienes razón, ¿pero ¿qué quieres? De alguna manera tengo que darles rienda suelta a los nervios. Además me ayuda a pensar y con las manos en los bolsillos de la toga no siempre se me ocurre cómo achantar al fiscal.

—Las togas no tienen bolsillos— la rebatió Miriam muy seria.

—Ya lo sé— replicó Noelia echándose a reír—. Pero no me riñas más. Tengo que concentrarme en este caso y convencerme a mí misma de que no va a ocurrir ningún despropósito. De que todo va a salir según lo previsto.

—¿Por qué crees que no va a ser así?

—No lo sé. Es una tonta premonición.

Meneó Miriam la cabeza en un ademán de reproche.

—Bah, siempre lo ves todo negro los días que anteceden a la Vista.

—Es lo mismo que me ha dicho Alfredo hace un momento, que soy una agonías, pero en este caso es distinto. Tengo la sensación de que se me escapa algo muy importante por no haber puesto suficiente atención.

—¿Y no tienes idea de qué puede tratarse?

—No, pero si pierdo el juicio por mi culpa, no me lo perdonaré.

Le señalaron la Vista para veinte días más tarde. A finales de junio empezaba a hacer calor, aunque no lo sentía ella cuando, a la espera de que le llegase el turno al procedimiento que se seguía contra Esteban, fue a sentarse frente a la puerta de la sala donde iba a celebrarse, repitiéndose a sí misma que había hecho todo lo que estaba en su mano para que ese imponderable que temía no se produjese. Como siempre, se había presentado en la Audiencia Provincial una hora antes de la que le había sido fijada y, también como siempre, sentía los nervios a flor de piel, aunque nadie que hubiera visto a aquella bonita joven abogada de cabello ensortijado y con la amplia toga sobre su ropa de calle, lo hubiera adivinado. Le había costado tiempo y esfuerzo conseguirlo, pero había logrado aparentar una seguridad en sí misma que el propio Esteban le hubiera envidiado.

No tardó éste en aparecer también por el pasillo y tomó asiento a su lado. Pese a las ojeras que circundaban sus ojos oscurísimos, seguía siendo un hombre extraordinariamente atractivo y notó Noelia que despertaba el interés de todo el que pasaba por delante de ellos. Incluso la agente judicial se le quedó mirando cuando salió de la secretaría y se encaminó a abrir la puerta de otra sala contigua, por la que poco después se desbordó el público que había asistido al procedimiento penal que se había celebrado allí. Entre ellos iba el reo entre dos guardias civiles que se lo llevaron camino del ascensor. Le siguió Esteban con mirada le comentó en voz

baja:

—Qué sórdido es esto, ¿verdad? ¿Duermes bien la noche antes del juicio en el que defiendes a un procesado?

La verdad era que no. No solía Noelia conciliar el sueño y daba vueltas y más vueltas en la cama esperando a que amaneciese, pero como no se lo podía reconocer, repuso:

—En este caso, claro que sí. Tenemos una testigo que será determinante, así que procura calmarte y dar la sensación de que no tienes nada que ocultar. Medita bien las contestaciones que le das al fiscal y no dejes que te obligue a contradecirte.

—Ya sé que no tengo nada que ocultar— replicó con un nerviosismo inusual en él— pero me juego mucho. No era consciente de ello, pero tenía una vida envidiable hasta que conocí a esa mujer y...

—Esa mujer ya no está entre los vivos— le recordó ella—. Se la cargó el jardinero y, cuando todo esto pase, tienes que retomar tu rutina anterior y terminar tu dichoso libro.

—Ya sé que Ada no puede volver a importunarme— manifestó inquieto—. Pero hay alguien que trata de hacerme creer que ronda en derredor mío. ¿Y si apareciera en la sala de Vistas dentro de un momento y desmontara con un infundio lo que verdaderamente pasó? Era capaz de todo.

—¿Quién? ¿Ada?

—Sí.

—Ada no puede desde el otro mundo influir en el desarrollo del juicio ni en el pronunciamiento del tribunal— replicó Noelia ligeramente irritada—. ¿No lo entiendes? No puede presentarse en la sala envuelta en una sábana y exhalando alaridos de ultratumba, así que quítate esas ideas de la cabeza. Los escritores tenéis demasiada imaginación, pero en la vida real no ocurren las cosas que inventáis en las novelas. Tú la identificaste, y también Aurora y Magdalena, lo mismo que Delia, aunque la vio de lejos, desde la pérgola en la que estaba sentada hasta que le echó Peláez. Y yo también, aunque no la conocí en vida.

—Sí, ya lo sé— murmuró apenas—. Es solo que desbarro últimamente como consecuencia de la tensión a la que estoy sometido. Cuando esto acabe voy a tomarme unas vacaciones. He pensado irme al Caribe y tumbarme al sol en una playa durante un mes.

—¿Con Alba?

Se la quedó mirando con aquellos ojos tan negros e inquisitivos y parpadeó perplejo.

—No, ¿por qué con ella? Es muy pesada y no me deja en paz. Se presenta sin avisar en mi casa y me impide seguir escribiendo, aunque no consigo inspirarme por más que lo intento. Había pensado en mi vecina. Es una chica encantadora. No se ha presentado en mi casa ni una sola vez sin haber sido invitada y cuando he ido yo a la suya se ha comportado como una chica muy discreta. Puede que quiera acompañarme.

—¿Delia?

—Sí.

Pensó Noelia con disgusto que la vida era un puro contrasentido. Un mes antes se hubiera sentido la aludida inmensamente feliz si se lo hubiera propuesto él, pero en el presente iba a recibir con toda seguridad una negativa que le costaría asumir, porque probablemente sería la primera que le diera una mujer ante un ofrecimiento de esa naturaleza.

Como afortunadamente no tenía por qué hacérselo saber, consultó impaciente su reloj. Faltaban unos minutos y Miriam no había aparecido, por lo que se giró inquieta hacia el pasillo en cuyo fondo se hallaba el ascensor, temiendo que llegara tarde o incluso que le hubiera sido imposible asistir por no encontrarse bien, pero en ese instante se abrieron las puertas de la cabina

y la vio salir entre varios desconocidos. Casi al mismo tiempo pasó por delante de ellos la agente judicial y voceó el procedimiento que iba a celebrarse a continuación. Era el suyo. Con la sensación de que había recibido un aldabonazo en el pecho, se puso en pie, tras indicarle a Esteban que hiciera lo mismo y la siguiera.

Les alcanzó Miriam en el momento en el que entraban en la sala, donde ya se hallaba sentado el tribunal tras su mesa, al fondo de la misma, y las dos fueron a ocupar el estrado destinado a la defensa, en ángulo recto y a la derecha de aquél y enfrente del de la fiscal, que era una mujer de unos cincuenta años, alta, delgada y de cabello rubio. Esteban fue a ocupar la silla que se hallaba delante de los bancos del público, que había sustituido al tradicional banquillo, ya en desuso.

Capítulo 29

Tras las cuestiones preliminares, le preguntó el presidente del tribunal a Esteban si se declaraba culpable o inocente del asesinato de Ada Rodríguez Martínez, a lo que este repuso sin vacilar que se declaraba inocente.

Le dio el presidente la palabra a la fiscal y ésta comenzó, como era obligado, con la frase ritual:

—Con la venia de la sala—. Luego se dirigió al acusado, señalándole con un bolígrafo—. Ha dicho que no fue usted quien mató a la víctima. ¿No es más cierto que mantuvieron una violenta discusión y que en el calor de la reyerta la estranguló?

Parpadeó Esteban y echó la cabeza hacia atrás como si sus palabras le hubieran producido el efecto de una bofetada. Inmediatamente lo negó.

—Por supuesto que eso no es cierto.

—¿Puede decirnos cómo la conoció?

Asintió él con un movimiento de cabeza. Un mechón de cabello oscuro le resbaló sobre la frente, acrecentando el aire romántico y sumamente atractivo que le caracterizaba. Se asemejaba más que nunca a un actor de cine que en ese momento estuviera representando el papel de acusado ante un tribunal en una película de suspense. Refirió con su agradable voz de barítono que la había visto por primera vez en el entreacto de una función que se representaba en el teatro Cervantes, en el que ella trabajaba maquillando a los actores y que ese fue el comienzo de una relación que había finalizado a principios del mes de marzo.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que sucedió?

Había ensayado Esteban el previsible interrogatorio que le formularía el fiscal con Noelia en el que estaba incluida esa pregunta, por lo que repuso sin vacilar:

—Que ella se cansó de aguantarme. Tengo mal carácter y cuando estoy escribiendo me aísla con facilidad de lo que tengo a mi alrededor. Ada necesitaba a otra clase de persona, más expansiva, y que estuviera pendiente de ella. Me dijo que estaba harta de mí. Me gritó que se marchaba en ese mismo instante y que ya volvería a recoger sus cosas. Y se fue con lo puesto.

—¿A pie?

—Sí, se dejó también el coche aparcado en la calle.

Dejó escapar la fiscal una risita sardónica.

—¿Pretende que nos creamos lo que está diciendo?

Se encogió Esteban de hombros como si quisiera expresar que eso era un problema suyo y que no podía darle otra respuesta.

—Supongo que tenía intención de volver en cuanto se le pasara el berrinche— replicó pasando una mano por su espeso cabello—, pero debió de encontrarse con alguien que la hizo cambiar de idea, porque lo cierto es que no regresó. No, al menos, de momento. Una semana más tarde se presentó la policía en mi casa con una orden de registro, ya que habían recibido una denuncia contra mí por la presunta desaparición de Ada. Su ropa seguía estando colgada en el armario de nuestro cuarto y su coche en la calle, por lo que dedujeron los agentes que me había deshecho de ella de alguna forma y me detuvieron. Me retuvieron durante setenta y dos horas en el calabozo y cuando me pusieron después a disposición judicial, el juez de instrucción decretó

mi libertad con cargos, por lo que pude regresar a mi casa.

—¿Y estaba ella?

—No.

—¿Su casa había estado precintada por la policía?

—Sí, pero el jardinero tenía llave del jardín. Era extranjero, poco o nada instruido, y no estaba al tanto de las normas de nuestro país, por lo que debió romper el precinto y en los días en los que estuve ausente siguió acudiendo a realizar su trabajo.

—¿Y qué pasó?

—Que durante esos días, en los que, como he dicho, estuve detenido, debió regresar ella y se encontró con el jardinero. Me había parecido que en ocasiones la miraba con descaro y que incluso se permitía unas libertades con ella absolutamente impropias, pero, cuando le pregunté a Ada sobre ese particular, me contestó que veía visiones. Era una mujer muy guapa y creo que no era consciente de que provocaba y causaba estragos entre los miembros del sexo masculino. El caso es que él debió de hacerse una idea equivocada del terreno que pisaba y aprovechando que yo estaba ausente y que no había nadie más en la casa trató de propasarse, ella se resistió y la estranguló.

Le había escuchado la fiscal con la cabeza ladeada y un rictus irónico en su rostro y cuando terminó de hablar él, comentó:

—Una suposición muy conveniente para usted, ¿verdad? Ese individuo ha muerto también, por lo que no puede defenderse, pero sí asumir el papel de chivo expiatorio y cargar así con un delito del que solo usted es el autor. Imagino que nos dirá también que fue su jardinero el que encargó el arriate de flores que plantó usted encima del cadáver de la víctima para que nadie diera con su cuerpo y fuera ella una más entre las personas desaparecidas de las que nunca llega a conocerse su paradero.

La expresión de Esteban era absolutamente convincente cuando la rebatió sin alterarse.

—No, señora. El macizo de flores lo había encargado Ada. Decía que no le gustaba el jardín de mi casa, porque le parecía soso y anodino, sin una sola flor, y que había encargado a una pequeña empresa los materiales y las plantas para plantar un arriate. Debió llegar la furgoneta de esa empresa cuando estaba yo en el calabozo y el jardinero se deshizo del cuerpo de ella enterrándolo debajo de él. Me lo encontré hecho cuando el juez me concedió la libertad provisional y volví a casa, pero lo cierto es que apenas si me fijé.

—¿Por qué no? ¿No se entera usted de lo que ocurre en su chalé?

Al moreno semblante de Esteban asomó una sonrisa irónica.

—Reconozco que no demasiado. Tenía que acabar la novela que estaba escribiendo y era eso lo que ocupaba por entero mi atención. Nada más llegar, me encerré en mi despacho e intenté ponerme a escribir.

—Pero usted no la ha terminado — la acusó ásperamente ella— ¿Qué es lo que hizo entonces?

—No la he terminado, porque los acontecimientos que se han ido sucediendo desde entonces no me han permitido concentrarme.

—Ya— rezongó sarcásticamente la fiscal—. Y ha tenido además la inmensa suerte de que el hombre, al que usted pretende cargar con las culpas que solo le corresponden a usted, no puede darnos su versión de los hechos. ¿Volvió a verle cuando decretó el juez de instrucción su libertad con cargos y volvió a su casa?

—No, no estaba cuando llegué y no se presentó al día siguiente. Avisé a la señora que realizaba las faenas domésticas para que las retomara nuevamente, pero Ahmed no me contestó

cuando le llamé a su móvil, por lo que no pude ponerme en contacto con él. Insistí varias veces. No solo se ocupaba del jardín, me realizaba también diversas tareas que me permitían desentenderme de esas minucias y concentrarme en escribir, pero no conseguí localizarle.

—¿Qué tareas eran esas?

—Pues... se ocupaba de comprar y de acarrear hasta la leñera los troncos de madera con los que encendía en invierno la chimenea, de buscarme un electricista o un carpintero cuando los necesitaba... De esas cosas.

—Y más tarde se enteró por los medios informativos de que había muerto, cuando le encontraron en el fondo de un barranco, ¿no es así? —inquirió sarcásticamente ella.

—Efectivamente.

—¿Y sabe a qué pudo haber ido a esa zona de La Pedriza donde apareció y por qué no fue en su furgoneta?

Meneó Esteban negativamente la cabeza con aire apesadumbrado.

—No, no tengo la menor idea. Su español era muy deficiente y no mantuvimos nunca una conversación larga que versara sobre su vida ni sobre sus conocidos. Me lo recomendó Ada y por esa razón le contraté para que me cuidara el jardín. Luego, como he dicho, se me fue haciendo indispensable. Era muy útil y me resolvía esas chapuzas de la vida cotidiana que, aunque no tienen importancia, te llevan mucho tiempo, pero es todo lo que sabía de él.

Se retrepó la fiscal en su asiento evidentemente insatisfecha y dio por finalizado su interrogatorio, por lo que el presidente de la sala le dio la palabra a la defensa. Notó Noelia la patadita de aliento que le dio Miriam por debajo de la mesa y empezó con voz clara:

—Con la venia de la sala.

Se inclinó luego sobre aquella para dirigirse al acusado.

—Ha dicho usted que, cuando el juez de instrucción le tomó declaración y le dejó en libertad con cargos, regresó a su casa y advirtió que había en el jardín un macizo de flores que no existía antes, ¿no es así?

—Sí, sí señora.

—Y no le preguntó al jardinero por ese macizo, porque no volvió a verle después de su detención, ¿no es cierto?

—No, no volví a verle, pero no me extrañó ver ese macizo, porque sabía que lo había encargado Ada, a quien le gustaban mucho las margaritas.

—¿Puede decirnos con exactitud qué día fue detenido?

—Sí, claro que sí. Fue la semana siguiente a que se marchara ella y concretamente el 11 de marzo, que era jueves.

—¿Y en qué fecha volvió a su casa?

—Volví el quince de marzo, lunes.

—Está bien, no hay más preguntas.

Enarcó la fiscal las cejas y clavó sus fríos ojos azules en la letrada de la defensa, diciéndose sin duda que su interrogatorio había sido bien pobre, pero no se amilanó por ello Noelia. Impasible, sostuvo su mirada y luego se arrellanó cómodamente en su asiento.

Llamó seguidamente la agente judicial al primer testigo de la acusación y entró en la sala el inspector Peláez que, tras el preceptivo juramento, a preguntas de la fiscal relató las sospechas que le habían provocado la plantación de un macizo a raíz de la desaparición de la víctima y cómo se había producido la exhumación de sus restos, así como la identificación de que habían sido objeto éstos, tanto por el acusado como por los testigos que serían llamados a continuación.

Seguidamente le dio el tribunal la palabra a la defensa. No era la primera vez que se

encontraban los dos en el mismo escenario y en la misma situación. Sabía Noelia que el inspector era tremendamente concienzudo, por lo que se retrepó en su asiento y se le dirigió.

—Acaba de decir que efectuó personalmente la detención de mi defendido la tarde en la que encontraron los restos de la víctima en su jardín.

—Efectivamente— manifestó él con aplomo.

—¿Fue usted también el agente que le detuvo a raíz de que fuera denunciada la desaparición de doña Ada Rodríguez por su compañera de trabajo?

La observó él durante una décima de segundo con los ojos entrecerrados, como si se estuviera preguntando qué escondería ella detrás de su pregunta.

—No, envié a dos de mis hombres, que le leyeron sus derechos y cumplieron todos los requisitos que exige la ley.

—¿Y registraron la vivienda?

—Sí, de arriba abajo y concienzudamente además. La ropa de ella seguía estando en el armario y su coche estacionado en la calle, junto a la puerta de entrada al jardín, de lo que podía deducirse que no se había marchado voluntariamente, al menos, no con carácter definitivo.

—Pero sí se aseguraron de que ya no estaba en la casa— insistió Noelia.

—Sí, previsiblemente el acusado se había deshecho ya del cadáver y no había tenido tiempo de hacer desaparecer los efectos de ella. De haberse ido la víctima por su pie, hubiera hecho la maleta y hubiera utilizado su coche, que estaba aparcado junto a la acera.

—A no ser que tuviera intención de regresar poco después a hacer las paces— sugirió Noelia—. En ese caso todo encajaría. Se fue a pie, tomó algo en una cafetería, se dio una vuelta por ahí hasta que se le pasó el berrinche, y, cuando volvió al chalé, ya habían detenido a mi defendido y se encontró con el jardinero con el que mantenía una borrascosa relación.

Dejó escapar Peláez una risita sarcástica.

—No cabe duda de que le vendría muy bien al acusado que hubiera sucedido así, pero no tiene prueba alguna de tal hecho. Desgraciadamente, el jardinero no puede ya acreditar dónde estuvo esa tarde, pero es evidente que no pudo entrar en la casa de su defendido después de que éste fuera detenido, ya que fue precintada por mis hombres.

—¿Y comprobaron estos más tarde que dicho precinto no había sido levantado y que continuaba en su lugar?

Por primera vez manifestó el inspector cierto embarazo.

—Pues... aquella tarde habían acordonado la casa y también las dos puertas del jardín con la banda preceptiva y...

—¿Y qué?

—Que cuando dos días después realizaron una inspección ocular del lugar, la banda que precintaba la entrada del jardín estaba en el suelo, pero pudieron haberlo hecho algunos chiquillos que ignoraran la trascendencia de realizar esa transgresión.

Dio Noelia por finalizado el interrogatorio y llamó seguidamente la agente judicial a Aurora que entró en la sala con aire tímido y juró decir la verdad.

—¿Puede decirnos su nombre? — le pidió la fiscal.

—Sí, señora. Me llamo Aurora García Delgado.

—¿Y de qué conocía a la víctima?

—Trabajábamos las dos en el teatro Cervantes, yo como acomodadora, y ella maquillando a los actores. Había venido a España con un permiso de estudios y necesitaba unos ingresos para mantenerse.

—¿Y qué era lo que estudiaba? — le preguntó secamente la fiscal, a la que

evidentemente no le gustaba la inmigración que frecuentemente llegaba a España con esa pretendida y falsa finalidad.

Hizo Aurora un gesto vago.

—Pues... que yo sepa no estudiaba nada. Había perdido recientemente a su madre, que era la única pariente que le quedaba en su país y se vino a España buscando a una hermana, que las había dejado un año antes, porque quería cursar aquí una carrera universitaria, concretamente periodismo.

—¿Y la encontró?

—No, no señora. No estaba tampoco muy segura de que esa hermana no hubiera seguido viaje a otro país de Europa. A Francia o a Inglaterra, por ejemplo, pero se encontraba a gusto aquí y al poco de llegar se olvidó de ella, sobre todo después de conocer a... al acusado— dijo con evidente dificultad en pronunciar esa palabra.

—¿Y cómo le conoció?

—En el entreacto de una representación en la que fue con otro amigo a saludar a la primera actriz. Ada estaba maquillándola y quedaron en ir a cenar los cuatro juntos. Hasta ese día había compartido piso conmigo, pero ya me avisó de que esa noche no la esperara y desde entonces se fue a vivir con el señor Sotomayor.

—¿Y qué le comentó la víctima sobre él? En tres ocasiones le denunció por maltrato.

Giró a medias la cabeza Aurora, pero tenía a Esteban a su espalda y no llegó a verle. Sí detuvo durante un segundo su mirada en Noelia como si le pidiera ayuda, antes de desviarla hacia la fiscal.

—No sé si era él el que le pegaba, porque anteriormente había mantenido ella una relación con un hombre que ha fallecido también y que se llamaba Ahmed. No se resignaba éste a la ruptura y volvía por las noches a esperarla al teatro y la zurraba por haberle dejado. Ella le tenía miedo.

—¿Al acusado?

—No, a Ahmed. Me dijo que con el acusado se iba a casar.

—Pero obra en las actuaciones que al acusado le denunció tres veces ocasiones.

—Sí, pero porque Ada era así, muy explosiva. Tan pronto lloraba y anunciaba que se iba a suicidar, como gritaba de felicidad por el motivo más nimio. Necesitaba tenerle pendiente de ella a todas las horas del día y de la noche y enganchaba unos tremendos berrinches sin una verdadera razón, porque lo que él le pedía era que le dejara escribir tranquilo. Denunciándole a la policía creía poder someterle a su voluntad, aunque luego se arrepentía y le pedía perdón. La última tarde en la que la vi, me dijo que se iba a despedir del teatro a fin de mes, porque se iba a casar con él.

—¿Y no volvió a verla más?

—No, no volvió a aparecer por el teatro ni contestaba a mis llamadas telefónicas, por lo que me preocupé y denuncié su desaparición una semana más tarde.

—Y supo poco después que había aparecido su cuerpo en el jardín del acusado y fue llamada al Instituto de Medicina Legal y Forense a identificarla. ¿No fue así?

—Sí.

—¿Y la reconoció sin género de dudas?

—Sí, señora. Era ella. Llevaba su ropa y sus joyas. Su cara estaba algo desfigurada después de los días que habían transcurrido desde su muerte, pero no tanto como para no poder asegurarlo.

—Está bien, no hay más preguntas.

Le dio el presidente de la sala la palabra a Noelia y ésta carraspeó ligeramente e invirtió unos segundos en consultar unos papeles que tenía sobre la mesa para dar lugar a que la chica se tranquilizara. Luego le dijo:

—Ha dicho usted que no le consta que mi defendido maltratara a la víctima y que en su opinión las denuncias que esta formuló contra él a ese respecto eran falsas.

Reaccionó en el acto la fiscal al oírla, irguiéndose en su asiento y levantando la voz.

—Protesto. La defensa está tergiversando las palabras de la testigo, ya que no ha afirmado ésta que las denuncias fueran falsas.

Admitió el presidente la protesta, por lo que pidió Noelia que le permitiera realizar la pregunta de otra forma, a lo que él accedió. Se dirigió nuevamente a Aurora y le dijo:

—Consta en las actuaciones que la víctima denunció a mi defendido en tres ocasiones por maltrato. ¿Tiene usted conocimiento de que efectivamente fuera él el autor de los golpes que sufrió ella?

Meneó Aurora negativamente la cabeza.

—No. Ya he dicho que Ada le denunciaba para tenerle a su merced y que no sé si él le pegaba. Me consta en cambio que Ahmed sí lo hacía.

—¿Está segura?

—Sí, porque le vi hacerlo y porque era un hombre violento que también estuvo a punto de pegarme a mí una noche en la que se presentó en el teatro buscándola y yo le dije que no sabía dónde estaba, porque se había escondido para que no la encontrara. No se resignaba a que ella hubiera roto con él.

—¿Y alguna vez le dijo la víctima que también la maltrataba mi defendido?

Arrugó Aurora pensativamente el ceño, antes de contestarle:

—Pues... creo que no.

—¿No está segura?

Levantó ella ambas manos en un ademán de impotencia.

—Es que Ada era muy teatral y no se comportaba conforme a una regla fija. Pasaba de la risa al llanto sin solución de continuidad. Era... exagerada en todas sus reacciones.

—Sí, ¿pero alguna vez se quejó de que él le hubiera levantado la mano? — insistió Noelia.

Vaciló nuevamente Aurora.

—No, taxativamente creo que no, aunque sí venía a menudo al teatro furiosa y le dedicaba toda clase de epítetos malsonantes. Se quejaba de que se había encerrado él en su despacho nada más levantarse sin hacer el menor intento de desayunar con ella. Me decía que era un imbécil al que lo único que le importaba era su dichosa novela y que se lo haría pagar.

—¿Cómo?

—Eso nunca me lo aclaró. Creo que era un desahogo y que se olvidaba por completo del rencor que le hacía sentir el hecho de que él no le hiciera todo el caso que le hubiera gustado, en cuanto le decía una palabra amable.

—Está bien, no hay más preguntas.

Se levantó Aurora de la butaca destinada a los testigos y se dirigió hacia los bancos reservados al público, donde tomó asiento. Tras consultar su reloj, el presidente de la sala pospuso la continuación del juicio hasta las cuatro de la tarde de ese mismo día.

Capítulo 30

Puntualmente se reanudó la Vista y la agente judicial llamó a Magdalena, que había sido citada como testigo de la acusación y que entró con paso decidido. Vestía una falda de color crema, que parecía quedarle estrecha, y una blusa blanca que se había comprado para la ocasión. Llevaba el cabello impecablemente recogido en la nunca y le dio a Noelia la impresión de que estaba disfrutando en aquel escenario tan solemne, en el que sin duda consideraba que su testimonio era importante para él. Al pasar cerca de Esteban para ir a prestar juramento, le envolvió en una mirada de enternecida condolencia. Era obvio que le dolía verle en la silla que hacía las veces de banquillo de los acusados y, cuando tomó asiento con los pies juntos en la butaca que la agente judicial le indicó, afrontó las preguntas de la fiscal con una expresión claramente retadora.

A petición de ésta le dijo su nombre y sus apellidos y que llevaba realizando las faenas domésticas en la casa de don Esteban durante los dos años anteriores.

—¿Conoció usted a la víctima? —inquirió aquélla.

—Sí, señora. Era una mujer de otra cultura— le aclaró desdeñosamente—. Hablaba a gritos y se reía también a gritos. Vivió en la casa con don Esteban aproximadamente dos meses, desde mediados de enero, a mediados de marzo.

—Y mantenía con el acusado continuas riñas— afirmó más que preguntó la fiscal—. Reyertas en las que acababa siendo maltratada por él, ¿no es así?

Se la quedó mirando Magdalena con los ojos relampagueantes de indignación.

—No, señora. Era ella la que siempre le agredía a él. En una ocasión en la que quiso borrarle la novela que escribía en el ordenador y se cayó al suelo cuando él se lo impidió, le mordió en una pantorrilla como si fuera un animal salvaje.

Hubo un rumor de risas entre el público, que cortó en seco el presidente de la sala.

—Silencio— tronó—. Se dirigió luego a la testigo para decirle—: Puede usted continuar.

—Pues eso— siguió diciendo con un sorbetón—. que esa mujer no se había llegado a civilizar. Estaba además enredada con el jardinero con anterioridad a conocer a don Esteban y fue ella la que se lo recomendó para que le cuidara el jardín, pero como él no se enteraba de nada cuando escribía, tampoco se dio cuenta.

—¿Y usted sí?

—Sí, claro que sí, porque tengo ojos en la cara— afirmó con suficiencia—. Ahmed entraba poco en la casa. Cuando comía en la cocina y también cuando tenía que realizar alguna reparación de poca monta, pero yo abro las ventanas cuando limpio y les oí hablar más de una vez en el jardín. Él la amenazaba con cortarle el cuello, si no volvía con él.

—¿Y qué le contestaba ella?

—Nada, lloriqueaba y entraba luego corriendo y se dirigía al dormitorio, a donde él no podía seguirla. Le tenía pavor.

—¿Vio usted que le pegara?

—¿Quién, Ahmed? —inquirió Magdalena dubitativamente—. Verlo no lo vi, pero en más de una ocasión en la que se había dado una vuelta por el jardín advertí que la había zurrado, porque cuando volvió tenía la cara como un mapamundi.

—¿Y está segura de que no fue el acusado el autor de esas bofetadas?

Respingó ella en la butaca claramente escandalizada.

—¿Don Esteban?, desde luego que no. Él lo único que hacía desde que se levantaba era escribir e intentaba mantenerla a distancia, porque, en cuanto se descuidaba, se le abalanzaba ella a sacudirle o a formatearle el ordenador. La tenía tomada con ese aparato, pero por fortuna no sabía una palabra de informática, ni de nada, y no consiguió borrarle lo que había escrito, aunque soy testigo de que lo intentó más de una vez.

No le gustó a la fiscal el cariz que tomaban las respuestas de la testigo y trató de desviar el interrogatorio hacia otros temas que convinieran más a sus intereses, por lo que le preguntó:

—¿Estaba usted presente el día en el que después de la reyerta que mantuvo con el acusado se marchó ella de la casa?

Meneó Magdalena negativamente la cabeza.

—No, señora. Ya me había ido. Ni tampoco cuando una semana más tarde se presentó la policía con una orden de registro y revolvió el chalé de arriba abajo. Me marché al mediodía y...

—¿Sabe quiénes estaban? — la interrumpió la fiscal, a quien evidentemente no le interesaba conocer qué faenas domésticas realizaba.

—Don Esteban y supongo que Ahmed, porque éste solía marcharse a la caída de la tarde. A don Esteban se lo llevaron detenido, pero volvió unos días más tarde.

—¿Y pudo entrar usted en la casa a limpiar?

—No, porque no tenía llave. Ahmed me abrió la puertecilla del jardín, pero cuando me dijo que don Esteban no había vuelto, me marché. Después no le volví a ver.

Al anguloso semblante de la fiscal asomó una expresión de incompreensión. No debió entender lo que Magdalena había dicho, porque insistió:

—¿Estuvo trabajando ese hombre en el jardín mientras el acusado estaba detenido? ¿Cómo entró en la casa?

Sostuvo Magdalena su mirada y levantó retadoramente la barbilla.

—¿Qué cómo? Pues cómo iba a ser, porque Ahmed tenía llave del jardín. Se presentó en el chalé al día siguiente, en ausencia de don Esteban, y fue él el que me abrió la puerta de la valla cuando fui yo esa mañana, a la hora de costumbre.

—Pero la casa del acusado estaba precintada— le recordó acusadoramente la fiscal y claramente escandalizada.

A Magdalena debió parecerle obvia la respuesta, porque se encogió de hombros.

—Sí, claro que lo estaba, pero tiró al suelo la banda que habían colocado los agentes. ¿Cómo iba a entrar si no?

—¿Y no sabe usted que eso es un delito de desobediencia que está penado con una multa? — inquirió indignada.

Nuevamente se encogió de hombros Magdalena.

—Sí. ¿y qué? Dígaselo a él, que fue el que la quitó. Cuando llegué yo a la mañana siguiente, ya estaba esa cinta en el suelo, pero como ni Ahmed ni yo teníamos llave de la vivienda, después de hablar con él me di media vuelta y, como ya he dicho, me marché a mi casa.

Carraspeó la fiscal y simuló consultar unos papeles que tenía sobre la mesa, sin duda para tomarse el tiempo necesario para calmar su irritación. Luego levantó sus claros ojos para fijarlos en la testigo y preguntarle:

—Fue citada usted para que efectuara el reconocimiento del cadáver. ¿Identificó a la víctima sin género de duda?

Vaciló imperceptiblemente Magdalena, pero repuso:

—Sí, la identifiqué, aunque estaba horriblemente desfigurada. Tenía una melena larga y

oscura, muy bonita, y la conservaba. Y también llevaba su ropa y sus abalorios, pero...

—¿Pero qué?

—Que el colgante que llevaba al cuello cuando murió no era el de siempre. Me lo enseñó el individuo que vestía una bata blanca y que nos recibió. Lo sacó de una bolsa de plástico, lo mismo que su ropa.

—¿Solo tenía uno?

—No, que va, tenía un cajón lleno de bisutería de ínfima calidad en el dormitorio, pero no le había visto antes ese.

—¿Y cabe dentro de lo posible que no se hubiera fijado usted en el que le enseñaron en el centro en el que le practicaron la autopsia?

Hizo un gesto ella que parecía significar que obviamente lo era.

—Por supuesto que sí.

—Está bien, no hay más preguntas.

Se sonó la nariz sonoramente Magdalena, mientras el presidente del tribunal la daba la palabra a la defensa, que se dirigió a ella con una sonrisa alentadora.

—Ha dicho usted que no estaba en la casa cuando llegó la policía a detener a mi defendido, ya que había sido denunciada la desaparición de la víctima y sospechaba que estaba él involucrado en ese hecho. ¿Sabe dónde se hallaba el jardinero?

—Sí señora, me lo dijo él al día siguiente. Estaba en la cocina arreglando un enchufe, que se había estropeado. Me dijo que, cuando él les vio llegar por la ventana, salió corriendo de la casa por la puerta de atrás, saltó la valla del jardín y se subió a su furgoneta. Ya he dicho que estaba ilegalmente en España y que ese fue el motivo de que se escondiera.

—¿Y se marchó él a continuación?

—Eso no lo sé con seguridad, pero creo que no. Debió volver a entrar en el jardín cuando la policía se fue llevándose a don Esteban, porque a la mañana siguiente vi que había sido plantado un arriate en el jardín y solo pudo haberlo hecho él, cuando se quedó solo.

—¿No estaba ese arriate cuando se llevaron a mi defendido?

Meneó Magdalena negativa y enérgicamente la cabeza.

—Cuando me fui yo, no lo estaba. Cuando me marché, atravesé el jardín para salir a la calle de El Álamo y el césped cubría como una pradera lisa el lugar en el que después la enterraron a ella. Ya he dicho que volví a la mañana siguiente a limpiar. Otras veces había regresado don Esteban, después de pasar la noche en el calabozo y pensé que esa detención sería una más. Ahmed estaba recogiendo sus aperos. Me dijo que él se iba a ir ya y que volvería cuando dejaran a don Esteban en libertad.

—¿Y estaba ya el arriate?

Asintió rotundamente Magdalena.

—Sí, me extrañó y le pregunté a Ahmed por él. Me dijo que lo acababa de plantar.

—¿Esa mañana?

—No me dijo cuándo, pero tuvo que haberlo hecho la tarde anterior, después de que se llevaran a don Esteban, o esa misma mañana, antes de que llegara yo. Lo que no me pude imaginar es que hubiera regresado la víctima la tarde anterior o esa misma mañana a primera hora, se hubiera encontrado al Ahmed en el jardín, y después de una de sus acostumbradas peleas, la hubiera matado él y la hubiera enterrado debajo de las flores.

Hubo un murmullo entre el público, que el presidente cortó en seco, al tiempo que Miriam le daba a Noelia una eufórica patadita por debajo de la mesa y luego un manotazo cuando esta se llevó un dedo a su rizo preferido. Aún con la mano en esa posición, procuró

mantener un semblante imperturbable y le dijo a la testigo que podía retirarse.

Comenzó el turno de los testigos de la defensa. Únicamente había sido citada Delia, que entró a requerimiento de la agente judicial y que, después de prestar juramento, tomó asiento en la butaca que Magdalena había dejado libre.

Una vez que dijo cómo se llamaba le preguntó Noelia dónde vivía.

—En el número 3 de la calle de El Álamo, en el barrio de El Salvador. Trabajo en remoto para una empresa textil y desde la ventana de mi despacho, que está en la tercera planta de la casa, debajo del tejado, se domina el jardín del chalé del acusado.

—¿Conocía a la víctima?

—Personalmente, no. La veía a menudo en el jardín, porque le gustaba tomar el sol, y cuando entraba y salía a la calle. Invariablemente se marchaba a eso de las seis de la tarde en su coche, que aparcaba junto a la acera. He sabido luego que a esa hora iba a su trabajo en el teatro.

—¿Presenció alguna discusión de la víctima con mi defendido?

Asintió Delia.

—Muchas. Ella era... muy ruidosa y gritaba más que hablaba. También se peleaba con el jardinero, aunque los dos lo hacían a escondidas, y le vociferaba sin venir a cuento a la señora que realizaba las faenas domésticas. Un lunes que escuché un griterío superior al habitual, me asomé a la ventana y vi cómo se enzarzaba con el acusado en una reyerta. Atravesaron los dos el jardín increpándose, la hizo él salir a la calle y cerró la puerta dejándola fuera, por lo que se fue con lo puesto y a pie, aunque estábamos a mediados de marzo y hacía frío. Llevaba un pantalón vaquero y un niqui amarillo. Fue la última vez que la vi. Supe una semana más tarde por la televisión que había sido denunciada su desaparición y al día siguiente de haberme enterado de esa noticia se presentó la policía y se llevó al acusado detenido. Esto último sucedió por la tarde, poco antes de que diera yo por terminada mi jornada laboral.

—¿Vio usted cómo se lo llevaban?

—Sí, si señora. Trabajo de nueve de la mañana a siete de la tarde, con una hora para comer y a eso de las seis de la tarde llegó un coche de la policía que llamó al timbre de la puerta del jardín. Como una media hora más tarde se lo llevaron.

—Vería entonces como los agentes precintaron con una banda el chalé de mi defendido antes de marcharse con él— inquirió Noelia.

—Sí, si señora.

—¿Y vio algo más ese día?

Entrecerró los ojos Delia para concentrarse mejor y asintió.

—Sí, aunque era ya de madrugada. La calefacción de mi casa no funciona muy bien y hacía frío cuando me acosté. Me costó dormirme y noté entonces una corriente de aire helado, por lo que pensé que quizás hubiera dejado abierta la ventana de mi despacho, que, como he dicho, había sido una buhardilla y está debajo del tejado. Sé que la abrí cuando llegó la policía para escuchar lo que decía y enterarme así del motivo por el que detenían a mi vecino.

—¿Y fue usted a comprobarlo?

—Sí. Me puse la bata sobre el pijama y subí a mi despacho. Sabía que no había nadie en el chalé de enfrente por lo que me sorprendió ver luz en el jardín. Mi ventana estaba abierta y atisé el motivo con toda claridad.

—¿Y qué vio?

—A un hombre que cavaba a la luz de una linterna. Me pareció que era el individuo que cuidaba el jardín y a la mañana siguiente comprobé cuando subí a mi despacho que había un macizo de flores en el lugar en el que había estado cavando.

—¿Está segura de que ese macizo no estaba antes allí?

—Sí, claro que lo estoy, completamente.

—¿Y también de que mi detenido estaba arrestado cuando el hombre que vio cavando enterró a la víctima?

—Desde luego. Padecí una pérdida de memoria como consecuencia del atropello de un automóvil que sufrí a la mañana siguiente de su detención, pero he ido recordando poco a poco lo que pasó. Me venía a la mente nada más recobrar la consciencia la imagen de ese hombre en el jardín con una pala en la mano, pero la veía como borrosa. Ahora puedo asegurarlo sin género de duda.

Asintió Noelia y le dijo que no tenía más preguntas que hacerle.

Le dio el presidente de la sala la palabra a la fiscal que había escuchado el interrogatorio de la defensa con gesto hosco y que la señaló también con el bolígrafo.

—Ha dicho usted que sufrió amnesia postraumática a raíz de sufrir ese accidente, por lo que después habrá querido ir recomponiendo en su mente lo que supone que pudo pasar en el jardín de su vecino. ¿Está segura de que no se lo ha inventado?

—¿Inventado?, claro que no— protestó Delia con el semblante arbolado por la indignación—. Sé lo que vi esa noche y que mi vecino no estaba en su casa desde la tarde anterior. Volvió varios días después.

—Ya— ironizó la fiscal con una sonrisa sarcástica—. Vería entonces llegar a la víctima al chalé esa misma tarde, o quizás durante la noche, o a lo más tardar a la mañana siguiente a primerísima hora. ¿La vio?

—No. Ya he dicho que termino mi jornada laboral a las siete de la tarde y ese día, lo mismo que los demás, desconecté el ordenador y bajé al salón. Dejé la persiana del despacho subida. Siempre lo hago, porque no es previsible que un ladrón pueda entrar por ella de noche, ya que queda a bastante altura desde la calle, pero también la ventana abierta. Por esa razón y cuando subí ya de madrugada, pude darme cuenta de lo que estaba sucediendo en el jardín vecino nada más entrar en la habitación. Sé que no encendí la luz del techo al entrar, peso, pese a ello, advertí que ese individuo interrumpió su tarea para levantar los ojos hacia mi ventana y que se me quedó mirando. Comprendió que le había visto enterrando a la víctima y esa debe de ser la razón de lo que me sucedió en el hospital.

—¿A qué se refiere? — inquirió la fiscal con el ceño fruncido.

—A que un hombre vestido de enfermero intentó estrangularme un día cuando estaba ingresada. Sucedió cuando ya había anochecido y llevaba una mascarilla que le cubría medio rostro, por lo que no pude verle la cara, pero tuvo que ser el mismo que enterró a la víctima. Era alto y delgado, como él, y me movía con agilidad cuando me cubrió la cara con la almohada para asfixiarme. Me costó defenderme, porque tenía un par de costillas fracturadas. Sé que conseguí atizarle una patada en el estómago, pero después perdí la consciencia. Me desperté en la UCI y supe más tarde que la llegada providencial de dos personas, que habían ido a visitarme, fue lo que me salvó la vida.

Bajó la fiscal la mirada hacia los papeles que tenía sobre la mesa y tras releerlos, le dijo que no tenía más preguntas que hacerle. En esa ocasión fue Noelia la que le dio un suave puntapié de satisfacción a Miriam, a lo que ésta le contestó con otro.

Faltaba por realizar la prueba pericial y el forense que le había practicado a Ada la autopsia se ratificó en el informe que obraba en los Autos, en el que constaba que la víctima había fallecido por sofocación, ya que había sido estrangulada, y que por el estado de su cuerpo cabía deducir que su muerte se había producido al menos veinte días antes a que se descubrieran

sus restos en el jardín del acusado.

Renunciaron ambas partes a formularle preguntas y seguidamente le dio la palabra el presidente de la sala a la fiscal para que expusiera sus conclusiones definitivas en base a la prueba practicada. Modificó ésta las provisionales que había especificado en su escrito de calificación, para mantener la acusación que había formulado contra el acusado, pero alegando que sin duda tenía que haber contado con la colaboración de su jardinero, llamado Ahmed, para que enterrara el cadáver de la víctima, a la que tenía que haber asesinado con anterioridad a su detención, y solicitó que se le impusiera la pena de veinte años y un día.

Su alegato no se sostenía, como puso Noelia de manifiesto, cuando a continuación le dieron a ella la palabra, ya que la policía había registrado el chalé de arriba abajo sin hallar huella alguna de que hubiera tenido lugar allí un asesinato ni de que estuviera escondido el cuerpo de la víctima. Hizo constar que la única explicación posible era que hubiera regresado ésta al chalé, cuando su defendido estaba detenido, y que se hubiera encontrado allí con el jardinero, que la había matado en un raptó de furor y la enterró seguidamente, antes de plantar el del macizo, por lo que terminó solicitando la libre absolución de su defendido.

Había finalizado el juicio y el presidente del tribunal lo dio por concluido con la fórmula ritual de “Visto para sentencia.” La agente judicial abrió la puerta de la sala y el público se desbordó por el corredor en dirección al ascensor, a la par que Noelia recogía sus papeles y con Miriam se reunían con Esteban, que las acogió emocionado. En el pasillo central de la sala se les unieron Magdalena, Aurora y Delia, que después de testificar se habían ido a sentar en los bancos entre los espectadores y salieron juntos al corredor.

—Gracias— le dijo en un susurro Esteban a Noelia cuando lograron hacerse un hueco entre la gente, que iba dispersándose ya—. No lo olvidaré mientras viva. Sabía que no descansarías hasta demostrar mi inocencia. ¿O crees que la fiscal tiene alguna posibilidad de que el tribunal estime su alegato?

Soportando los empujones de la gente, le dio ella unas palmaditas en la espalda, porque no era partidaria de adelantarse a los acontecimientos. Lo que él había sugerido tenía pocas probabilidades de ser acogido, pero no cabía descartarlo, por lo que prudentemente le contestó que en su opinión el testimonio de Delia había sido concluyente, pero que tenían que esperar el pronunciamiento de. tribunal que había enjuiciado el caso. Se volvió entonces Esteban hacia Delia con una lucecita nueva en sus ojos oscurísimos.

—No sé cómo agradecerte tu testimonio. He tenido la enorme suerte de que seas mi vecina y que veas desde la ventana de tu despacho todo lo que sucede en el jardín de mi casa— le dijo—. Puedes contar conmigo en adelante para lo que necesites.

Le sonrió ella, algo cohibida.

—Solo he testificado lo que vi. Ese tipo, que se llamaba Ahmed, tenía que ser un animal y un mal bicho. ¿No te diste cuenta? — le preguntó soportando impávida el encontronazo de un hombre que luchaba por abrirse camino entre la gente.

Se limitó Esteban a hacer un gesto ambiguo y fue Magdalena la que contestó por él, con la espontaneidad que la caracterizaba:

—No, porque cuando escribe no se entera de nada. Ahora podrá terminar su novela sin que nadie la interrumpa, porque espero que lo que ha sucedido con esa chica le haya servido de lección y que no traiga a otra pelandusca a la casa que, como esa, le amargue la existencia.

—No está bien hablar mal de los muertos— le recordó Aurora que evidentemente buscaba a alguien con la vista entre los que se agolpaban en el pasillo, a quien no acababa de encontrar. Al fin se decidió a preguntárselo a Noelia—. ¿No ha venido su compañero de

despacho? Esperaba encontrármelo aquí.

—No, porque tenía que quedar alguno de los abogados en la oficina, por si surgía algún imprevisto, pero me comentó el otro día que pensaba llamarla a usted para que le diera su opinión sobre la Vista.

Una sonrisa de satisfacción distendió el agradable semblante de la joven y Noelia le dio un codazo por lo bajo a la casamentera de Miriam al constatar cómo le brillaban los ojos a la chica ante la noticia, a la que le correspondió ésta con otro, dándose por enterada.

—Si, como espero, sale todo bien, lo celebraremos en mi casa y están todas invitadas.—. les anunció Esteban—. No se imaginan el peso que he llevado sobre los hombros en los últimos tiempos, del que voy a liberarme gracias a ustedes. Y al fin, al fin, podré terminar mi novela. Creí que este momento no llegaría nunca.

Capítulo 31

Esa misma noche llamó Marcos a Delia al móvil.

—¿Te viene bien que me acerque a verte? — le preguntó.

—¿Ahora? Son ya las ocho y media— le advirtió, por si no se había dado cuenta de la hora que marcaba su reloj y de que empezaba a anochecer.

—¿Y qué? Yo no me acuesto antes de las doce— manifestó él con absoluta frescura—. Es que quiero que me cuentes los pormenores del juicio. Porque has declarado como testigo de la defensa, ¿no?

—Sí.

—Pues en un minuto estaré en tu casa. Prepárame mientras tanto un cuba libre.

—Pero... — intentó ella oponer.

—¿No tienes ron, ginebra y coca cola? ¿No tienes nada? Pues entonces un zumo de naranja o... no te molestes, lo llevaré yo. Hasta ahora.

Estaba cansada Delia y acusaba la tensión que había padecido esa tarde durante el juicio. Por su gusto hubiera pasado el resto de la tarde tumbada en el sofá de la sala de estar en la que se hallaba y se hubiera ido a la cama más temprano de lo que acostumbraba después de tomar una cena ligera, pero el optimismo de Marcos era contagioso y se alegró de que hubiera decidido ir a visitarla para poder comentarle lo determinante que había sido su testimonio. Podría así referirle detalladamente lo que había declarado y como se habían desarrollado las alegaciones de ambas partes, de lo que cabía presumir que el pronunciamiento judicial más plausible sería la absolución de Esteban.

Y fundamentalmente gracias a ella, se dijo, esperando que Marcos lo apreciara en su justa medida. Por una casualidad, tan inconsistente, como la de que aquella noche hubiera tenido la ocurrencia de subir a su despacho a cerrar la ventana. Le parecía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces, pero aún podía ver con los ojos cerrados la oscura silueta de aquel hombre inclinándose sobre el césped con una pala para ahondar un hoyo. Y también, aunque ésta era reciente, la de Esteban sentado en la silla que sustituía en el presente al banquillo del acusado, sin la aureola de la que iba revestido cuando antaño le veía en su jardín. Le pareció, aunque sin saber por qué, que el mundo no era el mismo que cuando se levantaba apresuradamente de la cama por las mañanas para subir a su observatorio, ni que él lo era tampoco. O que, al menos, no lo era bajo la perspectiva con la que lo veía en el presente.

Cuando oyó el timbrado de la puerta del jardín, le abrió con el mando y salió luego a recibirle al porche de la casa. Había refrescado bastante a esas horas y venía él por el sendero con un pantalón vaquero y un jersey blanco de manga larga. Se había echado también ella una chaqueta sobre la blusa de manga corta que llevaba, pero pensó que en el jardín pasarían frío y le hizo pasar a la sala de estar, donde tomaron asiento en las dos butacas que ensamblaban la apagada chimenea. Se dejó caer él con satisfacción en la suya y se la señaló.

—¿Quieres que la encienda?

No la solía utilizar Delia para evitarse la molestia, aunque tenía un cesto con leños delante del hogar. Cuando bajaba a esa estancia al finalizar su trabajo ponía en funcionamiento un aparato eléctrico, lo que era más rápido y menos laborioso, pero en esa ocasión aceptó su ofrecimiento.

—Bueno, aunque estemos en junio, esta noche ha bajado mucho la temperatura. ¿Quieres

que te ayude?

Se echó a reír él con el buen humor que le caracterizaba.

—No, no es necesario. Soy un experto encendiendo chimeneas y además me gusta hacerlo. ¿No disfrutas tú viendo cómo chisporrotean los leños y sintiendo el calor que producen?

Las chimeneas encendidas me recuerdan a las hogueras de los campamentos juveniles a los que me enviaban mis padres en el mes de junio, cuando ya habían terminado las clases y en Madrid hacía un calor achicharrante. Lo pasábamos de miedo.

—¿Encendiendo el fuego? — inquirió Delia con humorismo.

Se volvió a mirarla con guasa.

—Bueno, sí, entre otras cosas. ¿No te mandaban los tuyos a ti por esas fechas a uno de esos albergues?

—No, porque como soy hija única no les gustaba perderme de vista. En agosto nos íbamos los tres a una playa y el resto del verano lo pasábamos aquí, en este chalé. Yo propuse más de una vez que instalaran una piscina en el jardín, pero no nos sobraba el dinero y posponían ese proyecto de un año para otro sin que llegara a materializarse. Lo llevaré a cabo yo, cuando ahorre lo suficiente.

Se arrodilló Marcos junto a la chimenea sin preocuparse de lo que pudieran mancharse sus pantalones y comenzó a apilar los troncos en el hogar. Con la cabeza baja mientras realizaba esa operación y el cabello castaño resbalándole sobre los ojos, le recordó a Delia a sus compañeros de facultad de los últimos cursos. Calculó que andaría Marcos cerca de los treinta, pero en esos momentos no aparentaba muchos más años que los de aquellos chicos. Uno de ellos había sido su novio, pero habían roto tiempo atrás, porque Esteban la había deslumbrado. Desde el día en el que le vio por primera vez, no había podido fijarse en ningún otro. La fascinó, la transportó a un mundo de fantasía que se había deshecho por sí solo antes, pero fundamentalmente también en la sala de la Audiencia Provincial, donde su imagen era la de un hombre vulnerable que luchaba infructuosamente por mantener el tipo. Y en ese momento se preguntó si no habría encandilado igualmente, y tan solo por su físico, a la mujer con la que había estado casado y a Ada, con las que, y aunque por distintos motivos, la relación que había mantenido había devenido en un fracaso. ¿Habría ocurrido lo mismo con ella de haber llegado a conocerse más íntimamente los dos?

Ajeno a lo que pasaba por su mente, aproximó Marcos su mechero a los troncos y cuando prendió la llama acercó su butaca a la chimenea y tomó asiento en ella sacudiéndose con una mano la ceniza de sus pantalones con un suspiro de satisfacción.

—Ya está— murmuró estirando las piernas hacia el calor del fuego—. En unos instantes se caldeará la habitación, pero antes cuéntame cómo ha ido el juicio. ¿Qué has declarado?

—Lo que vi por la ventana— repuso ella rememorando la oscuridad de aquella noche en la que, aterida de frío, subió por la chirriante escalera de madera que comenzaba al fondo del pasillo y se acercó a la ventana para otear el jardín vecino—. Ya sabes que la tarde en la que le detuvieron estábamos Esteban y yo sentados bajo el toldo de la pérgola, cuando llegó la policía. Me había invitado a tomar algo en su casa y estaba yo presente cuando aquellos hombres empezaron a cavar y encontraron el cuerpo de esa chica debajo de unas plantas. Como te puedes imaginar, no fue precisamente agradable el espectáculo, aunque el inspector Peláez me ordenó largarme inmediatamente.

—¿Y quién se quedó?

—Antes de que empezaran a cavar, llamó Esteban a Noelia, ya sabes, a su abogada, y ella se presentó y estuvo presente en la operación. También la presencié yo desde la ventana de mi

despacho, lo mismo que aquella noche.

Le refirió punto por punto lo que había testificado en el juicio y Marcos la escuchó en silencio. Cuando terminó su relato se quedó mirando la lumbre muy serio.

—Supongo que el escritor te estará ahora eternamente agradecido— insinuó con cierta mordacidad, sin apartar los ojos del fuego.

—Bueno... sí, algo así me ha dicho.

—Y que tú estarás loca de alegría al saber que su intención es empezar a conocerte mejor, ¿no? — farfulló en el mismo tono.

Esbozó Delia un gesto vago.

—No te diré que no, aunque no es la clase de hombre que imaginaba.

—¿Y cómo le imaginabas?

—Pues... como una especie de ídolo, incapaz de dejarse achantar en ninguna circunstancia, pero no. He podido comprobar que es un hombre como todos los demás y, aunque al humanizarse le siento más cercano, en parte me ha decepcionado.

Arrojó él un nuevo leño al fuego y se quedó mirando como ardía desprendiendo chispitas de colores.

—Me parece que lees demasiadas novelas— masculló—. Ya eres mayorcita para haberte forjado un arquetipo tan absurdo como irreal. Todos los seres humanos se asustan ante un motivo serio y no conozco a nadie que se enfrente a una acusación de asesinato con la misma alegría que si le hubieran invitado a una fiesta.

Le había escuchado Delia con el ceño fruncido y respingó al oírle como si la hubieran pinchado con alfileres.

—No soy ninguna boba ni una adolescente que confunda la vida real con lo que sucede en las novelas— protestó—. Creía además que Esteban te caía mal, pero le estás defendiendo.

—No le estoy defendiendo. Lo que te estoy diciendo es que bajes de las nubes y que veas las cosas como son. Esteban es un fatuo y un engreído, al que se le ha indigestado la fama que ha conseguido. Un tipo difícil de aguantar que se cree superior a los demás, pero que, lo mismo que a cualquier otro, le aterra la perspectiva de pasar unos cuantos años en la cárcel. Puede que te parezca guapísimo, no te digo que no, porque probablemente lo sea, pero no creo que sea razón suficiente para que lleves años observándole desde tu ventana como si fuera un semidios y no seas capaz de darte cuenta de que hay otros en el mundo que probablemente lo merecen, al menos tanto como él.

—Bah, tú no entiendes nada— refunfuñó molesta—. Tengo la impresión de que ya hemos discutido sobre esto en otras ocasiones y que terminamos peleándonos, así que será mejor que cambiemos de tema. Dentro de unos días recibirá Noelia la sentencia y, si como esperamos, es favorable y le absuelven, dará una fiesta Esteban en su casa para celebrarlo.

—A la que estás invitada, claro.

—Sí. No sé si se lo dirá a otros amigos suyos, pero con seguridad a su abogada, a la señora que le hace las faenas domésticas y a una chica que trabaja como acomodadora, en el mismo teatro en el que Ada había sido contratada para que maquillara a los actores. Estas dos últimas habían sido citadas por el fiscal como testigos de cargo, pero su declaración ha favorecido a Esteban tanto a o más que si hubieran sido testigos de la defensa. La víctima ha salido peor parada en sus respectivos testimonios. A mí me parecía una chica maleducada, carente del menor refinamiento, y demasiado llamativa, pero ahora me da cierta pena.

—¿Porque bebía los vientos por Esteban y no era correspondida? Tampoco su exmujer se ha resignado al divorcio. ¿También lo sientes?

—¿Y eso cómo lo sabes? — inquirió Delia obviando responderle.

—Porque me lo has dicho tú, me has comentado que se sigue presentando en la casa de él siempre que tiene ocasión. Solo le conozco de vista, pero me parece que es la clase de hombre que ha nacido para quedarse soltero y que no soporta la convivencia con nadie. Le basta con sus libros y con la fama que le han proporcionado.

Arrugó el ceño reflexivamente Delia preguntándose si tendría razón.

—¿Tú crees? Todos nos sentimos solos a veces y necesitamos saber que le importamos a los demás.

—Casi todos— la corrigió irónicamente él. Se la quedó mirando e inquirió:

—¿Te sientes sola tú?

—A veces sí— reconoció ella—. Trabajar en remoto tiene ese inconveniente, que no hablas con nadie en todo el día, como no sea por teléfono, ni ves a nadie. Por eso me distraía tanto observándole por la ventana e imaginando unas conversaciones interminables con él, en las que me inventaba lo que me respondía, pero me temo que en adelante no será lo mismo, porque, como te he dicho, ha perdido para mí la misteriosa fascinación en la que le veía envuelto. He descuidado a las amistades que tenía, pero me vendrá bien retomarlas y salir los fines de semana.

—Me parece una buena idea— murmuró sin asomo de burla—. Tengo una pandilla bastante animada en la urbanización en la que vivo y podría presentártela. Vivo en un chalé más pequeño que éste y en el jardín nos reunimos a menudo varios amigos. Frecuentemente hacemos barbacoas y después ponemos música. Lo pasarás bien y te olvidarás de tu dichosa ventana y de lo que ves desde ella. Mis amigos son jóvenes y agradables, pero sobre todo son personas corrientes, como yo.

Le observó pensativamente Delia y sin saber por qué le comparó con Esteban. No era tan guapo como éste ni tan alto ni emanaba de él el halo de misterio que envolvía al otro, pero derrochaba el optimismo y la alegría de vivir que le faltaba al otro.

—Me encantará— repuso—. No sé por qué no me lo has propuesto antes.

Capítulo 32

Una semana más tarde recibió Noelia la sentencia de la Audiencia Provincial, cuyo pronunciamiento era absolutorio, y llamó inmediatamente a Esteban para comunicárselo. Oyó una voz femenina al otro lado del hilo, en la que creyó reconocer la de la señora que le realizaba las faenas domésticas y que vaciló ostensiblemente cuando le pidió que le pasara con él.

—No sé si podrá— se excusó la buena mujer— Está muy alterado.

—Es muy importante— insistió ella, imaginando que habría tenido una bronca con su exmujer, o con alguna otra que también le persiguiera, y anduviera por la casa como un león enjaulado, sin atender a razones—. Tengo que darle una gran noticia.

—Pero es que está fuera de sí— replicó Magdalena con un hilo de voz—. Nunca le había visto tan furioso. Es usted doña Noelia, ¿verdad?

—Sí.

—Pues se lo diré, pero no sé si me hará caso, porque no para de chillar algo sobre su ordenador y sobre su novela. La terminó anoche, según me ha dicho esta mañana cuando he llegado, pero...

—¿Pero qué? — se impacientó Noelia.

—No sabría explicárselo, porque no entiendo nada de ordenadores ni de los inventos de ahora, pero algo le han hecho en el suyo que le tiene fuera de sí. Le diré que quiere usted hablar con él. Si le suelta un exabrupto, no se lo tenga en cuenta.

Como también tenía mal genio ella, se quedó sin habla. Le pareció el colmo la sola posibilidad de que se atreviera a levantarle la voz y se dijo que en ese caso le mandaría a un lugar impronunciable que reservaba para los casos muy especiales. No soportaba de sus clientes la menor falta de respeto, máxime cuando, como en ese caso, lo que trataba de hacerle saber a Esteban era que había sido absuelto de la acusación de asesinato por la que se le había juzgado. Lo menos que se merecía ella era que se le reconociera su trabajo y también, ¿por qué no? que se le dedicara alguna que otra alabanza.

Transcurrió al menos un minuto de silencio absoluto al otro lado de la línea y estaba a punto de colgar. Decidió dedicarle a Esteban unos cuantos epítetos bastante sonoros la próxima vez que se le pusiera a tiro, cuando oyó su voz. Sonaba ronca y contenida, lo que acabó de soliviantarla.

—Noelia, ¿eres tú?

—Sí, me parece que te llamo en mal momento, pero es una buena noticia la que tengo que darte. Acaba de traerme la sentencia el procurador y has sido absuelto. No sé si preferirías que te lo comunicara otro día, pero si es así, haz como que no me has oído— masculló cáusticamente.

Se hizo otro silencio antes de escuchar lo que le pareció un suspiro de alivio. Luego sonó malhumorada su voz, pero casi normal.

—Gracias, te las doy por segunda vez. Sabía que conseguirías hacer entender al tribunal que el primer sorprendido con la muerte de esa chica he sido yo. Puedes imaginar mi estupefacción, cuando inopinadamente apareció su cuerpo en mi jardín. ¿Cómo se le ocurriría tal cosa a Ahmed? Era un tipo primitivo y bastante obtuso, pero no suponía que lo fuera tanto.

—Lo mejor es que lo olvides— le aconsejó ella.

—No sé si voy a poder— replicó levantando nuevamente la voz, que ahora le vibraba con

trémolos histéricos—. Me acaba de suceder una catástrofe y necesito verte sin pérdida de tiempo. Ahora mismo. En unos minutos puedo estar en tu despacho.

—¿Pero qué es lo que te ocurre? — inquirió inquieta, ya que era Flor la que manejaba su agenda y las citas con sus clientes y no estaba muy segura de no tener cubiertas todas las horas de esa mañana.

—¿Que qué es lo que me ocurre? — casi rugió, levantando la voz—. He estado recibiendo amenazas en mi correo electrónico. Unas amenazas vagas de un imbécil advirtiéndome que me iba a hacer pagar con los males del infierno el daño que le había hecho. No sé quién es ni de qué se queja, porque no se ha identificado, ni de la dirección de su correo he podido deducir de quién se trata. Supongo que será algún periodista a quien no haya atendido debidamente o al que no le haya permitido entrevistarme, pero no se me había ocurrido que la fuera a tomar con mi novela.

—Sí, ¿pero qué te ha hecho?

—Me ha encriptado todos los archivos de mi ordenador y consecuentemente el de la novela que acabé anoche, ¿entiendes? La empecé hace un año y con todos los sucesos que han ido acaeciendo desde entonces me ha costado mucho concentrarme y rematarla. Anoche, cuando le puse el punto final, respiré hondo y me sentí liberado, pero cuando me he levantado esta mañana y he puesto en funcionamiento el ordenador... Puedes imaginar el estado de ánimo en el que me encuentro.

—¿Te han encriptado todos los archivos?

—Sí, he tenido la ocurrencia de abrir un correo en el que me ofrecían unas vacaciones en el Caribe. He creído que era la contestación de una agencia de viajes a la solicitud que le había hecho de que me proyectara un itinerario de quince días por esas costas y nada más oprimir la tecla he visto cómo me los codificaba uno tras otro, de manera que han quedado indecifrables para mí.

—¿Todos los archivos, incluida tu novela?

—Sí, esa y todas las demás, pero las anteriores ya fueron editadas y el texto se puede recuperar fácilmente. Es la última la que me importa, la que acabé anoche. El cretino del hacker que me ha secuestrado ese archivo ha tenido a bien enviarme una nota, por llamarla de alguna manera, en la que me pide una cantidad exorbitante de dinero por descifrarlo.

—Ya— musitó Noelia, comprendiendo el estado de sus nervios y disculpándole— Es una estafa relativamente frecuente. ¿Tienes copia de seguridad?

—No, no se me había ocurrido que ese individuo del que te he hablado la pudiera tomar con la novela. No soy un hombre sociable, ya lo sabes, y es posible que no me haya manifestado todo lo amable que debería haber sido con las personas que me han abordado por la calle. Suelen pedirme un autógrafo y también alguno que otro ha pretendido hacerse un selfi conmigo, a lo que siempre me he negado, pero, a decir verdad, me tenía sin cuidado lo que pudieran pensar de mí. Se me debería haber ocurrido que podían vengarse seriamente bloqueándome el acceso al archivo de la novela.

— ¿Y qué vas a hacer? Es un delito cibernético y la policía tiene equipos especializados en perseguirlos, pero te anticipo que no siempre dan con el autor.

—¿Y cómo podría solucionar esto?

—Sé que hay empresas informáticas que en determinados casos pueden recuperar los archivos encriptados. ¿Quieres que me ponga en contacto con alguna?

—Sí, sí, inmediatamente. Esta tarde, a las cuatro, estaré en tu despacho para que me des la respuesta que te hayan dado. No pienso pagarle a ese tipo ni un céntimo de euro.

—¿A cuál de los tipos? — inquirió precavidamente Noelia—. Esas empresas de las que te he hablado también son caras.

—Me refiero al otro tipo, al encriptador. Hasta luego.

Había colgado y le imaginó Noelia mesándose desesperado su oscuro cabello. No había nada en el mundo que le importara a Esteban tanto como sus novelas y sabía que la última le había supuesto mucho tiempo y esfuerzo, ya que no conseguía concentrarse en la trama que ideaba. Se preguntó quién podría odiarle tanto como para haberle hecho esa faena golpeándole donde más le dolía, pero luego se dijo que probablemente, más que a hacerle daño, lo que le habría movido sería el dinero que podía obtener chantajeándole.

Con un suspiro descolgó nuevamente el teléfono y llamó por la línea interior a la secretaria.

—Flor, ¿puedes venir?

—Estoy muy liada en este momento, ¿no puedes decirme lo que quieres?

—No, es un poco complicado. Ven en cuanto puedas.

Unos segundos más tarde se presentó la secretaria en su despacho. Se notaba que había venido corriendo, porque cuando se sentó frente a ella jadeaba ligeramente.

—¿Qué pasa? ¿No has conseguido localizar al escritor? — inquirió tras inspirar oxígeno repetidamente.

—Sí, ya he hablado con él, pero es que le ha surgido un problema serio. ¿Sabes lo que es una empresa descriptadora de archivos?

—Por supuesto— replicó Flor con suficiencia—. Cuando trabajaba para doña Daniela Rivero tuvimos que utilizar en una ocasión los servicios de una que nos recomendaron.

La aludida era la titular de un prestigioso bufete en el que había conseguido ella ser admitida por mediación de un tío suyo y era una mujer más prepotente todavía que el escritor.

—Pues no lo recuerdo.

La envolvió la secretaria en una indulgente mirada.

No, claro que no. Acababas de entrar tú en ese despacho, pero supongo que, como entonces eras una novata y además el último mono, no te lo comentaría la jefa. Sé que tuve que enviarle a esa empresa cuatro archivos de 200 kb del ordenador de ella, que era el que habían hackeado, para que pudieran obtener la contraseña de descriptación del disco duro. En unas horas me enviaron el presupuesto, bastante elevado por cierto.

—¿Y lo aceptó Daniela?

—Sí, y esa empresa lo solucionó. ¿Por qué?

—Porque le han codificado a Esteban el texto de la novela que acababa de terminar y le han pedido un rescate, que en ningún caso va a pagar. Le acompañaré esta tarde a una comisaría a presentar la denuncia, pero como conviene agotar todas las posibilidades, quiero que te pongas en contacto con esa empresa. Le comunicaré a continuación a Esteban lo que me has dicho sobre el envío de esos archivos que tiene que hacerle y esperemos que sea capaz de solucionar el problema.

Asintió Flor, pero con un gesto de preocupación.

—¿Y sospecha él quién ha podido ser?

—No, aunque al parecer había recibido e-mails amenazándole, a los que no le había hecho el menor caso. Ni tampoco se había preocupado de hacer copias de seguridad, ni de nada. Dame la dirección de esa empresa, porque voy a llamarle a continuación para explicárselo y para que le envíe lo que me has comentado. Tengo entendido que su editor le estaba asediando para que le entregara la novela, así que estará sobre ascuas esperando que le llame.

Poco después le dio Flor los datos que le había pedido y seguidamente llamó ella a Esteban a detallarle lo que debía hacerle llegar a la entidad mercantil con la que la secretaria se había puesto en contacto. Luego se acodó en la mesa sin la euforia con la que había acogido esa mañana la noticia de la absolución de Esteban y con la sensación de que el caso que creía haber resuelto satisfactoriamente distaba mucho de haber finalizado y de que se estaba complicando.

Telefoneó seguidamente a Delia para darle la noticia, ya que su testimonio había sido concluyente para que el pronunciamiento judicial hubiera sido favorable, y la chica se alegró al saberlo, aunque le pareció a Noelia que su euforia obedecía más a que se sentía gratificada por haberle sido de ayuda a otra persona, que a la circunstancia de que esa persona fuera Esteban.

Se presentó él antes de la hora a la que había sido citado, pero no parecía el mismo. Estaba despeinado, llevaba los botones de la camisa mal abrochados y una expresión de desesperación con la que no le había visto nunca ella. Ni en la cárcel ni en la sala de la Audiencia reflejaba su semblante una desmoralización tan absoluta. Intentó animarle, pero no se lo permitió, porque estaba desquiciado. Se empeñó en que le acompañara en el acto a presentar la denuncia en una comisaría y, cuando una hora más tarde regresaron a la oficina, aún les esperaba otra mala noticia.

Estaba él en el despacho de Noelia, sentado frente a ella, rebulléndose en la butaca sin conseguir dominar su inquietud, a la espera de la respuesta de la empresa descriptadora, cuando la secretaria entró a comunicársela. El presupuesto de aquella era bastante elevado, pero eso no pareció afectarle a Esteban, que le pidió a Flor que lo aceptara en el acto. Solo cuando ésta reapareció una hora más tarde para comunicarle que la empresa no se consideraba capaz de resolverle el problema, pareció sufrir una especie de shock nervioso. En un primer momento se quedó sin habla, hundido y desmadejado en el sillón como si no le quedaran fuerzas para reaccionar, pero súbitamente enrojeció, se levantó de su asiento y empezó a aporrear el tablero de la mesa de Noelia como si hubiera enloquecido, mascullando incoherencias.

El estruendo, en el silencio que envolvía el piso, no tardó en llegar a oídos de Gabriel, que se abalanzó hacia el despacho de Noelia creyendo que atacaban a ésta, seguido de Miriam, que pensó lo mismo. Sin duda se sintió él en la obligación de defender a las tres mujeres, porque intentó impedir que siguiera golpeando la mesa y logró incrustarle en la butaca en la que había estado sentado, de un empujón. Le ayudó Flor, que tras diagnosticarle certeramente un ataque de histeria, le atizó sendas tortas, una en cada carrillo, que le produjeron un efecto fulminante. Después se quedaron de pie, cada uno a un lado del sillón, por si sufría un nuevo ataque de nervios, mientras Miriam se dejaba caer en la otra butaca y le observaba con miseria.

No tenían costumbre los miembros del bufete de presenciar espectáculos semejantes. Unos clientes lloraban, los más se lamentaban e incluso se permitían alguna bravuconada, amenazando a la contraparte del proceso de que se tratara con los males del infierno, pero no recordaba a Noelia que ninguno hubiera reaccionado de forma tan violenta. No se había movido ella de su butaca y cuando consideró que Gabriel y Flor le mantenían lo suficientemente inmovilizado para que no peligrase su integridad física ni la de sus demás compañeros. le aconsejó secamente:

—¿Quieres tranquilizarte? Rompiéndome la mesa no vas a conseguir recuperar tu novela.

—No, claro, tú no lo entiendes— jadeó Esteban—. Estoy seguro de que no has inventado nunca ni una sola línea. Tú escribes solamente latinajos que te sabes de memoria y no imaginas lo que supone exprimirte la cabeza durante un año largo para que después, cuando al fin has conseguido trasladar ese titánico esfuerzo al ordenador y oprimir la tecla del punto final al último renglón, se vaya todo al garate por la chifladura de un demente. ¿Qué voy a hacer ahora? La

presentación de la novela está fijada para el sábado próximo y hoy es lunes.

—Bueno, bueno, aún no nos ha contestado definitivamente esa empresa. Tenemos que esperar. Porque...

No se atrevió a continuar temiendo otra explosión de ira por parte de él, que se irguió nuevamente a la butaca con los ojos relampagueantes.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada. Me preguntaba, si, en el peor de los casos, serías capaz de reescribirla en unos días. Ya has inventado la trama, solo tienes que desarrollarla.

—¿Y redactar doscientos folios? — bramó enfurecido— Imposible. Me estoy planteando la posibilidad de pagar el rescate. El hacker, que ha cometido la tropelía, me ha indicado la cuenta bancaria del banco de Puerto Rico al que debería hacer la transferencia.

Conforme iba pronunciando esas palabras iba palideciendo. Se quedó inmóvil durante unos segundos, apoyó después la espalda en el respaldo de la butaca y finalmente se peinó con los dedos su revuelto cabello.

—De Puerto Rico— repitió casi sin voz.

Era fácil deducir lo que estaba sospechando y Noelia se irguió autoritariamente en su sillón.

—¿Quieres dejar de imaginar tonterías? Ada no está ya en este mundo. Tu jardinero tuvo a bien enviarla al otro y desde el más allá no se pueden enviar e-mails ni encriptar los archivos de nadie, ¿me has entendido?

Levantó él su mirada para clavar su alucinada mirada en el semblante de ella.

—Ya sé que es absurdo lo que estoy pensando, pero es que desde que la eché de mi casa he sentido cerca su presencia muy a menudo. Más de una vez al salir a la calle, pero sobre todo cuando por la noche me doy una vuelta por el jardín. Suelo sentarme un rato en la pérgola antes de irme a la cama y...

—¿Y la has visto oteándote sobre la valla o la ha traspasado para darte unas palmaditas en la espalda? — se burló ella—. Tienes demasiada imaginación. Llegas a creerte lo que inventas, pero ya eres mayorcito para dar crédito a esas fantasías y para atribuirle a ella la faena que te ha hecho un desaprensivo. La ubicación del banco puede ser una casualidad.

Se la quedó mirando en silencio, como si deseara que le convenciera de que sus aprensiones carecían de toda verosimilitud.

—Sí, ¿pero no recuerdas que me amenazaba continuamente con vengarse de mí? Te lo he referido en multitud de ocasiones. Me decía que si le fallaba y no cumplía lo que le había prometido, me pesaría toda la vida.

—¿Y qué le habías prometido?

—Nada, pero daba por hecho que pretendía casarme con ella.

Gabriel permanecía asido al borde de la butaca de él, como si temiera que en cualquier momento volviera a levantarse y repitiera la escena anterior, pero Flor había salido silenciosamente del despacho y se había llevado con ella a Miriam. Noelia se inclinó persuasivamente hacia Esteban por encima de su mesa.

—Tranquilízate y trata de razonar con la cabeza fría. Tú identificaste su cadáver, ¿no lo recuerdas?

—Sí.

—Estás seguro de que era ella, ¿no?

Vaciló él ahora.

—Pues... sí, parecía ella, pero los mensajes que he ido recibiendo.... Ha hecho lo

imposible para que me condenaran a muchos años por haberla asesinado y al saber que no había logrado su propósito y que me habían absuelto...

—Te ha encriptado la novela para vengarse de ti, ya que no había conseguido que te metieran en la cárcel— terminó ella con sorna—. ¿Por qué no dejas de decir simplezas? Si estuviera viva, no se habría enterado todavía del pronunciamiento judicial, porque aún no lo han informado los medios, y, como no lo está, no ha podido ser ella.

Ya volvía Flor con una taza de tila en la mano, que le hizo tomar, aunque se resistió. Después, y aunque no era posible que la infusión le hubiera hecho un efecto tan inmediato, pareció sentirse más calmado y apoyó la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados.

—¿Qué crees que debo hacer? — le preguntó a Noelia a media voz.

—Es bastante obvio— replicó ella—. Te vas a marchar ahora a tu casa y...

—¿A tomarme un calmante?

—Sí, y a llamar a tu editor para que posponga la presentación de la novela. No se ha hundido el mundo, puedes reescribirla, aunque te lleve unos meses.

Se levantó con pocos bríos. Hizo intención de dirigirse hacia la puerta, pero retrocedió sobre sus pasos

—¿Me llamarás, si se te ocurre algo nuevo?

—Por supuesto, pero no lo esperes.

Salió al pasillo vacilante y Flor le acompañó hasta la salida, pero regresó poco después al despacho de ella.

—¿Estás bien? — le preguntó preocupada—Ese tipo está como una cabra. En adelante deberías elegir mejor a tus clientes.

Gabriel se apresuró a darle la razón.

—Sí, pero a este deberías darle la boleta hoy mismo. Ya has conseguido que el tribunal le absuelva, así que no haya razón alguna para que le soluciones también el chantaje que pretenden hacerle, así que...

Se había llevado ella un dedo al rizo que le caía sobre la frente para enrollárselo en él y le interrumpió levantando una mano.

—Dime una cosa, Gabriel. Tú acompañaste a la acomodadora a identificar el cadáver de Ada. ¿Estás seguro de que el cuerpo que visteis era el de ella?

Se echó a reír él tomando asiento en la butaca que había dejado libre el escritor, mientras Flor lo hacía en la otra.

—¿Si estoy seguro? ¿Cómo lo voy a estar si no la conocí? Aurora dijo que era su melena, su ropa y la bisutería que llevaba cuando se la enseñaron, pero al cabo de veinte días de haber permanecido su cuerpo bajo tierra, su cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición. Dijo que parecía Ada, pero que segura, lo que se dice segura, no lo estaba.

—Ya— musitó Noelia.

—¿Qué estás pensando? — le preguntó Flor que la conocía bien, viéndola girar el rizo con el dedo en un sentido y en el contrario.

—No sé. Me estaba preguntando si la chica que desenterró la policía en el jardín de Esteban no sería Ada y tuviera razón él al temer que haya sido ella la que ha tramado la encriptación de sus archivos para vengarse de él.

—Qué tontería— farfulló Gabriel, que gozaba de escasa imaginación— Tanto Esteban como Aurora, la reconocieron por su melena, por su ropa y por sus joyas.

—Sí— murmuró ella—. Como dice Alex, los cadáveres no andan sueltos por la calle para que cualquier viandante los recoja, en este caso el jardinero, que lo enterró en el jardín de

Esteban aprovechando su ausencia, pero sigo dándole vueltas al asunto—. Dejó en paz su rizo y se acodó en la mesa abstraída para añadir—: Y también a otra cosa que no acabo de entender.

Capítulo 33

Había quedado Delia con Marcos esa tarde para ir juntos al supermercado. La había acompañado a su casa y cuando al llegar ante la puerta del jardín estaba ella introduciendo la llave en la cerradura, le preguntó él con su guasa característica:

—¿No me vas a invitar a tomar una copa? Deberíamos celebrar la absolución de tu vecino.

Se giró a medias para mirarle con sospecha, imaginando que se lo estaría proponiendo irónicamente, pero su gesto era inocente, por lo que repuso:

—Pues no sé, me parece que no tengo nada que pueda ofrecerte. No bebo alcohol y creo que se me han acabado los refrescos. Además, hoy es lunes y mañana tenemos que madrugar los dos.

La luz de la farola de la esquina iluminó el rostro de Marcos, que tan solo traslucía el deseo de pasar con ella un rato agradable.

—No hace falta que me ofrezcas nada. Podemos sentarnos un rato en el jardín y cuando te entre sueño, me marcharé. Tenemos que celebrar que recordaras tan a tiempo lo que sucedió aquella noche y que, como consecuencia, haya salido exculpado tu vecino.

Giró ella la llave en la cerradura, abrió la puerta y le precedió después dentro del jardín. Ya había crecido el césped y un caminito de grava llevaba directamente desde allí a la terraza, hacia la que se encaminaron los dos. La noche era cálida y después de que entrara Delia en el vestíbulo de la casa y encendiera el farolillo que iluminaba el exterior, tomaron asiento junto a la mesa de plástico blanca. Respondió ella entonces a lo que Marcos le había comentado.

—Sí, sí estoy contenta. Ese pobre hombre lo tenía todo en su contra y si aquella noche no hubiera subido yo a mi despacho a cerrar la ventana, probablemente estaría ahora entre rejas. Lo que me ha chocado ha sido...

—¿Qué?

—La actitud de Noelia, cuando me ha llamado para darme la noticia.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada.

Se echó a reír Marcos con ganas.

—¿Qué crees que debería de haber hecho? ¿No se alegraba?

—Sí, pero la he notado preocupada. Debería estar exultante de júbilo y no lo estaba, ¿no te parece raro?

—No lo sé, apenas la conozco. Solo la he visto una vez y en unas circunstancias en las que no estaba para fijarme en ella. Fue aquella noche en la que trató el jardinero del escritor de matarte en el hospital en el que estabas ingresada. Si hubiéramos llegado los dos un minuto más tarde, no lo hubieras contado.

Volvió Delia la cabeza hacia él para mirarle. La contemplaba fijamente y como si esperara alguna observación por su parte, por lo que murmuró:

—Creo que ya te he dado las gracias más de una vez.

—Sí, sí lo has hecho y puedo asegurarte que no he hecho ninguna otra cosa en mi vida de la que me sienta más satisfecho. Creo que hay un proverbio chino el que dice que si alguien te salva la vida, quedas unido a esa persona para siempre.

Se rebulló Delia inquieta en su butaca y trató de tomárselo a broma:

—Procuraré en ese caso no darte la lata y no resultarte muy gravosa. Por suerte, y dado que ese hombre está bajo tierra, no es posible que lo vuelva a intentar.

Se echó a reír Marcos y murmuró a media voz:

—Hay otras formas de quedar unidos para siempre.

—Sí, bueno, sí, puede que haya otras— le interrumpió precipitadamente, notando la garganta seca—. Pero no me has preguntado aún cómo me sentí durante la Vista.

—No, aún no te lo he preguntado. ¿Y cómo te sentiste? ¿Logró el fiscal que te embarullaras y te contradijeras a ti misma? Debe ser difícil controlar los nervios cuando se presta testimonio.

Rememoró Delia el instante en el que entró en la sala y se dirigió hacia el fondo de la misma para prestar juramento y tomar luego asiento frente a la mesa del tribunal. El corazón le latía tumultuosamente dentro del pecho, pero luego, cuando había comenzado Noelia a interrogarla, se había ido tranquilizando paulatinamente, consciente de la trascendencia de lo que estaba declarando.

—Era una fiscal— le aclaró—. Y la sensación que experimenté fue muy similar a la que padecía en la facultad antes y durante la realización de un examen final. Afortunadamente ya ha pasado todo. Él ha sido absuelto, por lo que he cumplido. De ahora en adelante podré concentrarme en mi trabajo y olvidarme de atisbar por la ventana las peleas que mantenía con aquella chica. Lo había idealizado tontamente, pero he podido comprobar que es un hombre como muchos. Su aire insolente es pura fachada. Había imaginado yo que estaba por encima del bien y del mal, pero no es así. Además...

—¿Qué ibas a decir?

—Que anteayer me llamó. Me pareció que estaba muy seguro de que el tribunal le iba a declarar inocente, supongo que porque confía en Noelia y porque consideró que mi declaración había sido concluyente.

—¿Te llamó por teléfono?

—Sí.

—¿Y qué quería?

Desvió Delia los ojos hacia la valla que bordeaba el jardín, que ocultaba la calle, Al otro lado de la acera estaba la casa de él, pero no se veía otra cosa desde allí que el manchón oscuro de su tejado.

—Pues... me dijo que si todo salía como esperaba, se iba a tomar unas vacaciones. Que estaba pendiente de que le contestara una agencia a la que le había encargado un viaje por el Caribe y me preguntó si me apetecería acompañarle, en el caso de que saliera absuelto y pudiera realizarlo.

Se quedó mirándola Marcos sin el menor asomo de la guasa que solía caracterizarle.

—¿Y qué le contestaste?

—Que no, que lo lamentaba, pero que tenía trabajo y que ya había concertado con mi jefe que me las tomaría en el mes de agosto.

—Ya— murmuró él—. ¿Y cómo le sentó?

—Mal. Hizo un comentario ácido y poco después me colgó. No debe de tener costumbre de que las mujeres se le resistan. Es muy guapo, muy atractivo, y creo que gana mucho dinero, pero todo eso a mí me da igual. Apenas le conozco y no acostumbro a irme de viaje con el primero que me lo propone.

Volvió también él la cabeza hacia el chalé vecino. Lo poco que se veía de él denotaba que estaba a oscuras, pero en ese momento oyeron el ruido del motor de un coche que bajaba la

cuesta de la calle. La luz de sus focos la iluminaron y traspasó también la valla del jardín de Delia aclarando las sombras que lo envolvían. Después fue apagándose paulatinamente hasta desaparecer por completo.

—Es el coche del escritor— le comentó Marcos—. Acaba de regresar y está guardándolo en el garaje.

—Habría ido a ver a Noelia para pagarle su minuta— consideró Delia—. Sale muy poco. Me comentó el otro día que solo le faltaba escribir el último capítulo para terminar su novela y ese libro y los anteriores son lo que más le importa en el mundo. He estado releendo una de las tuyas. Las adquirí hace tiempo y las tengo ordenadamente colocadas por la fecha de su edición en la librería de mi despacho y...

—¿Y qué?

—Que no me ha gustado. Es amarga desde la primera página y el epílogo deprimiría hasta al lector más optimista. ¿Qué opinas tú?

Se encogió Marcos de hombros evasivamente.

—No opino nada, porque no he leído ninguna, pero tampoco me gustan los dramones.

Se callaron para girar la cabeza hacia el jardín vecino, al notar que se había encendido la lámpara de la pérgola. Irradiaba una luz opaca, circunscrita al recinto que el toldo de ésta sombreaba, pero en la oscuridad de la noche atrajo las miradas de los dos, que permanecieron unos segundos con los ojos fijos en la valla que bordeaba el de Delia. Les impedía ver lo que sucedía al otro lado de la calle, pero unos instantes más tarde oyeron detenerse a otro coche, que debía de ser un taxi, porque arrancó poco después, y seguidamente rechinar la puerta del jardín de Esteban. Casi a la vez les llegó a los oídos la exclamación de sorpresa de éste, de absoluta estupefacción.

—¿Tú?

Su voz atónita resonó nítida en el silencio que les rodeaba, y luego escucharon una voz femenina, que les sonó conocida.

—No me esperabas, ¿verdad? Pero no te preocupes, no he venido de visita. Me marcharé en cuanto me pagues mi dinero.

Delia y Marcos intercambiaron una mirada de asombro, pero él le hizo un gesto de que guardara silencio y ambos aguzaron el oído.

—¿Tu dinero? — bramó Esteban—. ¿Has sido tú?

La risita de ella era sarcástica.

—Sí, claro, ¿quién iba a ser? Te dije que te acordarías de mí y de que me las pagarías. Me he enterado de que has salido absuelto y lo lamento, pero te voy a exprimir hasta el último céntimo. He venido a cobrar en efectivo y a ahorrarte así el esfuerzo de hacer una transferencia a la cuenta bancaria que te indiqué.

—¿Quién es? — le preguntó Marcos a Delia—. ¿Sabes quién es esa mujer?

Al volver la cabeza hacia ella le sorprendió su expresión. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y su semblante reflejaba la más absoluta incredulidad.

—Pues yo diría... pero no puede ser.

—¿De quién me estás hablando?

—De ella.

—¿Y quién es ella?

—Chist, calla.

Se oía ahora la voz bronca de Esteban, que tras superar la sorpresa inicial, la increpaba

ahora en un tono que destilaba hielo y sonaba amenazador. Delia parecía haber entrado en trance y no le respondió cuando Marcos le susurró al oído:

—¿Quién es esa mujer y qué es lo que están diciendo?

Se llevó ella un dedo a los labios, pidiéndole que guardara silencio, y luego se levantó silenciosamente de la butaca, indicándole que la siguiera, a lo que él obedeció. Le precedió dentro del vestíbulo y echó luego a correr escaleras arriba. Recorrió luego a toda prisa el pasillo de la planta superior hasta alcanzar la otra escalera, la que llevaba al altillo donde se hallaba su despacho. No encendió la luz de la estancia, cuando entró. Se dirigió directamente hacia la ventana, palpando su mesa para no tropezar con ella, y atisbó desde allí lo que estaba sucediendo en el jardín de Esteban. Marcos se situó a su espalda, para hacer lo mismo por encima de su cabeza.

El escritor y una mujer, que estaba de espaldas, se hallaban de pie sobre el césped a pocos pasos de la puertecilla de entrada, en la zona a la que no alcanzaba la claridad que difundía el farol de la pérgola. Discutían violentamente, pero con la ventana cerrada sólo llegaban a oír más sus voces alteradas, sin entender lo que decían. Apartó Marcos a Delia para abrirla cuidadosamente y entonces pudieron percibir las palabras que Esteban mascullaba:

—Eres un mal bicho y no sabes con quién te estás enfrentando.

La había agarrado de un brazo y tirando de él la arrastraba hacia la franja iluminada del jardín, aunque ella se resistía. Pudo ver Marcos a una joven morena de cabello largo y oscuro, que vestía un ceñido pantalón verde claro y un top del mismo color que dejaba al descubierto su estómago. Aunque seguía de espaldas, reconoció su sinuosa e inconfundible silueta. Se la había encontrado varias veces en el supermercado y en ocasiones hasta habían charlado.

—No puede ser— musitó sin querer creer lo que veía— Esteban, la acomodadora, la señora de la limpieza... todos identificaron el cadáver.

Boquiabierta, Delia no consiguió expresar lo que sentía. Tan aturdida como si hubiera visto a un fantasma, se la señaló a Marcos con un dedo.

—Es ella— corroboró—. Es Ada. La chica que se le coló en la casa y a la que Esteban no conseguía echar. La que estaba enrollada con el jardinero y a la que éste mató y la enterró debajo del parterre de las margaritas.

En la oscuridad del despacho intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Pero no puede ser— empezó Delia—. No puede haber resucitado. ¿Quién era entonces la otra, la que exhumó la policía? Llevaba el mismo colgante al cuello. Estaba yo sentada en la pérgola, cuando con la última paletada de tierra descubrieron su cuerpo, pero desde allí vi el dije dorado que colgaba de su cuello, aunque estaba manchado de barro. Y su pelo...

—Chist, calla— le pidió ahora él, señalándole el jardín de enfrente con un dedo para que se fijara en lo que hacían Esteban y la chica.

Discutían muy acalorados levantando paulatinamente la voz y de improviso le atizó Esteban una sonora bofetada y luego la tiró al suelo y la pateó, mientras ella lloraba a gritos, intentando inútilmente protegerse con los brazos.

—Te dije que me las pagarías— hipó, hecha un ovillo, luchando por levantarse, a la par que trataba de defenderse de las patadas que le propinaba él—. Te dije que te arruinaría la vida y que lamentarías haberme conocido.

—Ya lo he lamentado suficientemente, minuto a minuto, desde que tuve la ocurrencia de invitarte a cenar aquella noche— vociferó él—. Ahora mismo vas a entrar en la casa y me vas a descodificar la novela, ¿me has oído? —. Le atizó otro sopapo y le ordenó a voz en cuello—. Ponte de pie.

Lo intentó ella de nuevo y, como no acabó de conseguirlo, la agarró Esteban por el cabello y la levantó tirando de él. Hizo luego intención de empujarla hacia la puerta de entrada al chalé, pero ella se resistió y gimoteando le advirtió:

—No puedo arreglarte el ordenador.

—¿Por qué no?

—Porque no sé nada de informática. Lo encargué.

—¿A quién?

—A un hacker, a un compatriota que conocí y con el que he vivido desde entonces, pero ya se ha marchado de avanzadilla a Puerto Rico. Te mandó el número de su cuenta bancaria para que le hicieras una transferencia. Hazla y recuperarás tu novela.

—Y os repartiréis el dinero, ¿verdad? — le gritó nuevamente, manteniéndola agarrada por la melena.

—Sí— admitió a gritos y retadoramente Ada—. Voy a volver a mi país y comenzaremos los dos una nueva vida a tu costa.

Dejó escapar Esteban una carcajada que resonó siniestramente por el jardín y se perdió luego calle abajo.

—¿Es que crees que soy idiota? — replicó con una voz sorprendentemente tranquila—. No vais a ver un céntimo ninguno de los dos. Vas a llamarle ahora mismo por teléfono y le vas a decir que me descrypte en el acto los archivos, si quiere volver a verte con vida. ¿Te has enterado?

A empujones la introdujo dentro del vestíbulo. Marcos y Delia vieron como salía ahora un haz de luz a través del hueco entreabierto del portón y unos segundos más tarde la del despacho de Esteban, que se filtró entre las varillas de la persiana. Luego se hizo el silencio. Transcurrieron unos minutos sin que percibieran nuevos movimientos en el chalé ni se oyeran tampoco su voces. Delia se volvió hacia Marcos.

—¿Qué hacemos?

—Nada. Aún nada. Si ella sale de la casa por su pie y se marcha, nada.

—¿Y si no sale?

No le contestó él. Con el ceño fruncido observaba los oscuros trazos del chalé vecino, del que no salía ni el más leve rumor. Delia le imitó, pero terminó por impacientarse y volvió su semblante hacia él.

—¿Se habrán reconciliado? — le preguntó—. Probablemente habrá llamado ya Ada a su amigo el hacker, le habrá dejado éste el ordenador como antes y le estará haciendo ahora ella unas cuantas carantoñas a Esteban para metérselo en el bolsillo. En algunos aspectos los hombres sois muy tontos.

—¿Cómo lo sabes? — bromeó él sin mirarla— ¿Has probado ese sistema?

—Claro que no— refunfuñó muy digna—. Pero lo sé.

Fue a añadir Marcos algo más en tono de chanza, pero se calló al advertir que habían apagado la luz del despacho. No se filtraba ahora claridad alguna entre los intersticios de las varillas de la persiana y el farolillo de la pérgola no la iluminaba ya. Pensó que quizás hubieran decidido quedarse dentro de la casa y que hasta era posible que, como había sugerido Delia, se hubieran reconciliado. Iba a indicarle a ésta que deberían abandonar su observatorio y bajar al jardín, cuando en ese instante se apagó la luz del vestíbulo y le vio salir a él. Llevaba un fardo al hombro, con el que atravesó el jardín en dirección al garaje. Entró con él y poco después salió a la calle con el coche.

—¿Dónde va? — le preguntó Delia asustada—. ¿La has visto a ella?

—Me temo que sí.

—¿Y qué vamos a hacer?

Inquieto, extrajo su móvil del bolsillo.

—Llamar a Peláez. Dame su número. Quizás aún esté ella viva y pueda impedirlo. Ojalá me equivoque, pero me parece que en esta ocasión no vas a poder ser testigo de la defensa, sino de la acusación.

Capítulo 34

Nada más levantarse esa mañana, recibió Noelia la llamada de Delia, que le refirió lo que habían visto la noche anterior Marcos y ella y que habían llamado a Peláez, que no se encontraba en esos momentos en la comisaría, por lo que le dejaron el aviso. No le extrañó, por tanto, que, cuando llegó a la oficina, la estuviera esperando ansiosamente Flor, que se levantó de su mesa en cuanto entró en la antesala y echó a correr a su encuentro.

—Menos mal que has llegado. Han detenido nuevamente al escritor y quiere verte. Ha llamado desde la comisaría y dice que todo ha sido un malentendido. Que vayas inmediatamente a sacarle de allí.

—¿Qué que es lo que es un malentendido? — gruñó ella—. ¿Han encontrado ya a esa chica?

—¿A qué chica? Tu cliente me ha dicho que se presentó la policía anoche en su casa. Que estaba esperándole en la calle cuando regresó él de dar un paseo.

—¿Y te ha puntualizado por donde lo dio? Eso ayudaría a la policía a encontrar a la víctima.

Abrió la secretaria la boca hasta formar un ella un círculo y se quedó mirándola sin parpadear.

—¿Y quién es la víctima en esta ocasión?

—Pues la misma que la vez anterior, la mismita— rezongó malhumorada.

—¿Me estás hablando de la sudamericana que vivía con él? ¿No la mató el jardinero?

Se echó a reír Noelia, pero su risa era sarcástica.

—Eso creímos, pero debió de matar a otra, porque lo que no es posible es que Ada Rodríguez haya resucitado. Delia y su amigo, el que la atropelló con su coche, la vieron llegar anoche al chalé de él. Al parecer fue a exigirle el dinero del rescate que le habían pedido para que su novio actual le desenscriptara la novela. Quería marcharse inmediatamente a su país a reunirse con él y dejar antes de irse el asunto arreglado, pero parece que las cosas no salieron como esa pareja había planeado.

—¿Y la mató? — inquirió Flor aturdida.

—Parece que sí, pero no lo sabremos con seguridad hasta que la policía la encuentre.

—¿Y la otra? ¿Quién era la que enterraron en el jardín?

—Tampoco lo sabemos todavía.

—Ya— musitó Flor confundida, retrocediendo hasta su mesa para dejarse caer en su silla —. ¿Y vas a ir a la comisaría a escuchar las mentiras que invente? Lo oportuno sería que le mandarás a un sitio feo y le dieras la venia a otro abogado. Además de un maltratador y quizás de un asesino, es también un embustero.

Asintió Noelia, al tiempo que se sentaba también desmayadamente en la otra silla.

—Sí, es todo eso y lo que no me perdono es que me haya dejado engañar por él. Pocos clientes le dicen la verdad a su abogado, pero Esteban ganaría el primer premio en un concurso de mentirosos. Y que a estas alturas me haya creído la mayor parte de las que me ha contado... — se lamentó.

Como para Flor era la otra casi una hija, se apresuró a intentar persuadirla de que hubiera conseguido embaucar a cualquier otra persona que se encontrara en su caso.

—No te culpes. No posees el don de la adivinación y ese hombre, además de ser

sumamente atractivo, o precisamente por serlo, convencería a todo el que le escuchara. ¿Qué vas a hacer?

No tuvo Noelia que meditarlo.

—Voy a ir ahora mismo a verle. Le escucharé y le diré seguidamente que se busque otro abogado, que se deje tomar el pelo por él.

—¿Y le asistirá cuando Peláez le interroge?

—No, ni tampoco cuando pase a disposición judicial. Como te he dicho en más de una ocasión, no soporto a los maltratadores.

Salió de la oficina con la barbilla alta y en cuanto bajó a la calle tomó un taxi que la dejó en la puerta de la comisaría. Peláez la estaba esperando y la recibió en el acto. Se le veía preocupado, pero le sonrió, cuando tomó asiento frente a él.

—No hemos encontrado a esa chica— le dijo—. Estamos pendientes de que el juez de instrucción nos permita registrar la casa de su cliente y...

—Ya no es mi cliente— le interrumpió ella—. El secreto profesional me impide comentarle a usted todo lo que he sabido a través de él, pero no preguntarle por el curso de la investigación que llevan ustedes. ¿Tienen alguna idea de a quien pertenecía el cuerpo de la chica que desenterraron en el jardín de él?

Asintió cansadamente él.

—Sí. Su amiga, la acomodadora del teatro Cervantes nos ha dado la pista. Suponemos que era la hermana de ella. Nos ha enseñado una fotografía de las dos que ha encontrado en el equipaje de Ada Rodríguez, que se llevó a su casa. Se llamaba Ermelinda y se parecían extraordinariamente, como hemos podido comprobar. Según nos ha referido, esa chica había llegado a España hará cosa de un año y cuando la madre de ambas murió, se vino Ada buscándola. No dio con ella, pero suponemos que Ermelinda se enteró de que su hermana estaba en nuestro país, cuando fue denunciada su desaparición y supo asimismo la relación que había mantenido con el escritor. Debíó presentarse en el chalé a pedirle explicaciones, el jardinero la confundiría con la otra, y la mató en un arrebato.

Asintió pensativamente Noelia.

—¿Lo saben o lo sospechan tan solo? — le preguntó.

—De momento no es más que una sospecha, pero muy plausible. El cadáver no llevaba encima ningún tipo de documentación y, como ha sido incinerado, no cabe realizarle ninguna prueba de ADN, lo que tampoco nos serviría para mucho, porque no tenemos constancia de que tenga ningún otro pariente, si exceptuamos a Ada Rodríguez y no sabemos dónde está esta ni donde aparecerá. Si Esteban Sotomayor no la mató anoche y la llevó al aeropuerto, pongo por caso, para que regresara a su país, puede que no lo sepamos nunca—. Se inclinó sobre la mesa para observarla inquisitivamente: ¿Se lo dirá a usted, cuando le entreviste ahora?

Se encogió Noelia de hombros.

—No lo sé, pero en cualquier caso lo que me refiera es estrictamente confidencial. A partir del momento en el que renuncie a seguir defendiéndolo, lo que tendrá lugar dentro de un instante, podremos elucubrar los dos sobre los hechos que se produzcan con posterioridad, pero no sobre los anteriores.

—Ya lo sé— admitió él cachazudamente—. Solo le he contestado a lo que me ha preguntado y de paso le advertiré una cosa. Si no aparece esa chica, nos va a resultar difícil meterle entre rejas. Ni la vecina ni su amigo vieron que la matara. Únicamente que se la llevó en su coche, después de un altercado violento, y eso no es suficiente, si no encontramos en la casa de él ni en su coche alguna prueba que le incrimine. ¿Comprende?

—Sí, claro que lo entiendo. ¿Puedo verle ahora?

—Por supuesto— le sonrió Peláez, ahora amistosamente, a la par que le preguntaba confidencialmente—: ¿Puedo pedirle un favor?

—Sí, dígame.

— Que pase por este despacho después de renunciar a la defensa de su cliente a confirmármelo. ¿Lo hará?

Le sonrió Noelia a su vez.

—Cuenta con ello, pero le repito que mi renuncia no le va a servir para mucho. Hasta luego.

Un agente la acompañó hasta el cuartito sin ventanas, con las paredes pintadas de color gris, en el que en otras ocasiones le había entrevistado, y unos minutos más tarde le subieron a Esteban del calabozo. Parecía tranquilo y se sentó sonriente frente a ella.

—Gracias por haber venido— le dijo con aquella expresión suya, tan cautivadora, en la que se le marcaban unas arruguillas junto a los ojos—. Mi vecina, la testigo que aportaste al juicio y que declaró a mi favor, me ha metido ahora en un lío, o al menos lo está pretendiendo. Ha denunciado, al parecer, que anoche recibí la visita de una mujer, a la que imagina que he matado.

Se lo decía condescendentemente como si Delia se lo hubiera inventado y no tuviera él nada que ocultar, pero ella no picó el anzuelo esta vez.

—¿Quién era esa chica? — le preguntó.

— Ada Rodríguez— repuso sin vacilar.

—¿Pero no había muerto y había aparecido en tu jardín?

Se encogió de hombros, levantando ambas manos.

—No, aunque todos creímos que era ella. Llevaba unos veinte días enterrada y se parecía a la otra. Su melena era similar, llevaba una ropa parecida y también lo eran sus abalorios. He pensado después que podía ser su hermana, porque Ada me había hablado de ella y me había dicho que podía estar en España, aunque no la había encontrado.

—¿Y tu jardinero la mató?

Afirmó Esteban gravemente.

—Sí, mientras estaba yo detenido.

—¿Y qué quería Ada?

—Dinero— repuso despreocupadamente él—. Había sido su novio el que me había encriptado la novela y le pagué a ella lo que me pedía para que él me la descodificara. Se lo dijo por teléfono, siguió él sus indicaciones, le di a Ada la cantidad que me habían pedido, y luego la llevé al aeropuerto.

—¿Para que se marchara a Puerto Rico a reunirse con él?

—Sí.

Permaneció Noelia impasible, aunque tuvo que reprimir el imperioso deseo de soltarte una fresca.

—Ya— musitó como si le hubiera creído—. ¿Y era una cantidad muy alta?

—Sí, exorbitante, diría yo.

—¿Y la tenías en tu casa?

Vaciló ahora. Intentó sonreír, pero no pasó de esbozar una mueca.

—Bueno, no, toda no. Tuvimos que pasar por el banco y retirar la diferencia por el cajero.

—¿Sí? — se burló ella—. Pues qué curioso, porque no es posible retirar por el cajero

cantidades muy altas. Y también considero bastante particular que decidiera abandonar nuestro país con lo puesto, sin maleta ni ninguna de sus pertenencias—. Se inclinó sobre la mesa y le envolvió en una mirada helada—. No soy ninguna estúpida, como parece creer. ¿Quieres decirme qué le hiciste?

Desapareció la sonrisa del semblante de él y carraspeó inseguro.

—No necesitaba llevarse nada, porque ya lo había hecho su novio. Estaba esperando él la transferencia, pero pensó Ada que era preferible llevarse el dinero en efectivo.

—¿Y declararlo en la aduana? — objetó Noelia inquisitivamente—. Me parece que no—. Inspiró aire a la par que se retrepaba en el asiento de su silla y clavó en él una mirada dura, mientras la decía—: Desde este preciso instante dejo de ser tu abogado. No me gusta que me tomen el pelo y tú eres un experto en engañar, fingiéndote una víctima. Si has matado a Ada, espero que te condenen a muchos años de prisión. Adiós.

Salió de la estancia con los ojos relampagueantes de indignación ante la sorprendida mirada de los dos agentes que aguadaban en el pasillo a que finalizara la entrevista.

—¿No le va usted a asistir en su declaración ante el inspector? — le preguntó uno de ellos, observándola perplejo.

—No, llamen ustedes al abogado que decida el detenido y si no sabe de ninguno, llamen al Colegio de Abogados para que mande a uno de oficio.

Siguió su camino por el pasillo con la cabeza alta, pero antes de dirigirse a la salida pasó por el despacho de Peláez.

—Vengo a despedirme— le dijo—. Esteban Sotomayor ya no es mi cliente y me marchó. Espero que me informe si encuentran a esa chica.

—Descuide, lo haré. Y... creo que ha hecho usted muy bien. Ese hombre no se la merecía.

—Gracias, hasta luego.

Salió ella a la calle y tomó otro taxi, que la llevó a la oficina, donde, tras explicarle lo sucedido a sus compañeros, se metió en su despacho e intentó concentrarse en el trabajo que tenía pendiente, pero no lo consiguió. Ni ese día ni en los que siguieron. Supo por los medios de comunicación que Ada Rodríguez no había aparecido y que Esteban había sido puesto en libertad con cargos, mientras continuaba la investigación. Había concertado éste su defensa con un prestigioso despacho de abogados, del que días más tarde supo el nombre. Ni más ni menos que el de Daniela Rivero, su antigua jefe, que solo aceptaba los casos que podían dar lustre a su bufete y el de Esteban lo era.

Trató de desentenderse del asunto. El verano se les había echado encima y hacía un calor sofocante aquella mañana en la que Flor entró en su despacho sin ni tan siquiera llamar a la puerta, lo que era inimaginable en una secretaria tan comedida y eficiente. Tenía el semblante enrojecido y el cabello en desorden, cuando se precipitó como un ciclón dentro de la estancia para ir a apoyarse con las dos manos en su mesa.

—La han encontrado, Noelia— jadeó.

Levantó ella la cabeza y se la quedó mirando impasible.

—¿A quién?

A esa chica, a Ada Rodríguez, despeñada en un barranco de la sierra de Gredos. El informe preliminar del forense que acompañaba al juez que procedió al levantamiento del cadáver ha diagnosticado que llevaba al menos quince días muerta y que había sido estrangulada antes de haber sido arrojada a la sima. ¿Qué va a pasar ahora?

No hizo ella el menor gesto. Con absoluta frialdad cogió un bolígrafo del cubilete que

tenía sobre la mesa y tabaleó sobre ésta.

—Ya no es mi cliente— repuso en tono monocorde— así que lo que pueda sucederle no me afecta.

—Sí, ¿pero qué crees que ocurrirá?

Dejó escapar Noelia un hondo suspiro.

—Que le detendrán, que registrarán su casa y su coche y llamarán a declarar a Delia y a Marcos. Su testimonio será tan determinante en esta ocasión, como lo fue en la Vista en la que le defendí yo de haber asesinado a Ada. Sin esos dos testigos sería muy difícil condenarle.

Capítulo 35

Estaba Delia trabajando en su despacho, cuando sonó su móvil y al llevárselo al oído reconoció la voz de Marcos.

—Delia, ¿te has enterado?

—No, ¿de qué?

—De que han encontrado el cuerpo de la chica sudamericana, ya sabes, la que vivía con tu vecino. La desaparición que denunciábamos. La vimos llegar aquella noche reclamándole el dinero con el que su novio y ella le chantajeaban para que recuperara su novela y él la sacó poco después de la casa como si fuera un saco de patatas que llevara al hombro. Cargado con ese saco, se dirigió al garaje y probablemente la metió en el maletero y salió con su coche, sin que volviéramos a saber qué había sido de ella. Esta mañana lo ha averiguado la policía.

—¿Y dónde estaba?

—Despeñada en un barranco de la sierra de Gredos.

—Así que esa noche la mató él—articuló penosamente Delia, como si le costara pronunciar las palabras. Sentía una decepción sin límites. Le costaba admitir que un hombre tan atractivo como Esteban, por el que se había desvivido para lograr su exculpación, pudiera ser un desaprensivo asesino. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida como para haberle contemplado embobada cada vez que le veía salir al jardín?, se preguntó. Incluso había analizado a través de la ventana del despacho de él como pulsaba cada una de las teclas de su ordenador, dando por hecho que lo que escribía debía de ser un maravilloso relato.

—¿Estás ahí? — se impacientó Marcos al no oírla efectuar ningún comentario.

—Sí, sí, me estaba preguntando qué va a pasar ahora. — repuso, sin perder de vista el chalé vecino. Tenía las persianas levantadas y había visto llegar horas antes a la señora que le hacía la limpieza, pero el jardín estaba desierto. El nuevo jardinero que tenía ahora únicamente se presentaba a cortar el césped los viernes y ese día era jueves.

—¿Que qué va a pasar? Que le detendrán y que nos llamarán a declarar a los dos. Como ya te advertí, en esta ocasión te va a tocar ser testigo de cargo y tu testimonio y el mío serán tan concluyentes, como lo fue el tuyo en su día, gracias al cual le absolvieron de la muerte de la otra chica. ¿Quieres que vaya a tu casa? Tengo el texto de la denuncia que interpusimos y convendría que lo repasáramos.

—A mí no se me ha olvidado— objetó ella vacilante.

—No, ni a mí tampoco, pero no estaría de más que refrescáramos lo que pasó para que sustancialmente digamos lo mismo. Ese hombre es un mal bicho y debe tener lo que se merece.

—Pero es que yo aún tengo que trabajar— le recordó Delia. Le apetecía verle, pero tenía mucho trabajo pendiente y podía llamarla su jefe y descubrir que había hecho novillos, por lo que le propuso—: Podemos quedar esta tarde, a las siete y...

Se interrumpió al oír el timbre de la puerta del jardín.

—Perdona, pero es que ha venido alguien, aunque no esperaba ninguna visita— le dijo, mientras salía al pasillo y se encaminaba hacia la renqueante escalera de madera.

—Pues no le abras— le aconsejó él.

—¿Y si es el inspector Peláez? — le rebatió. Recorría ahora el largo pasillo de la segunda planta con el móvil en el oído—. Si es el policía, te llamaré para que vengas y hagamos así una declaración conjunta. ¿Te parece bien?

—No, no. Lo mejor es que no cuelgues, porque casi con seguridad será él. Ábrele y confírmamelo, porque voy para allá. No tardo ni dos minutos. ¿Estás nerviosa?

Había recalado ya Delia en el vestíbulo y afirmó jadeante:

—Sí, y también un poco deprimida. ¿Cómo habré podido estar durante tantos años pendiente de ese tipo? Nunca vi desde mi ventana que le pegara a Ada, pero, dada su forma de comportarse con ella la otra noche, lo más probable es que le sacudiera en cuanto se peleaban, lo que sucedía muy a menudo.

—¿Pues no era el jardinero el que la maltrataba?

—Pues ahora pienso que debieron ser los dos. Pero espera un segundo. Ya estoy en la sala de estar y le he abierto al policía con el mando la puerta del jardín. Voy a abrirle ahora la de la casa.

Segundos más tarde la oyó Marcos proferir una exclamación e inquirió:

—¿Qué te pasa?

No le contestó Delia. Sin cortar la llamada, se había dirigido apresuradamente hacia el vestíbulo y sin mirar por la mirilla había tirado de la puerta hacia ella creyendo facilitarle así la entrada a Peláez, pero dio un respingo sobresaltada al ver a Esteban en el umbral. Estaba inmóvil, apoyado en el quicio y la miraba sonriente, lo que la hizo sentir un escalofrío.

—Hola— le dijo él—. ¿Puedo pasar?

Intentó empujarle y cerrarle la puerta en las narices, pero él se lo impidió y masculló socarronamente:

—Vaya, no te encuentro hoy muy hospitalaria. Solo pretendo hablar contigo.

Evidentemente no era esa su intención, o al menos no solo esa, porque la obligó a retroceder de espaldas dentro del vestíbulo, hasta que chocó con la barandilla de la escalera, y allí se quedó inmóvil, aún con el móvil en la mano, preguntándose cómo podría librarse de él, que la mantenía sujeta por los hombros.

—¿Qué es lo que quieres? — balbuceó Delia—. Estoy trabajando y no termino hasta las siete, así que...

—¿Me estás pidiendo que vuelva después? — se burló Esteban—. Con seguridad no me abrirías, así que, para no hacerte perder el tiempo, vamos a resolver en el acto lo que vengo a proponerte.

Aferrada a la barandilla se le quedó mirando con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué es lo que me vas a proponer? Ya te dije que no puedo tomarme vacaciones todavía.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero es que subamos a tu despacho.

Desconcertada, trató de adivinar lo que pudiera estar pensando. Su semblante, tan moreno y tan atractivo como siempre, no traslucía nada. No parecía estar irritado ni dejaba entrever que pretendiera agredirla, pero sus dedos se le clavaban como garfios en los hombros, de lo que cabía deducir que su visita no era precisamente amistosa ni tenía por objeto interesarse por su estado de salud.

—¿Para qué vas a subir tú? Ya te he dicho que tengo que trabajar— protestó indignada, luchando por empujarle para quitárselo de encima.

Fue un esfuerzo inútil, porque no consiguió hacerle retroceder ni un centímetro. Se limitó a sonreírle indulgentemente, como si la encontrara tonta y eso le enterneciera.

—Pues no vas a poder— replicó calmamente—. No estoy muy ducho en leyes, pero, aunque me ha dicho mi nuevo abogado que no tengo de qué preocuparme por el hallazgo del cuerpo de Ada en un barranco de la sierra, prefiero asegurarme.

Consiguió Delia fingir que ignoraba de qué le estaba hablando. Abrió mucho los ojos y parpadeó con perplejidad como si fuera la primera noticia que recibía de ese suceso.

—¿A qué te refieres?

—¿No te has enterado?

—No, ¿de qué me estás hablando?

Se echó a reír sarcásticamente él.

—Es igual. Ha muerto y, por lo que me ha asegurado mi abogado, no pueden acusarme de su muerte, porque ya me han juzgado una vez por ese delito y me han absuelto de haberla asesinado, por lo que no pueden hacerlo por segunda vez.

—¿No? — musitó defraudada.

—No, tengo que agradecértelo a ti, que fuiste una magnífica testigo de descargo, pero, como no estoy seguro de que el fiscal no encuentre algún resquicio legal para invalidar ese principio jurisprudencial, es por lo que he venido a verte.

—¿Qué principio jurisprudencial? — inquirió ella con la boca seca.

—Se resume en un latinajo— replicó Esteban—. Un latinajo que me he aprendido de memoria: “Non bis in idem”, ¿te suena?

—No— admitió Delia en un susurro—. ¿Quiere eso decir que no pueden relacionarte con lo que haya podido pasarle a esa chica?

—Te repito que quiere decir que no pueden acusarme nuevamente de su muerte, porque ya lo han hecho una vez, pero que a pesar de ello no voy a arriesgarme. Sin tu testimonio, el fiscal no puede aportar ninguna prueba contra mí. La otra noche te vi en la ventana, ¿sabes? Tienes la mala costumbre de vigilar todo lo que hago y no me conviene que lo vayas divulgando por ahí y mucho menos que vayas a una comisaría a denunciarme. Vamos a subir para que escribas en tu ordenador una nota de suicidio, que firmarás.

—¿Que firmaré? — le rebatió furiosa— Estás loco. No escribiré esa nota ni nada que pueda beneficiarte. Lárgate ahora mismo. Estoy esperando al inspector Peláez, que ha quedado en venir a verme y va a llegar de un momento a otro.

Vaciló Esteban durante una décima de segundo para girar la cabeza hacia el porche, por si se cumplía su predicción. La puerta seguía abierta y la pradera de césped verdeaba bajo los rayos del sol hasta la de la valla, que estaba cerrada. El silencio era absoluto. No se escuchaba el sonido del motor de ningún automóvil que pudiera pertenecer a la policía, por lo que era obvio que no estaba ésta a punto de hacer acto de presencia.

Durante ese recorrido visual, había aflojado Esteban la presión con la que la mantenía inmovilizada, lo que aprovechó para levantar una rodilla y atizarle un golpe bajo, que momentáneamente le dejó doblado. Tenía la puerta a unos pasos. Si lograba salir al jardín y alcanzar la calle, no se atrevería a agredirla si gritaba, pero él se interponía ya y le cerró el paso. La agarró por los faldones de la blusa, cuando intentó echar a correr hacia el pasillo que llevaba a la cocina para salir por la puerta de atrás, y luego por la melena, como aquella noche había hecho con Ada. Y del mismo modo que había obligado a esa chica a entrar en la casa para ponerse en contacto con su novio, la hizo subir a ella la escalera tirando de su cabello. En el rellano de la primera planta, le mordió Delia un dedo y, cuando se lo llevó él a la boca con un alarido, le puso la zancadilla tratando de desasirse, pero Esteban la esquivó y finalmente se la cargó al hombro como si fuera una pluma.

Acusó sin embargo su peso cuando tras recorrer esa planta empezó a subir por la escalera de madera, que crujía penosamente bajo sus pies. Jadeante y medio derrengado, abrió la puerta del despacho empujándola con un pie y la soltó a ella de golpe en la butaca en la que trabajaba,

tras su mesa.

—Escribe— le dijo secamente.

Se había situado a su espalda, con las dos manos en el cuello de ella y cuando volvió a medias la cabeza para intentar morderle nuevamente un dedo vio el anillo que llevaba en el anular. Brillaba bajo el rayo de sol que penetraba por la ventana y parpadeó, intentando recordar donde lo había visto antes. Era un sello con una serpiente en relieve y de improviso le vino a la memoria. Rememoró el dolor que sentía en el costado cuando intentaba moverse. Estaba acostada en la cama de un hospital y acababa de entrar un enfermero en la habitación, que le había retirado bruscamente la almohada de debajo de la cabeza para cubrirle la boca y la nariz con ella. Había intentado asfixiarla y había estado a punto de conseguirlo.

Incrédulamente articuló:

—¿Fuiste tú?

La sorpresa que traslucían sus palabras debió causarle mella, porque le soltó el cuello y bordeó la mesa para mirarla de frente.

—¿Qué es lo que me estás preguntando?

—¿Que si fuiste tú el que, disfrazado de enfermero, trató de matarme, cuando estaba ingresada en el hospital?

Asintió Esteban con absoluta naturalidad.

—Sí.

—¿Y por qué?

—No sabía qué habías visto la tarde en la que me detuvo la policía como sospechoso de la desaparición de Ada.

—¿Qué había visto? — repitió Delia en tono interrogante—. Pues ya te lo puedes imaginar. Cómo llegó el coche policial y estacionó delante de la valla de tu jardín, cómo llamaron dos agentes a la puerta de tu casa y te enseñaron un papel. Y luego, cómo te esposaron y se te llevaron detenido. ¿Qué más podía haber visto?

Se sentó enfrente de ella con una sonrisa cínica.

—Podías haberla visto a ella, cuando regresó una media hora antes de que llegara la policía.

—¿Volvió Ada a tu casa?

—Sí, pero no era ella, aunque lo creí.

—¿Y qué le hiciste?

—En un primer momento no me di cuenta de que no era Ada. No había llegado a imaginar que tuviera la osadía de presentarse exigiéndome algo, que no llegué a saber lo que era. Ahmed estaba segando el césped y se debía de haber dejado abierta la puerta del jardín, porque no llamó al timbre. Yo estaba en mi despacho escribiendo mi novela y de pronto se abrió la puerta de golpe y ella se abalanzó sobre mí y me arañó, gritando algo que no entendí. Después, me tiró el ordenador al suelo, me mordió e intentó clavarme el cortaplumas que tenía sobre la mesa, lo que hubiera logrado, si no la hubiera agarrado antes por el cuello. No sabes cómo la odiaba y cómo necesitaba desahogar mi ira contra ella.

—¿Y la estrangulaste?

—Sí.

Se quedó mirándole sin querer creer lo que le acababa de decir.

—Pero entonces... los agentes que llegaron poco después con una orden de detención contra ti registraron toda la casa y no encontraron ni rastro de esa chica. ¿Dónde escondiste su cuerpo?

Se echó a reír Esteban con una risa seca.

— Ahmed había aparcado su furgoneta en la calle de atrás esa mañana, cuando llegó a mi casa. Le llamé y, mientras la policía recorría el jardín y antes de que llegara al porche, la sacó él por la puerta de la cocina y la metió en la furgoneta. Se quedó dentro del vehículo hasta que los agentes se marcharon llevándome esposado a la comisaría. Le había dicho que se deshiciera del cadáver, pero se le debió de ocurrir a él que debajo del arriate que había encargado Ada no darían con ella y esa noche la enterró y plantó las flores encima. Yo estaba detenido y dormí en el calabozo, por lo que tenía una coartada perfecta, pero no estaba seguro de que no hubieras visto tú lo que realmente había sucedido.

—No, no la vi llegar— musitó en un susurro—. Puede que estuviera en el cuarto de baño en ese momento, pero le dijiste a Noelia que podía ser yo una testigo determinante para su defensa— alegó Delia desconcertada.

—Quería que declararas que Ada había salido de mi casa por su pie, pero luego pensé que podías haber estado observando lo que sucedía en mi jardín cuando llegó esa otra chica. Cuando supe que padecías amnesia postraumática a causa del accidente, di un suspiro de alivio, pero esa pérdida de la memoria suele ser temporal y no me quise arriesgar.

—Y si no hubieran llegado a tiempo Noelia y Marcos, me hubieras mandado al otro mundo.

Dejó escapar él una risita sardónica.

—Sí, se presentaron muy inoportunamente. Quise asegurarme, cuando te dieron el alta, de que no constituías un peligro para mí y, cuando vine a verte, comprobé que seguías sin acordarte de nada, por lo que me tranquilicé.

Se quedó callada, rememorando la febril ansiedad con la que había vivido los días que antecedieron a la Vista del juicio en el que se le acusaba de la muerte de Ada. Y las noches en las que había dado vueltas y más vueltas en la cama sin pegar un ojo, pensando en cómo podría ayudarle a él para conseguir su absolución. Había ensayado ella ante el espejo de su cuarto el testimonio que iba a prestar y después, cuando supo por Noelia que el pronunciamiento judicial había sido favorable, se había sentido la más feliz de las mujeres. Era como para morirse de risa.

Pero no tenía ganas de reír. Hubiera llorado de haber podido, pero no se encontraba en situación de permitirse un desahogo de esa clase. Lo que tenía que hacer era tratar de encontrar la forma de escapar. Quizás haciéndole hablar consiguiera distraerle y aún le quedaba un punto por aclarar.

—¿Y no te diste cuenta de que no era Ada la chica a la que mataste esa tarde? — le preguntó—. Es obvio que no era ella.

—No— admitió—. Me di cuenta después, porque se le parecía mucho y, como se abalanzó sobre mí gritándome y agrediéndome, no me dio tiempo a fijarme demasiado. Me había hablado Ada de una hermana, que era su única familia y que se había venido a España un año antes, lo que había motivado que la siguiera a nuestro país buscándola. Me he dado cuenta después de que lo que trataba de averiguar esa chica, que creo que se llamaba Ermelinda, era el paradero de su hermana, pero, como te he dicho, no la entendí.

—Ya— musitó Delia—. ¿Y al jardinero? ¿Lo mataste también tú?

—Sí— reconoció condescendentemente, como si ese hecho careciera de trascendencia alguna—. Cuando el juez me dejó libre y salí del calabozo de la comisaría, pretendió chantajearme. Le dije que teníamos que hablar y en mi coche fuimos a dar un paseo, o eso le propuse.

—Y en La Pedriza le llevaste a un punto escarpado, le diste un empujón y lo despeñaste.

—Sí— admitió.

Desvió ella los ojos hacia la ventana, hacia el jardín vecino, que había sido durante años su observatorio predilecto. Caldeado bajo el sol de la mañana, lucía inocuo sus mejores colores, ignorante de haber ocultado bajo sus flores a una desconocida que había ido a pedirle cuentas a Esteban de la desaparición de su hermana. Y luego de la llegada de la auténtica y de su trágico final. A los que seguiría el suyo, se dijo, estrujándose la mente para encontrar una escapatoria.

En ese instante vio venir por la calle, cuesta arriba y a la carrera, a Marcos. Debía de haber oído que no era el policía, sino Esteban, el que se había presentado poco antes, porque no había cortado la llamada, por lo que habría escuchado toda la conversación que había mantenido con Esteban y las amenazas de él. Venía ahora en su ayuda, pero no podría entrar en el jardín, porque no podría abrirla ella, cuando llamara. Se levantó de un salto y echó a correr hacia la puerta de la estancia, pero él lo hizo a la vez y agarrándola por el cabello la obligó a volver a sentarse en la mesa.

—Escribe— le ordenó—. Coge ese papel y pon que, después de haber sido diagnosticada de un cáncer terminal, no te sientes capaz de afrontar la enfermedad, y has decidido poner fin a tu vida. Que no quieres que se culpe a nadie, porque eres la única responsable.

—Y después me matarás, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo? La autopsia determinará que mi cuerpo presentaba signos de violencia y te acusarán a tí.

—No, porque te vas a tomar esto.

Le enseñó un frasco de pastillas, que destapó e intentó obligarle a abrir la boca para hacérselas tragar, pero de un manotazo lo arrojó ella al suelo, donde se dispersaron los comprimidos. Fueron a caer debajo de la librería, de la mesa, de la butaca en la que estaba sentada, por todas partes, lo que provocó el enfurecimiento de él, que levantó la mano para atizarle un bofetón. Se agachó Delia a tiempo. Consiguió enderezarse en el sillón, cuando estaba de pie e inclinado sobre ella, y le atizó un tremendo cabezazo en el estómago, que le hizo caerse de espaldas.

Tuvo ella el tiempo justo de alcanzar la puerta del despacho y de empezar a bajar los peldaños de la escalera de madera, saltándolos de dos en dos, antes de que él se repusiera y saliera corriendo en su persecución. Había rematado Delia el descenso y enfilaba ahora a toda velocidad el pasillo de la segunda planta, cuando oyó pasos en el vestíbulo. Era Marcos, que había saltado la valla del jardín, y acababa de entrar en la casa buscándola. Casi al mismo tiempo resonó por todo el edificio el timbrado de la cancela de la calle. Se dijo Delia que tenía que lograr llegar al vestíbulo antes de que Esteban la alcanzase. Le oía ya jadear detrás de ella, acortando la distancia que les separaba, y sin detenerse a pensar que no era ya la niña que acostumbraba a hacerlo tiempo atrás y que ahora podía romperse la cabeza, se encaramó a la barandilla y se deslizó por ella como por un tobogán, derribando al suelo a Marcos, que se hallaba con un pie en el primer peldaño. Se levantó él a tiempo de abalanzarse sobre Esteban cuando recaló en el vestíbulo y ambos rodaron por el suelo, a la par que dos policías entraban corriendo en la estancia. También habían saltado la valla del jardín e hicieron intención de detener a Marcos, que se había sentado a horcajadas sobre el otro. Delia lo impidió.

—No, a ese hombre, no. El culpable es ese otro.

Capítulo 36

A la mañana siguiente hicieron novillos Marcos y Delia para ir al despacho de Noelia, quien les recibió en el acto. Aparte de un círculo morado en torno a su ojo izquierdo, que estaba algo hinchado, no presentaba él lesiones de mayor interés y su gesto era risueño cuando tomaron asiento frente a ella.

—¿Te lo hizo Esteban? — le preguntó Noelia, señalándole el hematoma.

Asintió él y se echó a reír, como si hubiera sido divertido.

—Sí, me alcanzó con un puñetazo en plena cara al pie de la escalera, cuando entré en la casa. Bajaba él como una tromba por la escalera, y yo le contesté con otro en el estómago. Luego nos revolcamos los dos por el suelo y conseguí sentarme encima de él e inmovilizarle, mientras Delia daba saltitos, sin acertar a echarme una mano.

—Yo no daba saltitos— se defendió muy digna—. Hice lo que pude antes de que llegaras, porque me hizo pasar ese cretino el rato más angustioso de mi vida, cuando intentó obligarme a que escribiera una nota de suicidio. Llevaba un frasco de pasillas que pretendía hacerme tragar y que todavía deben de estar rodando por el suelo de mi despacho. A duras penas conseguí librarme de él de un cabezazo y salí corriendo al pasillo para bajar la primera escalera como una exhalación. La segunda la salvé deslizándome por la barandilla y...

—Y entonces llegué yo— dedujo Marcos.

—Sí, aterricé en al vestíbulo, tropecé contigo y os liasteis los dos a guantazos, pero yo no di ni un solo saltito. Lo que hice fue agarrar un florero con la intención de estampárselo en la cabeza, pero no me disteis oportunidad, porque llegaron antes dos agentes de la policía. Marcos se había sentado a caballito sobre Esteban y estaba dándole mamporros y lo confundieron con el sospechoso que habían ido a detener y estuvieron a punto de llevárselo esposado.

— Es que les había avisado yo— le explicó Marcos a Noelia—. Estaba Delia hablando conmigo por el móvil cuando se presentó ese tipo en su casa y como no cortó la llamada oí lo que él le decía y cómo la amenazaba.

—¿Y llamaste a la policía? — le preguntó Delia girando la cabeza hacia él.

—Sí, claro, y luego eché a correr hacia tu casa. Como no me abriste cuando llamé al timbre, imaginé la situación en la que te hallarías y salté la valla del jardín. No es muy alta, pero las arizónicas que la bordean son la mejor defensa contra los ladrones, porque pinchan una barbaridad.

Le dedicó ella una sonrisa, en la que no había solo agradecimiento por haberse enfrentado tan oportunamente al otro, pero en el acto recordó que había algo que le preocupaba y se inclinó hacia Noelia esperando que se lo aclarara.

—Tengo que comentarte una cosa que me dijo ayer ese tipo y que no me ha permitido dormir esta noche. Me dijo que había sabido por su abogado que no se puede juzgar a nadie dos veces por el mismo delito y que, como ya le habían procesado y absuelto de la acusación de asesinato de Ada, no podía ningún tribunal enjuiciarle ahora por la muerte de esa chica, aunque hayan encontrado su cuerpo con evidentes signos de violencia. ¿Es cierto?

Sostuvo Noelia su mirada y esbozó un gesto ambiguo.

—Es cierto lo que me dices... pero solo parcialmente. Es ese un tema que ha servido de argumento a muchas novelas y a muchas películas. Yo he visto más de una, y no me extraña que Esteban lo haya aplicado a su caso, porque a los escritores suele sobrarles imaginación, pero no

siempre tienen conocimientos de Derecho. Efectivamente es un principio que ha sentado la jurisprudencia en aras de la seguridad jurídica, pero requiere tres requisitos esenciales y uno de ellos no se da en este caso.

—¿Cuál? — inquirió Delia.

—El de la víctima— le explicó con voz clara, diciéndose que Gabriel hubiera disfrutado disertando sobre ese particular con su mejor cara de listo—. Obviamente no mató dos veces a la misma chica, porque la víctima a la que había asesinado anteriormente y había enterrado Ahmed en el jardín no era ella. Era su hermana.

—Sí, pero el abogado que defienda ahora a Esteban alegará ese principio al que has aludido— objetó Delia con el ceño fruncido.

—¿El del non bis in ídem? — trató de puntualizar Noelia, que se encogió seguidamente de hombros—. Pues que lo alegue. Yo no voy a intervenir en ese juicio. Afortunadamente renuncié a su defensa cuando me di cuenta de que me había engañado desde el primer día y no me gusta que me tomen el pelo, pero tú sí y Marcos también. Os citará el fiscal como testigos de cargo y declarareis lo que visteis aquella noche.

—¿Qué mató a Ada y que le vimos salir de la casa cargando con ella, para meterla en su coche, en el que salió después a la calle, hasta que se perdió cuesta abajo?

Meneó Noelia negativamente la cabeza.

—No, a Ada no. Está muerta y enterrada y Esteban ha sido absuelto por ese delito. Se le juzgará ahora por haber matado a Ermelinda.

—Pero...— empezó a objetar Marcos—. Sabemos que era Ada. ¿No sería más práctico probar a qué hermana mató en cada ocasión?

Levantó Noelia ambas manos en un gesto de impotencia.

—¿Y cómo quieres probarlo? A Ermelinda se la incineró, por lo que no podría hacerse la prueba del ADN. Ninguna de las dos llevaba documentación encima, se parecían mucho y no tienen, que sepamos, otros parientes ni conocidos, por lo que no es posible identificarlas para determinar cuál era cual. Y en cualquier caso, ¿qué más da? Lo trascendente es que Esteban sea condenado por asesinato y que consecuentemente vaya a la cárcel.

Se quedó Delia pensativa, hasta que se le ocurrió otra objeción.

—¿Y si regresara a España ese novio que tenía Ada y que le había hackeado el ordenador a Esteban? Él podría declarar en el juicio quién era la víctima de ese segundo juicio.

—¿Y arriesgarse a que le acusaran de una estafa cibernética? — replicó escépticamente Noelia—. No lo creo. ¿Qué sacaría ganando?

—No, claro, nada— admitió Delia—. Me va a parecer mentira de ahora en adelante poder vivir tranquila, sin sobresaltos, y perder de vista el chalé de él. Imagino que permanecerá cerrado durante los próximos años o que él lo venderá, pero me da igual.

No parecía sentirlo, pero como no le había quedado claro a Noelia a qué se refería, Marcos se apresuró explicárselo, tras dirigirle a Delia una mirada de soslayo.

—Es que hemos decidido compartir despacho y ella va a trasladar sus trastos al mío. Así se le quitarán las ganas de fisgonear la vida de los demás— añadió con guasa.

Intercambiaron los dos una mirada con la que parecían decírsele todo y que a Miriam, que era una casamentera, le hubiera llenado de satisfacción de haber estado presente. Se prometió Noelia a sí misma darle la noticia en cuanto tuviera ocasión y les despidió con una sonrisa.
